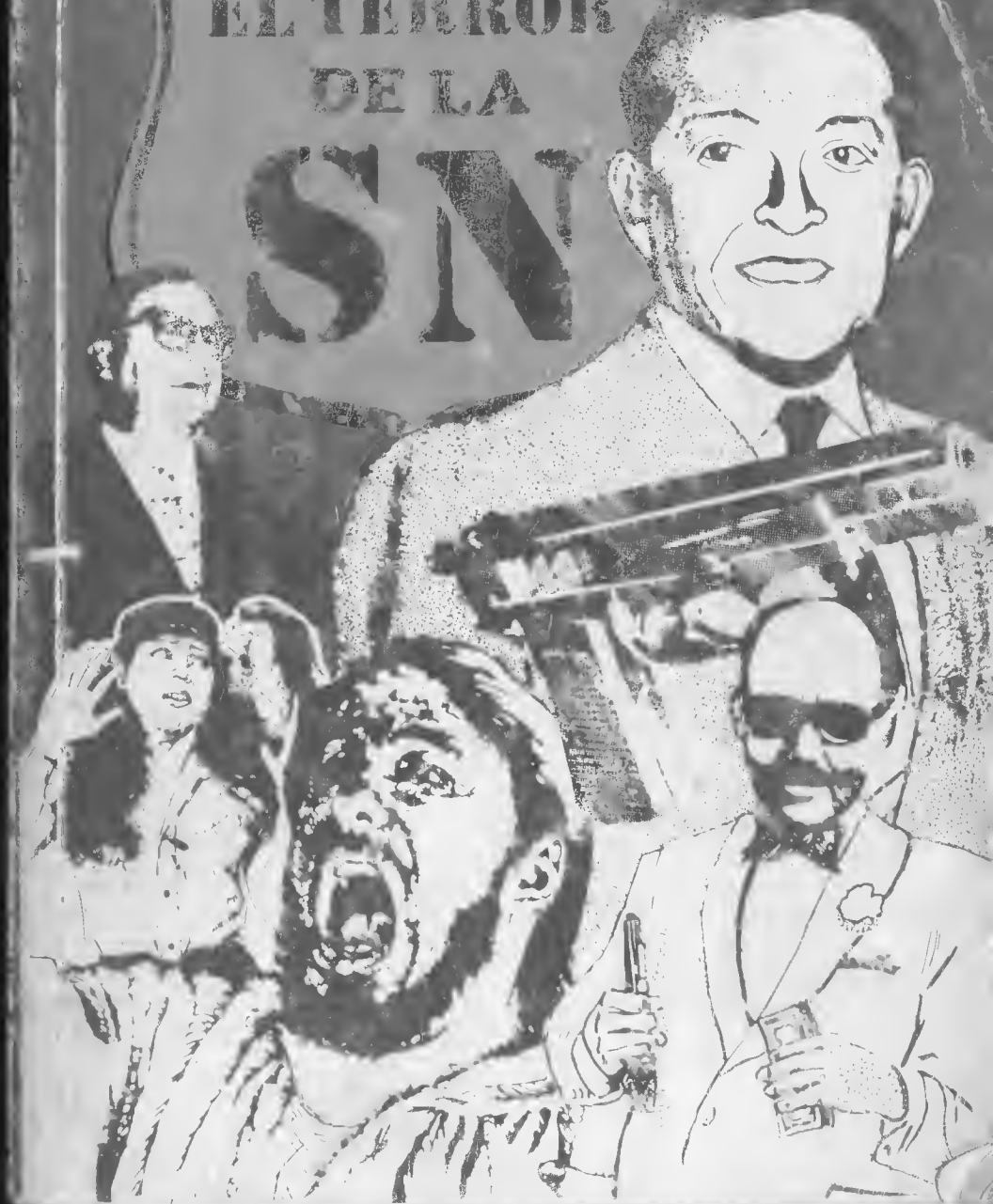


BRAUNO BARRETO SABETICO

BAJO
EL TERROR
DE LA
SN



INTRODUCCION

RECUERDOS DE MI INFANCIA Y JUVENTUD

De dónde vengo...? Nací en un lejano campito de un pueblo cualquiera de este gran territorio que se llama Venezuela. Soy un niño... La luz del sol peneira por la veniana abierta —la casa de nuestra hacienda tiene muchas—. Más allá los campos desfallecen de verdores. Mi madre siempre atenta a mis andanzas por la casa, me mira y atiende los demás quehaceres de la hacienda. Y yo, niño aún y con miles de fantasías metidas en la cabecita, sueño en correr por el campo y en los discos amarillos de mi bisabuelo que se calientan al calor del sol en el patio de asolear café... Aquellos discos son bonitos, mi madre me ha dicho que son monedas, que es dinero... pero yo no sé qué ha querido decirme con eso. Ese nombre no me dice nada. Ella me ha explicado que con una de esas monedas se pueden comprar muchas cosas: telas para hacer los fluxes, alpargatas, zapatos, pajillas y muchos otros objetos, y es cierto, porque he visto que por una sola moneda de aquellas se llevan muchos corotos de la pulpería y de la tienda del pueblo para la casa. Es una lástima entregarlas a otra persona cuando resultaría más grato tenerlas siempre uno. Yo no cambiaría ninguna de ellas por un poco de trigo o por una silla de montar. Si me permitieran jugar con las monedas yo me sentiría muy contento y me portaría mejor. Se lo digo a mi madre, ella me mira y sonríe... En la sonrisa de mi madre veo cabrillar el río y veo los árboles en flor de la quebrada. Quiero a mi madre, ella es mi adoración y sé que me quiere mucho. Ella está sentada cerca de la puerta, está cosiendo, ella no descansa.

Es temprano y tengo deseos de salir fuera un rato, ya me he cansado de estar en la sala y me acerco a la ventana, y veo hacia afuera, hacia el cielo. Una bandada de pájaros cruza el espacio infinito mientras otros vuelan en círculos. Me los quedo viendo y quisiera volar junto con ellos. No tener que hacer caso a nadie y estar volando siempre por ese cielo azul como los ojos de mi bisabuelo. En ellos se debe ver todo de ese color. También quisiera tener los ojos suyos y mirar todo azul. Ser pájaro y ser del tamaño de mi padre para que no me regañen. Mi padre es un hombre fuerte, todos le hacen caso y en esta casa no se hace sino su voluntad. A sus palabras todo debe estar listo. El me quiere y me enseña todas las faenas que él desempeña. Yo a su lado, me siento protegido y no le tengo miedo a quedarme solo en la noche si sé que él se encuentra cerca. Quiere mucho a mis hermanitos. Nos quiere a todos. Estando con nosotros no corremos peligro alguno.

Allá lejos, en el gran potrero de la hacienda las vacas mugen y quisiera estar cerca de ellas para pasearme todo el santo día por los campos verdes. Ansío perderme. Correr sin que nadie me detenga y esconderme en cada tronco, en cada árbol que encuentre. Siento deseos infinitos de trepar a los naranjos y coger muchas naranjas. Sé que son dulces como la miel y me gustan mucho. Y mirando hacia el campo, pienso: "mañana me voy a escapar al campo".

Ha transcurrido el tiempo. He crecido y mi padre ha resuelto que debo ocuparme de algo útil y me ha ordenado que cuide del ganado. La hacienda es grande. El café crece por todos lados y en medio del cafetal está la casa con sus grandes corredores abiertos al patio en donde un inmenso aguacatero abre sus ramas cargadas de frutos. En la hacienda hay de todo: café, naranjas, lechosos, pumarrosos, cambures, mangos, y en los barbechos, del otro lado de la quebrada, están las grandes siembras de maíz, papas, arvejas, caraotas y garbanzos. Y allí en la "Vega", al pie de la "Peña del Oro", están las plantaciones de hortalizas, tomates, cebollas, cilantro... "Sí, mañana me voy a escapar al campo... y me voy a dar un buen baño en el «Pozo de la Canoa».

Antes de salir el sol ya estoy levantado. En esto de madrugar mi padre es muy estricto, cuando él se levanta debemos hacerlo todos en la casa. Después de haberme tomado el "guarapo" que me dio mi madre, me voy a ver el ordeño. Mi padre tiene por costumbre darnos a beber una "totunada" de leche recién ordeñada, al pie de la ubre de la vaca. Hay muchas vacas paridas dando leche. A veces el frío me incita a quedarme tendido en el catre y anhelaría seguir durmiendo, bien arropadito con mi chamarra y no tener que estar de pie tan de madrugada; pero mi padre es inflexible. Si no le hago caso es capaz de darme mis buenos correazos y no quiero su castigo. Mi casa queda algo distante del pueblo y entre mis deberes está el de ir hasta allí a efectuar las compras, y además de esta obligación, tengo la de conducir las mulas con los porrones de leche, la cual debo entregar a don Carlos Vergara, quien se ocupa de su distribución. El dinero proveniente de la venta de la leche, se lo entregan a mi padre cuando él baja al pueblo los días sábados. Para las compras más esenciales él me deja dinero. En la "pulpería" donde efectúo las compras, por cada bolívar que gasto le dejan a uno un cobre de "ñapa". Yo no lo quiero. Prefiero que me lo vayan guardando en la botella que tengo de "frutero". En ella por cada cobre de "ñapa", echan un garbanzo o una arveja. Cuando las "ñapas" en cobres llega a medio real, el pulpero mete en la botella un palito de fósforo, si pasa de diez cobres, entonces meten dos palitos de fósforos y así sucesivamente. Cuando uno desea y necesita algún dinerillo, pide al pulpero o dueño del negocio que le hagan la "cuenta del frutero". El mío está casi lleno. Un día de estos le solicitaré al señor Vergara que me "haga la cuenta", y con los cobres que obtenga me voy a comprar muchas cosas. Para ir hasta el pueblo, mi padre me ha dejado un caballo, a éste le hemos puesto de nombre el "doctor". Papá se lo compró al doctor Núñez, el médico del pueblo, quien a su vez y según oídas, se lo había comprado al doctor Llavaneras. Siempre recuerdo con mucho sentimiento al doctor Llavaneras y a su esposa. Cada vez que voy al pueblo, puedo observarlos a mi paso por "Aguaviva", que está cerca a la hacienda el "Vergel". Tanto del doctor como de su esposa, dicen que están locos. La señora es rubia y él según oídas, se casó con ella en Alemania cuando estuvo haciendo estudios allá. La

señora al poco de llegar al pueblo se puso loca y el doctor Llaveneras también se volvió loco. Pero son ricos y cualquiera que los ve no puede creer que están locos. Ellos siempre andan tomaditos de la mano y siempre se les ve bien trajeados, como si se dispusieran a ir a una fiesta. Saludan a uno con mucho cariño y respeto. Cuando voy al pueblo, mi madre me entrega una marusa llena de papas y cebollas para que se los dé a la doctora Llaveneras, porque ella también es doctora en medicamentos, es decir: en medicina y además mi bisabuelo dice que es doctora cirujano como el doctor Llaveneras.

Siempre que llevo el burro "el doctor" con carga al pueblo, debo ser muy cuidadoso con él, porque al menor descuido me deja a pie. Es un animal muy mañoso. Se come el cabestro en menos que uno espabila y sale de estampida y no hay quien lo aleance. Muchas veces he estado a punto de entrarle a palos, pero luego desisto de esa idea, pues el animal es bueno y como todo ser irracional, hace lo que su instinto le aconseja. Yo lo cuido y procuro darle su alimento antes que a los demás animales.

Para el pueblo salgo muy de mañana, yo diría de madrugada, pues debo estar de regreso en casa antes de las ocho del día; porque debo acudir a la escuela de doña Ercilia Briceño, que es mi maestra. Me gusta estudiar y cuando estoy en el corredor de la clase, trato de estar atento a las explicaciones de doña Ercilia, para aprender todo lo que se me enseña. La maestra es muy buena y nos quiere mucho a los discípulos, pero a la hora de imponer la disciplina no se anda con rodeos y larga cada palmetazo que da gusto. Usa una palmeta que tiene unos hoyitos mandados a hacer especialmente, de tal manera que cuando le arrea a uno un palmetazo, la palma de la mano queda reverberando y hasta parece que le sale humo a uno de la mano. A mí me ha largado unos cuantos palmetazos, pero reconozco que me los he merecido. Recuerdo que la primera vez que probé las "caricias de la tablita", se debió a que le dije que cuando yo fuera hombre me iba a casar con ella, y eso lo consideró ella una gravísima falta de respeto. Pero la cosa no paró allí, ella le hizo saber a mi padre el asunto, y éste, ni corto ni perezoso, me dio tremenda soba con un

"mandador" muy especial que tenía para también casos muy especiales, y, sin duda alguna, mi aspiración de "matrimoniar" con mi maestra, resultó ser un caso muy especial.

La maestra ha llegado a formar parte integral de mi vida y mis infantiles pensamientos se dirigen a veces más a ella que a mi madre. Es una excelente maestra y a pesar de mi "travesura", me trata bien. Lo hace con todos cuantos somos sus alumnos, y creo que nos quiere. Los palmetazos que me ha dado los tomo como un mal necesario. Además, ¿no me pegan también mis padres en mi casa?, y no por ello dejo de quererles. Quiero aprender mucho y llegar a ser como muchos de esos señores que en los días de fiesta visitan mi casa. En especial hay un señor que siempre que viene a mi casa lo hace en compañía de su esposa, este señor ocupa toda mi atención: se trata del señor Briceño (Don Carlos, le llama mi padre), es un señor alto, robusto, siempre vestido de blanco y lleva en la cintura un revólver enorme. No es un policía como los que veo en el pueblo cuando voy de compras, pues jamás lo he mirado con uniforme y él mismo dice que es "investigador". Esta palabra me abre muchos mundos nuevos, el significado de la palabra casi lo sé, pues le he preguntado a mi maestra y ella me habló sobre ese particular. Sin embargo, a veces me pregunto: ¿Qué es un Investigador? ¿Qué o de qué cosas se ocupa? Debe ser algo emocionante llegar a grande y ser "Investigador", pero como he oído decir al señor Briceño, para serlo, hay que estudiar mucho, de ahí mi gran afán de ir a la escuela, pues no quiero atrasarme en nada referente a mis estudios y mi bisabuelo me ayuda mucho con sus continuas explicaciones sobre algunas de las lecciones que a veces me resultan difíciles de comprender. Mi bisabuelo se la pasa constantemente leyendo unos libritos que guarda con mucho cuidado en su vitrina.

Como otras veces, esta mañana me encuentro en el pueblo y como me he percatado de que mi "frutero" está repleto de granos y palitos de fósforos, decido "sacarlo", deben haber muchos cobres. El señor Espinoza, dueño de la "pulpería", después de oír mi pedimento, con una paciencia digna de admiración, se pone a contar los granos y palitos de fósforos, de cinco en cinco, y cuando al fin termina, me dice:

—Barretico, por lo que veo, tienes toda una fortunita. Tienes cinco pesos con real y medio, ¿qué vas a hacer con tantos cobres?

—Llevárselos a mi mamá para que me los guarde y me compre un buen flux para la Semana Santa —contesto.

—Muy bien pensado, muchacho; pero para la Semana Santa aún falta mucho. Tienes oportunidad de seguir llenando tu "frutero" para que compres unos zapatos y te los estrenes con el flux que te comprará tu mamá. Y al momento me fue entregando. Aquellos cinco pesos junto con el real y medio, hacían un total —hablando en cristiano— de veinte bolívars con setenta y cinco céntimos. ¡Todo un dineral! Pienso que con ese dinero puedo comprar todo lo que se me venga en gana...

Como todo muchacho de mi edad, tengo algunos amigos en el pueblo; pero nunca les doy confianza, pues, tanto mi bisabuelo como mi abuelito, me dicen siempre que es bueno tener amigos, pero que nunca se debe confiar ciegamente en ellos y menos intimar hasta el punto de hacerlos partícipes de nuestros problemas íntimos, pues de hacerlo así, se puede correr el riesgo de que mañana o pasado, por alguna circunstancia imprevista, la amistad se pierda y lo que hayamos comunicado a quien fuera nuestro amigo, pasa a ser un arma contra uno. Yo nunca olvido lo que me dicen mi bisabuelo y mi abuelito, por eso no me gusta intimar mucho con los amiguitos del pueblo. Entre éstos hay uno que se llama Carlos Godoy; esta mañana se acerca a mí y en tono algo misterioso, me dice:

—Chico, tengo un buen negocio para vos, ¿tienes cobres...?

Lo miro muy detenidamente a los ojos. Dudo un poco, reacio a contestarle pronto. No comprendo sus intenciones con esta pregunta. El se impacienta, pero me conoce y sabe que debe esperar. Al fin le digo:

—Puede ser que tenga algunos cobritos. No es mucho, pero algo hay, cantidad no sé ni creo que a vos te importe. Miento exprofeso porque sé exactamente todo el monto de

mi haber. Lo llevo conmigo en un hilván del "liquiliqui". Es la cantidad que me acaba de entregar el señor Espinoza.

—Yo creía que tenías cobres, porque si los tuvieras podríamos hacer un buen negocio. Podría venderte un revólver de verdad que tengo...

Al oírlo, me quedo mirándolo fijamente, pensando a la vez si lo que me estaba diciendo era cierto, a la par que me preguntaba de dónde podía haber sacado aquel carajo, un revólver. Abro la boca para preguntar, pero él se me adelanta.

—Es verdad, chico, te digo que es verdad! —continúa vehementemente—. Tengo un revólver y te lo vendo por un fuerte. Me lo encontré cuando iba para el río a bañarme, ¡créme! ¿Me lo compras...?

—No sé, tendría que pensarlo. Mi bisabuelo dice que antes de hacer un negocio hay que pensarlo muy bien y...

—No metas a tu bisabuelo en esto —me ataja.

—Sí lo meto, y déjame hablar, carajo, si quieres que te lo compre, ¡déjame hablar! Te decía que mi bisabuelo dice que antes de hacer un negocio, hay que pensarlo muy bien y reparar la calidad de la mercancía que se piensa negociar. Así que es posible que te compre el revólver, pero debo verlo primero y tienes que jurarme que me dices verdad, que no te lo robastes en alguna parte...

—No, chico, no me lo he robado, yo no soy un pícaro. Te juro por la Santísima Virgencita, que me lo encontré en el camino que va hacia el río. Te lo juro, mira —al decirme esto, se puso sobre sus labios los dedos en señal de la cruz.

—Está bien, te creo. Muéstrame ese revólver ahora mismo. Si me gusta tal vez te lo compre. Aunque sigo pensando que es muy raro que hayas podido encontrarte un revólver...

—Ya te juré que me lo encontré, chico; así que tienes que creerme. Espérame aquí que voy a buscarlo para que lo veas. Te va a gustar porque es muy bonito.

No tardó en aparecerse con un bojote de papeles de periódico en donde tenía envuelto el revólver, pero no pasó desaper-

cibido para mí el hecho de ver que el muchacho cuando se acercaba a donde yo esperaba, lo hacía mirando para todos los lados, como temeroso de que lo estuvieran viendo. En cambio yo no experimentaba ninguna emoción, ya que no encontraba nada preocupante el hacer un negocio de aquella naturaleza. Cuando se es niño no se tiene conciencia de lo que es responsabilidad y apenas si distinguimos el bien del mal. Consideraba que comprar aquel revólver era como comprar cualquier otro objeto y el arma en sí resultaba un precioso juguete con el cual podría deslumbrar a mis compañeros de escuela y a mis primos Eusebio, Alejandro, Carlos, Ramón, Martín y demás que con pocas diferencias de edad, nos gustaba corretear por los campos cazando ardillas, lapas, venados y otras clases de animales abundantes en los bosques cercanos a nuestra comunidad rural. El muchacho se acercó a mí y entregándome el bojote con el revólver, me dijo:

—Tómalo, puedes verlo, pero procura hacerlo en donde nadie te vea, pues hay policías y pueden quitártelo. Quiero que me des el fuerte para irme —concluyó.

—Primero debo ver si es un revólver, después te pago el fuerte —respondí, disponiéndome a desenvolver el bojote. Sí, es un revólver. Lo observo y de inmediato lo vuelvo a envolver, me acerco a donde tengo amarrado mi caballo, y meto el paquete en un bolsón de la silla de montar, luego voy y le entrego el fuerte al muchacho, quien lo toma y desaparece como alma que lleva el Diablo —como dice mi abuelito—. Cómo no tengo más nada que hacer allí en el pueblo, emprendo el regreso a mi hogar allá en la hacienda, y mientras echo los animales por delante, no dejo de pensar en la actitud del muchacho que me ha vendido aquel revólver... la duda rebulle en mi cabecita, y por eso tomo la determinación de que si le aparece dueño a aquella arma porque haya sido robada, le voy a quitar mis cinco bolívares a Carlos y de paso le propinaré algunos carajazos para que no sea pícaro. Ya me encuentro en pleno camino real cuando me doy cuenta de que ni siquiera le pregunté a Carlos si el revólver tenía balas. Seguramente que no, puesto que no me dijo nada y... Bueno, mejor me cercioro. Saco el paquete del bolsón y extraigo el revólver, lo miro por todos lados, intento sacar la masa, pero no logro dar con el mecanismo que lo

permite, entonces pongo la boca del cañón hacia mis ojos y... ¡Sí, tiene balas! Puedo verlas ya que casi asoman en los jurequitos de la masa, son amarillas y la masa está llena. ¡Tiene seis balas!

Reanudo la marcha sobre mi caballo, las otras bestias se han adelantado mucho, no veo ninguna allá adelante, seguramente las encuentre en el "Caracolí". Siempre acostumbra a sombread allí. Ansiaba llegar pronto a mi casa, pero se me metió la idea de probar el revólver para ver si estaba bueno. Sabía que mi padre me estaba aguardando, pero antes de llegar a mi casa, debo probar el arma. En el "Caracolí" encuentro las mulas, las arreo y comienzo a buscar un lugar apropiado para hacer un tiro de prueba. Pronto lo encuentro. Es en la curva del "Amarillo", este árbol es enorme y me servirá para ver si pega bien el revólver. Me bajo del caballo, apunto con el arma y sosteniéndola con las dos manos, aprieto el gatillo y al segundo escucho una enorme explosión, caigo de culo al suelo, el arma fue a parar a la ladera del barranco, el caballo y las demás bestias emprendieron veloz carrera, los oídos parece que se me quieren reventar y me chillan persistentemente, mi corazón palpita aceleradamente dentro de mi pecho, el susto ha sido tremendo, tardo en reaccionar y hasta me estoy arrepintiéndome de haber comprado aquel "bicho", hago un esfuerzo y trato de levantarme y lo consigo, pero las piernas me tiemblan como bejucos, pero tengo que apurarme, así que con los miosos que se me salen, bajo por la ladera en busca del revólver, lo toco cuidadosamente ante el temor de que pudiera estar caliente, pero nada de eso hay, lo agarro y subo a gatas ladera arriba y emprendo la persecución de las bestias, porque si éstas llegan antes que yo a la casa, las cosas se van a poner muy feas para mí, además debo meter el revólver en el bolsón de la silla de montar, no quiero que mi padre me lo vea. Por fin y, después de tanto correr, logro dar alcance a las bestias cuando llegaban a la "Puerta del Guamo", y ya calmado y después de haberme tomado un buche de agua de la botella, monto a caballo y sigo mi camino, pero ya estoy convencido de que nadie me va a salvar de la cueriza. Son más de las ocho de la mañana y ya no puedo ir hoy a la escuela. Sin embargo, en medio de mi inconsciencia juvenil, me siento todo un hombre... ¡Soy un

hombre!, me grita la mente, ¡soy un hombre... un hombre! Allí adelante, mirando siempre hacia el norte veo, aún distantes, las edificaciones de la hacienda, hasta me parece ver a mi padre oteando el horizonte en muda contemplación del vasto panorama circundante. Pienso en la explicación que debo dar a mi padre por mi tardanza. No puedo mentirle al respecto, pero debo silenciar lo del arma adquirida porque imagino cuál ha de ser su reacción. Aquel revólver es mi primer juguete. Nunca los he tenido, y realmente ahora me siento emocionadísimo. Es un tesoro lo que tengo. Ni siquiera el resto de los cobres que tengo en el bolsillito de mi blusa, me alegra tanto como la posesión de aquella mortífera arma. En aquellos momentos un nuevo mundo se abre delante de mí. Mi inconsciencia es mucha para comprender las consecuencias que aquella arma me puede acarrear si mi padre llega a descubrirmela... Ahora nadie puede compararse conmigo —pienso ilusamente—, ni siquiera papá. Ahora ya puedo comenzar a ser un “investigador” como el señor Briceño. Ya tengo el revólver... Mi maestra me enseñará lo que debo investigar. Todo esto lo pienso mientras me voy acercando a la hacienda, pienso igualmente la mejor forma de ocultar el arma antes de llegar a casa, y así, al llegar a la “montañita”, en el hueco de Bucare quemado, meto el bojote con el revólver y lo tapo bien con unas ramas de pascuas secas. Vuelvo a donde había quedado el caballo esperando y jinete en la cabalgadura continuo en dirección de mi casa. El mundo es mío. Los árboles me miran pasar y los rebaños también. Toda la naturaleza está admirada. Mis ojos no me engañan. Soy el punto central del momento. Desde ahora en adelante cambiará todo. Ya nadie me faltará el respeto ni se atreverá a regañarme como si fueran mis padres... Así pienso, soy un niño y es la reacción propia del niño que jamás ha tenido un juguete en sus manos...

Cuando estoy en mi casa, quitándole la silla al caballo para ir a entregarle cuentas a mi padre, veo bajar por el sendero cercano, a un señor vecino nuestro, que un día, hacía ya mucho tiempo, me había largado un mandadorrazo cuando me topó en el camino a la quebrada, porque yo había reñido con su hija, la encargada de pastorear su ganado, por problemas de preferencia de dar de beber agua a las reses. Desde entonces

yo no le tenía muy buena simpatía a aquel señor. No lo quería y cada vez que se cruzaba en mi camino, y aunque siempre me saludaba y preguntaba por el resto de mi familia, me acordaba del tremendo “cuerazo” que me había dado; por eso al verlo en este momento, pensé en darle un sustico con un plomazo al aire para que se fuera dando cuenta de que no era conveniente ocurrírsele volverme a pegar. Sentí hasta deseos de desafiarlo, pero mejor no, y eso que tan sólo de verlo sentía un furor hacia él... El señor al verme, y a modo de saludo, me gritó:

—Que tal, muchacho, ¿cómo te fue en el pueblo?...

—Buenos días, señor —respondí—, me fue bien. Y sin saber la razón, agregué: aunque regresé un poco tarde...

—No creas que es muy tarde, muchacho. Tienes tiempo todavía de alcanzar a los muchachos que hace poco salieron para la escuela. Deben ir por la curva de la señora Josefa —finalizó.

—Si es así, entonces voy a apurarme a ver si llego a tiempo de entrar a clase con ellos...

Sí, muchacho, apúrate y lo lograrás. ¡Ah!, no olvides que prometistes ir a casa por el perrito que te ofreció Lucía. Es tiempo de que lo vayas enseñando a cazar, y diciendo esto siguió su camino. Al escuchar esto último, todo el encono y el furor que contra él me animaba, se esfumó como por arte de magia. Era cierto. La señora Lucía —su esposa—, me había prometido regalarme un perrito de la camada que había parido la perra. Era verdad que yo deseaba tener aquel animalito para enseñarlo a cazar y que me sirviera de compañero. Mi padre no me dejó ir a la escuela, y como castigo a mi retardo, me impuso el tener que ir a la “Meseta de la Peña del Oro” a buscar unos racimos de cambures que tenía mi abuelito allá. No hubo regañinas y tampoco cuerizas. Mi padre para imponerme un castigo, se cercioraba de que realmente la falta era grave, de lo contrario, no era el padre de estar castigando por la mera razón de hacer valer su autoridad. En ese —como en casi todos los casos— era noble y justo. Un buen padre en toda la extensión de la palabra.

Mi obsesión por el revólver cada vez era mayor. Sin embargo, me cuidaba mucho de exteriorizarla. No obstante en las oportunidades en que debía ir hasta el pueblo, al regreso me detenía en la "Montañita" lugar donde estaba oculta el arma, para examinarla. Más que todo lo hacía para comprobar que aquella seguía en el mismo lugar donde la había ocultado. En cierta ocasión, cuando me hallaba contemplando mi "tesoro", me percaté de que alguien se acercaba, pero, apenas me quedó tiempo para ocultar el revólver bajo la blusa, y quedarme a la espera de que pasara quien fuera para volverlo a ocultar, pero la persona que se acercaba resultó ser el señor Casildo González, el mismo señor que me largara el latigazo por haber peleado con su hija, y a quien ya no quería tan mal. El hombre al verme, me saludó como de costumbre, con mucho cariño, y cuando ya continuaba su marcha, se detuvo, diciéndome:

—Mira, muchacho, procura tener cuidado con ese revólver que llevas metido ahí debajo de la blusa. Es muy peligroso tener esa clase de armas así. Te aconsejo la metas en una de esas marusas que llevas en el caballo. ¿Se lo mandan a tu padre? —me preguntó señalando con su dedo el sitio donde se me veía el bulto y parte de la cacha del mismo.

—Sí... sí, señor, se lo mandan a papá —respondí apresuradamente—. Ahora mismo lo guardo en una de estas marusas. No se preocupe usted. Y en seguida y antes de que el hombre emprendiera la marcha me saqué el arma y la metí en una de las marusas aludidas y seguidamente monté a caballo y marché camino arriba, hacia mi casa, más preocupado que nada. Me criticaba a mí mismo por mi imperdonable descuido, ¿qué hacer ahora?, ¿decirle a papá la existencia de aquella arma?, ¿ocultarla y esperar a ver si el señor Casildo lo olvidaba?... Para ninguna de estas interrogantes hallaba la respuesta acertada, no obstante, decidí en último instante, ocultar el arma y esperar mejor momento para decirle a papá que yo la tenía, decirle toda la verdad, creía que eso era lo mejor y, finalmente, esa fue la idea que prevaleció; pero dejaría pasar algún tiempo más... ¡Sí, eso era lo más conveniente!

Esa misma tarde, a la hora de la cena, mi madre que tenía por costumbre apilar leña por si se necesitaba en la noche,

se le ocurrió echar una mirada hacia allá abajo, hacia la "Puerta del Guamo", y se queda extrañada de ver como una pareja de policías a caballo, se acercaban con dirección a la hacienda. Llama a mi padre y comenta el caso con él. Es extraña la presencia de los policías y más a esa hora, cuando ya casi es de noche. Las luces hace rato que fueron prendidas allá en la ciudad, y en la Iglesia ya sonaron las campanas llamando para el rosario. Mi padre nada dice, al menos no logro oír nada de lo que pudiera comentar con mi madre, no obstante, de repente me entra una enorme preocupación. Intuyo que la presencia de aquellos agentes está relacionada con mi "tesoro", pero quedo más tranquilo al pensar que lo tengo bien oculto. Otra cosa sería si lo cargara encima... Además mi padre es el Comisario del caserío. Cuando alguna vez han venido, hablan con él, en especial cuando andan en busca de alguien. Así fue la vez que andaban solicitando a Isaías Terán que había matado a un señor que encontró acostado con su mujer. Cuando al fin estuvieron en la casa y, después de que mi madre les sirvió agua y café, el policía que parecía jefe del otro, le dijo algo a mi padre. Este se puso en pie y los invitó a pasar a la sala, diciéndonos a mi madre y a nosotros, los muchachos, que nos fuéramos para el corredor. Mi madre nos echó a Ignacio, Adolfo, Humberto y a mí por delante y salimos hacia el corredor tal como mi padre lo había ordenado. Al poco rato, mi padre salió de la sala y con pasos apresurados, y con una cara que no pronosticaba nada bueno, se acercó donde yo estaba sentado y sin muchos miramientos, me agarró por el cuello de la blusa y me llevó en volandas hacia la sala en donde esperaban los agentes de policías. Una vez en presencia de aquellos, mi padre me registró de pies a cabeza, y no conforme con eso, me despojó de la blusita, y como no encuentra lo que andaba buscando (para mí ya no había duda de que era el revólver), me dice:

—Hijo, estos señores vienen buscando un revólver que tú compraste en días pasados a un muchacho en el pueblo, ¿dónde lo tienes? De momento tardo en responder, sin embargo, tiemblo de pies a cabeza, pues cuando mi padre me habla en la forma en que lo hace ahora, es cuando más enojado está, pero debo responder y decirle la verdad. Los agentes me miran

muy serios y eso contribuye a mi decisión de no callarme nada, por lo que digo a mi padre mirándolo a los ojos:

—Lo tengo escondido en el hueco del bucare en la "Montañita". . .

—¿Cómo se llama el muchacho que te lo vendió?

—Se llama Carlos. Me dijo que se lo había encontrado cuando iba a bañarse al río.

—¿Por cuánto te lo vendió?

—Por cinco bolívares.

—¿De dónde sacaste los cobres para comprarlo?

—Saque el "frutero" que tengo en la pulpería del señor Espinoza.

—Muy bien, hijo. Vaya a buscar el revólver. Los señores esperarán aquí. No tardes con esa arma y mucho cuidado con lo que hace.

Me puse la blusa y salí a buscar el revólver. Encontrados pensamientos bullían en mi cabecita. El comportamiento de mi padre me preocupaba muchísimo. Aquella posición suya, su aparente tranquilidad me inquietaba más que si me hubiera ofrecido unos latigazos. Mientras me acercaba al lugar donde tenía escondido el revólver, pedía a Dios que cuando regresara a casa, estuviera allí mi bisabuelo o mi abuelito, ellos podrían evitar que mi padre me castigara. Saqué el paquete con el revólver y regresé apresuradamente a la casa. Mi padre, en compañía de los dos agentes, estaba sentado en el corredor, tomando café. Al ver que me acercaba, mi padre se levantó y estiró la mano pidiéndome el bojote, se lo di y sin más se lo dio a uno de los agentes, quien procedió a desenvolverlo, tomó el revólver y después de observarlo detenidamente, procedió a sacarle la masa y extrajo las balas, cinco y una cáscara vacía, que era la bala que yo había disprado, luego de esto le pasó el arma a mi padre, diciéndole:

—Ese es el revólver, señor Comisario. No hay duda, coincide en todo con el descrito por el doctor Maldonado, que fue a quien el muchacho se lo robó.

Mi padre le devolvió el arma y las balas, pero se quedó con la cáscara de bala, la miró un rato y luego me dijo:

—Hijo, según me ha dicho hace un rato el señor agente, el revólver cuando fue robado por el muchacho, estaba con la carga completa, y aquí sólo hay cinco balas y esta concha, ¿hiciste algún tiro con el revólver. . .?

—Sí, señor. Hice un tiro el día que lo compré. . .

—¿Dónde hiciste el tiro, hijo?

—En la curva del "Amarillo". Hice el tiro contra el árbol, papá.

—Está bien, hijo —Y dirigiéndose a los dos agentes, entregó la concha de la bala y les dijo: Bien señores, tienen ustedes el revólver. Del muchacho me encargo yo —y diciendo esto, todos se dirigieron al corredor. Los policías montaron en sus bestias y se despidieron de mi padre y de mi madre. Yo apenas si tuve valor para asomarme y ver cómo los agentes encendían sus linternas y emprendían el regreso a la ciudad. Mi padre, seguido de mi madre, entró a la casa y me llamó:

—Hijo, acércate, quiero hablarte. . .

—Sí, papá —respondí.

—Hijo, no debió ocultarme lo de ese revólver. Usted aún no tiene edad para que esté pensando en armas. No lo vuelva a hacer. Por esta vez lo perdono, no porque quiera hacerlo, sino porque los señores agentes me pidieron que no lo fuera a castigar. Pero que no me entere yo de que vuelva a las andadas. Hizo una pausa y agregó: No creas que yo estoy muy contento con esa pena que me has hecho pasar con los señores agentes. Tú sabes —y tu madre también— que estoy muy caliente con esa vaina, así que no me des motivo para descargarte una paliza, y cobrarme esa vaina. . .

—Sí, papa. No lo volveré a hacer. Papá, ¿y quién me va a devolver mi fuerte que pagué por el revólver. . .?

A esta pregunta tonta que yo acababa de hacer, mi padre no me respondió, pero la mirada fulminante que me echó, me

puso la carne de gallina y palabra que me arrepentí de haber hablado, porque esa fue la mecha que desencadenó la tormenta. Mi padre después de un buen rato mirándome como estaba, me dijo:

—Yo, hijo. Yo te voy a dar tu fuerte. Sí, te lo voy a dar... Y diciendo esto, se acercó a mí, me echó mano por un brazo y quitándose la correa, la emprendió a correazos conmigo. Yo gritaba, pataleaba y suplicaba, pero mi padre era inflexible, y estaba visto que le colmó la paciencia al hombre. Me largaba cada "chuchazo" que repercutía sobre mi lomo y en medio del dolor producido por los golpes que recibía, maldecía la hora en que aquel carajo me había propuesto la venta del maldito revólver. Mi padre seguía dándome "chuchazos" con su correa y no podía zafarme de su mano, y, si dejó de cuerearme, se debió más que todo a la oportuna intervención de mi madre, quien se abrazó a mi padre gritándole:

—Ya basta, Rafael. ¡deja al muchacho! ¡Ya no me le pegues más! ¡Suéltalo, te digo!

Mi padre la miró, sin soltarme, pero mi madre se acercó y me zafó de la presión de su mano, diciéndome:

—Váyase para el cuarto, hijo mío, y deje ya de jipear, los hombres no deben llorar. Mi padre se amarró la correa sobre la faja del revólver que siempre llevaba puesta, y salió de la casa, yo obedecí y me fui a mi cama con las espaldas y las nalgas más calientes y doloridas que el carajo. Mi hermano Ignacio desde su catre me dijo:

—¿Te duele mucho, hermanito?

—Sí, Ignacio, me duele mucho, pero no hables más ahora —le respondí— Tendido boca abajo en mi catre, pienso en lo desafortunado que he sido con la primera adquisición importante de mi vida. Pienso en la manera de recuperar mi fuerte, pues ese carajo que me vendió el revólver, no se iba a burlar de mí, y, así, pensando la mejor forma de regresar el fuerte a mis bolsillos, me fui quedando dormido...

Han pasado los años, muchos creo yo. Ya casi soy un hombre. Esto de crecer es duro ejercicio. Todo mi cuerpo va

cambiando, me siento distinto a como era en los años pasados. He crecido y en mi anatomía se suceden cambios, lo mismo en mi carácter. Ya en mi casa todo me parece cambiado y a pesar de que se me trata bien, me siento oprimido. Comprendo que necesito del aire del campo y de la libertad de éste para sentirme más conmigo mismo. El sólo hecho de estar viendo las mismas cosas ya me produce malestar. Si pudiera quedarme a dormir sobre la yerba bajo cualquier árbol, me sentiría más feliz. Es una sensación de pesadez. Todo el pasado, mi antigua vida, la veo y siento lejana. Soy un nuevo ser y yo mismo me asusto ahora de notar este cambio terrible que se opera en mí. De noche extrañas sensaciones y extenuantes sueños me oprimen las sienes. El deseo de aventuras empieza a germinar en mi cabecita. Ya no me interesan los juegos con que solía distraerme cuando más chico. ¿Qué tengo, señor, qué me está sucediendo?, dame mi nueva vida y no me hundas en este oscuro torbellino de sensaciones extrañas que no puedo adivinar... ni siquiera sospechar... Dame una luz; un pequeño camino por donde pueda volver a la ruta... Y corro por el campo florecido y galopo como un loco y canso el caballo... Detrás de mí ruge ese deseo sin nombre que no sé a dónde me llevará... Estoy cansado, el trabajo en la hacienda es agotador... Mis hermanos ya están casi grandes, pero no trabajan como lo hago yo. Ellos van a la escuela sin faltar un solo día, en cambio yo ya no lo hago. Tengo que esperar a que mi padre me inscriba en el pueblo, mi maestra sólo puede enseñarme hasta el quinto grado. Mi padre me ha retirado porque —según su decir— debo ocuparme del ganado y de otras cosas. Debo esperar el año entrante para anotarme en el colegio del Padre Chacín, pero debo seguir estudiando en los libros escolares y también en los que me da mi bisabuelo... Ni siquiera a una fiesta de gallos puedo asistir. Los días de fiesta los paso tras las vacas, tras los becerros y vigilando porque éstos no se escapen y mamen la leche de sus madres. Estoy solo, ya no tengo amigos y si los tengo ya no puedo hablar con ellos ni jugar ni nada... Ya no quiero seguir cuidando ganado ni hacer mandados al pueblo. Aspiro a un porvenir más amplio, más mío y más independiente; un porvenir en el cual yo sea mi propio dueño. Esta idea se me ha metido de tal forma en la cabeza que no me deja tran-

quilo. Mis hermanos siempre se quedan en casa mientras que yo tengo que trabajar como un pobre peón. Soy el mayor. El primogénito —como dice mi bisabuelo. Sin embargo, esto no es justo. Necesito dinero y ser alguien. No he de pasarme la vida, toda la vida tras las vacas ni dándole de comer a los otros animales. Menos tener que vivir siempre en el campo y morir de viejo, sin conocer el mundo ni ver caras nuevas, gentes nuevas, grandes ciudades —como dice mi bisabuelo que hay muy lejos sobre el horizonte—, esta vida es monótona, sin esos horizontes de que él me habla. Depender de los demás es triste y agotador. Los pájaros son libres y siempre consiguen comida y viven solos; yo quisiera ser como ellos; pero tengo que seguir adelante, sin quejarme... ¿Qué hacer si no tengo a nadie con quién hablar ni a quién contarle mis confidencias? La única distracción que tengo en medio de esta gran soledad que me rodea, es la lectura de los libros que tomo del cuarto de mi bisabuelo; él se la pasa estudiando. Tiene muchos libros y aunque me los presta, debo cuidárselos porque es muy delicado con ellos. Para yo llevármelos, primero debo mostrarle la marusa de lona en donde los guardo cuando estoy por allá en los potreros; si no llevo la marusa, no hay libros. Me tiene prometidos unos garrotazos si le deterioro sus libros. Cuando estoy leyendo alguno de esos librotos y no logro entender su contenido, recurro a él, y entonces con su buena explicación logro al fin medio entender. De todos esos librotos, tengo preferencia por uno que, según mi bisabuelo, es una novela y se titula "La Isla del Coral", otro libro que se compone de varios tomos, que me gusta leer mucho, es "El Conde de Montecristo"; otro libro que he leído de punta a rabo —como quien dice—, es "El Conflicto de los Siglos". Por cierto que a causa de esa obra, tuve problemas con el Padre Chacín cuando estuve en su colegio semi-interno sacando el sexto grado. Estábamos en clase y el Reverendo nos estaba dando una explicación de los misterios de la Iglesia y de los mártires que ésta tenía, y en un medio receso que se nos concedió, a mí, que no me cabía en la cabeza la idea de tales mártires de que hablaba el Padre, le formulé una pregunta, tal vez tonta, pero deseaba hacerla y se la largué así, de sopetón:

—¿Padre, por qué los Papas de Roma mandaban a quemar

en hogueras a los hombres que leían la Biblia y que decían que eran los verdaderos representantes de Cristo en el mundo?

—Usted, jovencito, se me va para la capilla a rezarle al Santísimo cinco Padre Nuestros, cinco Ave María y un Credo, en castigo y como arrepentimiento de haber hecho esa pregunta blasfema a un Sacerdote, ¡y eso es ahora mismo!

Y recé todas aquellas oraciones, y juré arrepentimiento y me di como doscientos golpes de pecho, y hasta prometí formalmente al señor cura que no volvería a leer el libro "Conflicto de los Siglos". Mi abuelito Bartolo dice que los curas sólo sirven para bautizar a los muchachos y rezarle a los difuntos. Me gusta escuchar a ese par de viejitos que a pesar del boquete de años que tiene cada uno, se comportan como un par de jóvenes de veinte años. Todo el mundo en mi casa los respeta, viven insistiendo en que debo de leer cada vez que tenga tiempo para hacerlo. A veces me canso de tanto leer, pero, ¿qué hacer?... Comprendo que estoy en una edad en que se necesita de alguien... de amigos y amigas. No he volcado todo este cúmulo de pasión que llevo dentro en nadie e intuitivamente me doy cuenta que es eso lo que necesito.

Muchas veces he sorprendido a mis primos, Eusebio, Alejandro, Pedro y a mi tío Tulio —vecinos de casa— conversando con sus amigas, sus novias —como ellos las llaman—. Un día sorprendí a Eusebio escondido en un matorral con Aurora, la hija de la señora Cantalicia, y al verme se quedaron todos azorados, ella más colorada que una granada, se arregló el vestido tapándose los muslos y después de cierta vacilación, agarró las cotizas y salió corriendo con dirección a su casa, olvidando por su apresuramiento, los "pantaloncitos colorados" que estaban guindando en una rama. Mi primo Eusebio se apresuró a guardarlos en el bolsillo de su blusa. Los vi y seguí mi camino; pero la escena me dejó bastante pensativo. Nunca antes había visto una muchacha con sus muslos pelados como los tenía Aurora. Las muchachas acostumbraaban a usar sus "fustanes" que le llegaban a los tobillos y hasta más allá... Pienso y revivo en mi mente la escena y siento que se me altera la circulación, experimento una sensación extraña... Sigo pensando. Consulté al viejo Hilarión, a quien todos, cariñosamente,

mente, llamábamos "Quinquín", un día que me lo topé tumbando "jumanguéz", y entonces él, después de oírme, me explicó detalladamente "todo". Comprendí y encontré la razón de mis inquietudes...

Desde entonces siempre he visto a las mujeres con otros ojos y sé de la utilidad que son para nosotros los hombres... Cierta día, regresó del pueblo la hija de mi madrina Silvia, Anatolia. Esta muchacha era muy bonita, mayor que yo en dos años. Cada vez que regresaba del pueblo, siempre iba a visitar a mi madre. En esta ocasión encontró a ésta con apenas cuatro días de haber parido a mi hermanito Fernando y, como no había nadie que asistiera a mi madre, la muchacha decidió quedarse. Yo me alegre muchísimo. Ella siempre me ayudaba en mis estudios y una tarde, estando los dos debajo del "Higuito" repasando los libros, ella me dijo:

—Veo que has estudiado mucho, tu novia debe estar muy contenta, ¿verdad?

—No, chica, yo no tengo novia... En seguida recordé lo que mi bisabuelo me había dicho muchas veces: "Hijo, cuando un hombre gusta de una mujer, debe hacérselo saber... Nadie sabe si a ella le sucede lo mismo. Por eso no hay que guardarse el gusto. Cuando usted sea un hombre y le guste una muchacha, dígalos sin titubeos..."

—No, Anatolia, yo no tengo novia —repetí—, pero hay una muchacha que me gusta mucho...

—¡Ah, sí!, y ¿quién es ella, chico?

No le respondí inmediatamente, me levanté del banco en que había estado sentado, y mirándola fijamente, le dije:

—Esa muchacha es usted, Anatolia. Se lo dije así de simple, como si estuviera diciendo: está haciendo mucho calor. Ella no me respondió, pero se me quedó viendo como extrañada de oír lo que yo le acababa de decir, pero su extrañeza duró poco, ya que de inmediato se puso en pie y tomando algunos cuadernos, me dijo:

—Está bien, si lo que quieres es que yo sea tu novia, debes decírmelo ahora, así que tú veras...

—Sí, quiero que seas mi novia, para que hagamos lo que hace mi primo Eusebio con su novia Aurora...

—¿Y qué es lo que hacen ellos, chico?

—Te lo digo a la noche, ahora vámonos, nos están llamando —concluí.

—Pero me lo dices, no lo olvides porque si no, no quiero ser tu novia.

Dije que a la noche te lo digo, yo no miento ni dejo de cumplir lo que digo, papá me lo ha enseñado así, y quiero que seas mi novia porque me gustas y cuando a un hombre le gusta una mujer, debe decírselo, y yo te lo digo a vos. —Ya se lo había dicho y aunque no se lo demostraba, en esos momentos yo estaba que casi salía corriendo por el campo gritándole al viento y a los pájaros, y a las vacas y todas las criaturas vivientes, ¡que era feliz, que tenía novia!

Una vez que hube acudido a enterarme para qué me llamaban, y de haber hecho lo que mi madre quería hiciera, salí a buscar al viejo "Quinquín"; quería que me hablara más sobre eso de andar con la novia. Iba preparado, pues le compré un bojote de chimó para que el viejo tuviera ánimo de explicarme lo que yo quería saber. Una vez en presencia del viejo Hilarión, y después de decirle que ya había conseguido la novia, él comenzó a decirme la forma como debía comportarse con ella, el respeto y el buen trato que debía brindársele, cómo debía defenderla y cómo regalarla de vez en cuando con algo que fuese grato para ella. Yo lo escuchaba muy atentamente, luego y mientras el viejo se metía medio bojote del negro chimó entre sus muelas, le pregunté de sopetón:

—Señor, Hilarión, ¿pero yo puedo abrazarla y besarla a ella, como lo hizo mi primo con Aurora?

—Sí, muchacho. Puedes besarla y abrazarla... si ella se deja... Puedes eso y muchas cosas más, pero no te las aconsejo. Eres aún muy niño para esas cosas. Te aconsejo seas formal en todo momento. Y ya te he aconsejado y advertido, muchacho...

Así comenzó esta nueva etapa de mi vida juvenil, así dio comienzo a un "noviazgo" forjado de ilusiones y encontrados

pensamientos, ilusiones que con el correr del tiempo se irían esfumando como volutas de humo arriadas por los vientos calurosos del hastío... La noche llegó con su manto negro que poco a poco fue cubriendo las cumbres y el horizonte infinito, y con ella y su negro romantón, el momento ansiado de estar al lado de Anatolia, para quererla, para decirle las cosas que me había enseñado el viejo Hilarión. Vino muy bonita y al estar frente a ella la vi más hermosa. Parecía una Virgen con sus cabellos larguísimos y su eterna sonrisa en los labios, como si estuviera burlándose de todo o de todos...

--Cuéntame eso de tu primo con Aurora —exigió la muchacha.

Y palabra que se lo conté todo, con lujo de detalles, no solamente en la teoría, sino en la práctica, que a decir verdad resultó más efectivo, más emocionante, extraño y divino, la felicidad comenzó a darme sus primeras mieles, pero poco a poco la miel va escaseando y... los vientos calurosos del estío van dejando paso a los fríos de la soledad fatigante en donde sólo el recuerdo vive y muere en los corazones... La ausencia es el final de lo que uno cree constante. Tuve novia por dos semanas o algo más, ahora ya no la tengo, pero no me importa, hay otros pensamientos en mi cabecita, la distancia, el horizonte me llaman...

Anatolia ha vuelto a la ciudad, a sus estudios, a disfrutar de otro ambiente. La monotonía en este campo es asfixiante. Se piensan tantas cosas... Deseo concentrarme ahora en la lectura, pero debo interrumpirla para echar una ojeada al ganado disperso por el inmenso potrero. Hoy debo regresar temprano. Mi madre sigue guardando cama, siempre sucede así cuando ella pare un hijo. La partera, que es mi abuelita Filomena, aconseja que debe guardar cama durante diez días, para que los "aires" no le hagan daño...

Los recuerdos enmarcados en mi mente a raíz del fugaz noviazgo con Anatolia, poco a poco van esfumándose como la bruma al comenzar a nacer el día al pie de la montaña. Sigo metido diariamente aquí, en los potreros cuidando el ganado, sin embargo, mi pensamiento cada día remonta más el vuelo y

se pierde cual rayo de luz por los caminos de la imaginación... El horizonte me llama...

Cierto día, cuando me encontraba pensando en todas estas cosas que poco a poco habían ido transformando mi vida, cuando me encontraba en la "aguada" del potrero llegó la dueña de las tierras adyacentes a las nuestras.

—Quiubo, muchacho, ¿qué haces tan temprano por aquí?

--Ya lo ve usted, doña: lidiando con todos estos animales —y señalo hacia donde pasta el ganado—, y a Ud., ¿cómo le ha ido?

—¡Ah, mijo! Imagínatelo. La puntada que me tenía jodía, ya casi no me da, gracias a Dios; pero no puedo dejar de coger los buches del "agua de yerbas", porque si no, ¡hay tá la vaina otra vez!; ¿como que hay fiesta de gallos en tu casa?

--Sí, señora. Hay fiesta de gallos, para mí como si no la hubiera. Tengo que cuidar los animales... Trabajo como si fuera uno de ellos...

Este diálogo lo sostiene conmigo la señora Remigia Alvarez, quien es la propietaria de los terrenos colindantes con los de mi padre. Señora de bastante edad. Tiene la sabiduría que le dan los años y desde un tiempo a esta parte es mi amiga; conversa conmigo y me habla de muchísimas cosas. Con ella he aprendido algo de lo que guarda la vida.

—Tú no eres tonto, muchacho —me dice— Si lo fueras no te la pasarías con esos libros... En esos bojotes de papeles siempre se aprende algo, si te lo digo yo...

—Eso dice mi bisabuelo —le respondo.

—Tu bisabuelo es un gran hombre, muchacho. Lo conozco desde hace muchos años. Creo que aún recuerdo cuando llegó por estas tierras. Nosotras, las muchachas de entonces, le llamábamos el "jurungo". Era un joven muy bien plantao... pero era "caca" para nosotras, porque llegó con tu bisabuela y sus cuatro hijos ya casi hombres. El mayor era tu abuelo Bartolo, quien al poco tiempo se comprometió en matrimoniales con tu abuela Zoila...

—¿Por qué le decían a mi abuelo “jurungo”...?

—No me interrumpas, muchacho. Si lo vuelves a hacer, ¡no te cuento más nada!

—Sí, señora.

—Como te venía diciendo. Tu hoy abuelo se matrimonió con mi amiga Zoila, pero antes de que el señor cura subiera del pueblo a casarlos, tu bisabuelo le compró la hacienda de la “Peña del Oro” a Bartolo y se la dio como regalo de boda. Eso estuvo muy rumboso y vivieron gentes de todas partes, hasta del extranjero llegaron unos jurungos que habían sido amigos del “jurungo” de tu bisabuelo. Se decía por aquel entonces que tu bisabuelo traía mucho dinero, y eso era cierto porque lo primero que hizo fue poner la tienda en Santa Rosa. Siempre que subía por estos lugares y en esas fiestas de gallos y bolos, la faja la cargaba llena de monedas de oro, puras morocotas y libras. Eso sí, nunca le faltaba un apestoso tabaco en la boca, y aún hoy a pesar de sus años, no lo suelta pa'nada... Tú te pareces a él, sólo que no tienes los ojos verdes. Eso sí, muchacho, es un buen tocador de violín y tu abuelo no se le queda atrás...

Y la señora Remigia habla y habla y mis pensamientos se pierden por otras rutas... ¡El horizonte me llama! Remigia interrumpe mis pensamientos cuando me dice:

—Tú eres un muchacho con espíritu aventurero: aunque te has criado por aquí, no has podido adaptarte a estos montes. Recuerdo como si fuera ahorita cuando tus taitas se tuvieron que ir lejos, y recuerdo también cuando se volvieron a aparecer por estos cerros, te traían ya a vos, que tenías como cuatro años, te veías muy gordo y colorado y ya tu mamá no podía ni cargarte por lo preñada que estaba. Ahora eres casi un hombre y no sé por qué no te has huido de esta vaina. Yo siendo vos me iba para el Zulía que es donde dice tu taita que Dios te trajo al mundo, así puedes estudiar y llevar mejor vida. Yo puedo ayudarte, tengo buenos amigos que si yo les pido, te pueden ayudar... Tú tienes...

Y la buena mujer, anciana, pero con una vitalidad extra-

ordinaria, a pesar de sus ochenta y tantos años (ella cuando alguien le preguntaba la edad, respondía siempre de tener ochenta, pero no definía a cuántos más alcanzaba el “y tantos años”), habla que te habla, y mis juveniles pensamientos siguen perdiéndose por otras rutas... y el horizonte extraño y distante me llama... Oigo hablar a doña Remigia y tengo que reconocer que lo que me acaba de decir tiene un gran fondo de verdad. Pienso. Esto podría ser el comienzo de una nueva vida; la vida que he estado esperando todo este tiempo. ¿Escucharé sus consejos? Es una oportunidad que se me presenta; pero están mis padres y mis hermanos y la vida segura que he llevado hasta ahora... pero si me quedo a lo mejor tenga que despedirme de mis sueños... Me pregunto: ¿Qué vale más, mi futuro o esta existencia que llevo?

Doña Remigia con su vasta experiencia comprende que mi cabeza es un torbellino de ideas, ni siquiera me interrumpe en mi silenciosa actitud. Sabe que sus palabras han hecho efecto y que ese silencio que ahora guardo no es otra cosa que una lucha sorda con mi conciencia. Al fin y observando que ella me mira insistentemente, me armo de valor y le digo:

—Doña Remigia, creo que usted tiene razón, pero debo pensar mejor el asunto, porque según lo que dice mi bisabuelo, el hombre cuando toma una determinación, debe consultarlo antes con la almohada y...

—Tu bisabuelo dice muchas cosas buenas,, muchacho; pero le ha faltado tiempo para decirte que esta vida que llevas no es buena para vos —me ataja ella—. Pero haces bien pensarlo. Yo puedo conseguirte buena ayuda, además vos tenéis familia por el Zulía, por lo que no te sería difícil adaptarte pronto por esos lados. ¡Piénsalo, pues muchacho!

—Entonces yo le aviso esta misma semana, doña Remigia. Y como siempre nos estamos viendo...

—Sí, muchacho, me avisas después y te tendré un par de morocotas para que lleves de avío cuando te vayas.

Desde aquel día en que sostengo la conversación con mi amiga, doña Remigia, comienzo a preparar las cosas para mi

huida, sin embargo, tardo en decidirme plenamente. Cada vez que estoy frente a mi madre, las ideas se me desvanecen y en esto mi conciencia juega un papel muy importante, lo que determinó que me decidiera a hablarle a ella de mis deseos de irme a la ciudad para buscar la manera de seguir estudiando. Le hago saber que doña Remigia me ha prometido conseguirme un trabajo o recomendarme a alguien para conseguirlo. Mi madre me escucha con mucha atención y así, cuando hube finalizado de hablar, ella que comprende mis inquietudes y desea me supere algo más en mis conocimientos culturales, está de acuerdo, pero es partidaria de que el asunto hay que consultarlo con papá, cosa a la que accedo, pero pidiéndole a mi madre que me deje hablarle antes a doña Remigia para que me tenga el trabajo y de esa forma hasta sería más fácil convencer a mi papá. Y así lo hicimos.

Tuve la entrevista con doña Remigia a los cuatro días siguientes de haber tenido la conversación con mamá, ella —doña Remigia— escuchó el planteamiento y aceptó conseguirme colocación, pero me pidió aguardara hasta la semana siguiente, pues ante debía acercarse a la ciudad para tratar de conseguirme algo con alguno de sus amigos. Convine con ella en vernos allí mismo (en el potrero) el día 18 de marzo de 1937. No olvido nunca esa fecha. Y voy a decir por qué: Ese día no pude acudir a la entrevista como había sido convenido, porque precisamente el 18 de marzo de aquel año, murió mi abuelo, el Coronel Ponciano Cañizales, padre de crianza de mi papá. Mi abuelo Ponciano, según nos contaba a todos nosotros cuando nos reunía en su casona de la hacienda, había criado a mi papá cuando éste había quedado huérfano a la edad de tres años. Yo quería mucho a mi abuelo y lo admiraba como el que más. Cuando había recolecta de café, llegaban de la ciudad un montón de soldados con sus enormes máuseres, algunos llegaban a pie y los más lo hacían a caballo, pero con la excepción de algunos a quienes mi abuelo llamaba tenientes o sargentos, todos al llegar agarraban sus cataures por la mañana y se iban a coger café y así pasaban hasta dos semanas hasta que se finalizaba de recoger la cosecha. Bueno, como venía diciendo, no pude acudir a la cita con doña Remigia por causa de la muerte de mi abuelo Ponciano; pero como ella acudió al

velorio, allí aprovechamos para hablar del asunto que teníamos entre manos.

—Supe la muerte de tu abuelo y por eso me dije que no ibas a poder ir a verme —me dijo—. Pero ya te tengo el empleo en el pueblo, ahora vos tenéis que decidirte.

—Ya lo he decidido, doña Remigia, voy a hablar con mi padre para pedirle permiso, pero si no me lo quiere dar, me voy huido, pero con el permiso de mi mamá —respondí.

—Ajá, y ¿cuándo puedes irte, muchacho?

—Para el domingo por la tarde después de que le eche de comer al ganado —contesté.

Mi padre se opuso rotundamente a mis deseos y los de mi madre, pero yo estaba decidido a largarme, cosa que hice el domingo acordado con doña Remigia. Previamente llevé el ganado a la "aguada" a que hubiera, separé los becerros de las madres y llevé el toro padrote a otro potrero junto con las novillas que estaban en ceba y que, según lo ordenado por mi padre debían estar alejadas de los otros toros. Una vez puesto en orden todo lo concerniente a los animales, eché una mirada al papel con la dirección que me había dejado mi amiga Remigia, me grabé el nombre del señor que debía buscar en el pueblo, y después de guardar en uno de los bolsillos el papelito, desaté a "Lucero" y caballero en él, emprendí el camino hacia la cercana ciudad. "Lucero" era el nombre con que había bautizado a un hermoso toro pardo, que había quedado huérfano cuando apenas tenía una semana de nacido, pero que yo me había encargado de alimentar usando el sistema de darle a beber leche recién ordeñada con una botella, tal como me lo había enseñado mi abuelo Bartolo. El animalito fue creciendo, y andaba tras mío o de cualquiera de mis hermanos o mamá, como si se tratara de un perrito, pero una vez que se volvió un toro respetable y después de haber tumbado la cocina, mi padre decidió que debía estar con el resto del ganado adulto. El animal había destruido la cocina por su empeño en meterse a comer maíz cocido, todo porque mi madre lo acostumbró a ello dándole cada vez que llegaba a la puerta, una totumada de maíz, y ese día que nos echó la cocina al suelo, encontró la

puerta abierta, esperó a que saliera alguien a responder de su mugido, pero como nadie lo atendió, metió la cabeza y como la panza era demasiado voluminosa, las paredes, puerta y demás partes del techo se vinieron al suelo, es decir, sobre el animal que al parecer no le importó en absoluto porque se engulló completo el perol de maíz que encontró. Cuando nosotros regresamos, hallamos esa parte de la casa hecha un desastre. Mi madre pegó el grito al cielo, y pedía a papá que se pusiera a arreglar la cocina, pero éste le respondió, muy tranquilo, que eso se haría el otro día, y como mi madre conocía como era de cachazudo mi padre, dejó de pegar lecos y terminó de olvidar el asunto, pero eso fue por poco tiempo, porque a eso de las nueve de la noche (nos acostábamos a las siete) mi madre que seguramente no había conciliado aún el sueño por la preocupación que la embargaba, nos despertó a todos, incluso a papá, con su alboroto.

—¿Qué te pasa, mujer?, —interrogó mi padre.

—¡“Lucero”, Rafael! —Gritó, más que dijo mamá.

—¡Ah! No te preocupes por él. No creas que no me percaté que no estaba en la gallera. Ahora duerme, mujer.

—Rafael, que es “Lucero”, ¿te lo digo yo, hombre! ¿No lo escuchas, ah, no lo escuchas...? ¡Oyelo!

Y sí que lo oímos. Ah vaina, ese carajo nos tumbó la cocina —exclamó mi padre—, en seguida prendió la lámpara y salió del cuarto para ir a ver, nosotros nos levantamos de nuestros catres y le seguimos con esa curiosidad propia de nuestra edad. Mi padre comenzó a quitar la broza y las vigas del techo caído, separó un pedazo de pared de barro y la puerta, y allí estaba “Lucero” muy tranquilo con su panza casi arrastrándola, lambisqueando aún el perol. Mi padre largó una carcajada enorme, porque realmente el espectáculo era cómico, el animal presentaba un aspecto fantasmagórico, lleno de hollín, tierra, paja y broza y lo único que lo hacía distinguir de todas las inmundicias de que estaba cubierto, era la blancura de sus dos cachitos de apenas cuatro pulgadas. El animal era de buena raza y sólo tenía tres años. Mi abuelo decía que estos animales de raza apenas si le salían tales ornamentos. Desde aquel fatídico día

en que destruyó la cocina de mi madre, el toro fue a ingresar a la prole general conformada por el resto de ganado perteneciente a mi padre que, a decir verdad, no iba más allá de treinta reses. Sin embargo, el animalito de vez en cuando se escapaba del potrero y se le presentaba a mi madre en busca de su acostumbrada ración de maíz. Yo decidí llevármelo para usarlo de cabalgadura, pero con la idea fija de soltarlo una vez estuviera en las cercanías del pueblo, cosa que hice sin ninguna dilación. Sabía que el animal iría derecho a casa y sin duda alguna que así sucedió...

Apenas hube llegado a la ciudad, me apersoné a la dirección que llevaba anotada en el papelito entregado por mi amiga Remigia allá en el campo. El señor que me atendió era el jefe del Banco y al enterarse que iba de parte de doña Remigia, no tuvo inconveniente en aceptarme, y fue así como comencé a trabajar por primera vez a las órdenes de otra persona que no era mi padre. Consistía mi trabajo en llevar todas las mañanas, la correspondencia al Correo y recoger allí la llegada para el Banco. También realizaba algunos mandados relacionados con la adquisición de artículos en las boticas y de las tiendas. Vivía en la casa del jefe del Banco, pues éste estaba instalado allí mismo, y como es de suponer, servía de compañía a la esposa del gerente-jefe del Banco, cuando éste, por alguna razón especial, debía viajar a otras ciudades del país. Se me permitía acudir a la escuela, ya que para tal efecto, la señora Graciela me había inscrito en la “Cristóbal Mendoza”. Allí saqué el sexto grado. De mis padres fue muy poco lo que supe de ellos durante casi un año que los había abandonado, y cuando los volví a ver, fue con ocasión de mi ingreso al colegio regentado por el Padre Chacín y por insistencia del señor Orésteres (así se llamaba el jefe del Banco) quien consideraba indispensable la presencia de mi padre para poder llevar a efecto la inscripción escolar. No me quedó otro camino que mandarle recado a mis padres para que bajaran a la ciudad a arreglar aquel asunto, estos no tardaron mucho en apersonarse a donde se les llamaba. Fueron atendidos por el propio señor Orésteres y su esposa, estuvieron hablando mucho rato, mientras, yo hube de permanecer alejado de ellos, y cuando al fin fui requerido, sentí que mi corazón quería salirse del pecho. Sentí miedo y emoción

a la vez, esto es muy comprensible si se tiene en cuenta que quiero mucho a mis padres. Al entrar a la sala donde se hallaban el señor Orésteres y mis padres, corrí y me puse de rodillas frente a estos y les pedí la bendición, besando la mano de mi madre, quien con los ojos llenos de lágrimas, me bendijo y me abrazó. Yo no resistí más y también largué un chorro de lágrimas que por poco ensopo el vestido a mi madre, pero era que la emoción resultaba tremenda. Mi padre, después que nos habíamos serenado un poco, me echó la bendición y me largó un coscorrónico en la cabeza, con lo cual me demostraba que su enojo no era todo lo que yo había imaginado, cosa que de verdad me emocionó mucho más. Antes de que yo le diera alguna explicación, dijo mi padre:

—El señor, aquí presente, me ha dicho que te estás portando muy bien, que pasaste en el estudio. Me alegro y te pido seas agradecido con esta gente, lo mismo te dice tu mamá —ésta *asintió—, y a petición del señor, aquí presente y de la señora, aquí presente, yo voy ahora a hablar con el señor cura del colegio para que estudies allí lo que te falta por estudiar y...

—Perdone usted, amigo mío —atajó el señor Orésteres—, para anotar al muchacho allí, es esencial que usted lo lleve, de esa manera queda listo y ya no tiene sino que esperar el día que comiencen las clases.

—Si es así, no perdamos tiempo, hijo, porque nosotros debemos regresar hoy mismo a la hacienda y además no queremos perder el camión del correo, pues tu mamá no puede montar a caballo. En ese momento fue que me percaté que mi madre estaba preñada. Mi padre no perdía el tiempo. Siempre decía que su mujer tenía que darle una docena de hijos, y por lo que estaba viendo, la cosa iba en serio...

Empecé a estudiar en el colegio del famoso Padre Chacín. A las ocho en punto de la mañana, todos los días laborables, estaba presente en la sede del colegio, de donde salíamos hacia el salón de clases en perfecta formación; al principio me sentía fuera de ambiente, pero poco a poco me fui ambientando y los demás alumnos comenzaron a aceptarme dentro de sus tertulias. Me codeaba con muchachos hijos de señores muy

adinerados, que al igual que yo, siempre llegaban a las ocho de la mañana al colegio, y como digo en los párrafos precedentes, de allí salíamos en formación junto con los otros alumnos permanentes o internos y los semi-internos hacia los salones de clases. De estos muchachos que un día ya lejano en el calendario del tiempo, fueron mis colegas, recuerdo a Mazzei, Coronado, Contreras Corti, Coll, los hermanitos Rojas, Núñez, Carrillo, Maldonado, Contreras, Urdaneta, Carrillo, Rojas, Unda, Briceño, Nomelli Verdi, Araujo, Torres, Palazzi, Daboín, Quevedo, Bolívar, Uzcátegui, Espinoza, Terán, Carmona, Parilli, Pérez, Anzola, Bocaranda, Brachi, Tirado, Rojas Méndez, Mejías Palazzi, Chuecos y otros más que por ahora escapan a mi escuálida memoria, pero de quienes guardo un profundo y cariñoso recuerdo y, que por razones obvias, me limito solamente a nombrarlos —según costumbre en los colegios— por sus apellidos. Algunos de estos muchachos, han tenido éxito en sus vidas adultas, unos culminaron felizmente sus estudios superiores y tuvieron la suerte de ir a las universidades donde se graduaron de abogados, médicos, ingenieros, profesores, militares y otros, muy pocos, se han dedicado a la política en donde han tenido suerte y, ¿por qué no decirlo?, hoy día ocupan curules en el Senado y la Cámara Baja de la República; algunos han sido gobernadores de entidades federales. Todos estos muchachos compartieron conmigo las alegrías y tristezas que se dan en mucho o en poco cuando se es estudiante, todos correamos por los grandes salones de clases del colegio del Padre Chacín y por los del "Cruz Carrillo" en la etapa del bachillerato. A ellos, estoy seguro, mi nombre y apellidos, no les dirá nada a esta altura del calendario, máxime cuando existe la circunstancia de que apenas si pude llegar al final del tercer año de estudios, en cambio todos ellos culminaron felizmente el bachillerato que les permitió ingresar a la Universidad de Caracas o ir a continuar estudios a la Argentina, Colombia, o España. Yo no pude seguir. Carecía de los recursos necesarios y mi padre que al comienzo se esforzó por costear decididamente mis estudios para aupear mis aspiraciones, se vio de la noche a la mañana en la ruina, y poco a poco se vio en la penosa necesidad de ir saliendo de todo aquello que poseía: ganado, tierras... Todo desapareció y ello cambió por completo mi

existencia. La pobreza que al principio había sido sólo un amago en el seno de nuestro hogar, señoreó malignamente, cruel y despiadada, a tal punto que después de haber sido mi padre propietario de tierras y especies, pasó a ser un peón o esclavo de los demás. Recuerdo con bastante tristeza que para pagar la cuota del colegio, mi padre se vio precisado a vender unos zarcillos de oro de mi madre, y esto me llevó a la decisión de largarme de aquella ciudad en busca de aquel horizonte que tantas veces me llamaba cuando pastoreaba el ganado...

Participé al señor Orésteres y a doña Graciela, la decisión que había tomado de irme de aquella ciudad, pues al fin y al cabo ellos seguían siendo mis consejeros y protectores sentimentales. Al principio se oponían, pero comprendieron mis razones y terminaron por aceptar mi marcha. De esta buena gente había recibido todo el apoyo moral y material que realmente no les correspondía brindarme, pero era gente de un gran corazón y me ayudaron sincera y muy espontáneamente. Me querían como algo de su familia, sus niños me adoraban y yo ni que se diga, siempre me han gustado los niños, y aquellos dos, hijos de mis amigos, eran clase aparte para mí, y hoy, cuando han transcurrido muchísimos años, aún recuerdo con afecto sincero al travieso Pipinolo y a la niña Fanny, quienes antes de ir a sus respectivas cunitas, tenía que contarles un cuento del coco malo y de tío conejo.

Cuando llegó el momento de la partida, don Orésteres y doña Graciela, me regalaron cada uno cincuenta bolívares, pero esto era insignificante con respecto a todo cuanto ya me habían regalado: los cuatro fluxes, camisas, ropa interior, zapatos y medias que ahora estaba echando a la maleta que me habían dejado, todo me lo habían dado ellos, pues jamás permitieron que molestara a mi padre con pedimentos de tal naturaleza... Y así fue como emprendí el viaje hacia otras latitudes. Mi meta era la ciudad de Maracaibo, hacia la tierra que me había visto nacer, pero que aún desconocía... El señor Orésteres se encargó de conseguirme la autorización de las autoridades para poder viajar en el autobús —en aquel entonces se le decía a esta clase de vehículos, “línea”— y hasta se encargó de hablar con un señor para que sirviera de representante mío durante

el viaje hasta el puerto de La Ceiba. Atrás quedaba el campo que me había visto crecer, atrás quedaba la ciudad y sus gentes, atrás quedaba toda mi familia y un pasado de trabajo y estudios del que ahora huía con mejores esperanzas... Había hecho mi elección, atrás quedaba todo, pasado e infancia. Tenía diecisiete años cuando comencé mi aventura. Representaba más de los años que contaba. La “línea” nos llevó inicialmente al pueblo de Motatán, allí subimos a un viejo ferrocarril que habría de conducirnos traqueteadamente y respirando volutas de humo acre, hasta el puerto de La Ceiba en la orilla misma del gran Lago de Maracaibo. Era de noche y tuvimos que esperar algún tiempo, ya que el “Ferry” no despegaba del malecón sino hasta las nueve de la noche. El mar me amarró con su encanto. Nunca imaginé que pudiera existir tanta agua junta. Una luna llena invadía con sus rayos de plata las riberas del Lago, y es hermoso el Lago por doquiera se le mire. Azul como mis sueños y lleno de esperanzas como mi juvenil ilusión... Cuando llegó la hora de abordar la embarcación que me habría de conducir al puerto de Maracaibo, sentía que mi corazón quería salirse del pecho de la pura emoción que me embargaba en aquellos instantes. Todo aquello resultaba nuevo para mí. Jamás había pisado los escalones de un barco y menos había imaginado que pudiera existir tanto lujo como el que allí había. Todo lo miraba con atención, embobado, como si quisiera grabarlo en mi mente para siempre... Muy de mañana me desperté sobresaltado del asiento en que había pasado la mayor parte del viaje, estábamos arribando al puerto. Grandes barcos se hallaban surtos en el muelle o malecón —como se acostumbraba llamarlos en aquella época—. Infinidad de embarcaciones pequeñas estaban ancladas y muchas otras se encontraban pegadas a las demás. La gente en el muelle se movía como hormigas por todas partes. Todo me llamaba la atención, todo me colmaba de admiración. Mi corazón palpitaba aceleradamente y hasta sentía un cierto temor que traté de disimular ante quien hizo de “representante” mío en el viaje. Pienso y observo todo detenidamente... Veré cómo me las arreglo cuando baje a tierra. Recuerdo que por allí, en aquella ciudad, tengo algunos familiares; pero por ahora debo ignorarlos, pienso que si me les presento, pueden pensar que voy en busca de su protección, y, francamente no

es esa mi intención. Mi plan era encontrar trabajo, era la idea fija que tenía.

Al dejar el barco, me despedí del señor que me había servido de representante durante el viaje, agradeciéndole muy sinceramente el gran favor que me había prestado. El quiso regalarme cuatro monedas de a cinco reales, pero las rechacé muy cortesmente, alegando que tenía algún dinero y, como vi que no me creía, le mostré lo que llevaba. No dijo nada, pero me miró interrogativamente, por lo que le signifiqué que todo ese dinero me lo había dejado el señor Orésteres y su esposa. Quedó conforme, pero antes de marcharnos cada cual por su lado, el señor Boscán —así apellidaba—, me preguntó si deseaba me acompañara hasta la dirección de mis familiares, le agradecí una vez más su gesto, pero le dije que no era necesaria tanta molestia, y además quedaba bastante cerca. Dicho esto él se marchó y yo me alejé hacia el centro de la ciudad, pero antes de emprender la marcha tuve buen cuidado de fijarme en las edificaciones a modo de referencia, por si me veía en la necesidad de regresar al puerto. Caminé sin rumbo fijo. Ya cerca del edificio, de lo que resultó ser el Mercado Principal de la ciudad, busqué un lugar donde poder estar tranquilo para coordinar un poco mis pensamientos. Me senté sobre unos bultos y por unos instantes observé con detenimiento la heterogeneidad de aquella gente que se desplazaba en diferentes direcciones. Nunca había imaginado que existiera tanta gente reunida. El bullicio de la ciudad me aturdí y estaba como alelado. Tenía hambre, pero no me atrevía a gastar el dinero por temor a quedarme muy pronto limpio. De todos modos debía comer algo porque tampoco iba a dejarme morir de hambre, así que me levanté y caminé en busca de algún lugar donde vendieran comida o algo similar, no tardé en lograr mi objetivo y después de haberme dado una buena “jartada”, salí dispuesto a buscar una pensión o algo parecido para hospedarme y guardar mis pocas pertenencias e iniciar la búsqueda de alguna ocupación. Me disponía a preguntar a una señora por alguna pensión, cuando de pronto un señor medio cojo de un pie, y de cierta edad, con una bolsa llena de corotos, se me acercó, interpe-
lándome:

—¿Estás desocupado, muchacho?— Se me queda viendo ante mi respuesta afirmativa, me dice que lo acompañe para que le ayude a cargar unos paquetes. Ni corto ni perezoso lo sigo y hago el trabajo que me ha dicho; luego cuando finalicé, me ofreció trabajo fijo. Acepté y marché con él a su casa, una vez allí me puso al tanto del trabajo que debía realizar. Se trataba de la remodelación del local del negocio que tenía en el Mercado, era una especie de Casilla, en la cual se expendía alimentos y refrescos de todas clases. Mientras este señor me ponía al tanto del trabajo que debía hacer, estaba dando gracias a Dios por la suerte que había tenido, y tan ensimismado estoy en esto, que ni siquiera me daba cuenta de las preguntas que me había estado formulando quien habría de ser en lo sucesivo mi patrón. Sin embargo, vuelvo a la realidad y puedo responder debidamente a todo cuanto el hombre quería saber de mí. Cuando me interroga sobre si tengo familia allí en Maracaibo, me apresuro a decirle que no. En realidad no deseaba que por ninguna razón ésta —mi familia— tuviera que ver con la nueva vida que deseaba emprender. A mi respuesta, me ofrece que puedo quedarme a vivir allí mismo, pues según me afirma, la casa es grande y sobran habitaciones, y es así como de la noche a la mañana, cuando apenas tenía unas horas de haber llegado al puerto con la incertidumbre de un futuro incierto, me veo con trabajo y con la protección de una familia por supuesto, con el calor de un hogar respetable y seguro.

La sinceridad con que este buen señor y su esposa me trataban, me obligaba a ser todo lo sincero que debía con ellos, y fue así como en pocas palabras les conté toda la situación mía, y las razones que me habían impulsado a dejar la tierra que me vio crecer, a mi familia y gente conocida que tanta significación tenían para mí. Ellos al saber de mis deseos de seguir estudiando, me sugirieron que si deseaba finalizar el tercer año, podía hacerlo en el “Coquivacoa” y el señor Aristóbulo Bolívar se encargó de arreglarme lo de la inscripción. En realidad en el Liceo “Cruz Carrillo” del pueblo donde me crié, me hallaba cursando el tercer año, pero no lo había aprobado definitivamente. De ahí mi gran interés en querer culminar esa etapa tan importante de mis estudios. Este matrimonio que ahora me brindaba el cobijo de su hogar, eran padres de

varias niñas, y entre esas chiquillas y yo, pronto hubo una corriente de simpatía que me permitió sentirme como si realmente formara parte efectiva de aquella gran familia; tanto de los esposos Bolívar como de sus cinco hijas tuve atenciones, casi las propias que pueden tener los padres y hermanos para con otro hijo y otro hermano.

Ahora trabajaba para ellos y estudiaba en el "Coquivacoa" después de haber sido sometido a un riguroso examen de admisión del cual salí —gracias a Dios— airoso, lo que me permitió recuperar el tiempo perdido, que a decir verdad no era tanto, pero que me evitó tener que esperar la puesta en marcha del nuevo año lectivo. Era un nuevo miembro de aquella familia, me apreciaban y, hasta me atrevo a asegurar que se me quería como si fuera un hijo. Tal vez ello se debiera a que no tenían hijos varones. Mi agradecimiento y cariño crecían cada día. Las muchachas —menores que yo—, no me miraban con desprecio ni como a un desconocido advenidizo, sino como a un hermano. Las quería y respetaba y hasta hubo ocasiones en que me pelié con alguno de los muchachos del barrio por defenderlas. Algunos de los jóvenes que se sentían atraídos por las más mujercitas, trataron de hacerse mis amigos. Acepté esas amistades, pero sin dejar de advertirles el respeto que debían guardar a las chicas. Siempre se presentaban invitaciones a fiestas, paseos o idas a la playa, y cuando el señor Bolívar o doña Hortensia accedían a que las chicas fueran, debía acompañarlas. Algunos muchachos, tal vez con ánimo de echarme vainas o porque les daba la gana, hasta me llamaban "cuñado", esto me hacía mucha gracia, puesto que la mayoría del vecindario conocía la historia de mi llegada a aquella casa, y, además todos sabían que las chicas no eran mis hermanas, por lo que no podía ser cuñado de nadie, pues en la realidad sólo contaba con varios hermanos... y mi madre, antes de venirme a esta ciudad de Maracaibo, estaba en espera (después me enteré que tenía una hermanita, la cual nació el veinticuatro de diciembre). En muchas ocasiones hablaba a los esposos Bolívar de mis familiares residentes en alguna parte de aquella ciudad, igual hacía con las muchachas, quienes a cada instante me incitaban a que fuéramos a visitarlos, pero me oponía, y eso hizo que las chicas pensarán que realmente no tenía a nadie.

Así me lo larga un día, a la casa, la mayor de ellas, que era la más vehemente y decidida, lo que me obligó a tener que ir a ver al tío Jesús y a mis tías Anita, Rita y Heriberta. A estos familiares los visitamos un mismo día, dejando para posterior oportunidad la visita al tío Rafael y a tía Eudisia. Después de haberme entrevistado con mis familiares, las muchachas no dudaron más de mis "baladronadas" como decía María Elena, la mayorcita de las muchachas que ahora eran mis "hermanas". A María Elena le segían en este mismo orden: Hortensia, Zenaida, Ligia, Luz María y Teresa.

Me encontraba bien con la familia Bolívar. A veces ni me acordaba de mi lejana familia, allá en el distante pueblo donde me crié, sólo el recuerdo grato de mi madre, me recordaba la conciencia de vez en cuando; pero luego me reponía y pensaba que ya la vería algún día. "Le llevaré muchas cosas bonitas cuando vaya a visitarla" —pensaba—. También a mi padre, mi bisabuelo y abuelito, así como a mis hermanitos les llevaré a todos, buenos regalos.

Mientras, continuaba trabajando. Nuevas metas me impulsaban a seguir adelante y el afán de superación crecía con los años. Ya había aprobado el tercer año. Tenía algún dinerillo, pero aspiraba a ganar más. Cierta día el señor Bolívar, mi protector y amigo, decidió vender el negocio y me vi obligado a buscar nuevo empleo, cosa que realmente no me fue imposible, puesto que el mismo señor Bolívar se encargó de recomendarme a sus amigos. Y así, un día me notifican que tengo un empleo de recepcionista en un hotel de la ciudad. Mi ocupación allí consistía en atender a los viajeros y al personal residente, que regularmente ocupaban habitaciones en dicho hotel, pero este trabajo me impidió continuar mis estudios, ya que debía entregarme por entero a la nueva obligación adquirida con la dueña de aquel establecimiento. Dos años duré desempeñando aquel trabajo, y finalmente fui despedido por haber tenido un altercado con un comensal o mejor dicho: con un cliente muy importante. Todo se debió a que quise llamar a la autoridad pública para que arrestara a un elemento que trató de abusar de una niña, hija de un matrimonio francés. Este matrimonio había salido para la Isla de Toas, pero antes de dejar el hotel,

me habían pedido cuidara de la niña, hasta su regreso, que sería por la noche. Esta niña apenas contaba doce añitos y vivía con sus padres en la habitación número once. Al lado, o sea, en la doce, vivía el cliente que trató de abusar de la menor. Me enteré del asunto por los "berracazos" que la niña profería cuando el hombre se metió a la pieza. Al oír los gritos, tanto yo como otros comensales que se encontraban en el piso inferior, corrimos a ver qué era lo que sucedía, entré al cuarto y encontré al tipo que ya le había quitado la bata a la niña, quien prácticamente estaba desnuda. El hombre reaccionó y se abalanzó contra mí y allí nos agarramos a golpes, llevando yo la peor parte, pero evité la monstruosidad que aquel degenerado iba a cometer. Y cuando traté de poner el asunto en manos de la policía, la dueña, al enterarse, me despidió en el acto, pero no pudo evitar que el asunto llegara a conocimiento de las autoridades, ya que la misma niña puso el asunto ante sus padres, y estos ni cortos ni perezosos, denunciaron el caso. También tuvo que perder algunos de los más viejos clientes del hotel, porque se largaron al conocer la actitud de la dueña. El cliente causante de tan bochornoso acto, era muy famoso dentro del mundo boxístico de la época y tal vez por ello la señora dueña del hotel, quería evitar el escándalo y de paso salvar la reputación del vagabundo. Nunca olvidé los golpes que el hombre me propinó. El tiempo, en el transcurrir de los años, tenía que proporcionarme la satisfacción de devolverle a aquel tipo, lo que él me hizo...

Salí de aquel hotel, no sin antes haber cobrado lo que se me adeudaba. Anduve algunos días de "vago", pero las muchachas hijas del señor Bolívar, se toparon conmigo un día en el Teatro Baralt y al conocer que estaba sin trabajo, me hicieron ir a donde su papá, y éste me invitó a que fuera a buscarlo el lunes para llevarme a ver un amigo, que sin duda alguna, me daría trabajo, y así sucedió. A raíz de la venta de su negocio, el señor Bolívar se había dedicado a la compra y venta de queso y, a raíz de eso, y por necesitar parte de su casa, yo, sin que él me lo exigiera, me marché para evitarle ese compromiso. Sin embargo, cuando él se enteró, armó tremendo berrinche, pero ya no había remedio. Yo iba a visitarlos los fines de

semana, nunca me desligué de aquella familia. Mi agradecimiento era muy grande y sincero.

Gracias a la nueva recomendación que de mí hiciera el señor Bolívar, logré empleo en la fábrica de Galletas "La Borinqueña", empresa ésta propiedad del señor Manuel Teruel, hijo, allí me inicié con un sueldo de apenas ocho bolívares diarios. Esta fábrica tenía su sede en la Calle Pacheco, precisamente a menos de una cuadra de donde vivía una de las tías mías: tía Eudisia. En dicha empresa fui adquiriendo conocimientos y, a pesar de la poca colaboración por parte de los antiguos empleados para enseñarme el manejo de las diferentes maquinarias de que estaba dotada la fábrica, muy pronto logré el dominio de las más que allí había, lo que permitió que se me tomara en cuenta y de la noche a la mañana, me vi en la nómina de pago con un sueldo de catorce bolívares diarios, no contando con las horas extras que también me proporcionaban algo más de dinero. El dueño de la empresa, hombre emprendedor, dedicado al comercio empresarial desde muy joven, decidió instalar una nueva fábrica con el fin de explotar el mercado caramelero nacional, y fue así como mandó a acondicionar un local al final de la calle Colón, y allí fue montada la fábrica de Caramelos "La Borinqueña". El mismo señor Teruel, escogió el personal que había de laborar allí, y entre los tantos que seleccionó, me incluyó a mí. Tras un adecuado entrenamiento, fuimos adquiriendo destreza, y muy pronto estuvimos en condiciones de llevar adelante una buena producción, así como de tomar en nuestras manos el control absoluto de la fábrica. Yo puse buen cuidado en aprenderme el manejo de las diferentes máquinas-moldes para la elaboración de los caramelos que irían a deleitar el paladar de millares de niños en toda la República. También aprendí a preparar la "melcocha" para el caramelo, así como también el control de las pailas y en especial lo relacionado con la calefacción y control de las calderas suministradoras³ del vapor. Este interés y afán mío de aprender el manejo y control de todos esos artefactos, me valió el ascenso a Jefe de Maquinarias y Producción de la fábrica. Todos los compañeros me estimaban, en especial las mujeres —laboraban más de veinte—. Mi trato para estas humildes trabajadoras, siempre fue el de un caballero y en ningún momento y por

ninguna razón, me permití libertades con aquellas honestas obreras. Sin embargo, estaba visto que tampoco allí iba a hacer carrera. Un buen día, al señor Teruel se le ocurrió nombrar de Jefe de Personal, a un pariente suyo, y entonces comenzaron los problemas con el personal femenino. El hombre creyó que las muchachas eran presa fácil y se equivocó de plano. Un mediodía, creyendo que estaba solo y aprovechando que una señora se había quedado "etiquetando" unas latas de caramelos, trató de besarla de buenas a primera, sin percatarse de que yo me encontraba junto con otras empleadas en la sala de enfriar y cernir el producto, de donde pudimos observar el asunto, y yo no me aguanté, salí y le reclamé su actitud y falta de respeto para con aquella señora, y como se me puso altanero, llamé a los demás trabajadores que a esa hora se hallaban siesteando, y entre todos, lo echamos a la calle a patadas. El hombre, basándose en que estaba emparentado con el señor Teruel, corrió a "quejarse" del mal trato de que había sido objeto por parte mía, lo que dio por resultado que el sábado siguiente, cuando me acerqué a recibir la paga, fui notificado de que había quedado cesante, que debía pasar por la oficina del habilitado. Allí me tenían todo listo: Sueldo, prestaciones y demás emolumentos que para entonces se le daba al trabajador especializado. También había un sobre con instrucciones de pasar por las oficinas del señor Teruel, cosa que hice, y una vez en su presencia, recibí la proposición de ir a trabajar nuevamente a la fábrica de Galletas de la calle Pacheco; pero me negué rotundamente, y así, después de manifestarle mi agradecimiento, me largué en busca de otra ocupación, pero con el firme propósito de no valerme del señor Bolívar. Lo haría solo. Ya había quedado atrás la época de tener que andar en busca de padrinos para lograr un empleo.

Tenía dinero, más de siete mil bolívares. Todo un capital. Tenía el certificado del tercer año de mis estudios que en ningún momento abandono; pero decidí dejarlos hasta allí —cosa que realmente he lamentado siempre—. La suerte había cambiado. No encontraba trabajo por ninguna parte, pero esto no me preocupaba de momento, pues tenía dinero y eso —como es de suponer— me proporcionaba cierta tranquilidad. Un buen día andaba por los alrededores de la Plaza Baralt y al acercarme

a un puesto de venta de revistas, entablo conversación con el dueño del pequeño negocio, me habla de sus apuros económicos, pues todo cuanto tenía lo había invertido en la adquisición del puesto, me propone que nos asociemos para poner a marchar el negocio; su proposición me pareció buena y decidí que valía la pena intentar una inversión, así unimos una cantidad y pusimos a marchar una venta de revistas, periódicos, panfletos, juguetes y libros usados que adquiriríamos de la gente que ya no los necesitaba y otras especies de fácil salida y de lícita distribución. El negocio marchaba, como se dice, viento en popa. Nos hicimos de una clientela más o menos selectiva, pero ambos éramos ambiciosos y un día ideamos el poner en práctica una "Agencia de Alquiler Bicicletas". No perdimos mucho tiempo en reflexiones y de seguidas realizamos la adquisición de seis vehículos, con los cuales empezamos; pero en vista de la gran demanda y afición por esta clase de deporte, nos vimos en la necesidad de adquirir nuevas unidades. Mi circunstancial socio se hizo cargo del nuevo negocio mientras yo seguía al frente del puesto de revistas y periódicos. Poco a poco el tiempo fue transcurriendo... Y así, en aquel quiosco o puesto, como se le quiera denominar, conocí a la mujer que había de cambiar mi existencia por algún tiempo. Se trataba de una hermosa muchacha, asidua cliente que cada mañana se acercaba a comprar alguna revista o novela, o bien cuadernitos cómicos denominados "Pif-Paf", muy de moda en aquella época, pero casi siempre solicitaba la revista "Para Ti" que por lo visto, era la de su predilección.

Y el amor como una bocanada de aire, inundó mi alma. Lejos en el tiempo y el recuerdo, estaban los vestigios de mi escuálida y fugaz aventurilla de amor con Anatolia. Conozco lo que es la pasión y lo que significa querer vivir y morir con por otra persona. Vinieron, pues, las consabidas invitaciones a la playa, las idas al cine, los paseos en bus, las visitas a su casa y la obligada presentación —por parte de ella— de sus familiares. De la noche a la mañana me convertí en novio, hasta formalicé noviazgo. Ella me quiere y a su lado las horas pasan rápidas. Veo más hermosa la vida y cosas que hasta entonces creía feas, de pronto comenzaron a parecerme maravillosas. Encuentro un nuevo sentido a la vida y reconozco que tengo que unirme a esa mujer por sobre todas las cosas.

No respiro sino con su aire, y no veo sino lo que miran sus ojos. Una suavidad, una divina y hermosa suavidad me invade. Soy feliz y quiero casarme con aquella deliciosa mujer, sin embargo, estaba escrito que no se me cumplirían mis deseos, pues cuando ya casi todo estaba listo para el casamiento, se presentó inesperadamente un hermano de mi novia que se hallaba desde hacía tiempo, por las costas del Estado Falcón e impidió el casamiento. Me consideró poca cosa para su hermanita, coincidiendo en esto con el padre de la muchacha, quien desde el comienzo mismo de mi presencia en su casa, había adversado las relaciones. En vista de este contratiempo, y viendo que no valían argumentaciones de ninguna especie con aquellos individuos, hablé seriamente con la muchacha y una vez obtenido su consentimiento, decidí llevármela, pero antes tuve una entrevista con su hermano y de manera tajante, o más que todo valientemente, le hice saber que si se oponía al matrimonio mío con su hermana, gustárale o no, me la llevaría conmigo; pero el hombre resultó ser más terco de lo que yo había creído; no me hizo ni pizca de caso y lanzando una carcajada que retumbó macabramente en las paredes de la casa, y tomándome por el cuello sin ninguna clase de miramientos, me sacó en volandas hacia la calle. En vista de argumentos tan convincentes esgrimidos por quien no quería ser mi cuñado, aguardé la ocasión de poder hablar del asunto con mi novia, y cuando esa ocasión se presentó, le planteé el problema, le hice ver los pro y los contra de la decisión que íbamos a tomar, pero la muchacha estaba decidida a todo, y una noche después de ciertos preparativos por parte mía, huimos lejos, bueno, no muy lejos que digamos, pues lo hicimos hacia los Puertos de Altagracia, al otro lado del Lago. Al efecto, yo había alquilado una buena habitación y nos pusimos a vivir nuestra vida, olvidándonos de todo. Al mes de estar en aquella habitación se me presentó la ocasión de alquilar una modesta casita para donde nos mudamos. Procurábamos salir poco a la calle por temor a que alguien nos reconociera y fuera con el chisme a los hermanos y padre de la muchacha, pero cierto día, cuando el dinero empezó a escasear, no me quedó otra alternativa que trasladarme a Maricao, allí hablé con mi socio, le vendí la parte que me correspondía en la sociedad, y con el dinero obtenido, realicé algunas compras necesarias para el nuevo estado de mi mujer (estaba preñada)

y regresé a mi casa. Mi mujer me esperaba ansiosa. Estábamos muy felices por el hijo que esperábamos. Ya teníamos la cunita, la ropita y, en fin todo aquello que se requiere para el feliz advenimiento de un hijo. Nuestro capital quedó muy malurecho, por lo que de común acuerdo con mi mujer, me empleé en una piragua que semanalmente realizaba viajes al sur del Lago. Mi nueva ocupación consistía en anotar en un cuaderno los nombres de los pasajeros y controlar el embarque de las mercaderías que debían transportarse de un puerto a otro. El sueldo no era cosa del otro mundo, pero al menos alcanzaba para satisfacer las necesidades de nuestro humilde hogar. A los pocos meses (cinco, para ser más exacto) de estar trabajando, dio a luz mi mujer un hermoso muchacho. Yo estaba que no cabía de lo contento, y era tanto que no medí las consecuencias y envié un telegrama anunciando la buena nueva a mis suegros, y estos, ni cortos ni perezosos, en compañía del hermano de mi mujer, se apersonaron en mi casa, y por poco me dejan sin pobre pelo en la cabeza de la carajazamenta que me propinó mi cuñado. De no haber sido por la oportuna llegada de un agente de policía, no estuviera ahora contando todas estas cosas.

Por fin, cuando los ánimos estuvieron calmados y los terribles dolores en mi cuerpo se iban amortiguando poco a poco, tanto el hermano mayor de mi mujer, sus padres y un amigo de ellos que sirvió de réferi en tan desigual pelea, me permitieron entrar nuevamente a mi casa, pudo mi mujer untarme un poco de ungüento en las heridas y ya dueño de la situación, le pedí al señor agente que hiciera salir a esos "indeseables" de mi casa, sin embargo, la madre de mi mujer antes de largarse, en un tono autoritario, pidió le dejaran ver a su nieto. Accedimos a complacerla, y después de contemplar a mi retoño, de tomarlo y apretarlo contra su pecho, y de largar una lagrimota que por poco nos inunda la casa, se marchó sin siquiera decir un adiós a su hija. Una vez que quedamos solos en casa, sí pude dar rienda suelta a los gruñidos de dolor que me producían los carajazos recibidos. Duré varios días tendido en el chinchorro recordando a cada rato la madre a mi cuñado. Aún hoy, a pesar de los muchos años transcurridos, cuando recuerdo aquella soberana golpiza, siento que el espinazo y otras partes de mi esqueleto se me erizan y hasta experimento cierto dolorcillo...

La normalidad en nuestro humilde hogar volvió a ser parte de nuestro existir. La felicidad la veíamos por todos lados y la mayor parte del día —durante mi forzada convalecencia—, lo pasábamos cuidando al niño; pero había que trabajar y hube de reincorporarme a mis deberes de marinero, cosa que hice después de estar ocho días guardando cama. Aquella paliza propinada por el hermano de mi mujer, fue algo así como la anunciación de una desgracia mayor. Cierta día —meses después de haber ocurrido los hechos antes narrados—, recién llegado a Maracaibo del “Zulia” (Bobures, Santa Bárbara, etc.), día sábado, por cierto, al desembarcar de la lanchita que me había conducido a los Puertos de Altagracia, y cuando me estaba echando al lomo un racimo de plátanos y cargando otros comestibles traídos del sur del Lago para reforzar nuestra “despensa”, me encontré con la fatal noticia de que mi mujer había perecido ahogada cuando en compañía de algunas muchachas vecinas, se bañaba en la playa. Al comienzo no podía dar crédito a lo que me decían, pero poco a poco me fui haciendo cargo de la realidad. Aquella gente que me daba la noticia, no podía mentir, su rostro era la expresión misma de la trágica verdad. Sentí una pena inmensa, creí volverme loco y en mi desesperación, estuve a punto de cometer una tontería: traté de quitarle el arma al agente Marrufo —el mismo que me quitó de encima a mi cuñado cuando me golpeaba— con intenciones de meterme un balazo, pero fracasé en el intento y todo quedó allí. Tres días hacía que habían enterrado a mi mujer, a mi querida Carmen, a la madre de mi hijo. Este se encontraba al cuidado de una señora amiga y vecina nuestra. A medida que me iba recuperando de mi pena, comprendí que no podía quedarme allí sin hacer nada positivo en pro de aquella criatura que ahora, por circunstancias del destino, se hallaba huérfano de madre, y como mi dolor era menos intenso, cargué con mi muchachito —no sin antes autorizar al agente Marrufo para que vendiera las pocas pertenencias de que éramos dueños, y con el dinero que se obtuviera, se ocupara a la vez de organizarle decentemente la tumba a la madre de mi muchacho—, y me fui a Maracaibo. Llegué allí casi desfallecido, desesperado y con un odio inmenso corroyéndome el corazón contra la familia de Carmen. El niño lloraba a gritos, tal vez por los efectos del calor o porque

tenía hambre, y como no había forma ni manera de que se quedara tranquilo, decidí dejarlo tal cual había venido al mundo y conseguí agua y le di su bañito, con lo que la criatura se quedó contenta y hasta tuvo la gentileza de obsequiarme una sonrisota, en compensación le di a beber de la mamila, y así, con el bojote con su ropita guindando y con mi muchacho en los brazos con su palomita y todo al aire, detuve un por puesto, ya estaba allí, a las puertas mismas de la casa de mis suegros. Tuve que tocar varias veces y como no me abrían, le largué un par de patadas y entonces sí, como por arte de magia se abrió la puerta. Allí estaba el hermano de mi Carmen, con su cara de perro asoleado, mirándome con pose de pocos amigos, mas él se veía la cara de mi suegra y más allá, el viejo. Ellos se habían enterado de lo sucedido a mi mujer. El diario “Panorama”, se había encargado de dar la noticia. Ninguno dijo nada, se metieron dentro y entré con mi niño en los brazos con signos evidentes de que el sueño comenzaba a apoderarse de él. Sentados observaban mis movimientos, el silencio era sepulcral. Cuando acomodaba a mi hijo en el viejo diván, el hermano de mi mujer quiso decirme algo, dije: “¡El que hable ahora, lo mato! Y nadie habló una sola palabra. Creo que fue entonces cuando aquellas personas comprendieron mi dolor. El niño se quedó profundamente dormido, y aproveché para sacar de la nevera una botella de leche y me la bebí de un solo “viaje”, luego en gesto premeditado y con ánimo de buscarle camorra a Ernesto, el que me había golpeado en mi casa, lancé la botella contra una de las paredes, esparciéndose en mil pedazos. Pero nadie chistó. Con el estruendo mi pequeño despertó, y corrí a calmarlo, olvidándome por completo dónde y con quiénes estaba. Alguien me quitó el niño de mis brazos, no me di cuenta quien lo hacía. No me daba cuenta de nada. Después sólo supe que duré allí mucho tiempo. Allí en donde nunca se me quiso bien, bueno, no debo ahora pluralizar, porque el odio y la mezquindad, jamás pueden inculcarse en el corazón de los niños, porque no lo comprenderían, porque éstos, a pesar de su inocencia, son visionarios, ven tantas cosas bellas... La madurez nos hace inclinar la frente tan temprano... ¡El odio de la miseria nos agobia! Allí en aquella casa no todos odiaban, porque como dije antes, los niños no saben odiar,

y mi niño me fue quitado de los brazos por una niña de apenas nueve añitos, hermana de mi mujer y, por consiguiente, tía-niña de mi hijo. Con ese peculiar modo de hablar que tienen los maracaiberos y que en los niños resulta realmente gracioso, la pequeña me dijo:

—¿Me lo váis a dejar a mí, para yo cuidarlo, tío?

De momento no supe que responderle. Estaba sorprendido por aquello de "tío", pero el bufido que largó el viejo Jesús, mi suegro, me hizo reaccionar y, después de haberle echado una mirada asesina a los mayores, respondí a la nenita:

—Sí, Cecilia, te lo voy a dejar para que lo cuides y enseñes a leer cuando sea hombre, pero debes obligar a estos desalmados a que te ayuden a cuidarlo y... ¡El que me chiste una palabra, lo asesino ahorita! —grité a mi "cuñado", cuando trató de protestar—. No sé cuál sería el aspecto de mi cara y cuál mi semblante en aquellos instantes, pero lo cierto fue que nadie osó decirme nada más.

—...y como te decía, Cecilia, ellos tienen que "ayudarte" y proteger a mi hijo, de lo contrario tendrán que vérselas conmigo —finalicé.

—¿Me dejarás tenerlo en mi cuarto, mamá —dijo la pequeña dirigiéndose a su madre.

—¡Sí, hijita, sí. Podrás tenerlo, claro, hijita, claro! Su apresuramiento al responder fue elocuente, comprendí que mi hijo quedaba en buenas manos. Eso era lo que yo deseaba, que se quedaran con mi pequeño, allí, en aquella casa en donde no se me estimaba, sabía que la criatura estaría segura y... bien cuidada. Me sentía inmensamente desgraciado. Ya no quedaban en mí vestigios de aquella felicidad que experimenté un día al lado de la mujer que quería, que había sido mi primer amor. Ahora la tragedia se aposentaba en mi espíritu... Había perdido a mi mujer, lo había perdido todo. Sólo me quedaba el niño y una tristeza sobrehumana me envolvía. Todo había vuelto a quedar a oscuras. Destruído el trono se me venía abajo todo el reinado de mis ilusiones... Pero era necesario luchar y seguir adelante. No dejarme vencer y perseverar en mi intento

de rehacerme... Recostado en una silla, en la sala de la casa de mis suegros pensaba en muchas cosas, pensaba en el camino a seguir y cuando hube tomado una decisión, me levanté, di una mirada medio "asesina" a los parientes de Carmen, y como viera que aquellos bajaron la vista, me acerqué a donde estaba la pequeña Cecilia con mi hijo, lo tomé en mis brazos, lo contemplé un rato y luego lo estreché contra mi pecho, le di un beso en su frente de inocente. Por mis mejillas sentí correr una lágrima rebelde; la emoción y el sentimiento de pesar que había en mí en aquellos momentos, era muy grande. Devuelvo mi hijo a la pequeña y, sin decir una palabra, me marché de allí. Nadie intentó detenerme. Mejor, así no tendría que decirles nada, o al menos eso me evitaba tener que largarles una impertinencia. Anduve por la ciudad, sin rumbo fijo y ya cansado, tarde en la noche, me metí a un hotelillo. Por la mañana siguiente me dirigí hacia el viejo Mercado, allí me encontré con algunos amigos que sabían de mi tragedia y se mostraron dispuestos a ayudarme. Decido trabajar, no quiero volver a la piragua. Prefiero colocarme en cualquier otra ocupación, no importa cuál fuera, pues no descaba seguir en el Lago, puesto que por andar por él fue que perdí a mi mujer.

Los muchachos amigos me lograron una plaza en la Aduana, es decir, en las cuadrillas de caleteros, y de la noche a la mañana, me veo a bordo de grandes buques, descargando y cargando mercancías. Pronto aprendí el mecanismo de las "zorras" de arrastre y mi remuneración es aumentada a medida que voy adquiriendo experiencia. Aprovechaba mis entradas y salidas a los buques, para adquirir juegos de cubiertos, pañuelos, medias, zapatos, camisas, perfumes y ropa interior para damas, mercancías que revendía y ganaba algunos cobres que me permitían hacerme con cierta cantidad de dinero, y así entre mi trabajo y la venta de los objetos comprados a bordo, fueron pasando las semanas, los meses. La tragedia que un día conmovió mi vida, fue quedando muy atrás, pero regularmente llevaba dinero a la niña Cecilia para los gastos de mi pequeño. Todo aquello sirvió para endurecer mi vida. Soy otro hombre, me dedico a mis nuevas ocupaciones y no me importa nada que no sean éstas. Deseo ganar dinero para que no le falte nada a mi hijo. Ya he dejado de ser aquel joven alegre y amigo de

las fiestas y de otras diversiones propias de la juventud. Como única diversión me queda la afición al cine y voy con regularidad a alguna que otra cinta cinematográfica... Un día, cuando acababa de salir del cine, en Los Haticos, la policía estaba apostada a las puertas y a medida que los jóvenes íbamos saliendo, un oficial nos pedía las boletas militares. Algunos muchachos la poseían y la mostraban al policía, pero yo no la tenía, nunca la tuve, sin embargo, traté de convencer al agente diciéndole que la había dejado en la casa. El tipo no me creyó y mis explicaciones no valieron y, junto con algunos otros muchachos, fui metido en un auto "jaula". Me han reclutado. Esa noche dormí en los pasillos del Cuartel de Policía de la "Calle Ciencias" y a la mañana siguiente, después de un reconocimiento médico, nos enviaron, a más de cincuenta jóvenes, para el Cuartel "Libertador", en el Milagro. Era una edificación vieja y casi destartada. Allí me iniciaron en el arte de la guerra, allí aprendí a recibir órdenes, aprendí a obedecer y a ser obedecido, a manejar el fusil diestramente. Esta etapa de mi vida cimenta mi carácter y forma la base de lo que había de ser mi vida en el futuro. Rápidamente comprendí y asimilé la necesidad de la disciplina castrense y me endurecí bajo la rígida vida de cuartel. A las pocas semanas, un día cualquiera, fui trasladado junto con unos ciento cincuenta reclutas más, hacia las instalaciones del campo de aviación "Grano de Oro", para desde allí ser transportado en un viejo avión militar a la ciudad de Maracay, en el centro mismo del país. En esta ciudad, a donde arribamos un Miércoles Santo de mil novecientos cuarenta y cinco, serví por unos meses en el Cuartel "Páez", luego fui asignado al Batallón de Artillería Ayacucho N° 1, y de allí, después de haber sido seleccionado con otros soldados, fuimos transferidos al Cuartel Urdaneta de Caracas. Tuve mi bautizo de fuego en el alzamiento del 18 de octubre de aquel año, que dio por resultado el derrocamiento del gobierno democrático del General de División, Isaías Medina Angarita. Posteriormente, y a raíz de la creación del Destacamento de Policía Militar, fui seleccionado junto con otros efectivos veteranos para ir a formar el núcleo de los treinta y pico de hombres que constituyen los primeros pelotones de dicho Destacamento. Allí estábamos: el Sargento Becerra, el

Sargento Vivas, Hostos Olivares, Bustamante, Casique, Santana García, Simplicio Vivas, Guerrero, Luis Santana Guerrero, Amable Contreras, Chacón Vivas y otros que escapan por ahora a mi memoria. Nueva instrucción, nueva disciplina, nuevos métodos militares nos fueron enseñados. Aprendí y asimilé y no ceso de estudiar en mis horas libres. Estrenamos nuevo uniforme y por armas se nos dota de revólver, carabina M-1 y rolo de madera, correa blanca y cubrimos parte de nuestras "canillas" con unos implementos de lona denominados "guetas". La misión específica de la Policía Militar es totalmente diferente a la que comúnmente debe realizar un soldado, consiste en realizar funciones de policía, la de vigilar y preservar el comportamiento de la tropa en la calle cuando se halle disfrutando de sus días libres o de paseo, es decir: con licencia. Si se tenía conocimiento de que en tal lugar se hallaba un soldado en estado de ebriedad o riñendo con algún ciudadano, inmediatamente íbamos por él y lo conducíamos, sin ninguna clase de miramientos, hasta nuestro Comando, en donde era recluido en las celdas disciplinarias hasta que mandaban de su Unidad a buscarlo para imponerle el castigo a que se había hecho merecedor por mal comportamiento en la calle. Eran inevitables los confrontamientos que se suscitaban casi siempre entre los soldados y los policías militares, tanto de servicio de patrullaje como aquellos que disfrutaban de sus permisos de salida. En especial, fue con los efectivos de la Guardia Nacional con quienes la cosa resultaba bastante grave, y fueron los policías militares que cayeron víctimas de las balas disparadas por guardias nacionales que se oponían a ser detenidos por las patrullas nuestras.

En la Policía Militar fui ascendiendo rápidamente, y después de haber pasado por el escalafón reglamentario, fui ascendido a Sargento Segundo, y se me designó Sargento reemplazante del Pelotón de Policías Motorizados, unidad ésta, encargada de la enseñanza de los reclutas a conducir motos y vehículos de patrullaje. Algunos de mis antiguos compañeros, fueron enviados a Panamá a especializarse, entre éstos recuerdo a los Sargentos Contreras, Bolívar, Vivas, Santana Guerrero, Hostos Olivares, Bustamante y el Sargento Becerra. A su regreso, fueron ascendidos a Sargentos Técnicos de Tercera. De estos Sargentos, a Santana Guerrero le dieron de baja por llevar una conducta

irregular que desdecía mucho de su condición de militar, y Amable Contreras, después de permanecer detenido en la Cárcel Modelo, no aguantó la "mecha" y allí mismo, se pegó un tiro segándose la vida. Los otros, si es que aún están en el Ejército, deben de andar por allí de Cuartel en Cuartel o tal vez han sido dados de baja... Yo permanecí en la Policía Militar hasta 1951, cuando solicité mi baja por razones que ahora no vienen al caso, y a mi salida, fui provisto de una carta de recomendación para el Director de la Seguridad Nacional, y la razón de que el Comandante del Batallón de Policía Militar Nº 1, tuviera esa deferencia para conmigo, se debió más que todo a que yo había participado activamente junto con los del Servicio de Inteligencia Militar en las averiguaciones inherentes al asesinato del Comandante Carlos Delgado Chalbaud; pues aparte de eso, fui el encargado de custodiar al millonario Aranguren cuando éste estuvo prisionero en Miraflores, junto con el Negro Mijares, Domingo Urbina y demás complicados en el susodicho caso. Tanto a Mijares como a Domingo Urbina, había órdenes precisas de echarles su baño todas las noches después de las doce y a las cuatro de la madrugada, cosa ésta que yo hacía muy religiosamente provisto de una manguera que había sido adquirida con el dinero suministrado amablemente por el señor Aranguren, quien al enterarse de que a sus compañeros se les estaba dando sus bañitos nocturnos, consideró que bañarlos a tobazos no era nada dignificante, y, por ello, muy conmovido, mandó a que le trajeran una manguera y nos la cedió muy cariñosamente. Desde ese mismo día, los baños a Mijares y Urbina y los demás, fueron más decentes. El señor Aranguren, siempre se comportaba muy amable con todos nosotros, era un ancianito muy honorable, al cual teníamos que sacarlo de su habitación con mucho cuidado para llevarlo al patio del Cuartel a que se calentara con el sol, y las "propinas" con que nos obsequiaba, eran billeticos de quinientos bolivaritos: "Esas tres lochitas", nos decía al largarnos el billetico.

Con la carta entregada por el Mayor Eladio Nieto Bastos, me apersoné a las oficinas de la Seguridad Nacional, y allí, una vez haber hecho entrega de la misiva, me hicieron llenar una planilla de ingreso en la Sección de Personal. Concluido esto, me hicieron saber que, en el caso de ser aceptado, se me

notificaría inmediatamente, sin embargo, me sugirieron que debía darme mis "vueltecitas" después del 15 o del último de cada mes. Aparte de la carta que me había dado el Mayor Eladio Nieto Bastos, Comandante del Batallón de Policía Militar Nº 1, recibí otras de algunos oficiales de Planta. Siempre he guardado un gran afecto a todos esos oficiales que por su condición fueron mis superiores jerárquicos durante mi permanencia en el Ejército. Entre otros, el Coronel Zambrano y el Teniente Coronel Consuelo Ruiz; los Mayores Eladio Nieto Bastos, Sandoval, Zacarías; los Capitanes Morales, Gavidia, Mendoza, Omaña, Llavaneras; a los Tenientes Padilla, Vivas Ramírez, Pabón, Hernán Delgado, Higuera, Cuevas, Fajardo Lobato, Castell, Salcedo, Rosales, Pérez, De La Rosa, Figueredo, Cándido Pérez Méndez. Todos estos excelentes oficiales contribuyeron, en una u otra manera a mi formación militar y a mi disciplina. Al dejar el Ejército llevaba conmigo algún dinerillo de mis ahorros, pero éste poco a poco fue disminuyendo, y en vista de que aún no había recibido notificación de la Seguridad Nacional, decidí buscar una ocupación para remediar mi situación, y así, cierto día, al tener noticias de que en las dependencias del Transporte Militar estaban solicitando los servicios de buenos motorizados, acudí allí y, después de entrevistarme con el Teniente-Coronel Roque Yoris, me fue entregada una motocicleta "Harley Davison", 1200 de cilindradas, y comienzo a desempeñarme como Fiscal de Tránsito Militar, puesto éste que desempeñé ininterrumpidamente hasta el primero de abril de 1951, cuando habiendo sido notificado por el Ex-Policía Militar, Jesús Alberto Piñero, de que había sido aceptado en la Seguridad Nacional, apresuradamente guardé la máquina en el garaje, en el Transporte Militar, sita en la parte posterior de la Maternidad Concepción Palacios, en la avenida San Martín, y, después de asegurarme que dicho vehículo estaba en lugar seguro, corrí a presentarme a la Seguridad Nacional, a mi nueva colocación, sin pensar siquiera en el pequeño lío en que me estaba metiendo al haber dejado el empleo militar sin haber hecho la notificación debida. Las consecuencias no se hicieron esperar, pues el Comandante Yoris, al enterarse del asunto, llamó inmediatamente al Teniente Poveda, Jefe de la Sección Política de la Seguridad Nacional para la época, pidiéndole me devolviera al término de

la distancia a sus oficinas, cosa que hizo Poveda en seguida y a los pocos minutos me encontraba metido en un calabozo en el Transporte Militar. El Comandante Yoris se negó a escucharme, y de no haber sido por una amiga amante que yo tenía desde que me hallaba en la Policía Militar, el hombre me hubiera tenido preso por lo menos un año. Eloína al enterarse de la situación en que me hallaba, se apersonó en compañía de su amiga Lourdes Delgado ante Yoris y con lágrimas en sus ojos, le solicitaron un poco de clemencia para conmigo, y el hombre, a pesar de "tener un corazón duro", viendo que mi amiga estaba en estado (a los tres días después de haber hablado con Yoris, dio a luz una niña), accedió a libertarme y en compañía de las dos mujeres me envió a la Seguridad Nacional, y ya no tuve problemas. Comencé a trabajar como motorizado. Posteriormente hube de enterarme que Yoris, antes de sacarme de los calabozos, había hablado con Poveda para que me aceptara nuevamente, y tuvo un gesto muy hermoso al tener conocimiento de que mi amiga Eloína Villegas había dado a luz en la Maternidad: le hizo llegar una linda canastilla en nombre de él y de todo el personal que laboraba bajo sus órdenes en el Transporte Militar. En la Sección de Personal, a cuyo frente se hallaba el señor Blanco, me fueron entregadas las credenciales que me acreditaban como funcionario de aquel Cuerpo Policial, se me proveyó, además, de un revólver Colt 38, cañón corto, y el Jefe de Transporte y Mantenimiento, señor Arteaga, me hizo entrega formal de una motocicleta "Indian" 1200, color azul celeste, full equipo. Mi nombramiento, mejor dicho, mi carnet estaba firmado por el Director de la Seguridad Nacional, señor Jorge Maldonado Parilli, y pertenecía a la Categoría "C" dentro del Escalafón General. Fui asignado a la Sección Político-Social, a cuyo frente estaba el Teniente (r) Ulpiano Poveda, hombre éste que siempre que le brindaban oportunidad, se jactaba ante los demás de que él había hecho sus estudios militares en Londres. En su Despacho tenía pegado a las paredes una fotografía suya, a todo color, en donde se le veía vistiendo el uniforme de las *Real Force Arms*.

Y así fue, como lleno de ilusiones empecé a trabajar. Mi antiguo anhelo estaba colmado. Ahora lo que debía era

apartar de portarme bien y buscar la forma de estudiar para sobresalir y llegar a convertirme en uno de los mejores detectives; uno de los principales actores del drama en que me tocaba actuar. Nunca pensé y jamás lo hubiera imaginado, que mi ingreso en aquella dependencia policial me iba a ganar, con el transcurrir del tiempo, el desprecio de la *generalidad política* y sepultar mi vida por varios años en una Cárcel; pero está visto que la existencia del hombre está llena de altibajos, y toda cosa buena debe llevar su poco de dolor. ¿Qué sería del hombre si todo fuese alegre y no llegase a conocer las penas, los sufrimientos? Estas nos dan fuerzas y aceran nuestro espíritu; aprendiendo a llevarlas la vida se hace digna de ser vivida y el conocimiento de los hombres llega a su máximo grado. Yo, en particular, no puedo quejarme de la vida: Ella me ha brindado casi todo lo que le pedía y también lo que nunca le hubiera exigido. He sabido hacer una mezcla perfecta; pero en ambos casos ha sobrepasado un poco la medida... Ya lo he dicho: no me quejo y llevo mi carga con estoicidad. No estoy acostumbrado a quejarme y menos a pedir clemencia o indulgencias. Soy fuerte, aún me conservo bien y creo que no haya poder que llegue a dominarme...

Os he contado un poco de mi pasado; ¡qué digo! —todo mi humilde pasado— para que así podáis conocerme un poco y comprender todo lo que tengo que deciros. ¡El pasado es un toro que embiste!



Don Rómulo Gallegos. Presidente Constitucional derrocado el 24 de noviembre de 1948.

CAPITULO I

CREACION DEL SERVICIO DE INVESTIGACION NACIONAL (Seguridad Nacional) SU ESTRUCTURA ORGANIZATIVA

El origen de la Seguridad Nacional se remonta al 1938, que fue cuando por decreto del Sobetano Congreso de los Estados Unidos de Venezuela se aprobó la Ley del Servicio Nacional de Seguridad. Desde esa fecha, 4 de agosto de 1938, comenzó a funcionar en la República el Cuerpo de Investigación Nacional, que no tuvo alteraciones ni en lo administrativo ni en lo político. Quizás no las hubo por ser los regímenes que sucedieron al del General Juan Vicente Gómez, más moderados, menos sectarios y no usaron la policía como instrumento represivo contra sus adversarios políticos.

En 1945, el Servicio de Investigación Nacional fue reorganizado, tanto en lo estructural como en lo administrativo, y tenemos entonces que dicho Servicio, a raíz del cambio político sucedido el 18 de octubre de aquel año, comenzó a ser utilizado por el gobierno de la Junta Revolucionaria como órgano represivo y se reinicia así nuevamente en Venezuela, la tortura, la persecución y el asesinato político y se crean a la vez los campos de concentración con miras a recluir allí a los adversarios políticos, tales como Guasina, Sacupana y un anexo en El Dorado. Al ocupar la Primera Magistratura del país el Ilustre Maestro Gallegos, Acción Democrática, basada en la mayoría

con que contaba en las Cámaras Legislativas, propone la modificación de la denominación oficial que venía ostentando el Servicio de Investigación Nacional, y, logrado su propósito, pasa entonces dicho servicio a denominarse Dirección de Seguridad Nacional, dependiente del Ministerio de Relaciones Interiores. Al frente o en la Dirección de dicho organismo político, estuvieron algunos hombres con vastos conocimientos policiales, pero duraron poco; siendo sucedidos por otros que, si no tenían la misma capacidad de aquéllos, al menos sabían interpretar los deseos de los políticos que los habían nominado para aquella función.

El Cuerpo de Seguridad Nacional, administrativamente, estaba compuesto de la siguiente manera: Dirección, Jefatura del Cuerpo, Inspectoría General, y las Secciones: Política Social, Criminológica, Homicidios, Estupefacientes, Armas y Explosivos, Laboratorio Policial, Archivo General, Archivo Político y Sección de Transporte y Mantenimiento.

Para el momento de mi ingreso a la Seguridad Nacional, era Director de dicho Cuerpo, el señor Jorge Maldonado Parilli, quien a pesar de sus manifiestas inclinaciones adecas, tuvo a su cargo las primeras persecuciones y encarcelamiento de los militantes en desbandada del Partido Acción Democrática tan pronto como fue depuesto de la Presidencia don Rómulo Gallegos en 1948. La Junta Militar procedió de inmediato al decomiso y confiscación de los archivos del partido en toda la República, con lo cual (a posteriori) facilitó la labor de la Seguridad Nacional, que por cosas del destino y la política, fue la encargada de perseguir a quienes la habían proveído del instrumento legal para el mejor desenvolvimiento en sus funciones. Aquella medida decretada por la Junta, se debió, quizás, a que las nuevas autoridades querían desquitarse de los muchos atropellos y vejámenes de que habían sido objeto innumerables venezolanos por parte de Acción Democrática, durante el corto tiempo que ostentaron el poder. Tampoco el pueblo olvidaba los desmanes cometidos por aquéllos, que amparados en un carnet político, no hicieron otra cosa que sembrar el odio y la insidia en la familia venezolana.

A Maldonado, por orden expresa del Comandante Llovera Páez, Ministro de RR. II., le fue encomendada la delicada

misión de efectuar una reorganización general dentro de los cuadros del Cuerpo, y hubo especial énfasis en la conveniencia de echar de la organización policial, a todo aquel agente que tuviese o hubiese tenido nexos políticos con A. D. e incorporar a los viejos funcionarios que habían sido despedidos por los adecos al asumir el poder. Maldonado Parilli debía poner fin a un estado de cosas que se venía sucediendo dentro de la Seguridad Nacional, que de una manera u otra, afectaban la buena marcha del Cuerpo, y que, directa o indirectamente redundaban en perjuicio de la ciudadanía, no sólo en lo social sino en lo político. Le correspondió a Maldonado Parilli dirigir las investigaciones relacionadas con el asesinato del Comandante Presidente de la Junta Militar, Carlos Delgado Chabaud.

La actuación del señor Jorge Maldonado Parilli al frente de la Dirección de la Seguridad Nacional, estuvo acorde con sus conocimientos, capacidad y experiencia. Supo dirigir y resolver satisfactoriamente los innumerables casos que pasaron por su jurisdicción durante el tiempo que hubo de permanecer al frente de aquella Organización Policial. El hombre estaba debidamente capacitado para desempeñar la delicada función para la cual había sido designado por la Superioridad. Era un Policía de Escuela y negarle ahora cualidades, sería pecar de injusto. Además, no soy yo —no es esa mi intención— el indicado para menospreciar su valía o restarle méritos a su actuación direccional y administrativa durante su permanencia al frente de la Seguridad Nacional. El señor Maldonado Parilli pertenecía al grupo de hombres escogidos por el Gobierno del Presidente Medina Angarita, para realizar estudios policiales en el extranjero, y aquel grupo del que formaba parte Maldonado, lo integraron entonces los señores Alberto Villavicencio Ayala, José Luis Vargas, Pedro Estrada Albornoz, Méndez Cárdenas, Cubillán, Mileo, Parra Mendoza y otros que ahora escapan a mi memoria. Todos obtuvieron sus diplomas y de hecho pasaron a ser policías profesionales. El señor Vargas fue designado por el Gobierno, para desempeñar el cargo de Director de la recién creada Oficina de Identificación Nacional, correspondiéndole el honor de ceder a los venezolanos, comenzando por el ciudadano Presidente de la República, General de División Isaías Medina Angarita.

Al comienzo de su gestión al frente de la Dirección de Seguridad Nacional, el señor Maldonado Parilli, no tuvo que afrontar grandes problemas para resolver. Para aquel entonces, el trabajo del Director y los detectives bajo su mando, no iba más allá de la investigación rutinaria; sin embargo, su actuación en el caso del asesinato del Comandante Carlos Chabaud, fue excelente en todos sus aspectos, esto claro está, policialmente hablando. Después de aquel suceso, ninguna de sus actuaciones fue de gran significación.

La eficiencia no se demuestra con saber dar órdenes, sino saberlas ejecutar como un ejemplo claro de la condición de Jefe. Maldonado Parilli después de haber concluido exitosamente las investigaciones relacionadas con el asesinato del Presidente de la Junta de Gobierno, comenzó a dar muestras de una despreocupación que asombraba a todos cuantos formábamos el Cuerpo Policial. Muchos de nosotros llegamos a pensar que si había puesto interés en el esclarecimiento de aquel hecho que conmovió a Venezuela y al mundo entero, fue debido al apremio puesto de manifiesto por los Jefes de Miraflores. Estos en todo momento estuvieron pendientes de la actuación, no sólo del Director Maldonado Parilli, sino de todo el personal que estaba abocado al esclarecimiento de los hechos, de tal manera que a éste no le quedaba otra alternativa que poner sumo interés en el asunto. Mas cuando las cosas pierden interés para los hombres, estos caen en la indolencia; y Maldonado Parilli, tan pronto como la situación política se normalizó en el país, y los presuntos magnicidas fueron encarcelados, echó en olvido otros problemas que se estaban gestando contra el gobierno asentado en Miraflores, problemas estos iniciados por aquellos individuos que habían sido desplazados del poder el veinticuatro de noviembre de 1948. Aparentemente, la situación política que se vivía en el país después del golpe de estado dado por los militares, era normal; no obstante, y a pesar de que la mayoría de los líderes de Acción Democrática, habían emigrado hacia el exterior y algunos se hallaban prisioneros; otros, los considerados por el Gobierno, como líderes de poca relevancia política, se encontraban ocultos y las autoridades no se ocuparon en ningún momento de perseguirlos. Gran error, puesto que fueron éstos, precisamente quienes haciendo honor a las



El Presidente Gallegos, su Ministro de Defensa Carlos Delgado Chabaud y el Coronel José León Rangel.



Cástor Nieves Ríos. Asesinado por la S.N.

consignas e ideales de su agrupación política, comenzaron a hostigar solapadamente al Régimen de Facto asentado en Miraflores, y poco a poco los actos terroristas-subversivos con sus débiles atentados a personeros del Gobierno y a instituciones, iniciaron su lucha en diferentes ciudades del país, lo que alarmó seriamente a las autoridades superiores, siendo el Ministro de Relaciones Interiores el encargado de llamar a su Despacho a Jorge Maldonado Parilli, para pedirle acción contra aquellos desadaptados que pretendían subvertir el orden en el país. El Gobierno quería acción, pero efectiva y pronta, pues no estaba dispuesto a permitir ninguna clase de desmanes por parte de *políticos despechados* (así los llamaba el Comandante Llovera Pérez). Sin embargo, el señor Maldonado Parilli, que pocas veces se jactaba de su inteligencia, apenas abandonaba las dependencias ministeriales, olvidaba los apremios de sus superiores y acaso si impartía algunas órdenes a sus subalternos, quienes se encargaban de efectuar algunos allanamientos, capturando a uno que otro adeco o comunista, con lo que creía Maldonado que había solucionado el problema. Tal parecía que a este hombre las órdenes de sus superiores no lo intimidaban, y, hasta llegamos a pensar nosotros, que nuestro Director no estaba de acuerdo con aquéllos, y era tal la indolencia de aquél, que ni siquiera se ocupaba de averiguar si sus subalternos cumplían o no sus órdenes.

Cuando por alguna circunstancia era requerida su aprobación respecto a algún caso importante, él no vacilaba en delegar tal responsabilidad en el Jefe del Cuerpo, o, en su defecto, en el Inspector General de los Servicios, o simplemente en la autoridad del Jefe de la Sección Política. Con cualquier pretexto trataba de que el caso se solventara sin su intervención. La misma era necesaria, no sólo por la gravedad o lo delicado del asunto o problema, sino que era su deber por la naturaleza misma del cargo que ostentaba. Cuando se estaba trabajando en algún caso importante y surgían problemas de índole técnico o de competencia, a los Jefes, cualquiera fuera su categoría dentro del Cuerpo, no les quedaba otra alternativa que actuar en consecuencia, sin contar con la anuencia del Director. Tal situación, como es de suponer, conllevó a una fórmula de independencia por parte de determinados funcionarios, que daba

mucho que pensar al personal subalterno, lo que originó la normalización de un sistema anarquizante tremendo, puesto que cada uno de nosotros nos considerábamos "jefes" y actuábamos y decidíamos sobre casos sin que en la mayoría de los casos, los Superiores se enteraran. En toda Institución o Empresa, tiene que haber un Jefe, un hombre que dirija y coordine seriamente las actividades inherentes a tal Institución o Empresa y, por ende, vigilar y controlar el trabajo del personal a sus órdenes; porque en donde no existe la autoridad de un Jefe o de un Patrono, la organización se desmorona. Sin quien dirija, ordene y coordine, el déficit de eficiencia es notorio en todos los niveles y aspectos, máxime cuando de un organismo policial se trata. Ahí la cosa resultaba más complicada, difícil y peligrosa, puesto que es precisamente en esos Cuerpos donde debe y tiene que existir un alto índice de disciplina, ya que de lo contrario no podría obtenerse una labor realmente loable, todo por la inmensa responsabilidad que les compete como servidores públicos, en quienes reposan la seguridad de los contribuyentes, pues su deber es el constante velar por el orden hacia las instituciones y la ciudadanía en general.

Aquella situación no podía continuar, y mucho menos podía pasar desapercibida por los Miembros de la Junta que gobernaba el país, de tal manera que las muchas irregularidades observadas por la Superioridad, colmó su paciencia y desde aquel instante, la estadía del señor Maldonado Parilli, estuvo cuestionada. Sólo duraría al frente de la Dirección de Seguridad Nacional, lo que tardara el Gobierno en encontrar el sustituto. Hasta se llegó a mencionar el nombre de Villavicencio, de Méndez Cárdenas y Cubillán para reemplazarlo, pero todo quedó en menciones, y mientras se barajaban nombres, ocurrió la sorpresiva fuga del dirigente Castor Nieves Ríos y posteriormente la del doctor Alberto Carnevali (*). La primera de dichas fugas la protagonizó Castor Nieves Ríos, cuando era trasladado desde la ciudad de Maracay, por una Comisión de la Seguridad Nacional, enviada de Caracas por el propio Maldonado Parilli.

(*) Hechos narrados detalladamente en el Tomo 1 de estas "Confesiones" N. del A.

Fue él quien escogió los detectives que efectuarían dicho traslado. Esta circunstancia llamó poderosamente la atención de todos nosotros, puesto que nunca se había ocupado de ello. Tales acontecimientos rebosaron la paciencia del Gobierno, y en su reemplazo fue nombrado don Pedro Estrada Alborno, hombre éste que hasta entonces venía desempeñándose como Agente Diplomático; pero con gran experiencia en asuntos policiales, no sólo por los estudios realizados en el exterior, sino también porque se había desempeñado como policía a las órdenes del General Mibelli, en Caracas, y había sido el encargado de reorganizar las policías de Maracay y Valencia. Se decía de él, que desde muy temprana edad había hecho carrera en tales menesteres; además se hablaba insistentemente de que era Inspector del F. B. I. americano y Agente de Scotland Yard.

Con Pedro Estrada al frente de la Dirección de Seguridad Nacional, las cosas cambiaron radicalmente en aquel Cuerpo Policial, y desde entonces dicha Organización Policiaca comenzó a adquirir fama, no sólo por la eficiencia investigativa, sino por los métodos puestos en práctica contra los delincuentes y criminales que eran apresados, y la rapidez en resolver los casos que originalmente eran de su competencia. Allí no se podía hablar de casos difíciles, y si esto sucedía, nuestro flamante Director ripostaba: "No hay casos difíciles, hay sí, detectives incompetentes, y a esos, yo no los quiero en la Seguridad Nacional".

El cambio fue total. Hasta el semblante de los agentes sufrió cambios. Quienes nos creíamos jefes y disponíamos a nuestro antojo, de la noche a la mañana nos sentimos poco más que nada ante las disposiciones implantadas por el nuevo Director. La reorganización del Cuerpo fue total, no sólo en lo administrativo, sino en lo funcional. Se sucedieron cambios en los cuadros organizativos, hubo destituciones, reemplazos y cambios de agentes por otros venidos del interior de la República. Otros —muy pocos, por cierto— fueron a parar a la cárcel al descubrirse que en algunas de sus actuaciones habían procedido deshonestamente en el cumplimiento de sus obligaciones y deberes.

Estrada, como la mayoría de hombres que asumen la responsabilidad de un cargo, después de efectuar los ajustes de

orden, procedió a llamar a su lado, a hombres de reconocida solvencia moral e intelectual y que, sin lugar a dudas, eran de su plena confianza, y como condición para permanecer a su lado, les exigía ser apolíticos y estar dispuestos a trabajar en firme para garantizar un buen servicio a la ciudadanía y contribuir a la seguridad y estabilidad política y social del Régimen.

De entre estos nuevos funcionarios nominados en los Cuadros de la Seguridad Nacional, Estrada seleccionó un pequeño grupo que en todo momento contó con su apoyo y amistad. Entre aquellos recuerdo a mi inolvidable amigo, el Bachiller Luis Rafael Castro, quien asumiera la Jefatura de la Sección Político-Social, en reemplazo del Teniente (r) Ulpiano Poveda; al señor Rafael Ochoa Maldonado, Estrada lo ratificó en su cargo de Jefe del Cuerpo; el Teniente (r) Manuel Vicente Omaña, fue nombrado Inspector General de los Servicios de Seguridad Nacional; al señor Leoncio Niño, lo nombró Jefe del Servicio de Armas y Explosivos; José Francisco Colmenares, Jefe de la Sección Criminológica; al señor Méndez Cárdenas, Jefe de la Sección de Homicidios; Enrique Lozada, Jefe de Laboratorio Policial; J. A. Artahona, Jefe del Departamento de Balística y Grafotecnia; el señor Mileo, Jefe del Archivo General; el señor Parra Mendoza, Jefe de la Brigada de Estupefacientes y Contra Robos; Jorge Barreto, Jefe del Archivo Político; Homero González, Jefe de la Sección de Personal; Ulises Ortega Matiz, Sub-inspector; Miguel Silvio Sanz Añez, que había desempeñado el cargo de Jefe de la Oficina de Seguridad Nacional en Maracaibo, de donde había sido suspendido disciplinariamente, pasó a desempeñarse como Jefe de Investigaciones Especiales, a la orden del Director Estrada; el Dr. Bello, era el Consultor Jurídico de la Seguridad Nacional, posteriormente lo fue el Dr. Angarita Trujillo; el señor O. Blanco, era el Jefe del Departamento de Correspondencia. Todos estos hombres contaron con el apoyo decidido del Director, don Pedro Estrada. También dentro de los cuadros del personal subalterno, Estrada realizó una selección de hombres, que desde el primer momento contaron también con su apoyo y confianza, de ellos cabe señalar algunos (aparte del autor de este libro), tales como: Daniel Augusto Colmenares (alias "Suelaespuma"), Luis Antonio Díaz, Luis Alberto Díaz Torrealba, César Sarini Toranzo, José Mer-

cedes Polachini, Francisco Sayago, José Inés Alcalá, Luis Marcano Gamero, Julio García Cabrera, Vicente Emilio Borges (alias "El Indio"); Andrés Melquiades Ayala, Ramón Ribas, Héctor Acosta (a) "Chicho"; Gustavo Alejandro Hernández Ruido, Manuel Hernández Sandoval (a) "El Loco"; Domingo Ruano, Miguel Antonio Soto, Luis Ernesto Castillo Lozada (a) "Jaquica"; Isidro Marrero Méndez, Pablo Arrivillega (Sisco) Rodríguez, Tulio García Cabrera, Jesús Alberto Piñero Barrios, Ramón Norato Useche, Salvador Graffe, Luis Piñero Barrios, Isidro Villasmil, Rodolfo Montiel, Jesús Manuel Flores Pacheco (a) "Pachequito"; José González Pacheco, Ramón Emilio Solórzano, Ernesto Castilla, Héctor Quintero, Manuel Delgado Díaz (a) "El Mocho"; Luis Enrique Torres (a) "Torrecito"; Marcial Peña Peña, Ernesto Mancilla, Ramón Antonio Polachini Malavé, Consuelo Ramírez, Asunción Rojas Cabrita, Carlos Luis Rodríguez, Carmen Freites, Helena Bruzual, Rubén Darío García Mendoza. Todos estos hombres y mujeres conformaron lo que dentro del Cuerpo se denominaba: la Plana Mayor de la Sección Político Social de la Seguridad Nacional. En manos de la inteligencia y lealtad de estas personas, reposó la confianza del Director Pedro Estrada. Los casos más difíciles que el Gobierno confrontó, fueron resueltos satisfactoriamente por ese personal, permitiéndole al país la tranquilidad deseada por el Régimen de Facto para la ciudadanía en general.

Gracias a la dedicación y tenacidad de estos funcionarios se fue consolidando la estabilidad política del Gobierno Provisorio, funcionarios éstos que, con una remuneración que apenas satisfacía sus más perentorias necesidades, contribuyeron en mucho al triunfo político del entonces Coronel Marcos Pérez Jiménez.



Pedro Estrada, el siniestro Director de la S.N. dando a la prensa 'su versión' sobre el asesinato de Ruiz Pineda.

CAPITULO II

AUMENTAN LA REPRESION Y LAS TORTURAS CONTRA LOS MILITANTES DE A.D. Y DEL P.C.V.

Para el año 50, la reestructuración del nuevo Gobierno era completa, la normalidad en el ámbito nacional, aparentemente, era total, no obstante ello, las autoridades siempre permanecieron alerta, ya que no desconocían la actitud asumida por la gente que había sido desplazada del poder en noviembre del 48. Las policías permanecían alertas y cualquier información recibida en sus comandos, era procesada meticulosamente, y gracias a ese afán provisor, tuvimos conocimiento de la intentona que planeaban algunos militares descontentos que aspiraban a dar un contragolpe apoyados por las huestes de Acción Democrática en la clandestinidad. Una de aquellas intentonas, la más importante de todas las que se gestaron en el período comprendido entre el año 48 y 51, fue la destacada en la ciudad de Maracay, en la Base Aérea de Boca de Río, encabezada por el Capitán Wilfrido Omaña (*). Hubo otras, por ejemplo, el amotinamiento de civiles armados ocurrido en Turén, que fueron contra los puestos de la Guardia Nacional y la sede de la Seguridad Nacional asentados en aquella Colonia Agrícola del Estado Portuguesa, y en donde ocurrieron numerosas muertes. Por las declaraciones que posteriormente rindieron algunos de los amotinados apresados, llegó a nuestro conocimiento la versión de que algunos dirigentes medios de A.D., habían dirigido la sublevación de aquellos hombres. La intentona resultó un fracaso rotundo para quienes aspiraban a crear un ambiente de agitación contra el Gobierno.

(*) Este sensacional hecho militar aparecerá en el próximo volumen.

La represión policial fue aumentando a medida que las acciones subversivas iban aflorando y tomando fuerza en el país. Había que poner término a los desmanes de quienes no estuvieron nunca resignados al desplazamiento de que habían sido objeto en noviembre del 48. Todo aquel que era detenido por sus actividades subversivas, era sometido inmediatamente a fuertes interrogatorios, y la "política" del nuevo Director de la Seguridad Nacional, fue determinante: "Quien no declaraba, se le hacía declarar". No importaban los métodos que se pusieran en práctica, y la tortura entró a formar parte de los medios expeditivos para lograr una declaración o simplemente para recabar una *información*. Por otra parte, los "colaboradores" del Régimen, se encargaban de suministrar datos relacionados con las actividades de la gente de A.D. Llegamos a contar con aquella clase de individuos, hasta dentro de la maquinaria subversiva que dirigía Acción Democrática. Las delaciones se sucedían diariamente y a medida que aquellas se recibían y procesaban, los calabozos de la Seguridad Nacional se iban llenando de presos. Además, contábamos con las nóminas de inscripción del Partido Acción Democrática, que habíamos decomisado en los allanamientos realizados a las diferentes casas y seccionales de dicha organización, de ahí que no era ningún problema hacerse con aquellos militantes que nos interesaban. Los "colaboradores" o confidentes nos tenían al día respecto a las conspiraciones de sus compañeros. Al comienzo, los accion-democratistas se limitaban solamente a regar propaganda por las calles de Caracas y en algunas ciudades del interior del país, pero luego fueron aumentando sus actividades y el gobierno activó la represión, por lo que todo aquel que fuera sorprendido pegando afiches o distribuyendo hojas subversivas, se le daba una planazón de *tres tiempos* para que nos dijera el lugar donde se imprimían las hojas o los afiches subversivos. La planazón denominada de *tres tiempos*, consistía en administrarle al detenido, al momento de ser capturado, una ración de plan de machete, luego se le dejaba tranquilo por el lapso de 24 horas, transcurridas aquéllas; se le administraba otra dosis y vuelta a esperar otras 24 horas, para al final, administrarle la última dosis, si es que para entonces el detenido no había confesado todo. Jamás hubo un preso que resistiera las tres raciones de

plan, por lo regular, al momento de administrarle la segunda dosis, cantaba todo cuanto sabía.

Por lo regular, las planazones casi siempre se prodigaban en horas de la noche, otras, cuando las circunstancias así lo exigían, se sacaba al o los detenidos del recinto policial y se le llevaba a una carretera cualquiera de las muchas que se alejan de la capital, y en cualquier paraje solitario, se le sometía a aquella clase de tortura. Tales métodos casi nunca fallaban y la más de las veces, cuando regresábamos con el o los presos a la Seguridad Nacional, llevábamos con nosotros una confesión en regla, y en consecuencia, sólo teníamos que proveernos de la orden de allanamiento y acudir al lugar que en su confesión nos hubiese indicado el detenido confesante, y decomisábamos el multígrafo y sus operarios, quienes de hecho, iban a parar a los sótanos de la Seguridad y recibían la misma "medicina" que muchos otros habían "saboreado".

La tortura era el método más usado para el logro de nuestros propósitos, sin embargo, por órdenes expresas del Director Estrada, antes de proceder a interrogar a un detenido, se recurría a la persuasión. Se trataba por todos los medios a nuestro alcance, de convencer al individuo para que nos *echara el cuento* sin tener que someterlo a la tortura; pero por lo regular a quienes tratábamos de convencer no accedían y entonces sí que teníamos que proceder a tan bárbaro método. Pero no se crea que a nosotros, los encargados de interrogar a los enemigos del Gobierno, nos agradaba actuar de aquella manera, no obstante, seguíamos las instrucciones recibidas de nuestro Director. A los confidentes los tratábamos con mucha *consideración*, y hasta le pagábamos "sus trabajos" y cuando el dato que nos daban era de importancia y la pieza a cazar era también de importancia, la remuneración o bonificación que se le otorgaba, aumentaba. De tal manera que cualquier conspirador estaba expuesto a ser delatado por su propio compañero, si éste veía en su entrega la posibilidad de hacerse con un buen fajo de billetes. Como un ejemplo de presos por delación, puedo citar los casos de los doctores Eligio Anzola Anzola, Alberto Carnevali Rangel, Simón Alberto Consalvi, Héctor Vargas Acosta, Luis Augusto Dubuc y el mismo Leonardo Ruiz Pineda.

Mi actuación como Oficial de la Seguridad Nacional, fue similar a la de cualquier otro funcionario dependiente de aquel Cuerpo Policial, sin embargo, a medida que fue transcurriendo el tiempo y los jefes me fueron tomando confianza, fui ascendiendo dentro del escalafón y ello me obligó más con aquellos superiores, de tal manera que hube de desempeñar funciones muy delicadas a más de realizar misiones fuera del territorio nacional. A esto debo agregar que siempre actué con lealtad y honestidad, y hoy, cuando escribo estas *Confesiones*, hago la salvedad de que no me considero un escritor, pues me tildo de ser un autodidacta que sólo desea sincerarse y dejar expresado en estas páginas algunos de los casos registrados durante la Dictadura y que revistieron gran importancia por el carácter político que les rodeaba. Fue una situación vivida por el pueblo venezolano, una situación que hoy día, muchos venezolanos no atinan a comprender, en especial esa juventud formada durante esta década de democracia que ha estado viviendo nuestro país, y aquellos hombres que conocen de aquella etapa política que vivió la Patria, por razones obvias, no han tenido el suficiente valor para expresar con sinceridad los hechos (sus pormenores) que ahora me he propuesto narrar en estas *Confesiones*. A la juventud no debemos ocultarle nada, ella tiene derecho como el que más, a conocer de los vaivenes políticos gestados en el país. Esta es una responsabilidad que nos corresponde a todos por igual, es un acto de conciencia ineludible.

Nunca pensé que al ingresar a la Seguridad Nacional, sellaba un capítulo de mi vida para iniciar otro que me depararía los momentos más amargos de mi existencia. Sin embargo, cuando se es joven y se tienen ambiciones, ni siquiera nos detenemos a sopesar las situaciones con sensatez, y yo no iba a ser la excepción, y allí estaba yo, a las puertas mismas de la Central Policial, con el corazón palpitante y lleno de emoción, dispuesto a lucir en mi pecho el distintivo de Policía con orgullo y honradez.

El edificio de la Seguridad Nacional alzaba su nueva fachada en los alrededores de la aristocrática Urbanización El Paraíso. A simple vista, aquel edificio de concreto y adornado con vidrio barato, con sus dos pisos feos e impregnados de cera,

se alzaba contra un cielo que durante las noches parecía gris y cargado de nubes que siempre presagiaban tormenta. Allí me inicié como Policía de la Seguridad Nacional. Fue por el año cincuenta y uno, en un mes de abril...

Al principio estuve un poco decepcionado. Mi trabajo consistió en llevar, a lomos de una motocicleta, la correspondencia oficial a las diferentes dependencias gubernamentales de la capital. Tiempo después, fui relevado de aquellas funciones y pasé a prestar servicios de vigilancia en los lugares que se sabía habitaban personas señaladas como enemigas del Gobierno, y posteriormente, pasé a formar parte de la Brigada Especial adscrita a la Sección Político-Social, cuyos integrantes (seleccionados de antemano) se ocupaban de efectuar allanamientos y detenciones de políticos, así como de la interrogación de los mismos. En todo momento me dediqué a mi trabajo con la dedicación y vocación propias de quien desea sobresalir y, por ende, demostrar a sus superiores su capacidad. Estudiaba los reglamentos internos y leyes inherentes a mi nueva profesión. Mis superiores, una vez enterados de ese interés mío, me estimulaban, lo cual agradecía y me obligaba más con ellos. La remuneración que percibía apenas si llegaba a los quinientos ocho bolívares, pero eso, de momento no me importaba, no obstante, con aquel sueldo podía ayudar a mi familia y dejar para mí lo indispensable para sufragar mis gastos personales, además me había sido asignada la motocicleta y de esa forma economizaba los gastos de pasaje.

En la nómina de pagos, cierto día encontré que me habían ascendido a Oficial Clase "B" y mi paga, por supuesto, aumentó a setecientos ocho bolívares. Aquel ascenso me situaba en un plano en donde podía moverme con más independencia dentro de las dependencias de la Seguridad Nacional, tenía acceso a los archivos y asistía y participaba directamente en los interrogatorios que casi todas las noches se efectuaban en la Sección Político-Social. Se me permitía, además, estudiar los expedientes que trataban de los personajes más connotados de la política, en especial de aquellos que habían sido desplazados del poder en noviembre del 48. También pude mirar las fichas de todos aquellos hombres que se hallaban presos, en especial la de los

hombres de Acción Democrática y del Partido Comunista, aunque también echaba mi miradita a las fichas de aquellos personajes no inscritos en dichos partidos que aparecían con el remoque de "sospechosos". A los camaradas siempre se les dispensó especial atención, aunque éstos, a pesar de que trataban por todos los medios de imponer o propagar sus ideas marxistas entre el pueblo, éstas (sus ideas) no germinaban en el ánimo de los venezolanos, quienes al parecer no comprendían tal ideología política.

LEYENDO aquellos expedientes pude enterarme a plenitud de las andanzas políticas del señor Rómulo Betancourt, y de sus más leales seguidores, tales como los ciudadanos don Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Raúl Leoni, Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Eligio Anzola Anzola, Julio Groscors, Raúl Ramos Giménez, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Domingo Alberto Rangel, Luis María Peñaiver, José Agustín Catalá, Antonio Leidenz, Ricardo Montilla, Humberto Hernández, Luis González Herrera, Ramón J. Velásquez, José Salazar Meneses, Gonzalo Barrios E., Braulio Jattar Dotti, Angel Paz Galarraga, Carlos D'Ascoli, Enrique Velutini, Juan Herrera, Rigoberto Henríquez Vera, Carlos Blanco, Octavio Lepage Barreto, Manuel Muñoz Palencia, Luis Augusto Dubuc, Reinaldo Espinoza Hernández, Héctor Vargas Acosta, Armando González, Mario A. Arocha, Salom Meza Espinoza, Justo Salazar, Pantaleón Sánchez, Angel Raúl Guevara, Luis Tovar, Ramón A. García, Segundo Antonio Espinoza, José Vicente Abreu, David Morales Bello, Ernesto Silva Tellería, Luis María Piñerúa Ordaz, Daniel Carías, Carlos Piñerúa Ordaz, Luis Hurtado Higuera, Dr. Valencia Parpacén, el Dr. Coronil, Dra. René Haffman Visú de Coronil, Tibaldo González, Manuel Jiménez Castro, César M. Carrero, Hugo Quintana Franklin, Leoncio Dorta, Horacio Chacín Ducharne, Antonio Pinto Salinas, Alfredo González, Castor Nieves Ríos, Jaime Lusinchi, Luis Lander, Antonio Briceño, Julio Ramos, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Valmore Rodríguez, Carlos Andrés Pérez Rodríguez, Santos Gómez, Félix Adam, Luis B. Sánchez Bellorín, Manuel Noriega Trigo, Guillermo López Gallegos, Mariano Medina Febres, Ramón Quijada, Ramón Pardo, Manuel Estrella, Antonio Delgado, Jesús Leandro Mora, Luis González, Rafael Belloso, Enrique Marín, Leandro Alvarez, Luis

Mosquera, Pedro Bracho Navarrete, Octavio Andrade, Luis Morín, Antonio Felizola, Gustavo Machado, Jesús Villavicencio, Pompeyo Márquez ("Santos Yorme"), Jesús M. Casal, Eduardo Machado, Eloy Torres, Luis Emiro Arrieta, Pedro Ortega Díaz, Casimiro Estrada, Servando García Ponce, Guillermo García Ponce, Jesús Farías, Dr. Gallegos Mancera, Héctor Mujica, el doctor Ramón Villarroel y otros que ahora escapan a mi memoria.

Allí en los archivos de la Seguridad Nacional, estaban acumulados los *Curriculum Vitae* de todos aquellos políticos que de una forma u otra, adversaban al Gobierno que presidía la Junta instalada en Miraflores. Aparte de los señores que he nombrado en la página precedente, estaban fichados también los doctores Rafael Caldera, Jóvito Villalba, Edecio La Riva Araujo, Pedro del Corral, Lorenzo Fernández, Patrocinio Peñuela, Pedro Pablo Aguilar; los Bachilleres Hilarión Cardozo, Abdón Vivas Terán, Teodoro Petkoff, y en general, allí estaban registradas todas las características personales de aquellos hombres que desde muy temprana edad, habían incursionado en la política.

Cuando me inicié como Agente de la Seguridad Nacional, mi corazón cantaba y con él cantaba mi alma. La disciplina en aquel instituto policial era tan rígida como la de cualquier cuartel. Me sentía orgulloso de portar en mis bolsillos la credencial que me acreditaba como funcionario de aquella Organización; esto es algo que no niego hoy día, porque a pesar de todo, la Seguridad Nacional fue uno de los Cuerpos Policiales mejor organizado de Venezuela, esto claro está, en aquella época; y hasta nos vanagloriábamos de ser la mejor policía de esta parte de América. Su funcionamiento era de una perfección casi absoluta; tanto en eficiencia como en el aspecto técnico la ponían en condición de parangonarse, dignamente, con las mejores policías del mundo. Sin embargo, ya de un tiempo a su final, al emplearse su personal para la persecución de los delitos políticos, y dejar a un lado la técnica investigativa para dar paso a los atropellos físicos a las personas, y las múltiples arbitrariedades aupadas por quienes desde una posición privilegiada, hacían sentir su odio político a sus adversarios, saciaban indiscriminadamente su venganza valiéndose de aquella organi-

zación policial, con lo cual minaron las bases de la misma, manchando para siempre su recuerdo.

Estrada, tan pronto asumió la Dirección del Cuerpo, tuvo buen cuidado de colocar como jefes de los distintos departamentos, a hombres que en ningún momento ocultaban su odio hacia la gente de Acción Democrática. Por ello, cuando tenían conocimiento de que algún elemento perteneciente a aquella organización política había sido detenido, no perdían tiempo en apersonarse a la Sección Político-Social para proceder a interrogarlo personalmente, y hasta lo torturaban sin ninguna clase de compasión, y cuando estaban cansado de hacerlo, le ordenaban a cualquiera de los subalternos presentes, para que continuara lo que aquél o aquéllos habían comenzado. Cuando esto sucedía, ningún funcionario podía negarse. Hacerlo, era exponerse a las más feroces represiones. El Dorado, El Obispo o la Cárcel Modelo, eran los lugares escogidos por nuestros superiores para castigarnos en caso de que alguno de nosotros nos negáramos a planear a tal o cual preso adeco.

Desde los tiempos en que gobernaba el señor Jorge Maldonado Parilli, todo detenido de filiación adeca, era apaleado antes de someterlo a interrogatorio, y no importaba que el detenido confesara al momento de arribar a las dependencias de la Seguridad Nacional. Eso no lo salvaba de la ración de palos, planazos o puñetazos que los jefes ordenaban se le diera. Las órdenes nunca se discutían. Cualquiera que aquella fuera, debía cumplirse sin chistar.

La autoridad de nuestros jefes se imponía sobre nosotros de tal manera que, cuando alguno era llamado a presencia de alguno de ellos, temblábamos como unos chiquillos. Poco a poco aquella autoridad se fue convirtiendo en miedo, y esto redundaba en favor de aquéllos, quienes comprendiendo nuestra actitud, abusaban de sus posiciones privilegiadas para seguir adelante en su afán de venganza contra sus enemigos políticos. La posición adoptada por aquellos jefes, resultaba a todas luces degradante para quienes teníamos que cumplir sus órdenes, y lo más preocupante de todo, era el hecho cierto de que, basados en su jefatura, salvaguardaban la responsabilidad que les pudiera tocar en las torturas que se infligían a los detenidos.

La situación de los agentes cada día se complicaba más, puesto que ni siquiera nos asistía el derecho de renunciar. Hacerlo, era exponerse a represalias insospechadas, y lo que era más delicado aún: que se le tildara a uno de *enemigo del gobierno*. Y esto implicaba la posibilidad de ir a parar a El Dorado, o a ser confinado a cualquier pueblo del interior del país, bajo la vigilancia constante de la policía local y de la propia Seguridad Nacional. Esta clase de "castigo" originalmente era aplicado a algunos adecos, a quienes se le prohibía terminantemente abandonar la ciudad o el pueblo sin antes hacerlo saber a las autoridades locales, y éstas, por lo regular, siempre hallaban pretexto para negar al solicitante el permiso para ausentarse.

La diferencia existente entre los directores (Maldonado y Estrada) consistía en que, el primero de los nombrados, a pesar de la indolencia con que se comportaba en los últimos años de su mandato en el cargo, siempre dio muestras de ser más tolerante, más liberal; pero mucho más hipócrita que el segundo, y su hipocresía rebasaba los límites de lo normal, tanto que causaba asombro.

Por ejemplo, cuando se le informaba que había sido detenido un ciudadano por actos subversivos; inmediatamente pedía se le condujera a su Despacho, hablaba con aquel, le aconsejaba rindiera declaración y hasta mandaba le sirvieran cafecito para hacer más cordial la entrevista. Luego, llamaba al funcionario encargado de conducir a su presencia al detenido, y delante de éste, ordenaba: "Llévense a este caballero y lo atienden lo mejor posible, él ha prometido declarar, así que nada de maltratos. Es mi orden". Tan pronto como el detective dejaba el Despacho llevando al detenido, Maldonado ordenaba que a aquel detenido se le diera una pasada de planazos para "suavizarlo" y declarara con gana, y una vez realizado lo mandado, el detenido era conducido nuevamente a presencia del Director Maldonado, y éste al no más verlo y notar que se le había torturado, se "enfurecía" y mandaba a llamar a quienes habían participado en las torturas, y al tenerlos frente a él, les gritaba:

—¿Quién de ustedes torturó a éste?, —nadie respondía—. ¿No responden? Bien, ya me encargaré de que lo hagan. Ahora

quiero que sepan, que mientras yo sea Director aquí, ningún detenido debe ser maltratado. ¡Métnse esto en la cabeza! —concluía el hombre. Toda aquella perorata no era otra cosa que una manera cómoda de hacerle ver al detenido que de los maltratos de que había sido objeto por parte de los detectives, él nada tenía que ver con ello, de esa manera salvaba su responsabilidad; pero había algo más: para quedar bien en el ánimo del preso, ordenaba en presencia de aquél, que los funcionarios que habían torturado al individuo, fueran remitidos inmediatamente a la Cárcel del Obispo. Indudablemente que ante aquella demostración de autoridad puesta de manifiesto por el Director de marras, el detenido se sentía más seguro y tomaba a menos lo normal dentro de lo anormal de la triste situación que estaba confrontando, deviniendo, como es de suponer, que para él (el detenido), los únicos malos y criminales, eran los funcionarios que lo habían maltratado.

En cuanto a Pedro Estrada, éste resultó ser menos hipócrita. A la hora de imponer su *autoridad* no se andaba con rodeos y, si por alguna razón a su despacho era conducido un detenido político, no titubeaba en hacerle saber las consecuencias funestas a que se exponía si no *confesaba sus pecados políticos*. Era muy popular la cantaleta que acostumbraba largarle a los presos: “O confiesas todo lo que sabes y deseamos saber o te mando a joder hasta que te cagues”. De tal forma que si los detenidos se negaban a relatarnos sus historias, entonces se procedía, después de los interrogatorios preliminares, a conducir al detenido o detenidos a la sala de torturas y una vez allí, se le daba de peinillazos, manguerazos, golpes de puño a diestra y siniestra, hasta que el pobre individuo nos “echaba el cuento” con todo lujo de detalles; pero si por alguna razón el interrogado resistía las torturas, se procedía de inmediato a darle una pasadita de “ring” y, eso sí que no fallaba jamás. Las confesiones se sucedían una tras otra y poco a poco iban brotando de los labios de aquellos presos, los nombres y direcciones de quienes se dedicaban a la conspiración política contra la Dictadura. La resistencia de un hombre tiene su límite, y a aquellos a quienes les correspondió tan desagradable experiencia, no iban a ser la excepción.

Considero que el señor Maldonado Parilli fue un hombre afortunado... Hasta el momento de asumir la Dirección de la Seguridad Nacional, no se había desempeñado como funcionario en un puesto de verdadera relevancia dentro del tren gubernamental de la República. Llegó a aquella posición tan pronto como se hubo consolidado el golpe de estado sucedido en noviembre de 1948. Alguien —según se rumuró entonces— lo había recomendado a los integrantes de la Junta Militar acantonados en Miraflores, y el Comandante Pérez Jiménez, que ya se perfilaba como el hombre fuerte entre sus colegas, después de ciertas indagaciones sobre el comportamiento político de Maldonado Parilli, terminó por aprobar la designación de aquél para el cargo de Director de la Seguridad Nacional. Marcos Pérez Jiménez encaminaba sus pasos hacia la futura candidatura a la Presidencia de la República.



De rigurosa etiqueta, Pedro Estrada en una fiesta de la oligarquía caraqueña, que lo adulaba.

CAPITULO III

TRAYECTORIA DE MARCOS PEREZ JIMENEZ

ASESINATO DEL PRESIDENTE

CARLOS DELGADO CHALBAUD

La carrera política de este hombre, comienza con el golpe de Estado asestado al General Isaías Medina Angarita en aquel luctuoso dieciocho de octubre de 1945. Para el cinco de julio de ese mismo año, había ascendido al grado superior con el grado de Mayor. Contaba entonces la edad de 31 años. Gracias a aquel ascenso, asume la Jefatura del Estado Mayor del Ejército, posición ésta en donde comenzó a liderizar dentro de sus compañeros de armas, a la vez que podía controlar a su antojo, los movimientos de aquellos políticos que agrupaba a su alrededor el Presidente de la Junta Revolucionaria que encabezaba el señor Rómulo Betancourt.

Yo pienso que al General Medina lo depusieron, más que todo, por la forma democrática de su Gobierno y también, esto es admisible, por su desmesurada confianza en el pueblo que gobernaba. Tal sistema no era bien visto por los militares jóvenes, en especial, por aquellos cuya ambición iba más allá de lo normal, y el Capitán Marcos Pérez Jiménez, fue uno de los más activos conspiradores contra el Gobierno de Medina Angarita. Poco a poco fue sembrando el descontento entre algunos militares allegados; sin embargo, Pérez Jiménez y sus colegas, estaban conscientes de que la responsabilidad a asumir deponiendo al Presidente, era muy grande y, por ende, no querían ser ellos los que cargasen con tal responsabilidad; pero no se crea que eran solo los militares encabezados por Marcos Pérez Jiménez, quienes conspiraban, también Acción Democrática, partido político nacido tres años antes, conspiraba por su lado

en la parte civil. Y ambos —militares y civiles— se aliaron y dieron el golpe del 18 de octubre de 1945.

Don Rómulo Betancourt, en su condición de máximo líder de Acción Democrática, tan pronto como se hubo escenificado la asonada cívico-militar, ocupó la Presidencia de la Junta Revolucionaria, y éste a su vez, designó al Mayor Mario Ricardo Vargas, para la cartera de Relaciones Interiores; al Mayor Carlos Delgado Chalbaud, para el Ministerio de la Defensa; los doctores Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa componían la Junta. El Mayor Marcos Pérez Jiménez —como lo he señalado en las páginas precedentes— fue nombrado Jefe del Estado Mayor y su colega, Luis Felipe Llovera Páez, Sub-Jefe de Estado Mayor del Ejército.

Estos dos militares fueron ascendidos, un año después, a Tenientes Coroneles. Pérez Jiménez fue enviado a Estados Unidos en misión especial. Para entonces, Venezuela no era el país tranquilo que habían preconizado líderes de la Revolución ni las reivindicaciones sociales tan cacareadas por Acción Democrática se dejaban ver por parte alguna. Todo se hallaba en peor estado que cuando gobernaba el General Medina. Uniéndose a las múltiples calamidades que sufría el país, estaba el período de post-guerra y el deseo incontrolable del Partido A. D., de centralizar todo el poder en sus manos sin darle oportunidad a nadie para surgir.

El descontento fue cundiendo en el ánimo del pueblo; pero los más descontentos con aquella forma arbitraria de actuar de sus antiguos protegidos, fueron los militares y con ellos Marcos Pérez Jiménez a la cabeza. La conspiración volvió a tomar forma en la mente de los militares, creciendo día a día y sus adeptos se reclutaban entre todas las esferas sociales del país... No bastó para acallarla, ni siquiera la elección, para la Presidencia de la República, de don Rómulo Gallegos. Los demás partidos políticos existentes se oponían abiertamente al cúmulo de errores cometidos por Acción Democrática en su Gobierno. El mal y la miseria se extendían por toda Venezuela y el hambre y los métodos represivos por parte de las autoridades se encontraban en el orden del día. Las cárceles estaban repletas, no se daban abasto para recibir nuevos contingentes

de presos y el trabajo de los verdugos ensangrentaba el alma del país. Las torturas en el "Trocadero" eran aplicadas hasta a los menores de edad que llegaban a ser prisioneros. Para lograr una colocación cualquiera, un trabajo por muy mal remunerado que fuera, había que contar de antemano con la "anuencia del Partido". Sin carnet no había trabajo, y para obtener el tal carnet, había que demostrarse plenamente que no se había pertenecido al anterior Gobierno, y además había que inscribirse en aquella agrupación política. Sólo así, podía lograrse un empleo. Ser medinista era tan igual como decir: "soy leproso".

Marcos Pérez Jiménez, desde su cátedra militar, preconizaba el golpe de Estado. Desde su alta posición en el Gobierno, el Comandante Carlos Delgado Chalbaud le defendía y hacía ver su actuación como una "calaverada" de su juventud. No obstante, y dada su audacia, fue preciso, ante presiones gubernamentales, enviarle a una larga misión diplomática-militar en el exterior, la cual comprendía México, Guatemala, Haití, Ecuador, Bolivia, Chile y la Argentina. A pesar de los pesares —debido más que todo a las presiones de un familiar y amigo— Pérez Jiménez regresó al país. La situación había empeorado. El Presidente Gallegos demostraba claramente estar influenciado por la anarquía ejercida por los más connotados líderes del Partido. Su indecisión y la falta de iniciativa eran tan elocuentes, que hasta sus mismos correligionarios lo comentaban. Era de todo punto de vista triste, ver a una persona de la talla continental del Maestro Gallegos, uno de los novelistas más eximios de América, danzar al son tocado por los demás, desoir, en la egolatría propia de su Partido, la voz que clamaba por un cambio radical en la política gubernamental. Los militares en ningún momento estuvieron conformes con la implantación en el país, de las Milicias de Acción Democrática, y pedían que éstas fueran desarmadas y disueltas inmediatamente, y que en los Ministerios hubiesen mayor número de hombres independientes, y —norma principal— que el señor Rómulo Betancourt, quien continuaba actuando tras bastidores manejando los hilos de la vida de don Rómulo Gallegos, abandonara el país y cesara en su misión de desmoralizar al Ejército, pues era cosa sabida que no sólo se empeñaba en hacerlo, sino también de eliminarlo en sus princi-

pales estructuras e implantar en Venezuela un sistema similar al de la República de Costa Rica.

La situación política en el país empeoraba cada día, y se había llegado muy lejos en las diferencias entre Ejército y Gobierno. Volver atrás era inevitable, y un cambio en la política gubernamental o en los personeros del Régimen, era inminente. Así pues, para el mes de julio de 1948 se habló insistentemente de que Acción Democrática confeccionaba una lista de aquellos militares desafectos al Régimen, para reducirlos a prisión, expulsarlos y torturarlos en las cámaras de tormenta de "El Trocadero", valiéndose para ello del Cuerpo de Investigación Nacional (primera versión de la Seguridad Nacional).

Recuerdo que, en un mitin celebrado para conmemorar la Revolución del 18 de octubre, el Maestro Gallegos se refirió a aquellos serios problemas y los negó con su acostumbrado estilo, más literario que convincente, ambiguo y lleno de frases hermosas: Discurso de escritor de nombre. Después de lo cual, el Presidente Gallegos convocó —para las dos de la tarde de un día cualquiera de la semana— en el Cuartel Ambrosio Plaza, a la Oficialidad Superior perteneciente a la Guarnición Militar de la Capital. Una vez en presencia de aquéllos, les habló duramente, acusándolos de débiles y de dejarse suggestionar por mujeres y copas, haciendo oídos a comentarios callejeros, descuidando su verdadera misión castrense: la de defender el Partido. A dicha reunión —como es de suponerlo— asistió Pérez Jiménez, quien no se atrevió a decir una sola palabra porque le había sido negado el derecho de expresión por el propio Presidente de la República.

Tan pronto como la reunión para la cual habían sido convocados finalizó, una comisión de Oficiales, sin pérdida de tiempo, se abocaron a la redacción de un pliego de cuatro puntos para ser presentado al Presidente de la República. Los encargados de llevar dicho documento al Presidente Gallegos, fueron los Comandantes Marcos Pérez Jiménez y Carlos Delgado Chalbaud. El Maestro Gallegos, muy gentilmente y lleno de los mejores deseos, prometió estudiarlo y contestar en seguida. Pero... Transcurrieron ocho días y la respuesta no llegaba. Mientras esto ocurría, en el Congreso se acababa de aprobar una Ley en

la cual autorizaba a las Milicias del Partido enfrentarse abiertamente al Ejército en momentos de crisis. Los Militares al tener conocimiento de aquel exabrupto jurídico, apremiaron al Presidente para que respondiera a las proposiciones expuestas en el documento de cuatro puntos sometidos a su consideración, pero éste, no podía aceptar las pretensiones de los Militares y así se los hizo saber, amenazando de paso, en nombre del Partido, en caso de cualquier desacato a su autoridad, con lanzar al pueblo a una huelga general en su respaldo.

En vista de tan enojosa situación, los Militares no esperaron a más, y así, el 24 de noviembre, sencillamente y sin mayores consecuencias, fue depuesto el Maestro Gallegos de la Presidencia de la República, siendo trasladado el 27 de ese mismo mes, a las instalaciones de la Escuela Militar junto con el Dr. Gonzalo Barrios, y de allí marchó al exilio, al destierro. Su período presidencial fue una funambulesca mascarada en la historia política nacional. Una Junta de Gobierno asumió el poder del país y estaba integrada por los Comandantes Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez.

El Partido Acción Democrática fue disuelto ipso facto, y sus principales líderes encarcelados y perseguidos, los más, optaron por huir o largarse al exterior.

La Historia, después de un breve período de receso, tornaba a repetirse: Los Militares ocupaban de nuevo la Silla Presidencial de la nación. Muchas personas fueron llamadas del exilio y los bienes que les habían sido confiscados, y que por disposición de la dirigencia adeca habían sido asignados a prominentes líderes del Partido, fueron restituidos a sus legítimos dueños.

Una de las primeras medidas puestas en práctica por los personeros de la Junta Militar, fue dictar el Decreto Presidencial modificador de la Organización Policial denominada Investigación Nacional, que desde ese momento pasó a llamarse Dirección de Seguridad Nacional. El Cuerpo de Investigación Nacional, hasta el año 1948, carecía de un instrumento legal que le diera la autonomía necesaria para el mejor desempeño de sus funciones específicas y que la desligara de toda ingerencia política-partidista. Con esta medida se buscaba mantener una imparcialidad

veraz por parte de sus componentes, que les permitiera actuar sin ninguna clase de inhibiciones. Hasta aquel año, el mencionado Cuerpo Policial funcionó sin el apoyo de una Ley, y las nuevas autoridades la proveyeron de ella, es decir, desempolvieron la Ley del Servicio Nacional de Seguridad y por Decreto fue creada la Dirección de Seguridad Nacional, conservando casi íntegramente el articulado de la Ley del Servicio Nacional de Seguridad, del 4 de agosto de 1938, aprobada por el Congreso de los Estados Unidos de Venezuela. Con la nueva disposición gubernamental, se desligó de la tutela de la Guardia Nacional al mencionado organismo policial y adquirió autonomía con carácter apolítico.

Al instalarse el nuevo Gobierno, las autoridades decidieron efectuar una reorganización total dentro del organismo policial, encontrándose que los cuadros conformativos del mismo, estaban compuestos por miembros activos de Acción Democrática, sin embargo, se les permitió continuar desempeñando sus funciones, ya que la mayoría eran buenos detectives y se comprobó que no se metían en asuntos políticos, no obstante ello, al asumir la Dirección del Cuerpo, Jorge Maldonado Parilli, se impuso la necesidad de efectuar una purga, motivado más que todo a que se pudo comprobar que algunos detectives, siguiendo instrucciones de sus antiguos jefes, sacaban expedientes y fichas de los archivos. Se hizo un llamado a los detectives que habían sido dados de baja al asumir el poder Acción Democrática, sin embargo, Maldonado no fue tan severo, y, si despidió a algunos agentes, fue más que todo para guardar las apariencias. La purga se extendió hasta otras dependencias o instituciones nacionales, dando así comienzo a la gran persecución de adecos de que todo Venezuela tiene conocimiento.

De las diferentes cárceles del país, fueron saliendo hombres y mujeres que habían sido prisioneros del Gobierno de Acción Democrática. El famoso "Trocadero" fue abolido, y aquellos funcionarios que habían quedado cesantes al asumir la Presidencia el Ilustre escritor, don Rómulo Gallegos, fueron reincorporados a sus antiguos puestos.

El nuevo Gobierno instalado en Miraflores, abrió fuentes de trabajo; la calma, interrumpida por los acontecimientos

vividos, volvió al país y nuevas perspectivas de esperanza se abrían a los venezolanos. Sin embargo, aquella tranquilidad que disfrutaba Venezuela, se vio conmovida por los sucesos ocurridos el trece de noviembre de 1950. La Nación fue terriblemente sorprendida por un hecho insólito y de grandes repercusiones para el pueblo de Venezuela. Ese día fue bárbaramente asesinado el Teniente Coronel Carlos Delgado Chalbaud, por un grupo de hombres comandados por el "General" Rafael Simón Urbina. Chalbaud presidía la Junta Militar de Gobierno, que estaba integrada, además, por los Tenientes Coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez.

Tan pronto como se tuvo conocimiento del magnicidio, la Seguridad emprendió inmediatamente las investigaciones pertinentes y en poco tiempo, con la ayuda decidida de las Fuerzas Armadas Nacionales, cayeron presos poco a poco, todos los implicados en la perpetración del asesinato. A los calabozos de la Policía Militar, fueron llegando, Carlos Mijares, Pedro Díaz, Fermín Ledezma, Domingo Urbina, Pedro Trías, Antonio Medina y Próspero Torres; a la Seguridad Nacional, fueron llevados: Antonio Reyes, Natividad Laya, Nicasio Pereira, Pedro Saravía, José Jesús Osorio Ollarves Falcón, Honorio Gutiérrez, Pablo Ledezma, y el motorizado-guía del Teniente Coronel Presidente de la Junta asesinado, Pablo Emilio Aponte Rodríguez. Algunos de aquellos individuos, de origen campesino casi todos, fueron capturados por las faldas del Cerro El Avila, los demás por las inmediaciones de Guatire y la zona de Barlovento.

El "General" Rafael Simón Urbina, se asiló en la Embajada de la República de Nicaragua, sin embargo, fue entregado al Gobierno Nacional por orden expresa del Dictador Anastasio Somoza. Los cabecillas visibles del magnicidio eran el millonario Antonio Aranguren y el señor Franco Quijano. En aquella ocasión, también fue hecha prisionera la señora doña María Isabel Caldera, esposa del "General" Urbina. Esta bella dama fue internada en una habitación, habilitada para tal efecto, de la Maternidad Concepción Palacios, siempre bajo la vigilancia de los agentes de la S.N. Posteriormente, dicha dama se unió en matrimonio a un Oficial de la Seguridad que la custodiaba, funcionario éste que fue dado de baja inmediatamente y de paso remitido a la Cárcel del Obispo.

A los hijos del "General" magnicida, en ningún momento se les permitió abandonar su residencia de Las Mercedes. Los agentes que los vigilaban, siempre tuvieron problemas con aquellos, en especial con la hija mayor del "General". Esta no perdía oportunidad para largarle unos cuantos insultos a los policías, y cuando le daba por meterse a la piscina, llamaba a los funcionarios y al aquéllos acercarse para indagar lo que deseaba, la muchacha, heredera del carácter de su padre y jodida como él, les gritaba:

—“Oigan ¿ven esto...? Es para un hombre que tenga las b... bien puestas, como las tiene mi padre”, ¡“si tuviera un revólver en estos momentos, les caía a tiros, porque son ustedes una partida de pendejos y c... de ma...!”.

El puesto del Presidente de la Junta asesinado, fue ocupado por el doctor Germán Suárez Flamerich, continuando en sus cargos, los Tenientes Coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez. El Dr. Suárez Flamerich fue nombrado con carácter provisional, siendo reemplazado en su cargo por el Comandante Pérez Jiménez. Este, pensando siempre en las grandes posibilidades que brinda el poder, restableció las garantías que hasta entonces habían estado suspendidas por lo de Chalbaud, y a la vez permitió la organización o funcionamiento de algunos grupos políticos, y así tenemos nuevamente en la palestra pública al Partido U.R.D. y al Partido Copei, quienes de inmediato emprenden la campaña política en todo el territorio nacional. También el Gobierno quiso participar, y a tal efecto, fue creado el Partido Frente Electoral Independiente (F.E.I.), *organizado y estructurado* como ente político, por los doctores Manuel Rodríguez Travieso, Pedro Gutiérrez Alfaro, Guillermo Veloz Mancera, Feliciano Pacanins, Juan Bernardo Arismendi, Rafael Arráiz, Manuel Tello Berrizbeitia y Jesús María Estacio.

Las elecciones tuvieron efecto en 1952, y Jóvito Villalba en su vasta campaña política por todo el territorio nacional, no cesaba de fustigar con su verbo al Gobierno. El Líder no se andaba con pepitas en la lengua a la hora de decir verdades, y esto, como es de suponer, molestaba al Presidente y a sus seguidores. Igual lenguaje usaban el doctor Hernández Solís Tenorio Sifontes, el profesor Bártoli, Díaz Legórburu y Medina



General Rafael Simón Urbina, quien encabezó el atentado contra Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar.



El industrial Antonio Aranguren, implicado en el secuestro y asesinato de Delgado Chalbaud.

Sánchez. También Ignacio Luis Arcaya, Manuel López Rivas, José Herrera Oropeza, Domínguez Chacín y Algélvis Prato. El Partido Copei participó con menos fogosidad, llevando algunos candidatos para las Cámaras Legislativas.

Aquellas elecciones fueron ganadas por U.R.D., con el apoyo masivo de adecos y comunistas, que estaban ilegales, sin embargo, el Gobierno no estaba dispuesto a aceptar el veredicto surgido de las urnas electorales; y así, el Coronel Pérez Jiménez, en su carácter de Presidente Provisional de la República, reunió urgentemente a su Gabinete, a quien expuso, en nombre propio y en el de las Fuerzas Armadas, que no era conveniente para los intereses del país, entregar el poder, por tener el pleno convencimiento de que aquellas elecciones las había ganado el doctor Jóvito Villalba con la "ayuda" de los partidos inhabilitados. La dirigencia del Partido Social Cristiano Copei a pesar de no haber participado activamente en los comicios, se ocupaba, muy discretamente a echar su conspiradita, eso lo sabíamos en la Seguridad Nacional, sin embargo, nosotros, a la gente copeyana la tratábamos con un poco de consideración, esto claro está, en comparación al trato que recibían los adecos y comunistas.

Marcos Pérez Jiménez asumió la Presidencia provisionalmente, con la aprobación o consentimiento de las Fuerzas Armadas Nacionales. Este prestigioso militar, que luego se convirtió en el Presidente Constitucional más joven del mundo, contó en todo momento con el decidido apoyo de la Oficialidad joven de nuestras Fuerzas Armadas, Oficiales adeptos incondicionalmente a su causa. El 19 de abril de 1953, asume la Presidencia como Presidente Constitucional de la República, e inmediatamente ratifica al doctor Laureano Vallenilla Lanz en la Cartera de Relaciones Interiores. Tal investidura devino a raíz de haberse promulgado la nueva Constitución. Los miembros de la Asamblea Legislativa pasaron a ser, por obra y gracia de ellos mismos, representantes de la Cámara de Diputados, y los miembros de la Asamblea Legislativa a su vez, nombraron los Senadores. Ese mismo Congreso, presidido por el doctor Carlos Travieso, fue quien designó al Coronel Marcos Pérez Jiménez Presidente Constitucional y le tomó el juramento de Ley, el 19 de abril de 1953, a las once de la mañana.

Vienen, pues, cinco años de prosperidad que es inútil tratar de explicar en este breve espacio que humildemente he dedicado a las causas y motivos que condujeron al General Pérez Jiménez al Poder. De todos es sabida su actuación al frente de su Gobierno. No quiero ni soy quien para enjuiciarlo. Mi asunto a tratar se reduce a otro aspecto de su política y sólo he querido dar esta breve sinopsis como otras que acompañarán este libro como punto de referencia y para aclarar hechos históricos y conceptos, según el conocimiento personal que tengo de los mismos.

CAPITULO IV

“ACCION DEMOCRATICA” EN LA RESISTENCIA: UN PARTIDO LUCHADOR

Acción Democrática ha sido, durante la vigencia de su vida política, un Partido luchador y constante en la promulgación de sus ideas revolucionarias. Su gente no es de las que se quedan dormidas a la hora de una derrota política, siempre están dando la pelea y ello ha contribuido en mucho para que hoy día esté catalogado como el Gran Partido de Venezuela. Esto es innegable y restarle la importancia que tiene y significa para el pueblo, es ir más allá del razonamiento lógico de persona sensata.

La Dictadura a la cual pertenecí en mi condición de Agente de la Seguridad Nacional, jamás puede vanagloriarse de que venciera definitivamente a la gente de aquel Partido que, tan pronto se vio desplazado de la vida política por el golpe dado al Presidente Gallegos, inició las actividades conspirativas contra el nuevo Régimen. Sus principios, su dignidad y ese afán de poder, y la convicción cierta de que debía lucharse por la reconquista del Poder, indujo a la mayoría de sus líderes a emprender una apasionada e intransigente lucha por su logro. El prestigio de la agrupación política no podía quedar a la intemperie, de tal manera que los pocos dirigentes que aún estaban en el país no vacilaron un instante para adversar a sus enemigos en todos los terrenos.

De entre todos aquellos luchadores, que de una forma u otra arriesgaron sus vidas contra la Dictadura, puedo citar algunos, a quienes conocí, perseguí, detuve y encarcelé y... torturé. Otros como Augusto Malavé Villalba, Ramón Quijada, Jesús Faría, José González Navarro, Juan Herrera, Luis Miqui-

lena y el señor Francisco Olivo, a mi ingreso a la Seguridad Nacional, ya se encontraban presos, pero pudo conocerlos, no sólo personalmente sino a través de sus respectivos expedientes. Al señor Olivo, el Gobierno lo expulsó del territorio nacional antes que mantenerlo encarcelado, medida ésta que bien pudo aplicarse al señor Faría, pero los líderes del Régimen no le podían permitir al antiguo dirigente del P.D.N., tal beneficio por considerarlo el líder Comunista más peligroso de la época, por lo que a este ilustre paisano mío le correspondió el "honor" de permanecer preso durante todo el período dictatorial.

Muchos de estos hombres fueron víctimas de cobardes delaciones. Ahí tenemos los casos de Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas, Jorge Dáger, joven éste que apenas había ingresado al país claudestivamente y nosotros lo supimos casi media hora después, igual sucedió con el doctor Jesús Angel Paz Galarraga, a quien sí se logró capturar, escapándose posteriormente en el aeropuerto de Grano de Oro cuando era llevado a la Seguridad Nacional de Maracaibo; otros que me correspondió "atender" en mi condición de Policía, lo fueron Abdulio Trujillo, Rigoberto Henríquez Vera y Manuel Jiménez Castro; estos caballeros junto con Simón Alberto Consalvi y el licenciado Antonio Pinto Salinas, nos fueron entregados por el confidente Gustavo Mascareño, quien ya en anteriores ocasiones, nos había ayudado en la captura de Andrés Vásquez, Victoriano Araque, (Víctor) "Pingo" Valecillos y al relojero de San Agustín, asimismo siempre nos tuvo al tanto de las andanzas adecas en la residencia de la señora "Chela" Betancourt, quien servía de "Estafeta" y permitía reuniones clandestinas de los conspiradores; allí pudimos agarrar al conspirador Régulo Briceño, quien desde hacía algún tiempo, estaba siendo solicitado. Gustavo Mascareño fue uno de los mejores confidentes con que contábamos en la Seguridad Nacional, sin embargo, todos sus servicios fueron bien remunerados.

Es claro que a pesar de la gran parranda de confidentes que teníamos dentro del Partido Acción Democrática en la clandestinidad, debo reconocer que en tales actividades habían hombres verdaderamente admirables por su talento, valentía, decisión y gran espíritu de lucha; por sus significativos principios

de moral y sacrificio, que los hacía sobresalir del grupo que conformaban los comandos de lucha. De estos hombres teníamos allí en la Seguridad Nacional, una ficha, un expediente y un tanto de respeto a sus personas. Les admirábamos y respetábamos sinceramente, y no importaba que estuvieran al otro lado de nuestro propios ideales o convicciones. De esos valientes —nótese que no subrayo la palabra valiente— debo señalar al señor Salom Meza Espinoza, quien en todo momento se mostró combativo e irreductible ante sus captores; Antonio Avila Barrios, a quien expulsamos del país a mediados del año 1956; Pedro Beltrán, Luis Estaba, éste secundado por su hermano, operaban una radio clandestina en los alrededores de la Plaza San José. La mayoría de estos hombres fueron delatados por algunos de sus correligionarios, y de tales delatores no se escaparon ni siquiera el doctor Ruiz Pineda, Raúl Ramos Giménez y Juan Herrera. Igual suerte corrió el doctor Eligio Anzola y su colega, el doctor Alirio Gómez; pero a estos dos caballeros los delató un compadre del primero de los nombrados, y la tal delación le costó a la Seguridad Nacional el desembolso de veinte billetes de quinientos bolívares.

Pienso que el comportamiento de aquellos individuos que delataban a sus compañeros, tenía una razón, y ésta no podía ser otra que el desmedido afán de lucro y el de estar "a bien con el Régimen". No obstante, la opinión de un destacado líder que se hallaba en los calabozos de la Seguridad, al comentar ese asunto, no dudó en asegurar que "tales comportamientos en algunos de sus colegas de lucha, era debido más que todo a las intrigas que regularmente se sucedían por las apetencias de mando dentro del grupo clandestino". Por eso cayeron en nuestras manos, líderes de la talla de Antonio Stambal, Horacio Chacín Ducharne, Luis Piñerúa Ordaz, los mismos hermanos Estaba, Rodríguez Escala, Antonio Stambal, junto con Carías, Cherubini, Eloy Méndez y "El Chema" J. Chacín (confidente) con el señor Salom Meza Espinoza a la cabeza, dieron forma y uso a las llamadas bombas "niples". Mientras esto sucedía, los doctores Ruiz Pineda y Alberto Carnevali, secundados por Antonio Pinto Salinas, se encargaron de calentarle las orejas a algunos militares ambiciosos con miras a recuperar el poder perdido.

Cuando nosotros tuvimos conocimiento de la existencia de las bombas "niples", quedamos enormemente sorprendidos. Hasta entonces, los conspiradores se habían limitado a la distribución de la propaganda, la pintura de paredes o la fomentación de disturbios entre los obreros, pero nunca se habían atrevido a ir más allá de aquellas actividades subversivas. Cuando la novedad de aquel asunto le fue comunicada al Presidente de la Junta de Gobierno y a sus ministros, convocó a una reunión del Gabinete con carácter de urgente para "estudiar el problema".

El confidente que nos largó el soplo, tuvo que insistir en la versión que suministraba, puesto que nadie le creía, no obstante, el bachiller Luis Rafael Castro, veterano y gran conocedor de la mentalidad de los adecos, al tener conocimiento del asunto, se mostró interesado e invitó al confidente a su despacho para que le relatara todos los pormenores respecto a la fabricación de los artefactos. "Chema" Chacín no se hizo rogar y supimos entonces cómo se confeccionaban las dichas bombas "niples" y el hombre se ganó de paso un buen fajo de billetes y la reiterada promesa de que habrían algunos más si continuaba teniéndonos al tanto de las actividades de sus compañeros. Acción Democrática al poseer aquella mortífera arma avanzaba mucho en su lucha. Ello le permitía actuar decididamente creando la confusión general, y eso era lo que se proponía con sus actos terroristas iniciados, tanto en la capital como en el interior de la República. Sin embargo, con el conocimiento de lo que había, el Gobierno tomó las medidas necesarias para contrarrestar la acción de sus enemigos, pues gracias a la confianza de "Chemita" Chacín, no hubo mayores consecuencias. El hombre se mantenía dentro del tinglado conspirativo edificado por A. D., pero trabajando para nosotros solapadamente. Gracias a él sabíamos quiénes estaban involucrados en la confección de las dichas bombas, y supimos del franco-español Pedro Bertrán Wells, quien era asesorado por los verdaderos proyectistas nipleros, que no eran otros que los señores Salom Meza Espinoza y el doctor París (Rubén Muñoz) y Horacio Chacín Ducharne, y los encargados de fabricar las bombas, eran Eloy Méndez, Antonio Stambal, Cherubine y el señor Regalado; éste había cedido una sección de su casa para montar la fábrica de los niples explosivos. Cherubine encontró la muerte al manipular torpemente uno de

aquellos mortíferos artefactos, siendo gravemente herido el señor Carías. Este ciudadano, en su lecho de convaleciente y respondiendo a interrogatorio del bachiller Luis Rafael Castro, indicó algunos lugares en que los conspiradores guardaban cajas repletas de niples, las cuales recuperamos casi inmediatamente, y el resto, con la colaboración de Eusebio "Chema" Chacín, también fueron a parar a la sede de la Seguridad Nacional. El inicio de las acciones terroristas, iba a ser puesto en práctica durante los actos conmemorativos de la celebración del Día de la Raza, a escenificarse en la Plaza Colón, en Los Caobos, el 12 de octubre de 1951.

Eusebio "Chema" Chacín inició su colaboración con nosotros a raíz de su detención al ser sorprendido regando panfletos insultantes contra los integrantes de la Junta de Gobierno. Para comenzar, nos suministró el dato relacionado con el atentado terrorista a llevarse a cabo contra una agencia distribuidora de vehículos asentada en la Calle 600 de Quinta Crespo. Encontramos un automóvil Dodge cuya maletera contenía una caja repleta de granadas de mano tipo piñas. La actitud de estos hombres que se prestaban a tan indigna misión, resultaba incomprensible, máxime cuando se trataba de personas que formaban parte de una agrupación política bien definida en sus estructuras ideológicas, como lo era Acción Democrática. El caso de Eusebio Chacín era el de muchos otros militantes de Acción Democrática, de los copeyanos o de los urredistas que, tal vez cansados de vivir huyendo o hastiados de las muchas decepciones sufridas, o quizás por hambre, miedo, o simplemente por no estar seguros de sus convicciones políticas, se prestaban a servir a la Policía, vendiendo información, delatando compañeros.

Muchos de aquellos hombres, en su mayoría de origen humilde, tal vez se prestaban a tales actividades, no porque así lo desearan, sino por ser pobres y carecer de lo indispensable para socorrer a sus humildes familias; a éstos puede perdonárseles su actitud, no así a aquellos que teniéndolo todo, por el sólo hecho de figurar y estar bien con el Gobierno, hacían de judas en forma descarada y no por dinero para resolver problemas inherentes a su hogar o simplemente para llevar que comer a sus hijos. Algunos confidentes comenzaban su "trabajo" desde una celda cualquiera de la cárcel, y cuando esto sucedía, teníamos

la oportunidad de estar al tanto de las maquinaciones y mini-conspiraciones que regularmente se fraguaban dentro de las prisiones que guardaban presos políticos. Por ejemplo, siempre tuvimos quien nos informara desde la Cárcel de Ciudad Bolívar, de Maracaibo, Trujillo, San Juan de los Morros, Coro, Sacupana y Guasina y las cárceles del Obispo y Modelo de Caracas. Pero siempre teníamos cuidado de que nuestros informantes no fueran descubiertos por sus compañeros, y, si por alguna circunstancia a nuestros "colaboradores" se les hacía incómoda su estadía en aquellos lugares, inmediatamente se procedía a su traslado o se le otorgaba la libertad en forma condicionada, obligándoseles así a continuar a nuestro servicio. Tales individuos jamás nos defraudaron. Cada día se desvivían por mantenernos al tanto de las actividades realizadas por sus compañeros en la clandestinidad.

Lo primordial para aquellos tipos tan pronto como abandonaban la cárcel, era buscar la manera de reincorporarse a las filas de los que luchaban clandestinamente. Logrado aquel propósito, lo otro era cosa de tiempo y paciencia. A estos confidentes se les asignaba un "sueldo", contando además, con "un destajo" por cada líder importante que pudiésemos capturar gracias a su delación. En este aspecto el Gobierno no escatimaba esfuerzos y dinero en el logro de sus propósitos en lo que respecta a sus enemigos.

También los doctores David Morales Bello, Clarisa Sanoja, René Hartmann de Coronil (esta bella dama trabajaba para el Consejo Venezolano del Niño y residía por los lados de la esquina de Crucecita), Castor Nieves Ríos, fueron víctimas de las confidencias de sus compañeros de Partido.

El Dr. Alberto Carnevali parecía no ser estimado por algunos compañeros. Siempre se vio bajo la uña delatora de los confidentes. Su primera captura allá por el año 49 fue por delación de un compañero, cuyo nombre y apellido recuerdo perfectamente haber leído en su expediente que de él teníamos en la S. N. y por los extensos informes que reposaban en los archivos de la Seguridad. Allí, aparte del nombre de Carnevali, aparecían también los datos personales del tal confidente, que no era otro que Lorenzo León; este oscuro individuo hacía

llave con otro del mismo corte que también supo suministrar buenos datos sobre el paradero y las actividades del mencionado líder de Acción Democrática. Este personaje de obscura trayectoria política, era conocido dentro de la Seguridad con el nombre de Amador Suárez y tenía asignado un sueldo de seiscientos bolívares por sus labores judaicas.

Las actividades desarrolladas por Acción Democrática en la clandestinidad, a pesar de la magnífica organización operacional puesta en práctica, careció de una efectividad más concreta y acorde con las verdaderas intenciones que la crearon, teniendo como resultado una efectividad que bien puede considerarse relativa, y ello se debió más que todo a la doble lucha que tenían que escenificar constantemente, no sólo con la Seguridad Nacional sino también con los traidores infiltrados en sus propios cuadros organizativos. Es claro que se supone que los líderes ignoraban tal circunstancia, ya que si lo hubiesen sabido, de haber al menos sospechado la posibilidad de aquella terrible filtración, es seguro que se habrían efectuado las correcciones y entonces las cosas no se nos hubieran presentado tan fáciles a nosotros los de la Seguridad Nacional. Acción Democrática siempre ha estado dirigida por hombres capaces, no sólo en el arte político sino en lo referente a dirigir las masas en forma ordenada y segura.

En honor a la verdad, reconozco —y mis jefes también lo reconocieron en su tiempo— que en caso de conspirar, Acción Democrática es especialista, sin embargo, para la época a que se refieren estas "Confesiones", carecían de la mística con que cuenta hoy día esta organización política. En aquel entonces sus líderes no fueron todo lo cuidadosos que debieron ser y así tenemos, que por tan insignificante circunstancia, contamos con el soplo oportuno que nos permitió enterarnos de la puesta en práctica de las fábricas de bombas "niples". De no haber sido por la confidencia oportuna, nosotros los de la Seguridad Nacional y el Gobierno mismo, lo hubiéramos pasado negras y, los seguidores de don Rómulo se habrían anotado varios puntos a su favor y hasta habría sido posible que se hubiese adelantado "el 23 de enero". Aquellos hombres que tan valientemente luchaban contra el Gobierno, estuvieron dispuestos en todo

momento, a hacerse con el poder a costa de su propio sacrificio y de ello dieron pruebas hasta la saciedad. El peligro no los amilanaba. Un ejemplo entre los muchos ya conocidos, es el grupo de hombres que secundaba en un todo al señor Salom Meza Espinoza, quien es el verdadero arrífice de las bombas "niples" y quien de paso y como un ejemplo para sus compañeros, ya había dado pruebas de su valor, de su decisión y capacidad de acción, con la valiente intervención en el rescate del doctor Alberto Carnevali, del Puesto de Socorro. Salom Meza Espinoza, verdadero estratega y hombres de armas tomar, a quien nunca se le mojaban los pantalones cuando de actuar se trataba y tampoco se resignaba —al igual que Leonardo Ruiz Pineda— a ser sólo un peón dirigido por quienes se hallaban fuera del ámbito nacional sin exponerse ni sufrir persecuciones ni tener que dormir bajo puentes o pasar hambre; hombres que luchaban decididamente contra la Dictadura, pero acatando las órdenes y siguiendo las consignas venidas de sus jefes naturales que luchaban en el mismo campo, codo a codo para triunfar o perder; pero convencidos de la razón que les asistía sin mancillar la bandera de su Ideal.

CAPITULO V

UN CASO DE DELACION

Ese interés mío por conocer y estar enterado de las cosas que se sucedían dentro del Cuerpo de Seguridad Nacional, a medida que fui familiarizándome con mi nueva profesión, se fue intensificando de tal manera que, muy pronto estuve empapado de todo, y creo que gracias a ese interés mío, se debió el rápido ascenso dentro de los escalafones ordinarios relativos al mejoramiento del personal subalterno. Ya no era el oficialillo que sólo se ocupaba de llevar mensajes a tal o cual ministerio o cualquier otra dependencia oficial, ahora se me ocupaba en realizar inspecciones, seguimientos, vigilancias, allanamientos, interrogatorios y detenciones. Era incansable, el horario no existía para mí.

Cierta tarde me encontraba ojeando un expediente que contenía unas confidencias muy interesantes, que nos había proporcionado uno de los detenidos que se hallaba en los sótanos de la Seguridad, fui notificado que había una llamada telefónica para mí en la Oficialía de Guardia, hacia donde encaminé mis pasos. Atendí, era mi concubina. Me pedía acudiera a la casa, tenía una información muy importante que darme.

Inmediatamente marché a casa. En estos casos era conveniente no dejar esperando a quien nos solicitaba, menos si se trataba de nuestra concubina, de la esposa o simplemente de una amiga. A veces nuestros hogares servían de "estafetas" a algunos confidentes "allegados". Estacioné la "Indian" como a cien metros del edificio donde habitaba con la concubina, y, luego de echar un vistazo por los alrededores para cerciorarme

de que no "había algo anormal", encaminé mis pasos hacia el Edif. EIBAR, llegué al portón y disimulando interés en conseguir "algo" en mi chaqueta, oí el zaguán y las escaleras. Esta era una precaución que no debíamos, por ningún respecto, dejar de poner en práctica. Subí lentamente hasta la segunda planta, introduje la llave en la puerta de mi apartamento y entré. Mi compañera vino hacia mí obsequiándome una cariñosa sonrisa.

—¿Estás muy enojada conmigo? —dije a manera de saludo.

—Imagínatelo, querido —respondió—. No hay derecho a que me tengas tan abandonada, ¿crees acaso, que me lo merezco?

—Claro que no, mujer; pero...

—Sí, hombre. Ya sé que tu trabajo te lo impide —atajó—, pero al menos has podido llamarme por teléfono. Tengo entendido que en tu "oficina" tienen unos cuantos, lo que sucede es que ya no eres el mismo de antes...

—No digas eso, mujer —le atajé—. Bien sabes que nada de lo que estás diciendo es verdad. Si no te he llamado, es porque no he podido. Eso es todo.

Y como la mujer se quedó callada, y a manera de reproche, le dije:

—¿Por qué no me llamaste tú, ah? ¿Fue acaso que olvidaste el número?

—Bueno... yo... no quise molestarte, pero ganas no me faltaron, sólo que confiaba en que fueras tú quien lo hiciera, ¿por qué no lo hiciste, dime, por qué...?

—Ya te lo dije, mujer. Y por favor, ya no me riñas más. Puedo enojarme de verdad. Esta conversación no tiene razón de ser entre nosotros. No ahora. Si persistes en ella, es posible que quieras correrme, y eso significa que quien ha cambiado eres tú, y entonces sí que no te vuelvo a querer y me largue para el carajo, definitivamente!...

—Hazlo, si lo deseas —me desafió—; pero no podrás escapar de mí. Ni siquiera tu mujer ni tus hijas, podrán impe-

dirme que te persiga, como tú persigues a esos políticos por ahí. Ya conoces mis métodos y...

—Sí, mujer. Te conozco bien. Sé que eres capaz de cualquier cosa, incluso de suicidarte...

—¿Suicidarme yo? Qué equivocado estás, querido. Oye, ¿puedes quedarte hasta después de las siete en casa?

—Puedo, ¿por qué?

—Porque aquí estuvo ese señor que dice llamarse "Chicho". Desea contarte algo que —según él— te interesará mucho. ¿Lo vas a esperar?

—Sí, creo que sí; pero prométeme que no seguirás regañando y que me vés a obsequiar algo sabroso para el paladar.

—Prometido, mi amor. Ahora te dejo. Me voy para la cocina, tómame algo de la nevera. Ponte cómodo ¿quieres? Y diciendo esto desapareció hacia el departamento de los fogones. Yo me acerqué a la nevera y tomé una lata de cerveza y con ella en la mano, pensaba en lo que tendría que contarme el confidente. No debía seguir pensando en ello, mejor era esperar. Tenía que hacerlo. Simple y llanamente por eso.

Decidí llamar a la Oficina para notificar mi paradero para el caso de que me solicitara el Director o cualquiera de los otros jefes, luego me asomé a la cocina. Los cuatro "fogones" estaban ardiendo al máximo y un agradable olor a chuleta, impregnaba el ambiente, lo que me obligó a retirarme hacia el recibo para evitar seguir martirizando mi estómago. Decidí tomarme otra cerveza mientras se presentaba el momento de sentarme a la mesa, pero tuve que tomarme la tercera cerveza, y la cuarta y mi paciencia comenzaba a llegar al tope, como quien dice; así que agarré la chaqueta y me asomé a la cocina y le dije a mi compañera que me marchaba. No podía esperar más tiempo.

—Hombre, ¡qué apurado estás! —me replicó—. Compréndeme cariño, cuando te llamé... No te esperaba tan pronto, pensé que tardarías por lo menos dos horas en apa-

recer. Me equivoqué. Eso indicaba que deseabas permanecer a mi lado algún tiempo, ¿no era cierto, querido?

—No, no era cierto. Sólo vine por lo de tu llamada y a comer, así que si me haces el favor... ¡No puedo perder el tiempo escuchando tonterías!

—¿Ah, síi...?! Si deseas comer antes de marcharte, tendrás que terminar de prepararte tú mismo la cena, porque lo que soy yo, me salgo ahora mismo de esta cocina, quedarme aquí... ¡Es una tontería también!

—Bueno, mujer, no te pongas tan dramática, eso no te queda nada bien. Olvida lo que acabo de decirte, y piensa sólo que mi actitud se debe a la cantidad de trabajo, al cansancio, la preocupación y... ¡al hambre que tengo! No hubo intención de mi parte en molestarte, así que métete y sírvenme lo que tengas listo en esa cueva que tú llamas cocina.

—Ah, no señor, eso sí que no lo consiento. Insultos no quiero y mucho menos a mi cocina... Si deseas comer algo, nada de ofensas, ¿entendido?

—Entendido. ¿Me sirves ya?

—Ahora mismo. Siéntate a la mesa mientras te sirvo... Si deseas tomar algo más, ya sabes donde está la nevera.

—Gracias. Prefiero comer algo. Ya he bebido demasiado, agradezco te des una apuradita, ¿quieres...? No has olvidado algo, querida...?

—¡Oh, querido! Perdóname. Y diciendo esto se acercó y me estampó un sonoro beso en la mejilla, alejándose y cuando iba a traspasar la puerta de la cocina, se volvió hacia mí, diciéndome:

—Vas a quedar complacido. He preparado algo exquisito y te va a gustar mucho, tanto que segura estoy de que vas a repetir el plato y en recompensa sólo te pido me lleves a dar un paseo a algún lugar de los muchos que tenemos en Caracas. ¿Me complacerás, sí...? —dijo mientras iba sirviendo la mesa.

—Humm... Creo que eso sí que no se va a poder, no hoy, por supuesto. No traje el carro y el vehículo que estoy

usando, es la motocicleta, y como bien sabes, ésta no es apropiada para dar paseos. Tendrás que esperar a mañana. Y viendo la cara que puso, agregué: pero no te preocupes ni enfades por una cosa tan insignificante, vendré a buscarte después de las nueve para irnos a la playa. Ardo en deseos de darme un "chapuzón en agua salada" Incluso te autorizo a que invites a tu amiga María Elena...

—No invitaré a nadie —me atajó—. ¿Crees que soy tonta? Sospecho que esa descarada está enamorada de ti, o por lo menos gusta de ti, que es casi lo mismo...

—Mujer, mujer, tú siempre pensando cosas que no tienen razón de ser —la interrumpí—. Me celas como si yo fuera un Adonis o algo parecido. Sientes celos de ella; sí, como lo estás oyendo: celos de esa pobre mujer que ya tiene bastante con saber que su marido está jodido en la Cárcel de Ciudad Bolívar por culpa de ese "sapo" hermano suyo...

—La estás defendiendo...

—No me interrumpas, por favor, y no la defiendes; sólo me defiendes yo. Te conozco y lo que quieres es estallar, así que te sugiero la conveniencia de que te quedes quietecita. Siéntate y acompáñame a comer. ¡Esta conversación estúpida me está colmando la paciencia!

—¡Mijo, pero si hasta te has enojado! ¡Quién iba a creerlo!

—No, mujer. No estoy enojado, sólo que te conozco y quiero evitar toda clase de disgustos entre nosotros. Nunca los hemos tenido...

—Sí, tienes razón. Mejor comamos en paz... últimamente has venido poco a casa, y eso me enferma, querido.

—¿A qué hora dijo "Chicho" que estaría aquí?

—No dijo hora, sólo que te comunicara que había estado aquí y que regresaría, pero no señaló hora alguna. Ya sabes cómo actúa ese señor, que por cierto, no me cae ni pizca. De sólo imaginarme a cuántos pobres adecos ha hecho ir a la cárcel, se me revuelven las tripas...

—No creas que yo lo paso, mujer; pero debo escucharlo, recibir sus confidencias y hasta “protegerlo”... es tan “valioso”...

—Debías decirle a tus jefes que no deseas que tu casa siga de *estafeta* para esos carajos “chismosos”, así yo...

En aquel preciso momento, repicó estruendosamente el timbre de la puerta, y a la mujer no le quedó más remedio que ir a ver quién era. Mientras, yo seguía comiendo, pero atento a todo, por si acaso. Mi mujer no tardó en hacer su aparición acompañada del flamante “Chicho”, quien con su cara de perro regañado, se dirigió a mí con la mano extendida para que se la estrechara, diciéndome:

—Lamento haberlo hecho esperar, señor Barreto, pero el tráfico a esta hora es insoportable, a ello se debe la demora. Le pido disculpas muy sinceramente...

Nada respondí. Me limité a observarlo y con un gesto le di a entender que podía sentarse y mientras iba a ocupar un sillón un tanto destartado, observé al tipo. Era un hombre de cierta robustez, en sus treinta y tantos años; parecía fuerte y dado a la buena vida y su flux, su camisa y corbata de excelente calidad, zapatos lustrosos de corte italiano, usaba anteojos oscuros, todo hacía parecer que se trataba de un hombre de modales muy delicados y exquisitos, que en todo momento procuraba dar tal impresión; sin embargo, un buen observador podía darse cuenta de que el conjunto en sí era la de un hombre rudo, un *cualquiera*. Los ojos verdes claros en una cara estropeada por las inclemencias del tiempo los mantenía semi-cerrados y su mirada era huidiza, soñolienta y desdeñosa, de ahí su manía de llevar calados siempre los anteojos oscuros. Su boca la adornaba siempre un rictus que se asemejaba a una escuálida sonrisa, pero que no era otra cosa que una ligera impresión de jovialidad o desdén, o de burla. Para mí, era esto último. Las palabras que había dicho en el momento de hacer su aparición en el comedor, resultaban inicuas por sí mismas. La única excepción aquello de “Señor Barreto”, habían sido pronunciadas con cierto dejo propio de la gente andina. El sombrero que regularmente ocultaba su cabeza, una vez fuera

de su sitio habitual, dejaba ver su escaso pelo lacio que ya había comenzado a blanquear en sus sienes. Después de observar al tipo y ya finalizada la comida, y, sin siquiera invitarlo, le dije:

—Pudo haberme llamado a la Oficina. Otras veces lo ha hecho, ¿por qué no en esta ocasión?

—Lo que tengo que decirle es muy importante, señor Barreto, y, además, debo evitar se me vea por allí. Ya sabe... puede haber alguien que me conozca y...

—Está bien, hombre. Y, ahora ¿puede decirme qué es ese “algo tan importante” que tiene que decirme? —atajé.

—Bueno, eso de importante es mío, ahora no sé si será o no para ustedes los de la Seguridad. Resulta que anoche estaba tomándome unas copas en el “Enigma”, en la calle Villaflores de Sabana Grande, y pude escuchar una conversación que sostenían dos señores, esos señores nombraban al Presidente Pérez Jiménez, de su política y de las torturas, y de...

—¿Trajo informe detallado sobre esa conversación? —le interrumpí.

—Sí, lo traje; pero...

—Nada de peros. Déjemelo Ud. Por la paga no se preocupe. La tendrá si la confidencia vale, ¿de acuerdo...?

—Entonces ¿no quiere oírme...?

—Con el informe me basta, y cobrará si es bueno...

—Yo quiero explicarle... Yo... este...

—No hay que explicar nada, amigo. ¿Me da el informe ya...?

—Sí, se lo daré. Seguidamente introdujo la mano en la parte interior del paltó, pero inmediatamente la retiró. Su actitud era comprensible: Yo le estaba apuntando con mi “Luger”. Uno no sabe qué puede pasar con la mente de un hombre que vive del soplo, de la venta de confidencias. Hoy está con la policía, mañana puede pactar con los “otros”, todo

según el color de los billetes y el número de ceros que aquellos den sumándolos. El tipo comprendió a su vez mi actitud, así que sin decir una sola palabra, se abrió de un todo el paltó y con el rictus que siempre lo caracterizaba, me dio a entender que no llevaba armas. Pude ver el sobre, sobresalía del bolsillo interior, lo sacó y me lo largó, y una vez con "aquello" en mis manos, guardé mi "Luger" y con ello la tensión se niveló un poco entre nosotros.

—Y bien, señor Barreto. Me ha dado usted un susto enorme. Creo que merezco me obsequie algo fuerte, si no es mucha molestia, claro...

—Mi mujer se apresuró a servirle un buen vaso de whisky.

Ella no había dicho ni jota, y yo sabía que estaba extrañísima de aquella actitud mía. El hombre se tomó la bebida y después de agradecer a mi mujer, se levantó dispuesto a marcharse. Dirigiéndose a mí, dijo:

—Comprendo su actitud de hoy para conmigo. Al fin y al cabo apenas si nos hemos visto dos o tres veces. Pero es eso lo que deseo decirle...

—¿Y qué es lo que quiere decirme...?

—Bueno, es referente a mis honorarios, ¿comprende?

—Claro, hombre, claro. Quede tranquilo. Dígame a dónde se le puede llamar y con todo "gusto" le notificaré lo que haya del resultado de este informe que me ha dejado. Nosotros sabemos cumplir siempre que a su vez nos cumplan, ¿no es así, amigo?

—Cierto. Estaré en mi sastrería. Y alargándome una tarjetica, continuó: estaré pendiente de esa llamada. Ahora me marchó. Muchas gracias, señora. Buenas noches. Y de seguidas encaminó sus pasos hacia la puerta. No respondí. Aquella clase de individuos me asqueaban. Fui hacia donde estaba instalado el teléfono y llamé al detective de guardia en la Sección Político-Social, para pedirle enviara un motorizado para que se llevara el sobre que había recibido del confidente, pero apenas aquél reconoció mi voz, me informó que el Jefe quería verme, por lo que no me quedó otra alternativa que largarme para la Central.



Marcos Pérez Jiménez en 1945.



El "cerebro" de la Dictadura, Laureano Vallenilla.

Entregué el sobre al oficial Marciano para que hiciera la entrega al Jefe de la Sección, y de inmediato subí a la segunda planta para presentarme al Director, pero el detective que hacía de portero me informó que aquél se acababa de marchar, por lo que haje y fui a la Sección con ánimo de hablar con el jefe de aquélla, pero tampoco aquel mastodonte con forma de humano, estaba en su Oficina. Tal parecía que nadie estaba a aquellas horas en sus puestos. Solicité el sobre a Marciano Camero y me largué a visitar al Jefe "Grande" en su residencia; era obligatorio tenerlo al tanto de todo cuanto tuviera que ver con los confidentes.

Detuve la "Indian" en la esquina y anduve unos cincuenta y tantos metros, levanté el cuello del impermeable que había cogido en la Oficina para evitar un poco la lluvia fría y persistente. La noche a pesar de aquella lluvia, deslumbraba con las luces de algunos anuncios y atronaba por el mucho ruido de los numerosos vehículos, dando la impresión de encontrarse uno en un campo de combate.

La casa o quinta donde habitaba mi Jefe, era una edificación de dos plantas. Al lado había una clínica "dental", la cual ostentaba un gran anuncio que casi cubría toda la fachada; a la puerta estaba estacionado un lujoso automóvil, en cuyo costado estaba recostado un hombre trigueño que vestía uniforme, por lo que supuse que se trataba del chofer. Le saludé y seguí hacia la entrada de la residencia del Jefe, en cuya puerta hacía guardia el agente Manuít, quien al reconocermme me saludó y a una indicación mía se dirigió al interior a anunciarme. No tuve que esperar mucho. Fui recibido en el acto, y ya en presencia de mi superior, le hice entrega del sobre, relatándole a la vez mi actitud para el autor de la confidencia que acababa de poner en sus manos. Mi Jefe leyó el contenido del susodicho sobre y después me lo entregó para que me enterara a la vez. Leí detenidamente todo cuanto aquel confidente de mierda decía en aquellas hojas de papel amarillas y terminando de hacerlo, se las devolví a mi superior. Este dio unos pasos por el salón-recibo, se detuvo junto a una ventana, como interesado en la lluvia que estaba cayendo y que había aumentado de "volumen" ahora, luego se volvió fijando su mirada en un precioso Renoir

que adornaba una de las paredes. Ni una palabra, ni un gesto, nada que me indicara qué podía estar pensando aquel hombre. Sólo el continuo *chapotear* de la lluvia sobre las ramas de los árboles del jardín, allá afuera... el Jefe se interesó por algo que le había llamado la atención en el precioso cuadro, se inclinó y pasó su dedo por el lienzo como queriendo quitar algo y luego sopló para cerciorarse de que el polvo, la motita o lo que haya sido, había desaparecido. Aquel gesto resultó, algo cómico por la forma con que estaba actuando mi superior, sin embargo, yo seguí en mi original actitud: en un respetuoso silencio. No obstante, mi mente estaba trabajando. Pensaba en que yo era uno de los pocos hombres que tenían el "honor" de estar cerca de aquel hombre y poder hablarle sin remores ni inhibiciones de ninguna clase. Su confianza en mí puede decirse que era absoluta. De pronto:

—Vaya esta misma noche y da unas vueltas por ese lugar. Es necesario que nos enteremos de cómo está ubicada esa casa de que nos habla ese "señor" allí —y señaló el sobre—. Efectuaremos una requisa mañana por la noche. Por experiencia sabemos que esos datos o informaciones que nos suministran los confidentes, aunque parezcan insignificantes o muy verídicas, siempre es conveniente actuar con mucho tacto antes de proceder.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señor. Sin embargo, yo creo —y esto es muy particular—, que lo mejor, por los momentos, sería tratar de averiguar lo que haya de cierto en esa información, sin apresurarnos a realizar una requisa que, en el caso de ser ciertas esas confidencias, nos anotaríamos un triunfo; pero que en el caso de ser lo contrario, nos anotaríamos, igualmente, un chasco tremendo...

—Encárguese usted de ese asunto. Actúe conforme crea conveniente; pero por favor, manténgame informado de todo. A nadie más que a mí, debe informar los resultados de esa investigación. El informe de este asunto, debe pasármelo por escrito, como es norma en estos casos. Otra cosa: no quiero errores.

—Pierda cuidado Ud., señor. Haré las cosas bien. Aunque le confieso que jamás me han inspirado confianza ciertos "colaboradores", y éste menos que ninguno —concluí.

—De todos modos esos bellacos nos han resultado muy valiosos para nuestros fines. Ya sabe cuál es la "recompensa" cuando nos embaucan con algún dato falso. Recuérdese cuando lo vea.

—Lo haré, señor.

—Puede retirarse. Buenas noches.

— Buenas noches, don Pedro. Inmediatamente salí y marché en busca de la motocicleta y me dirigí a la Seguridad Nacional, antes de realizar la inspección, quería saber con exactitud quién era el propietario del vehículo a que hacía referencia el confidente en su informe, luego que obtuve los datos que quería, en los libros de Matrículas que poseíamos en la Oficina, ordené buscaran en los Archivos para ver si el dueño del auto, tenía antecedentes allí o en cualquier otro Departamento; y no hubo demora por parte del funcionario a quien se le había ordenado "esculcar" en aquel Departamento. Me hizo entrega de una carpeta contentiva de expediente, ficha y fotos de la persona que aparecía en el Registro de Vehículos de la Inspectoría de Tránsito, como dueño del "Pontiac" azul que había "seguido" el confidente, cuando abandonaron el Cabaret "Enigma", de la calle Villaflores de Sabana Grande. Eché un vistazo a todos aquellos papeles y, después de hacer algunas anotaciones en mi libreta de trabajo, abandoné la Oficina, subí al "De Soto" y enfilé el morro de dicho vehículo hacia los Magallanes, al Oeste de la ciudad. Para entonces eran aproximadamente las doce de la noche. La lluvia había aminorado algo, pero las calles aún estaban anegadas del líquido que arrastraba toda clase de desperdicios con los cuales se obstruían los alcantarillados, formándose alrededor de las "bocas" enormes pozos de barro e inmundicias. El tráfico de autos a aquella hora era escaso lo que me permitió llegar sin dilaciones a la Plaza Sucre, de ahí seguí por la avenida Bolívar, para cruzar luego hacia la derecha, por la calle real de los Magallanes, doblando hacia la izquierda por la calle Sonrisa hasta llegar a la Plaza El Cristo. Allí detuve la marcha. La casa

que me interesaba y que desde ese momento debía ser objeto de mi atención, estaba justamente a media cuadra de donde yo me hallaba estacionado con el "De Soto", con dirección hacia la calle real de los Magallanes, al lado izquierdo. La lluvia continuaba, lo que me obligaba a mantener en funcionamiento el limpiaparabrisas. Permanecí en observación por espacio de media hora, luego puse en marcha el auto, rodeé la Plaza y subí hasta la calle Internacional, detuve el vehículo frente al bar que hacía de esquina, y descendí encaminándome luego con dirección a la Plaza, con el objeto de echar un vistazo más de cerca a la casa en cuestión y, precisamente cuando llegué a la esquina, frente a aquella se detenía un "Chevrolet", del cual se estaban apeando un individuo, a quien le siguieron tres más y una señora, personas éstas que sin dilación alguna traspusieron la reja que resguardaba la entrada y se introdujeron en la casa. Para entonces yo me hallaba a la altura del auto, lo que me permitió verle la cara a la señora y a un individuo que la seguía, pero no me detuve, seguí tal como si me dispusiera a ir en busca de un médico o una medicina, al menos esa era la impresión que quería dar al hombre que aún permanecía sentado tras el volante del "Chevrolet", y así debió pensarlo aquél, porque poniendo en marcha el vehículo, se fue acercando y cuando estuvo cerca de mí, me dijo:

—Libre, señor...

—Gracias, amigo. Precisamente iba en busca de un "libre". Y seguidamente di la vuelta y subí a su lado —No sabe usted lo oportuno que ha sido. Necesito comprar unos remedios y cuando llego a la bendita Farmacia "El Cristo", que como usted puede observar —le indiqué con un gesto hacia aquel establecimiento— no está de turno esta noche, y para colmo esta lluvia que no cesa de una vez... El hombre se limitaba a asentir y cuando habló al fin, fue para decirme:

—La Farmacia "De Jesús", de Angelitos a Jesús, está de turno esta noche... si quiere puedo llevarlo hasta allá. Usted dice —finalizó.

Indudablemente que aquel tipo me había visto cara de pendejo o qué sé yo; sin embargo, me propuse hacerle el juego.

Me interesaba obtener información de los pasajeros que acababa de dejar en los Magallanes, de ahí que acepté me llevara a la Farmacia en cuestión. Tal vez él se propuso sacarme unos cuantos bolívares más de lo normal en aquellos casos, y por ello *sugirió*, precisamente, lo de la mencionada Farmacia por hallarse aquélla en el centro mismo de la ciudad...

—Los pasajeros que dejó allá en los Magallanes, de seguro estaban en alguna fiesta —y como el hombre me miró—, lo digo por lo elegante que vestía la señora... —dije a manera de conversación.

—No, creo que no. Yo los recogí en Puente Hierro —me respondió—. Ellos eran cinco, pero la otra señora la fuimos a llevar a Bella Vista. Toda esa gente parecían mudos o que habían perdido el habla. No dijeron nada después que se montaron en mi carro —finalizó.

—Hay gente rara en esta vida, amigo. También la hay con problemas. A lo mejor esas personas que usted llevó a esos sitios, tienen los suyos, y seguidamente agregué: cuando lo vi a usted allá y ellos estaban bajando del auto, pensé que todos eran amigos, lo digo porque usted tenía el auto apagado, o al menos que se conocían; pero ya veo que me equivoqué —concluí.

—Es la primera vez que veo a esa gente —me respondió—. La señora que fui a llevar a Bella Vista, parece que estaba muy contenta porque uno de los señores que llevé a los Magallanes, había regresado de no sé dónde, no fue mucho lo que hablaron, pero él dijo que no lo había hecho antes por temor a no sé qué vaina; pero estuvo muy misterioso. Fue el primero que se metió en la casa, ¿no se fijó usted?

—No, no me fijé. Ya sabe, cuando uno está preocupado, no se da cuenta de nada... Ya llegamos, le ruego me espere, y diciendo esto, bajé del auto apenas aquél se hubo detenido, crucé la calle y presioné el botón del timbre que había al lado de la "santa maría", y cuando un tipo asomó las narices por la pequeña ventanilla, le pedí un frasco de vermífugo, un frasco de leche de magnesias, una caja de preservativos, un paquete de "Modess", un tubo de Píldoras Rosadas y un frasco de

Terramicina (grageas), fue lo que se me ocurrió en aquel momento, luego que hube cancelado y recibido el vuelto de cien bolívares, volví al auto y emprendimos la marcha hacia Catia, por la vía del "Atlántico", y luego que estuvimos en los Magallanes, le indiqué al chofer donde debía dejarme, que fue precisamente, al final de la calle "C" de Los Magallanes.

—¿Cuánto le debo, amigo? - pregunté.

—Treinta bolívares, nada más.

No me cabía duda, aquel descarado me había visto cara de pendejo, tendría que preguntárselo a mi madre cuando la viera. Metí mano a la cartera y saqué muy lentamente un billete de cincuenta bolívares, lo estrujé bien con los dedos "por si no se iba otro pegado", y, después de contemplarlo un rato, se lo di al ansioso chofer que no me quitaba ojo de encima. Una vez que tuvo el billete en su poder, el tipo respiró profundamente y con una sonrisa más larga que la calle del mismo nombre, de aquel barrio, me devolvió el vuelto, dos mugrientos billetes de a diez y de inmediato puso el retroceso hasta la bocacalle distante unos veinte metros y dando la vuelta se perdió calle abajo sin siquiera dar las buenas noches. Seguramente se iba riendo a mandíbula abierta y con la firme creencia de que había jodido a "aquel pobre diablo" que acababa de dejar al final de aquella empantanada calle. La lluvia había cesado por completo. Cuando llegué donde estaba el "De Soto", había llegado al convencimiento de que tenía que comprarme otro par de zapatos, los que llevaba ya no podría usarlos más, estaban hechos una porquería.

Aquella misma noche, elaboré un detallado informe de lo averiguado —que por cierto no había sido mucho—, lo firmé, metí en un sobre y pedí al Oficial de Guardia, Marcano Camero, que tan pronto como amaneciera, se lo hiciera llegar al Director, a su casa. Hecho esto marché a la mía, de donde ya no me moví sino hasta la tarde de ese día (eran las dos de la madrugada cuando abandoné la Oficina). Antes de salir de casa para la Oficina, llamé por teléfono para saber cómo andaban las cosas por allí; fui informado por el Oficial de Guardia, que el Director me había solicitado varias veces y que aquel aún se

hallaba en su Despacho. Inmediatamente me puse en camino, llegando a la Central a las cinco y media de la tarde. Me dirigí directamente al segundo piso y me presenté a mi Jefe. Tuve que aguardar a que aquél finalizara de dictar una carta a su secretaria, Helena Bruzual, y una vez hubo concluido, se dirigió a mí, diciéndome:

—Leí el informe que me llevaron esta mañana a mi casa, creo que debemos proceder sin pérdida de tiempo. Quiero que sepa que comparto plenamente su parecer respecto a ese individuo por quien la dama se mostraba contenta. Ese carajo, si no estamos equivocados, seguro que es uno de esos exiliados que se atrevió a entrar clandestinamente al país para echarnos vainas. Registre esta misma noche esa casa y tráigame presos hasta los gatos, si los hay —concluyó.

—Se hará como usted ordene, señor. A propósito, don Pedro, anoche tuve que gastar algunos cobres en la farmacia, usted, sabe...

—Sí, ya lo sé. Pudo comprar una papelitica de "Sen-Sen" y eso hubiera bastado para "engañar" al chofer del "libre", pero no fue así, se mandó con la comprita esa —me interrumpió—. Y seguidamente: Dígame a Briceño que le dé los *viáticos*. Y ya no hubo nada más que hacer. Salí de aquella Oficina y bajé a la Sección a preparar los "macundales" para esa noche ir a "visitar" a los ocupantes de la casa número 10 de la calle Sonrisa de Los Magallanes. Cuando me hallaba en la Oficialía de Guardia, hicieron acto de presencia los detectives José Manuel Hernández, Vicente Emilio Borges, José Mercedes Polachini Malavé y Jesús Alberto Piñero, llevando al doctor Villarroel, del Partido Comunista, quien había sido capturado aquella noche por los mencionados funcionarios, los cuales serían los encargados de someter a interrogatorios al susodicho doctor, hasta "hacerlo cantar".

Apenas si crucé con aquellos compañeros una cuantas palabras. En casos como aquél del doctor Villarroel y cualquiera otro, no era conveniente dedicarle mucha atención, y menos aun cuando uno no ha tenido participación en el procedimiento... Mientras aquellos funcionarios dejaban constancia ante

el Oficial de Guardia, de las *novedades habidas* en la misión que les había sido encomendada por la Superioridad, yo dedicaba mi atención al Libro de Novedades con el objeto de estar al día de los "movimientos" registrados durante las veinticuatro horas transcurridas. Con ello, a la vez que "hacía tiempo" mientras llegaba la hora apropiada para ir a efectuar el allanamiento, me permitía conocer el número de detenidos que se hallaban en los sótanos y de los "nuevos" que habían ingresado en las últimas horas. Siempre era conveniente estar al tanto de todas aquellas cosas, por si le tocaba "trabajar con ellos".

CAPITULO VI

ALLANAMIENTO EN "LOS MAGALLANES" LO SUCEDIDO CON EL DR. VARGAS ACOSTA EN LA EMBAJADA DE EL SALVADOR

Seleccioné a los agentes que habrían de acompañarme a efectuar el allanamiento en Los Magallanes, entre los que recuerdo estaban: Isidro Villasmil, Pablo Arrivillaga, Ramón Ribas, Rodolfo Montiel (a) "El Maracucho", Leopoldo Valcillos, Pedro Jaimes y Abigail Olivares. A las doce y media abordamos los automóviles y emprendimos la marcha hacia la calle Sonrisa de Los Magallanes; estacionamos los vehículos estratégicamente, luego descendí y encaminé mis pasos hacia la casa signada con el número 10; una vez a la altura de aquélla, hice una seña al "Maracucho", éste a su vez —según las instrucciones que les había impartido— hizo lo mismo a Arrivillaga e inmediatamente, se acercaron a donde yo les aguardaba. Entonces, en una acción previamente convenida, crucé la reja y procedí a tocar la puerta, lo mismo hizo "El Maracucho" en la casa marcada con el número 8 y Arrivillaga con la número 12, para entonces ya los demás agentes se estaban acercando; así, cuando los ocupantes de la casa donde había tocado "El Maracucho" abrieron la puerta, no pudieron evitar que se les metieran dentro los dos seguranales, lo mismo aconteció con los habitantes de la casa número 12, que tampoco demoraron en salir a ver quién los molestaba a aquella hora; en cambio la gente de la casa que era nuestro principal objetivo, demoraron todo el tiempo que les dio la gana, y cuando lo hicieron, ya teníamos el convencimiento de que allí "había algo", y no nos equivocamos. Después de requisar las habitaciones de "arriba a abajo" sin encontrar a "aquel algo" que había causado la demora en abrirnos, registramos el pequeño solar y por último

escalamos unas maltrechas escaleras que daban a un cuartucho que había en la azotea, y allí, todo tembloroso y *tirititando* de frío localizamos a un individuo vestido solamente con unos interiores amarillos, quien resultó ser el señor "Ramón Lizardo Pérez", miembro de Acción Democrática, que había entrado clandestinamente al país por las costas de Güiría. Entre la cantidad de papeles que logramos localizar debajo de un escaparate, hallamos una nómina de algunos individuos con los cuales el hombre que acabábamos de detener, debía ponerse en contacto tan pronto como arribara a territorio venezolano. Entre los nombres de aquéllos, recuerdo al doctor Vargas Acosta, a quien posteriormente hicimos una "visita domiciliaria" con el propósito de hacerlo preso y someterlo a interrogatorios, pero no logramos nuestros deseos, ya que no lo hallamos en "su residencia" de la población de Carayaca, en el Departamento Vargas, sólo pudimos llevarnos detenida a su esposa. Yo nunca estuve de acuerdo con esta clase de procedimientos. Opinaba que la esposa, la madre, los hijos o padres de estos individuos, no tenían por qué sufrir las consecuencias que origina una detención de aquella naturaleza, pero las órdenes que regularmente recibíamos sobre nuestro comportamiento en estos casos, eran concretas, tajantes: Detener a todo aquel que estuviese presente en la casa que se requisaba, y, más si estaba emparentado con el individuo que buscábamos. Con la esposa del Dr. Vargas Acosta, Ulises Ortega pretendía obligar a aquél a que se entregara a la Seguridad Nacional; pero el hombre tuvo una jugada muy inteligente: se asiló en la Embajada de El Salvador, sita en la avenida Avila, entre transversal 2 y calle Lamas. Una vez que se tuvo conocimiento oficial de que el doctor Vargas Acosta se había asilado en la mencionada Misión Diplomática, la Superioridad ordenó que se procediera a la eliminación física de aquél, y al efecto, para llevar a cabo tal misión, fueron designados los agentes Vicente Emilio Borges, Luis Enrique Torres y Jesús Alberto Piñero Barrios; este último era el conductor del vehículo en que debían escapar una vez hubiesen llevado a "feliz término" "el trabajo". Este hecho criminal no se llevó a cabo por una circunstancia un tanto tonta, pero que deseo dejar asentada aquí puesto que forma parte de aquel acontecer que hoy día tanto ha dado que hablar. Resulta que a los pocos días de haber sido detenida la señora de Vargas

Acosta, y cuando me hallaba en casa de don Pedro Estrada, y comentábamos los resultados obtenidos gracias a la confianza del soplón "Chicho", mi Superior me preguntó por los agentes Torres y Borges; quería encomendarles una misión, le respondí que aquellos estaban en constante vigilancia de la Embajada de El Salvador, esperando la ocasión para meterle un par de tiros a Vargas Acosta, como se lo habían ordenado.

—¿Cómo es esa vaina?! ¿Quién carajo les ordenó eso...?
—gritó, más que preguntó, mi Jefe.

—Bueno, yo... de eso no sé absolutamente nada, pero ellos se encuentran allí —respondí.

Inmediatamente don Pedro agarró el teléfono y llamó a la Seguridad Nacional, preguntó por Ulises Ortega, y una vez que aquél estuvo en el aparato, le ordenó que se apersonara sin pérdida de tiempo a su casa (la de don Pedro), luego con gesto de disgusto, colgó la bocina y, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Vaya inmediatamente y dígame a ese par de carajos, que se me presenten aquí sin dilación alguna. Echelos por delante y me los traes tú mismo —concluyó—. Era en estas ocasiones tan "especiales" cuando mi Jefe me tuteaba... a veces el hombre perdía la compostura y se "humanizaba" un poco. Salí, monté en la motocicleta y fui a "echar por delante" a los agentes que habían recibido orden de eliminar al doctor Vargas Acosta. Ardía en deseos de presenciar el show. Quería ver cuál iba a ser la reacción de Ortega. Di la orden a Torrecito y a "El Indio Borges" y Piñero y marchamos a la casa de don Pedro. Cuando llegamos allí, ya se encontraba Ulises, quien muy nervioso medía con sus largos pasos el salón de espera de aquella residencia. Al vernos aparecer, detuvo sus pasos y dirigiéndose a Luis Enrique Torres, le preguntó:

—¿Ya está listo el "trabajo" que les ordené hicieran?

Tanto Torrecito como "El Indio Borges", me miraron. Comprendí su actitud y para ayudarlos a salir del paso, como quien dice, le dije a Ortega:

—Ellos no pudieron llevar a cabo su encargo, Ulises. El Jefe Grande, me ordenó los fuera a buscar. Parece que él desea hablarles...

No le he preguntado a usted, Barreto. Métase la lengua en el culo - me atajó—. Yo voy a tener que joderlo a usted para que sepa cómo me las gasto...

—No alborote, Ortega. Cálmese, recuerde que no está en su casa ni en su Oficina. Cálmese, hombre, cálmese... que su lengua se la voy a meter a usted con esto - golpié significativamente la sobaquera donde acostumbraba a llevar la "Luger". Yo no voy a olvidar eso que acaba de decirme y...

Me interrumpí porque acababa de hacer su aparición en el "escenario" don Pedro. Este ni siquiera se dignó responder al saludo de los agentes. Su atención se concentró en la figura de Ulises, que estaba en medio de la sala imitando la posición de esos reclutas recién llegados a un cuartel, cuando se encuentran ante un general: "tiesesito".

¿Puede decirme qué estaban haciendo estos oficiales frente a la Embajada de El Salvador, y qué órdenes tenían y quién se las ha dado...?

—Don Pedro yo... Creí conveniente montar una vigilancia allí, usted sabe...

—¡Yo no sé nada, Ortega! Quiero saber qué órdenes tenían estos hombres —le interrumpió Estrada—. ¡Eso es lo que deseo saber! ¿Puede decirme qué hacían estos hombres allí, ah?...?

—Ya se lo dije, Jefe. Estaban de vigilancia por si al adeco se le ocurría abandonar la Embajada. Yo los mandé a eso: a vigilar, nada más, Jefe.

—¿Esa es la verdad, "señor Ortega"...?

Ortega no sabía qué hacer. Comprendía que estaba metido en un lío tremendo. Demasiado tarde se daba cuenta de que no había sabido enfocar la cuestión. Debió comenzar por la verdad, máxime cuando estaban presentes los agentes y éstos no



De izquierda a derecha, de pie: Laureano Vallenilla, Pedro Estrada, Gutiérrez Alfaro y Aureliano Otáñez. Sentadas: las esposas de Pérez Jiménez y Otáñez.



La Junta Militar que derrocó a Gallegos: Pérez Jiménez, Delgado Chabaud y Llovera Páez. A su lado, el Dr. Miguel Moreno, Secretario.



El excanciller Gómez Ruiz en confidencias con el dictador.

se iban a callar cuando el Director los comenzara a interrogar. Dirían la verdad y eso lo sabía Ulises. Por ello estaba "cagado". Yo era un simple observador, pero no perdía detalle de nada. Los agentes estaban arrinconados esperando la avalancha que se les estaba viniendo encima. Aquella forma como lo estaba tratando ahora el Director, desconcertó a Ortega, en especial cuando aquel le llamó "señor Ortega", no obstante, el hombre supo reaccionar y de sopetón largó el rollo, es decir: lo que desde un principio debió hacer: sincerarse con su Superior.

—Ordené a los agentes que buscaran la mejor forma de meterle unos cuantos balazos a ese adeco tan pronto como se le ocurriera asomar las narices por alguna de las ventanas de esa Embajada. Eso fue lo que les ordené, don Pedro —concluyó Ortega.

—¿Puede decirme entonces quién le ordenó eso a Ud?

—Bueno, don Pedro. Yo soy el Jefe de la Sección, y, créi que eso era lo mejor. Usted sabe que ese adeco nos ha estado echando muchas vainas y además...

—Entonces usted hace lo que le da la gana, sólo por eso; "porque es el Jefe de la Sección", ¿verdad...? —refutó Estrada.

Ulises Ortega nada respondió, se limitó a agachar la cabeza, tal como lo hace cualquier persona que haya sido cogida en falta. En aquellos momentos hubiese preferido encontrarse en el Polo Norte o en China, rodeado de hambrientos osos o tigres, que hallarse en aquella lujosísima casa al lado del Director de la Seguridad Nacional.

—Este es un problema bastante desagradable, Ortega... Creo que a usted se le ha "subido muy alto" el puesto de Jefe de la Sección, olvidando que en esta vaina, quien manda y ordena, soy yo, no el montón de jefecitos de que estoy rodeado, ¿sabe Ud. cuáles hubieran sido las consecuencias derivadas de esa acción que ordenó ejecutaran estos hombres...? ¿No la sabe, Ortega...? ¡Contésteme! —gritó Estrada.

Ortega movió afirmativamente la cabeza diciendo:

—Si los adecos se dan cuenta de que nos estamos poniendo sentimentales o que hacemos “ciertas concesiones” con ellos, terminarán tumbándonos del gobierno, señor.

—Nosotros no estamos haciendo concesiones, Ortega, ni los adecos nos van a tumbar del gobierno. Ellos conspiran, nada más; pero ello no nos da derecho a que tengamos que ir a matar un hombre dentro de una Delegación Diplomática. Hacerlo, “querido Ulises” es peligroso: significa la caída del Gobierno. Eso es lo que quieren los adecos, que nosotros le matemos a uno de sus líderes dentro de una Embajada, para correr a la Organización de Estados Americanos, y, tan pronto comiencen a dar lecos en su recinto, los gobiernos ordenarían, ipso facto, a sus embajadores abandonar Venezuela inmediatamente. Eso que usted iba a hacer: era la mejor oportunidad que se le podía brindar a los adecos para que nos tumbaran; pero usted es demasiado torpe para comprenderlo así. No crea usted que todos los países “están” con nosotros, se equivoca si ha pensado o creído eso; algunos sí, los más, apenas nos toleran y aceptan por los beneficios comerciales que obtienen de Venezuela, ¿se da cuenta de lo que quiero decirle?

Sí, señor; pero debemos combatir a nuestros enemigos. La Ley debe ser fuerte con todos ellos, incluso con esos diplomáticos que solapadamente apoyan las vagabunderías de esos conspiradores —replicó Ortega con notado rencor.

La cara de don Pedro se contrajo al escuchar estas palabras e inmediatamente replicó:

—No lo creía tan loco como para intentar matar a un hombre que se encuentra ahora amparado por el fuero diplomático, y menos aun sabiendo, como sabe, que el Embajador ya notificó a nuestra Cancillería el otorgamiento de asilo a ese hombre —Y seguidamente ordenó a Ortega que se marchara a la Seguridad Nacional donde debía permanecer sin salir a ninguna parte, hasta segunda orden. El hombre salió sin siquiera despedirse de su Jefe. Pasó por mi lado echando bufidos como mula recién desengalmada. Don Pedro dirigiéndose a los agentes Torres, Borges y Piñero, les dijo:

—Pueden marcharse también, contra ustedes no tengo nada,

sin embargo, de ahora en adelante, cuando un jefecito de esos que abundan en la Seguridad, les den órdenes como la que tenían ustedes respecto al asilado, cerciórense de que tal orden ha sido dada por mí, para ello sólo tienen que preguntarle al jefecito que les ordene hacer tal o cual cosa, si de “ese asunto” sabe el Director”. ¿Me han entendido? Bien, pueden marcharse.

Una vez que hubieron marchado todos, don Pedro se dirigió a mí, diciéndome:

—Sé que entre ustedes han habido ciertas discrepancias... Procura evitar discusiones con Ortega. Oí lo que se dijeron antes de yo entrar a esta sala. No olvides que él es tu superior jerárquico.

Descuide. No olvidaré ese detalle, pero por favor hágale también la advertencia a él —respondí.

—Se la haré, te lo prometo. Y seguidamente: Dile a Ceballos, que me tenga preparado el automóvil, debo ir a ver al Presidente.

Antes de abandonar la sala, le recordé lo de los “honorarios” al confidente “Chucho”. Recibí la orden de pagárselos e inmediatamente fui a alertar a Ceballos sobre lo del automóvil. Cuando trasponía la puerta hacia el jardín, oí repicar el teléfono dentro de la casa. Cumplí lo ordenado y cuando me disponía a largarme hacia la Seguridad, fui llamado por el Director, por lo que di vuelta y me encaminé nuevamente al interior de la Quinta. Al estar frente a mi Jefe, éste me dijo:

—Quiero que vayas a esta dirección —me entregó una tarjeta escrita—. Ese amigo mío tiene algo que decirnos, vé y habla con él. Le acabo de hablar y le advertí que te iba a mandar a ti —concluyó.



El dirigente político Dr. Héctor Vargas Acosta, quien, según la narración de este libro, fue intentando asesinar por la S.N. cuando se encontraba asilado en una embajada.

CAPITULO VII NUEVAS 'CONFIDENCIAS'

Leí la tarjeta y de seguidas volví a despedirme de mi Jefe y marché directamente a la Seguridad Nacional, allí cambié de vehículo y marché a casa de mi esposa con intención de adecentarme un poco antes de presentarme a la residencia del amigo de mi Jefe. En estos casos, siempre era conveniente estar bien "presentado". Nada de presentarse ante uno de aquellos señores encopetados, como un andrajoso, así que hasta una afeitadita me di. Por la dirección que me había dado anotada el Director, me daba cuenta de que aquel amigo suyo pertenecía a la "Encopetada", como solíamos llamar nosotros a esa gente rica del Country, La Castellana, La Florida, El Paraíso y otras grandes urbanizaciones donde jamás el pobre podría construir su rancho.

Vivía con mi mujer en la Urbanización El Prado, de la barriada de "El Cementerio", de tal manera que desde allí, una vez que me puse a "tono", en lo que a la vestimenta se refiere, empecé viaje hacia el Este de la Capital, concretamente, hacia Los Palos Grandes, pero en vez de usar la acostumbrada Segunda Avenida, preferí meterme por la Avenida Avila de Altamira hasta la Transversal seis, crucé a la derecha hasta llegar a la entrada o comienzo de la Avenida Andrés Bello, bajaba por allí, cuando de pronto en la esquina de la Calle Cuatro, un "Buick" vino tinto se me echó encima por la derecha.

Hundí el pie en el freno, apreté a fondo... pero el para-choques de "mi" carro dio lateralmente contra el "Buick" y le obligó a "realizar" una vuelta en redondo. Me callé la palabrota que iba a fargar de mis labios, cuando advertí que una señora

de larga cabellera colgaba materialmente fuera del vehículo que acababa de golpear.

Bajé de "mi De Soto" y corrí hacia el otro automóvil. La dama estaba dando muestras de vida, comenzaba a levantar un brazo y entonces me di cuenta de que aquella joven señora estaba en estado de gravidez. Me asusté. La levanté con sumo cuidado y la acomodé en el asiento, despacio y la recosté todo lo mejor que pude sobre el respaldo. Por suerte volvió en sí casi en seguida. Entreabrió los labios, exhaló un quejido y se pasó la mano por la frente. Era una mujer muy bella, de aproximadamente veintiocho a treinta años, cabellos negrísimos y sedosos muy largos, de frente amplia, ojos verdes, nariz respingona y sensitiva, boca pequeña, de labios carnosos. Por el volumen de su vientre calculé que andaba por el sexto mes de embarazo.

—¿Cómo se siente, señora? —le pregunté.

—Bien... Sólo ha sido un desmayo. ¡Oh, créame que lo lamento! Yo he tenido la culpa. Le ruego me disculpe... Si hay que pagar los daños de su auto, lo haré sin chistar, me contestó.

—¿Está usted segura de que se encuentra bien? Voy a llevarla a una clínica ahora mismo. No, ¡por favor! No se oponga. Ud. —atajé viendo su gesto de protesta—. Dije que la iba a llevar a una clínica, y así será. Debo cerciorarme de que el médico la vea.

—No, señor. No, por favor. Le juro que me siento bien.

—¿No se golpeó usted el vientre? ¿No siente algún dolor, algún malestar? Piense que su estado no es el normal en una mujer. Espera un hijo... y por lógica, dadas las circunstancias, pienso que debe haberse golpeado con el volante...

—No me he golpeado, se lo aseguro, tuve mucha suerte. Eso es, tuve mucha suerte, fue cosa de Dios...

—¿Por qué iba usted tan de prisa? Yo tenía la preferencia cuando salió usted por la derecha como un bolido, que me resultó imposible maniobrar a tiempo. Pude haber ocasionado una desgracia —le reproché.

—Tiene usted razón. Venía distraída... Pero no se preocupe. Ya le dije que estoy dispuesta a pagar los gastos que ocasione la reparación de su automóvil...

La miré y poco a poco dejé cuajar una irónica sonrisa, y echando una mirada al "Buick", comenté:

—Pienso más bien que debe preocuparse de los gastos que le va a ocasionar la reparación del suyo. Creo que ha quedado bastante maltrecho. Seguidamente la ayudé a salir del auto y juntos echamos una mirada a los desperfectos del elegante vehículo.

El golpetazo había achapado las platinas y la tapa-resguardo de la llanta trasera, cuyo ring se había torcido ostensiblemente.

—Este vehículo hay que dejarlo donde está —le dije—. Yo me ocuparé de que vengan a buscarlo para llevarlo al taller. No me respondió. La noté muy nerviosa, por lo que de inmediato la llevé al "De Soto" y la conduje a la clínica más cercana, donde la hice examinar del doctor Olivares Díaz, quien enterado de lo ocurrido, procedió a chequearla minuciosamente, administrándole para empezar, un sedante para los nervios. Al cabo de casi una hora de espera, fui informado por el galeno de que todo estaba bien, que podía llevármela. Según él, la criatura no había sufrido daño alguno. Cancelé los honorarios exigidos por aquel profesional y abandonamos la clínica. Una vez en la calle, me dirigí a la dama:

—Creo que para completar mi obligación para con Ud. debo llevarla a su casa. Por favor, dígame dónde vive.

—Me disgustaría hacerle perder su tiempo. El sitio a donde me dirigía estaba cerca de donde chocamos —repuso ella, tímidamente.

—La llevaré allá. No se preocupe por mi tiempo. Suba, por favor. Entré a mi "De Soto", que por cierto no había sufrido daños de consideración. Como ella permanecía fuera, me apresuré a abrir la puerta del lado derecho y la insté a subir, ¿se siente mejor ahora?

—Sí, estoy más calmada. El susto fue tremendo... Me

descontrolé cuando me di cuenta de que venía un auto por la avenida. Me perdieron los nervios...

Asentí con un gesto y conecté el encendido y puse en marcha el "De Soto". Durante el trayecto, advertí que aquella señora se mostraba preocupada, aunque trataba de disimularlo. Con frecuencia se retorció las manos y se agitaba de vez en cuando en su asiento.

—¿Qué le sucede?, —interrogué—. Se diría que tiene algún problema...

—Es por lo del automóvil —me replicó—. Lo tomé sin el consentimiento de mi marido...

—Eso no debe preocuparle, señora. Seguramente su esposo es un hombre bastante comprensivo y tomará el asunto con calma. Olvide el caso y alegrémonos de que todo haya salido bien... Pudo haber sido peor, ¿no lo cree así?

—¡Sí, sí, claro! No se habló más. Cuando llegamos al lugar del accidente, ya estaban allí la Inspectoría y una patrulla de la Policía petareña. Detuve la marcha y bajé. Hablé con los fiscales y el cabo de la policía, les expliqué lo sucedido y, después de identificarme, les pedí llevaran el auto y lo estacionaran frente a la Oficina de la Seguridad Nacional, en Los Dos Caminos. Yo me encargaría de cancelar los gastos de la grúa. Regresé al "De Soto", lo puse en marcha y dije a la señora:

—Bien, usted dirá hacia qué lado enfilo este cacharro...

—Siga hacia la Calle Dos, esquina con la Tercera Avenida, por favor.

Una vez que estuvimos en aquella dirección, me hizo detener la marcha frente a una lujosísima quinta.

—Aquí es, señor. Ha sido muy amable... No sabe cuánto he de agradecerle lo que ha hecho por mí, señor...

—Barreto, señora. Y por favor: no tiene nada que agradecerme. Era mi deber atenderla, preocuparme por Ud. Ahora si me lo permite, la acompañaré hasta allí —y con un gesto señalé la quinta.

La señora nada me replicó, se limitó a abrir la puerta, y empujando la reja que obstaculizaba la entrada a la quinta, se dirigió hacia aquella, presurosa, como queriendo evitar que alguien la viera en mi compañía. Esa actitud suya me hizo detener mis pasos cuando ya me disponía a cruzar la cancela. Di media vuelta, subí al carro y sin volverme a mirar hacia la quinta, emprendí la marcha hacia la dirección que andaba buscando cuando el encontronazo con el "Buick" de la dama que acababa de dejar frente a la que seguramente era su casa.

Dirigí el "De Soto" hacia la Avenida Andrés Bello de Los Palos Grandes, entre las calles tres y cuatro, allí —según lo anotado por mi Jefe— estaba ubicada la quinta donde residía el señor con quien debía entrevistarme. Paré el auto y entré, jardín adentro, y pulsé el timbre adosado al lado de la lujosa puerta, y cuando al fin salieron a atenderme, a la morenaza que con voz de barítono me preguntó que qué deseaba, le dije:

—El señor Alcántara debe estar aguardándome, ¿puedes decirle que ya estoy aquí?

—No puedo, guapo; porque aquí no vive ningún señor de esa *clase* —me rió la morena.

—Y, ¿de qué *clase* es el dueño de esta quinta, preciosa?

—Aquí vive el señor Loreto. El es el dueño de esta quinta. Y diciendo esto, cerró la puerta y por poco me deja apachurrada la pariz. Inmediatamente fui en busca de un teléfono para hablar con mi Jefe, pero me fue difícil conseguir quien me prestara uno en aquel sector, por lo que tuve que llegarme a la Oficina de Seguranal de Dos Caminos, de donde sí pude hablarle al Director de la Seguridad Nacional. Lo puse al tanto de lo que había, ordenándome que regresara a la Oficina, quería confirmar personalmente lo de la dirección de su amigo. Me entrevisté con mi Jefe tan pronto como hube llegado a la Central detectivesca. Para entonces aquél ya había localizado a su amigo Alcántara, y acordamos que sería esa misma tarde cuando debía ir a hablar con su amigo. La nueva dirección de este señor estaba bastante lejos, pero no tanto como la primera a donde ya había estado en horas de la mañana. Ahora debía encaminar mis pasos hacia la Urbanización Bello Monte, y si a ver vamos,

nos encontramos que en realidad no era tan lejos, a mí no me importaban las distancias; en este país uno está acostumbrado a los trayectos de cinco, diez o más kilómetros, después de un desayuno o un almuerzo; aunque sólo sea para realizar cualquier gestión de poca importancia. Aquel primer viernes de septiembre, aún reflejaba la tibieza de un verano prolongado. El sol brillaba con toda su intensidad, después de varias semanas de nubes y lluvias, y en los pequeños "parches" boscosos adyacentes de la capital, los pájaros revoloteaban por todos lados. Se veían muchos automóviles en las calles, y en el cruce de la Calle Real de Sabana Grande hacia la Avenida "Casanova", el autolavado "Miniman", a pesar de la hora, tenía una "cola" de clientes bastante larga que daba casi la vuelta a la manzana.

Hasta allí había tenido que desplazarme, ya que la persona con quien debía entrevistarme, había cambiado de residencia y ahora se hallaba habitando una lujosa quinta en la Avenida Casanova, precisamente cerca del autolavado.

La nueva residencia del señor "Alcántara", era una de esas quintas a que están acostumbradas las personas adineradas. Dos plantas, un amplísimo garage repleto de carísimos automóviles último modelo y marcas diferentes, y un jardín bien cuidado por manos expertas en estos menesteres. La calle que subía hacia el garage, estaba ocupada por dos preciosos autos, un "Ford" convertible y un "Cadillac Dorado", supuse que este último era el vehículo del dueño de la casa. Casi siempre las personas con abultadas cuentas bancarias, acostumbran usar esta clase de automóviles. Aquí cabría aquéllo de: "que por la maleta se saca la calidad del viajero".

Dejé el viejo "De Soto" estacionado frente a la entrada y traspuse la reja subiendo los escalones que daban acceso a la puerta principal. No tenía la menor sospecha de lo que el dueño de aquella quinta trataría conmigo. Las averiguaciones para dar con la nueva residencia del señor "Alcántara" las había realizado por su cuenta el Director, y luego en mi conversación con éste, había recibido la orden escueta de que fuera a entrevistarme con prontitud con dicho señor. En mi profesión no siempre sale a cuenta ser tan cumplido, pero la orden emanaba del Director de la Seguridad Nacional, que era el máximo Dirigente de aquella

Organización Policial, y por consiguiente quien dirigía todos aquellos asuntos que de una o otra forma concernían a las investigaciones de carácter político.

La joven que abrió, en respuesta a mi llamada, tendría unos dieciocho años, y era alta, bonita, de cabellos castaños y muy esbelta con su sencillo traje de seda color rosado. Ni siquiera me sonrió, y bajo sus juveniles ojos de un negro profundo, había sombras oscuras que el maquillaje no había podido ocultar; su mirada silenciosa era una mezcla de recelo y hostilidad. Aquello no me preocupó mucho, al fin y al cabo no era con ella con quien tenía que hablar. Además ya estaba acostumbrado a ver malas caras. Las personas con quien un policía tiene que tratar, raras veces están de buen humor. Si lo estuvieran, me sorprenderían.

Hice el gesto torpe del hombre que va a saludar, pero que teme no ser correspondido. Entonces pregunté:

—El señor "Alcántara". Estoy citado con él.

Esta vez apareció una leve sonrisa en sus bonitos labios. —Soy su hija —me respondió con voz argentina—. Usted debe ser... —Sin poder evitarlo, trató de decir algo extraño—. Mi padre lo está esperando. Pase, por favor.

Se hizo a un lado para dejarme entrar; pero se apartó lo suficiente, sin duda, para que no la rozara siquiera el olor de azufre que tal vez emanaba de mí. El salón de recibo era espacioso, oscuro y convencional, con muebles caros. A mi derecha, quedaba la cocina y un bien amueblado comedor, al lado del garage; a mi izquierda, comenzaba un pasillo en donde seguramente debían estar los dormitorios de la planta baja. La bonita muchacha me precedía dirigiéndose hacia la parte alta, en donde supuso aguardaba el señor "Alcántara". Andaba a unos seis pasos delante de mí, dejándome admirar su espalda delgada y recta, tan airosa como una palmera de playa tropical. Aquella criatura poseía las piernas más bellas que había visto en mi vida, y hasta me permití, no sin cierto rubor, pensar que ser dueño de aquella mujer sería la cosa más maravillosa del mundo. Feliz el hombre que lograra conquistarla...

La parte alta de aquella magnífica residencia, era tan elegante y bien decorada como la planta baja, sus cortinas, sus alfombras, todo era lujoso y ostentación como correspondía a una persona de dinero, y el señor "Alcántara", debía tenerlo a montones. Un hombre y una señora hablaban en un saloncito. Frente a una de las encortinadas ventanas, se hallaba otra señora mirando hacia la calle. Me detuve en seco, contemplándola, sorprendido y no era para menos: aquella señora era la misma a quien por poco mato en el accidente de Los Palos Grandes. De mi momentánea distracción, me sacó, en aquel momento, la joven que me precedía. Uná doméstica estaba sirviéndoles unos refrescos. Formaban un grupo dispar tan sociable y digno como una de esas reuniones de acreedores, y mi presencia no pareció añadir demasiado entusiasmo... En efecto, me observaron como suele observarse a un ente de las regiones selváticas de Venezuela, al que no supieran si dar una golosina o espantarla. La muchacha del traje rosado que me precedía, dijo en tono burlón:

—Este *señor*, es de la Seguridad Nacional. Desea hablar con mi padre, ¿puedes ir tú a llamarlo? —preguntó al caballero.

—Sí, claro que sí —y dirigiéndose a mí—. Siéntese, por favor.

—Gracias, señor —respondí, cohibido—. Ocupé una poltrona cercana a la ventana, quedándome a la derecha la dama conductora del "Buick", al cual había estrellado el día anterior. La mujer me estaba mirando con la sorpresa reflejada en su bello rostro. Hice un gesto como dándole a entender lo pequeño que era el mundo...

La señorita que "había hecho mi presentación", tomó asiento también, estirándose la falda con cierto dejo de coquetería. No me miró.

El caballero había marchado hacia las habitaciones interiores, apareciendo al poco tiempo acompañado de un señor de aspecto distinguido, quien con una amplia sonrisa dibujada en su cara, se acercó a mí tendiéndome una mano fina y llena de manchas hepáticas.

—Soy "Alcántara" —se presentó con un sonoro acento

propio de las regiones andinas —. Soy el padre de esta señorita, y ésta es mi esposa —acercándose a la dama —; luego con un gesto, el caballero es mi sobrino y la joven que le acompaña, es su esposa.

—Gracias, señor. Soy Barreto, de Seguridad Nacional. Su hija ya me *ha presentado*. Creo que Ud. está al corriente del por qué de mi presencia en esta casa...

—Exacto, señor Barreto. Estrada me habló de usted. Le esperaba. Es un gran placer conocerlo.

—Gracias, señor. Y ahora que ya nos "conocemos", me tiene a su disposición... para oírlo...

—Calma, señor Barreto, calma. Ya vamos a hablar; antes me acompañará a una copita de coñac, ¿no le parece bien?

—Acepto esa copa, señor "Alcántara", con mucho gusto.

—Bien, bien, amigo Barreto. Así me gusta. Me acompañará a tomar esa copa y ya hablaremos. Mi esposa nos hará compañía, ¿verdad querida?

—¡Claro, mi amor, no faltaba más...!

El joven a quien el caballero me había señalado como su sobrino y su joven esposa, que hasta aquel momento escuchaban atentamente nuestro diálogo, marcharon seguidos de la joven de rosado sin haber dicho apenas una palabra; pero a los pocos minutos hizo su aparición la muchacha, la cual tomó asiento con el mismo silencio con que se había marchado. Fijé la vista hacia ella, pero ésta me miró de un modo tan raro, que me propuse abandonar aquella casa en cuanto tuviera oportunidad. La señora en estado de "gravidez o la del "Buick", había abandonado su "puesto de observación" y ocupaba ahora un asiento junto a la esposa del señor "Alcántara". Esta última formaba una pareja perfecta con su esposo, era alta, de unos cuarenta años aproximadamente, delgada, vestida de traje blanco, muy almidonado; su cabello empezaba a ponerse color de nieve lo llevaba trenzado y tirante... poseía un encanto natural y su conversación era amena e interesante. Respiraba una tremendamente triste dignidad que me impresionó más que todo lo que oí o vi en

aquella entrevista. Después de haber hablado sobre temas generalizados, no dijo una sola palabra más, ni se movió una sola vez de su asiento... Tan sólo sus ojos azules, cansados y claros me seguían atentamente, como si lo que yo hiciera o pudiera hacer o decir fuera lo único que le importara en aquel instante.

La joven habló, dirigiéndose a su padre:

—¿No quieres sentarte, papá? —con voz rápida, agitada, grave y culta—. Siento que estés incómodo con mi presencia, si lo prefieres puedo retirarme...

Más que una pregunta, era una insinuación que podía no ser intencionada por la espontaneidad con que había sido dicha. Era una de esas mujeres que se proponen agradar; pero que lamentablemente, por una u otra razón desconocida, no logran tal propósito. Después que finalizamos de saborear el licor de nuestras copas, y de haber encendido cigarrillos y pipas —el señor "Alcántara", al igual que yo, usaba tal artefacto para fumar—, consideré oportuno recordar al dueño de la casa, la razón por la cual me hallaba allí; dejé la copa en la bandeja colocada frente a mí, y dije:

—Bien, señor "Alcántara". Creo que ya los he importunado mucho, ¿no cree que ha llegado el momento para que Ud. y yo, conversemos...?

—¡Claro, hombre! Casi me había olvidado. Tiene usted mucha razón. Debo ponerlo al tanto del asunto que lo ha traído a esta casa; pero esto es algo que no deben oír las damas ni el caballero —dirigiéndose a aquéllos—, por favor, déjenme solo con el señor Barreto.

Tanto las damas como el joven, abandonaron el salón, recibo sin decir una sola palabra, tan sólo la señora Alcántara se volvió hacia mí cuando ya iba a trasponer la puerta, para despedirse con una maternal sonrisa, a lo cual correspondí con una respetuosa inclinación de cabeza. El señor "Alcántara", una vez que se hubo cerciorado de que la familia no se hallaba cerca, comenzó a hablar muy pausadamente.

—Amigo Barreto, soy propietario de una casa en la Urbanización "Boleíta"... la tengo arrendada a un señor que se

apellida Rosales... Benjamín Rosales. Ese es su nombre. Nunca he tenido quejas de él en cuanto a los pagos de alquiler, sin embargo, me preocupa mucho lo que sucede en esa casa... Allí, cada tres noches, se efectúan reuniones de individuos que, en forma sospechosa entran tratando de pasar desapercibidos. Abandonan la casa muy de madrugada, en parejas. La opinión de mi chofer, que es quien me advirtió, es de que tales reuniones son de conspiración, y, como soy amigo del Gobierno, consideré conveniente comunicar el caso a Pedro, a quien hablé telefónicamente a su casa. Quería relatarle todo y evitarle a cualquiera de sus muchachos el tener que venir a verme, pero él se empecinó en que era más conveniente que uno de sus agentes me escuchara personalmente...

—Perdón, señor "Alcántara" le interrumpí—, ¿desde cuándo está usted enterado de esas reuniones?

—Desde la semana pasada, ¿por qué?

—No, por nada; pero no ha debido dejar transcurrir tanto tiempo, y perdone que le haga esta observación. De haberlo hecho, a estas horas ya estuviéramos informados de todo cuanto pueda estar sucediendo en esa casa, si es que realmente sucede algo —concluí.

—En eso pueda que tenga usted razón, señor Barreto. Sin embargo, no lo hice por la sencilla razón de que quería estar plenamente convencido de lo que se estaba tramando allí en mi casa. No quise, por ningún respecto, aventurarme y causar molestias desagradables e innecesarias a mis inquilinos y a ustedes, ¿comprende?

—Completamente, señor "Alcántara". Y dígame, ¿está seguro ahora de que esa gente que entra furtivamente en su casa, efectúa reuniones de carácter político, subversivas?

—Segurísimo, señor Barreto. Segurísimo.

—¿Ha visto usted personalmente a esos elementos cuando entraban a la casa?

—¡Claro que sí! En tres ocasiones y por insinuación de Renato, mi chofer. Vive cerca y como ya se lo he dicho, fue

él quien me alertó sobre ese asunto. Decidí ponerme al acecho y así pude comprobar personalmente la entrada de varios elementos a la casa. La última vez, conté hasta nueve hombres y dos damas.

—¿No reconoció a alguna de esas personas, en especial a las damas?

—No, lo lamento, pero no reconocí a nadie, ni siquiera a las damas.

—Bien, señor "Alcántara". Creo que podremos averiguar algo sobre el extraño comportamiento de esa gente. Ahora deseo me dé usted la dirección de esa casa, quiero echarle un vistazo hoy mismo, ¿comprende...?

—Sí, sí que lo comprendo. Aguarde Ud. —de seguidas se dirigió hacia una de las habitaciones, de donde regresó con algo escrito en una hoja de papel amarillo—. Aquí tiene usted, señor Barreto. Esa es la dirección.

—Gracias, señor "Alcántara". Ha sido un inmenso placer haberlo conocido. Espero volvamos a vernos pronto. Pondré al tanto de todo cuanto hemos hablados a su amigo, el señor Estrada, quien será el que decida sobre el asunto. Y diciendo esto me levanté y tendí mi diestra, para despedirme.

—Vuelva por aquí cuando guste, amigo Barreto. Será bien recibido. Dele mis recuerdos a Pedro. Dígale que un día de estos lo vuelvo a llamar —Mientras el dueño de aquella suntuosa quinta seguía estrechando mi mano, pude darme cuenta de que hacían su aparición la señora y las demás personas de la casa, por lo que acercándome a la dama, le dije:

—Señora, ha sido un gran honor para mí, haberla conocido, igualmente digo a la señorita, al caballero y a la joven señora que pronto tendrá la dicha de traer a este honorable hogar, un nuevo venezolano —me refería a la señora del "Buick"—. Para todos, mis respetos y consideración. Buenas tardes.

—Adiós, señor Barreto —contestaron casi al unísono las tres damas.



La mirada de Pedro Estrada parece buscar 'francotiradores', cuando, en compañía del canciller Loreto Arismendi recibe al Subsecretario de Estado de EE.UU. Mr Holland.

CAPITULO VIII

UNA NOCHE 'DE TRAJIN'

EN LA S.N.



Un cordial abrazo cómplice, entre Pedro Estrada y Mr. Holland.

Abandoné aquella residencia de la Avenida Casanova, y conduciendo mi viejo "De Soto" me dirigí hacia la Urbanización Boleíta, y una vez allí, enfilé la Avenida Principal. luego crucé hacia la izquierda en la Transversal dos hasta la entrada misma de la Calle Río, o mejor dicho, el Callejón Río, callejón sin salida como habría de comprobarlo cuando llegué al final del mismo y me vi en la enojosa situación de tener que retroceder hasta la Avenida Las Palmas. Justamente a mitad de aquel callejón sin salida, estaba la casa marcada con el número "33". Después de haber "mirado bien" la casa, marché hasta la Oficina de Seguridad Nacional de Los Dos Caminos, desde la cual, llamé a don Pedro para ponerlo al tanto de "mi investigación"; luego y, siguiendo las instrucciones del Director, me comuniqué con la oficialía de Guardia, para que me mandaran dos agentes para ponerlos a vigilar aquella casa de Boleíta, hasta que se adentrara bien la noche para ir a echarle una mejor "mirada" y si en el transcurso de ese tiempo se presentaban los asiduos "reunistas", le caeríamos de requisa y preso todo el mundo! El aspecto exterior de aquella casa nada tenía de especial, era una casa como cualquiera de las muchas que existen en las urbanizaciones creadas por el Gobierno para las clases medias. La que ahora era objeto de mi atención, seguramente debido a alguna reparación con ánimo de darle otro aspecto, denotaba más de antiguo que de moderno y aparentemente se veía desocupada; sin embargo, esto era una simple apariencia, puesto que ya sabía que estaba habitada y que, si por el día no se veían señales de vida, otra cosa diferente era por la noche.

Cuatro noches con sus respectivos días, estuvieron los agentes Asunción Rojas Cabrita y Carlos Luis Rodríguez vigilando la susodicha casa, y en todo ese tiempo, apenas si entraban y salían las personas que normalmente pueden habitar un inmueble de aquellos, pero nada más, lo que nos desanimó un tanto, y así, sin la autorización de mi Jefe, preparé las cosas para, la quinta noche de vigilancia, caerle de requisa. Aparte de los dos agentes antes nombrados que debían esperarnos en sus sitios de observación, me hice acompañar de tres detectives más, que junto con el chofer Arias y yo, sumábamos siete. No necesitábamos más, puesto que no creíamos que pudiéramos tener problemas, y no los tuvimos. Una vez que hube situado a dos de los agentes en sitios estratégicos, me acerqué a la puerta principal de la casa y al llamado nuestro, salió a recibirnos un señor de aspecto bastante peculiar, pero que mostraba una cara que adornaba con una amplísima sonrisa, como la de esas personas que no tienen que temer de las autoridades.

¿Qué desean los señores? Preguntó.

—Por el momento, que nos permita entrar. Somos agentes de la Seguridad Nacional. Vamos a efectuar una “inspección ocular”. Y sin esperar a que me autorizara la entrada, puse mi mano en el hombro del individuo y lo fui empujando hacia el interior de la casa, y una vez que estuve en el centro mismo de la sala-recibo, le dije:

—Esta es la Orden Judicial... Está firmada por el “Honorable Juez”... ¿Es usted el señor Rosales...?

—No, señor. Soy Bartolo; pero siéntese. En seguida voy a llamar al señor Rosales.

—Se lo agradecemos. Y en lo que el tal Bartolo se encaminó hacia una de las habitaciones interiores, hice señas a Cabrita para que se dirigiera hacia el fondo de la casa, en busca de la cocina y el solar. Debíamos tomar las precauciones que el caso requería. No era la primera vez que por descuidar ciertos detalles, se nos escapaban algunos individuos. Gracias a esa clase de previsiones, se pudo evitar aquella noche, que una jovencita de apenas catorce años, destruyera un montón de papeles, en el solar de aquella casa. El dueño o inquilino, no

tardo en presentarse ante nosotros. Se le notaba bastante preocupado, nervioso.

—Soy Benjamín Rosales, señores. ¿Qué se les ofrece a estas horas...

—Somos de la Seguridad Nacional, señor Rosales, y a “esta hora”, venimos a efectuar un allanamiento, o requisa o inspección ocular, o, como quiera llamarlo usted. “Queremos su autorización”.

—¿Cuál autorización, para qué la quieren?, si ya están registrándolo todo, esto es un abuso, sí, eso es: ¡un tremendo abuso! No saben ustedes en el lío en que se han metido. ¡Se van a arrepentir de esto!

—Calma, señor Rosales. No se sulfure usted. Nada gana con ponerse bravo. Mire, aquí tiene esta Hoja de Requisa —y le di la hoja de papel—. Está firmada por el señor Juez, así que no es un abuso el que estamos cometiendo con usted, no señor. Simplemente estamos acatando lo ordenado por ese honorable Magistrado que firma esa hoja, ¿se da cuenta usted...?

—Bueno, yo... Pero no me explico todo esto. Soy un hombre honrado, trabajador, y jamás he tenido problemas con las autoridades...

El hombre se interrumpió por la llegada del agente Rodríguez con un paquete de hojas multigrafiadas, y Cabrita con un bojote de papeles y una niña empujizada con lágrimas en sus ojos y retorciéndose las manitas en forma por demás elocuente, pero apenas si le eché una mirada a estas personas; mi atención estaba fija en el señor Rosales que, apenas aparecieron los agentes con sus “hallazgos”, había cambiado de color. Lo saqué de su distracción, diciéndole:

—¿Me decía usted, señor Rosales...?

—¿Decía qué, señor? Ah sí, ya recuerdo. Bueno... que yo jamás he tenido problemas con las autoridades. Sí, eso era lo que le estaba diciendo, y eso es cierto —concluyó.

—Bien, eso lo veremos después. Seguidamente hice una seña a los muchachos para que siguieran esculcando por todas las

habitaciones. Apenas éstos abandonaron la sala, apareció el agente Salvador Graffe con un multígrafo y el agente Arias con un par de revólveres, una pistola 45 y dos paquetes de proyectiles. Todo aquello lo colocaron los agentes en el piso, regresando al interior de la casa para reaparecer al poco rato, arrastrando un paquete de hojas subversivas y dos uniformes militares con insignias de Mayor y Teniente, respectivamente; el agente Graffe con una sonrisita de oreja a oreja, se presentó con una bolsa plástica, dentro de la cual estaban cuatro "piñas" color verdusco y una pistola *Parabellum* en perfectas condiciones. Una vez que los agentes terminaron de efectuar la requisa, les ordené hicieran un recuento concienzudo de todo lo hallado por ellos, y mientras lo hacían, yo seguí hablando con el señor Rosales, quien se veía muy contrariado.

—Dígame, señor Rosales, ¿dónde trabaja usted?

—En estos momentos estoy sin trabajo fijo, pero ocupo mi tiempo en comprar y vender objetos de segunda mano, tales como automóviles, neveras, motores...

Nuestra conversación fue interrumpida nuevamente por la llegada del negrito Arias, quien me notificó que había hallado tres pares de placas de automóvil.

—¿Qué me dice usted de todo esto?, —pregunté al asustado Rosales.

—Bueno... yo... este... Mire señor, eso lo trajo un señor amigo mío para que se lo guardara, yo no podía negarme... es mi compañero de partido...

—¿Usted a qué partido pertenece?

—Soy adeco, señor. Bueno, es decir, estuve inscrito en el Partido.

—Muy bien. ¿Qué puesto desempeñó en esa agrupación política, y cuál en el Gobierno?

—Ninguno, señor. Sólo fui eso, militante.

—¿Podría decirme quién es el dueño de esta casa?

—Esta casa se la alquilé a un señor de apellido "Alcántara", que vive en Los Palos Grandes.

—¿Viene ese señor por aquí, con regularidad?

—No, señor. Sólo viene su chofer a cobrar el alquiler, creo que vive por aquí cerca...

—¿Quién, el chofer o el señor "Alcántara"? —interrumpí.

—El chofer, señor.

—Dígame, señor Rosales, ¿ha estado usted preso alguna vez?

—No señor, nunca. Ya le dije que no he tenido problemas con las autoridades.

—Bien, señor Rosales. Creo que su situación no es todo lo halagadora que se piense. Las razones están a la vista. Usted y las personas que se encuentran ahora en esta casa, tendrán que acompañarnos, en calidad de detenidos, a la Seguridad Nacional. ¿Quién más hay aquí, aparte de usted, la niña y el señor que nos atendió?

—Nadie más, señor. Sólo nosotros tres... y una señora inquilina de una habitación, madre de la niña.

—¿Dónde está esa señora? Hasta el momento no la hemos visto, es decir, los muchachos no la han encontrado, ¿puede llamarla?

—Perdón, señor Barreto —me dijo el agente Cabrita—. Hay una habitación a la que no hemos podido entrar, está cerrada con llave...

Lo interrumpí con un gesto. No quería más explicaciones, no valían para mí, no cuando se trataba de una requisa en donde los resultados obtenidos en objetos subversivos sobrepasaban todos los cálculos, y como el agente estaba aún parado, le dije:

—¿Ya tumbó usted esa puerta?, o ¿está esperando a que llegue esa dama para que se la abra?

El hombre dio media vuelta, dispuesto a echar abajo la puerta, pero se paró en seco al oír a la niña:

—Señor, yo... yo tengo la llave —y levantándose de su silla, fue a darle la llave al agente.

—Gracias, pequeña. Acompañe al señor Cabrita mientras él inspecciona esa habitación, ¿quiere?

—La señora no tardará en llegar, señor. Siempre llega tarde —dijo el señor Rosales, como queriendo justificar la actitud de la niña.

Miré instintivamente mi reloj pulsera. Eran las dos de la madrugada. ¿Sabe la hora que es, señor Rosales? —pregunté.

No me respondió, se limitó a mirar su reloj, luego alzando la vista hacia mí, me habló:

—Es extraño, hoy ha tardado más de lo acostumbrado. Ella siempre llega antes de las doce, cuando tarda o va a tardar, nos lo hace saber.

—¿Sí? Bien, no importa que llegue tarde. Aquí van a quedar dos agentes, con órdenes precisas de que toda persona que llegue, sea detenida, de esta manera vamos a detener a todos esos amigos y compañeros suyos que acostumbran "reunirse" en esta casa... pero si no viene nadie, usted nos va a decir los nombres y direcciones de todos ellos, ¿verdad, señor Rosales?

—Yo ignoro de lo que me está hablando usted, señor. Yo no sé nada y mal puedo decirle nombres y direcciones; ¡además aquí en mi casa no se hacen reuniones!

—Yo apuesto a que si nos va a dar usted esos nombres, esas direcciones, señor Rosales. ¿Qué quiere apostar?

El hombre no me respondió nada, ni yo esperaba lo hiciera. Hablé con los agentes Rodríguez y Graffe para que ayudaran al agente Arias a meter en los vehículos todo cuanto habíamos hallado en aquella casa, luego hice señas al agente Cabrita para que condujera al señor Rosales y su amigo Bartolo a las camionetas. Dentro de aquella casa debían quedarse dos agentes, así que dispuse que fueran Salvador Graffe y Carlos Luis Rodríguez, quienes de antemano sabían qué hacer. Sin embargo, se me estaba presentando un problema con la niña. No podía dejarla allí, sola con mis agentes, no es que desconfiara de ellos, sino

que por ningún motivo podía dejarla con ellos, había que pensar en el honor de la chica y su situación ante el vecindario tan pronto éste se diera cuenta de que había permanecido sola con dos hombres en aquella casa, echarían la "lengua a volar" y comenzarían las "habladurías". La humanidad juzga precipitadamente, y, aunque la mayoría de las veces su criterio resulta mediocre, siempre pesa en la mente y conciencia del ignorante! La niña no podía quedarse allí, así que decidí entregarla a la custodia de algún vecino responsable. No me costó mucho hallar la familia que me sacó del apuro. Precisamente en la casa vecina no tuvieron inconveniente en recibir a la pequeña, apenas les planteé el caso y hube mostrado mis credenciales, se *desvivieron* en atenciones para con la pequeña.

Cuando llegamos a la sede de la Seguridad Nacional en El Paraíso, ordené llevar a los detenidos a la "Sala de Interrogaciones". No podíamos perder el tiempo ni debíamos andarnos con contemplaciones, así que comenzamos a interrogar al señor Rosales y al señor Bartolo, separadamente; y aunque al comienzo se mostraron bastante "machitos" al final de cada sesión de preguntas y planazos, terminaron contándonos *todo*. El que mejor *colaboró* con nosotros, fue el señor Bartolo, al menos con sus confesiones, logramos apresar a nueve de los asiduos visitantes nocturnos de la casa de Boleíta, los otros siete nos los "recomendó" el señor Rosales. En vista del éxito obtenido aquella noche, decidí poner al corriente de todo al Director, por lo que me comuniqué telefónicamente con él, y, al enterarse de las "cositas" que habíamos decomisado, decidió que debía cerciorarse personalmente de ello y, además, deseaba conocer al señor "Rosales". A él —Estrada—, "le sonaba" aquel nombre.

Una vez que el Director hubo echado una ojeada a todo lo que habíamos conseguido en casa del señor Rosales, pasó a hablar con los detenidos en la "Sala de Interrogatorios" y al ver a Rosales, le dijo:

—Cuando me informaron que entre los detenidos estaba un señor Rosales, inmediatamente pensé en Ud., sin embargo, tenía mis dudas; por eso estoy aquí. No me equivoqué. No me equivoco nunca. ¿Verdad, señor Rosales? ¿Cuándo entró al país, por dónde lo hizo, por Oriente o por Los Andes...? Y como el

hombre no respondía, Estrada, volviéndose a mí: —Este hombre debe decirnos quiénes más entraron clandestinamente con él al país. Quiero saber si le acompañaba el joven Dágr. Búsquenme a todos esos carajos que se reunían con este bandolero. Los quiero todos —concluyó.

El Director estaba muy contento, así me lo hizo saber y prueba de ello fue, que se comunicó telefónicamente con el señor "Alcántara", felicitándolo por el dato que nos había "tirado" y que le había proporcionado "buenos dividendos" al Gobierno. Incluso le invitó a almorzar juntos en casa del Ministro del Interior. Ortega, que había sido puesto al corriente del "hallazgo" realizado por nosotros, se apersonó y de acuerdo con don Pedro, procedió a despachar comisiones en solicitud de los conspiradores que nombraban en sus confesiones, el señor Bartolo y Rosales. Yo me había desentendido de todo aquello para ir a elaborar el Informe correspondiente al caso, y, me hallaba tomándole el número serial a las armas decomisadas, cuando me informaron que el Director me estaba solicitando. Inmediatamente me encaminé a su Despacho. Con él estaba el señor Rosales.

—A su orden, don Pedro —dije al entrar.

—Quiero que vaya ahora mismo a la casa del "amigo Rosales". El asegura poseer unos papeles que pueden ser muy importantes para nosotros. Según lo afirma, esos papeles están debajo de un escaparate. Búsquelos.

—Inmediatamente, señor —y dirigiéndome al señor Rosales—. ¿Puede decirme usted, en cuál de los cuatro escaparates que hay allí en su casa, están esos papeles?

—En el escaparate de la niña.

—Gracias. ¿Está seguro que no miente usted, señor Rosales?

—No miento, señor. Allí están. Los puse yo mismo y la niña no tuvo tiempo de sacarlos cuando ustedes llegaron.

—¿No son esos que están ahí? —le señalé el escritorio de don Pedro—. Esos fueron los que llevaba la niña hacia el solar cuando la sorprendió el agente Cabrita...

—No señor, no son esos, se lo aseguro —me interrumpió.

—Bien, si esos papeles están en donde este señor dice, los traeré ahora mismo —dije dirigiéndome a don Pedro.

—Vaya a cumplir esa orden, Barreto, y, de paso averigüe qué ha pasado con esa dama que vive allá, en la casa del señor Rosales. Me interesa... ella debe saber muchas cosas, ¿verdad, señor "Benjamín"?

—Lo ignoro, don Pedro —respondió el aludido.

—Usted lo ignora todo, Rosales. Nosotros vamos a *contrabuir* con usted para que de ahora en adelante, se *interese por todas esas cosas que ahora ignora*.

No esperé a ver cuál sería la respuesta del señor Rosales a mi Jefe. Salí de aquel Despacho y me acerqué al Cafetín para tomarme una tacita de café. Hacía rato que había amanecido y cuando abandoné el edificio de la Seguridad Nacional para ir a cumplir la orden dada por Estrada, eran aproximadamente las seis y media de la mañana. No había dormido un solo minuto en toda la noche. Nadie en la Seguridad Nacional había disfrutado de un instante de descanso. El ajetreo fue tremendo, requisas, detenciones, interrogatorios, torturas... Ya en Boleíta y al llegar a la casa que habíamos requisado pocas horas antes, el agente que abrió la puerta cuando toqué, me informó que habían allí dos damas que se habían presentado a las cuatro de la mañana. Estaban esperando en el recibo.

—¿En qué vinieron?, —interrogué.

—En ese automóvil que se halla enfrente —respondíome el detective.

—¿Lo registraron ustedes?

—No, aún no. Esperábamos a que terminara de amanecer.

—Muy bien, puede ocuparse de eso ahora. Pídale las llaves a la dama que lo conducía. Regístrelo bien, a lo mejor encontramos algo de importancia en su interior.

Pasé al interior de la vivienda, allí estaban las dos mujeres. Eran una muchacha bastante joven y una señora de aspecto

distinguido, de aproximadamente treinta y cuatro años, y poseía una belleza tan personal, que la hacía más atractiva. También la muchacha era bonita y apenas si contaría unos veinte años. Rubia y era dueña de unos ojos color esmeralda que eran todo un encanto.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —respondió la señora.

—¿También usted es de la Seguridad, —preguntó la joven.

—Sí, señorita. También soy de la Seguridad, ¿por qué?

—No, por nada. Curiosidad, nada más.

Y antes de que continuara interrogándome, me dirigí a la habitación que había indicado el señor Rosales. Busqué en el sitio, o sea, debajo del escaparate de la niña, pero tuve que solicitar la ayuda de uno de los agentes para levantar un poco el mueble. Fue así como logré sacar un rollo de papeles y una pistola Colt 7,65, niquelada. Regresé a la sala y dirigiéndome a la dama de más edad, pregunté:

—Dígame, señora, ¿desde cuándo vive en esta casa?

—Llevo dos meses aproximadamente. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque me interesa, señora. Y, dígame, ¿esta jovencita es su hija?

—No, señor. No es mi hija, pero como si lo fuera. Es mi sobrina. No vive conmigo, si es eso lo que quiere saber. Vino a acompañarme, porque anoche cuando venía a buscarme y se disponía a estacionar su auto, vio que llegaban ustedes y también cuando se llevaban al señor Rosales y a la chica a la casa de al lado. Esperó a que se marcharan y regresó a su casa y allí estaba yo y me puso al tanto de lo que estaba sucediendo aquí —y antes de que yo dijera algo, agregó—: ¡y le agradezco me traiga la niña ahora mismo!

—Y a pesar de estar enterada de lo que estaba sucediendo, prefirió venirse para acá. Dígame. ¿Qué le indujo a hacerlo?

—¡Nada me indujo a nada! Sólo que vivo aquí y . . .

por mi hija . . . y, es lógico que regresara, ¿no lo cree usted así . . . ?

—Sí, claro. Pero . . . Y la señorita, ¿por qué no se quedó en su casa? De haberlo hecho, yo no *tendría* que pasar por la *pena* de tener que llevarla detenida, en su compañía, por supuesto. Créame que lo siento; pero las dos me las llevo presas ahora mismo.

—¿Quiere decir que estamos presas las dos? ¡No hemos hecho nada para que usted nos detenga! ¡Eso es absurdo, inconcebible! Y sin que yo pudiera evitarlo, la dama se levantó de un salto y me asestó una cachetada, que retumbó como un cañonazo, al menos esa fue la sensación que tuve. Me quedé viéndola mientras ella retrocedía y se llevaba una mano a la altura de los labios, en un gesto que denotaba más que temor, sorpresa por lo que acababa de hacer. Para calmarla, le dije:

—Siéntese, señora. Y por favor, cálmese, se lo ruego. Y dirigiéndome al agente Rodríguez, le ordené:

—Vaya a buscar a la niña y la trae inmediatamente. No olvide darle las gracias a la familia.

La señora no había resistido los nervios y había estallado en llanto. La joven trataba de calmarla. Nada dije. Comprendí el estado de ánimo de la dama y unas cuantas lágrimas servirían para calmarla, por lo que le dije a la joven:

—Llorar le hace bien. Déjela que se desahogue. Consígale un vaso de agua con azúcar o un vaso de leche tibia bien dulce, servirá para suavizarle un poco los nervios —concluí.

—¿De verdad nos va a llevar usted presas . . . ?

—Bueno, eso de *presas* suena muy feo, señorita, mejor digamos que las voy a llevar detenidas, preventivamente, por supuesto, pero no se preocupen, puede que no sea por mucho tiempo y . . .

—Barreto —me interrumpió Rodríguez—. El señor que tiene la niña, dice que debe ir usted mismo a buscarla . . .

—¡Claro!, —atajé—. ¡Yo se la entregué y yo debo ir por ella! Y salí a buscar a la pequeña. No hubo problemas, y la llevé

a la casa y se la entregué a su madre, que se abrazó a la chica prodigándole cariños y preguntándole si "le habían hecho algo", por lo que le llamé la atención, diciéndole:

—Señora, esas preguntas están demás, ¿qué se ha creído usted que somos nosotros, unos sátiros?

—Perdóneme, yo no he creído nada, se lo aseguro, pero comprendame, es mi hija y...

—¡Basta ya, señora! Ahora les agradezco me acompañen. En la Seguridad, puede hablar con don Pedro, él está esperándonos. Ustedes, si no están medidas en nada, no deben preocuparse, así que les agradezco no se opongan a acompañarme.

—Nosotras no hemos hecho nada y tampoco tememos de usted, y tampoco vamos a oponernos a seguirlo, pero, ¿no podría usted dejar que mi sobrina se quede con la nena? Mi sobrina sólo vino a acompañarme, se lo juro —finalizó la dama.

—Lamento mucho no poder complacerla, señora. Me es imposible acceder a esa justa petición suya; pero le prometo hacer algo al respecto tan pronto como lleguemos a la Seguridad. Lo siento, pero no hay otra alternativa.

—¿Cuál es su nombre, señor?, —preguntó la señora.

—Braulio Barreto, señora, ¿conforme?

—Bien, señor Barreto. ¿Dijo usted que yo podía hablar con su Jefe, verdad?

—Cierto, señora. Tan pronto lleguemos a la Oficina, yo mismo me encargaré de ponerla al habla con el Director —respondí.

—He creído que era mejor hablar con usted antes de marchar a la Seguridad —insistió la dama—. Usted puede dejar ir a mi sobrina, ¿verdad que sí...?

—¿Marchamos ya?, —fue mi respuesta—. No quería seguir hablando del asunto. Comprendía los sentimientos de la señora; pero mi deber me imponía la desagradable misión de llevarlas detenidas.

—Siento haberme portado grosera con usted, Barreto —díjome la dama.

Me miró por entre sus pestañas y noté un poco más de calor en su voz; pero no lo bastante para que pareciera sincera.

—No se preocupe, estimada señora, no tiene importancia —respondí—. Nosotros, policías antipáticos, estamos acostumbrados a estas cosas. Además, usted no ha estado grosera como dice. A nosotros, lo único que nos turba es cuando las personas comienzan a mostrarse simpáticas... Precisamente lo que usted está haciendo ahora.

Los ojos azules, fríos, pero juveniles, se abrieron y me miraron casi con incertidumbre.

—¿Qué insinúa con esto? ¿Por qué iba a turbarle el que yo tuviera necesidad de excusarme?

Me apoyé en el quicio de la puerta, dedicándole mi mejor sonrisa y contesté:

—Las excusas nos sobran a la mayoría de los policías. Creo, estimada señora, que no se molestaría usted si estuviera absolutamente segura de la inocencia de su sobrina. Claro que hay algo más, si estuviera segura de ello, su detención no la preocuparía tanto.

Permaneció sentada, inmóvil; sólo sus labios color cereza se movieron, porque los dientes iban mordiendo por dentro. Sus ojos continuaron mirando, pero remotos; como si ya no pudieran verme. Durante unos segundos, sólo se oyó el tic tac del reloj que colgaba de la pared, por fin se movió, hizo una seña a su sobrina para que la siguiera, y tomando a la niña de una mano, se encaminó hacia la calle, pasó por mi lado; despacio, llegó a la calle y a una señal dada por mí, subió al carro seguida de su niña y la muchacha, quien cerró la puerta tras haberse acomodado. Se alisó el vestido con todo cuidado, sin volverse a mirarme. Sus piernas largas y finas fueron extendidas hacia adelante, sobre la vieja alfombra que cubría el piso delantero del automóvil.

Moví la cabeza y me senté detrás del volante. Ordené al agente Rodríguez vigilara el auto de la señorita hasta que fueran

de la Oficina por él. Poco después llegábamos a la Seguridad Nacional, en El Paraíso. Estacioné el "De Soto" a media cuadra de la Central Policial e invité a la señora a bajar, ésta obedeció calladamente y a su vez hizo señas a las chicas para que la siguieran; pero la interrumpí con un gesto que ella supo interpretar muy bien, y en sus labios floreció una sonrisa de agradecimiento. Yo había decidido en el trayecto de la casa a la Oficina, dejar marchar a la chica y la niña, pues de no hacerlo yo, tarde o temprano tendrían que hacerlo mis superiores; así, pues, que me dirigí a la joven diciéndole mi decisión:

—Señorita, usted y la niña pueden marcharse. En caso de que la necesitemos, iré a verla, ¿comprende usted?

—Sí, señor, comprendo. Muchas gracias.

—Váyase ahora, tranquila. Dentro de una hora puede ir a buscar el automóvil, el agente Rodríguez se lo entregará. Su tía quedará conmigo, es decir, quedará allí en ese edificio que está al frente. Sólo se le harán algunas preguntas, luego, si ella nada sabe de lo que estamos averiguando, será puesta en libertad —concluí.

Las chicas se marcharon apresuradamente y nosotros nos encaminamos hacia el edificio de la Seguridad. Ya en éste, llevé a la dama al Despacho del Director, quien en aquellos momentos se hallaba "admirando" una de las granadas de mano halladas la noche anterior en casa del señor Rosales. Al vernos entrar, puso el artefacto sobre el escritorio y fijó en mí la vista de un modo interrogante.

—Esta señora es la inquilina de la casa...

—No, señor Barreto. No soy la inquilina. Sólo habito una pieza que el señor Rosales, muy gentilmente, me arrendó hace cosa de dos meses...

—Está bien, señora, le pido disculpas —repuse—. Y dirigiéndome a mi superior. Ya lo ha oído usted, don Pedro. Ella, según la información del oficial de guardia, llegó esta madrugada y fue detenida inmediatamente.

—Bien, bien. Siéntese, señora —dijo Estrada. Quiero me

conteste sinceramente unas cuantas preguntas que le voy a formular. De su respuesta depende vuelva a salir por esa puerta. Repito: quiero sea todo lo sincera que pueda, ¿me entiende?

—Sí, señor. Le entiendo. Puede preguntarme cuanto desee...

—Muy bien, ¿de dónde conoce usted al señor Rosales?

—Bueno... a este señor lo conocí el día que fui a su casa, por lo del anuncio que leí en el periódico, sobre la habitación que ahora ocupo. De antes no lo conocía, si es eso lo que quiere saber

—Ajá. Y, dígame, ¿sabía usted de las reuniones que se llevaban a cabo allí, asistía usted a ellas?

—Me di cuenta de que algunas personas se reunían para conversar en algunas ocasiones, pero no intervine ni asistí a ellas, a las reuniones. Me metía a mi habitación con mi hija a leer. Nunca me invitaron a esas conversaciones y, sinceramente le digo, que no me interesa nada que no sea mi trabajo. Y le advierto que sé de esas reuniones y la causa de las mismas; porque una noche llegué un poco tarde y cuando entré vi a varios señores discutiendo de política en el recibo, di las buenas noches y pasé a mi habitación, que como los señores que estaban esta madrugada en la casa y éste que está aquí —dijo señalándome— saben, queda al fondo de la casa —concluyó.

—¿Cuánto paga por habitar esa pieza?

—Doscientos bolívares, señor. Con derecho a cocina.

—¿No llegó el señor Rosales a proponerle algo respecto a sus actividades clandestinas? ¿No le pidió alguna vez llevara algún mensaje a determinado lugar?

—No, señor. Nunca. Apenas si nos veíamos, ya que por lo temprano que debo salir para mi trabajo, no tenemos ocasión de vernos, y si es por la tarde, cuando llego allí, no lo veo, siempre está fuera.

—¿Sabía usted de estas armas? —don Pedro señaló las que estaban sobre el escritorio.

—No, señor. Nada sabía de eso.

—Tengo entendido que tiene usted una niña. ¿Sabía que el señor Rosales escondía papeles subversivos debajo de su escaparate?

—Soy madre de una niña. De eso que me pregunta, lo ignoraba. Ahora es cuando me entero, señor.

—Le creo, señora —dijo don Pedro—. Pero le aconsejo tenga mucho cuidado y hágale saber a su hija que no le haga caso al señor Rosales. Mis muchachos cuando estuvieron anoche allí, buscando todo eso que usted ve ahora sobre este escritorio, sorprendieron a su hija cuando trataba de echar al solar estos papeles —don Pedro echó mano al rollo de manuscritos que estaban sobre una carpeta roja y se los mostró a la señora—. Indudablemente que ella lo hizo por mandárselo el señor Rosales. Y seguidamente, agregó: Creo que eso es todo. Puede marcharse. Barreto se encargará de llevarla a su casa. . . . Una última pregunta, señora, ¿es usted casada. . . ?

—Soy divorciada, señor.

—Gracias. Como le acabo de decir, Barreto la va a acompañar a su casa. Buenos días y perdone la molestia que le hemos causado.

—No se preocupe. Gracias a ustedes por ser tan amables.

Inmediatamente salimos del Despacho del Director y cuando ya nos disponíamos a abandonar el edificio de la Seguridad, el oficial Arteaga me llamó para decirme que Estrada me necesitaba, por lo que volví a subir las escaleras, y una vez frente a mi Jefe, éste me dijo:

—Encárguese de ponerle un hombre a la "pata" a esa señora, sus respuestas no me han convencido. No creo el cuento que nos ha echado. En cuanto a José Ramírez (Rosales), esta noche me lo interrogan y si se niega a *echarnos el cuento*, se lo llevan para El Junquito y me lo joden bien jodido, eso sí, nada de golpes, limítense a darle una "cueriza" hasta que lo diga todo. Tú mismo te encargas de ese "trabajo", es una orden —finalizó.

—Se hará como usted dice, don Pedro.

Seguidamente abandoné el Despacho y me encaminé a la Sección Política a nombrar el Oficial que debía seguirle los pasos a la señora que me estaba aguardando a las puertas de la Seguridad, que no era otra que Angélica Rodríguez. Solicité al Oficial de Guardia un agente que estuviera franco o sin servicio, y aquél me dio a Pablo Emilio Villamarín, y una vez que aquél estuvo en mi presencia, le di las instrucciones pertinentes al caso, luego salí a reunirme con la señora Rodríguez. Me demoré unos minutos hablando con el "vicjo" Arteaga, pero sólo era un pretexto para darle tiempo a Villamarín a que se preparara con el vehículo que debía utilizar en el seguimiento de la dama. Yo estaba pendiente y cuando todo estuvo listo por parte del agente, puse en marcha mi automóvil y cogí la vía de El Silencio. Ni una palabra se cruzó entre nosotros durante el trayecto. La dama parecía sumida en sus pensamientos, y aunque estuve tentado de formularle algunas preguntas, me abstuve de ello. Consideré prudente dejarla estar sin interrupciones.

—Señora, ya está en su casa. Voy a acompañarla hasta la puerta para decirle a los agentes que usted puede salir y entrar sin que se le moleste para nada. . . . No habrán restricciones. ¿Conforme. . . ?

—Mucho. Gracias señor Barreto. Ha sido muy amable. . .

—No tanto, señora. Créame —respondí.



Tte. Coronel Eladio Nieto Bastos, quien ocupó la jefatura de la policía uniformada.

CAPITULO IX

TORTURAS Y CONFESIONES

UN INCIDENTE PERSONAL

DETENCION DEL DR. MANUEL LOPEZ RIVAS Y SU 'INTERROGATORIO'

Hablé con los agentes y de inmediato marché a la Central, con el propósito de redactar el Informe de todo cuanto había acontecido la noche anterior, después de esto, asistí al interrogatorio de algunos presos de reciente "adquisición", entre quienes recuerdo a los señores Cirilo Ramón Castillo, Gilberto Morillo y Ramón Quijada, quienes a las primeras de cambio dijeron cuanto queríamos saber. Uno de éstos, creo que fue Quijada, llegó a confesarnos que estaba "hastiado" de estar pasando calamidades por una causa que "todos en el partido tenían el convencimiento de que era cosa perdida". Eso tal vez nos lo dijo con ánimo de justificar su *comportamiento*, pues el hombre habló lo suyo...

A los detenidos políticos que habían sido brutalmente torturados, cuando no habían "cantado" y se veían muy graves, se les mandaba a curar, es decir, se les conducía al cuarto de "enfermería", allí eran atendidos por Fabricio Peña (a) "Anzuelo", quien en el momento de efectuar las curas, les formulaba *preguntitas* y de paso les nombraba a tal o cual fulano que los detenidos conocían, y entonces éstos se franqueaban con él, y hasta se prestaba Peñita para llevar mensajes confiados por algunos presos, por supuesto que "Anzuelo" antes de ir a llevarlos notificaba el caso, y el resto lo hacíamos nosotros por la noche. Gracias a esta labor de "cuerda floja", detuvimos y supimos de las andanzas subversivas de algunas damas, entre las que recuerdo a Mercedes Oliveros, Angelina Ravello, María Cordido, Teodosia Salas, Carmen Mujica, Lérica Manzano, Héli de Fonseca, Josefa Sánchez y señora Celia Pérez, en cuya casa tenían los adecos una "estafeta". Una de aquellas damas que apresamos, trabajaba en

una fábrica de fósforos ubicada por los lados de Antimano, y vivía en El Valle. La acusaron de ser una activista comunista, estaba recién dada a luz, y don Pedro dio órdenes de conducirla todas las tardes hasta su casa para que amamantara su hijito, también en aquella ocasión detuvimos a la señorita Yolanda Villaparedes y a otra dama residenciada en Los Castaños, de apellido Albornoz.

Cada detenido, cada político que se apresaba, tenía algo que decirnos, porque nadie era hecho preso porque nos diera la gana a nosotros. Si se tenían informaciones de que tal o cual individuo estaba metido en actividades ilícitas y atentatorias contra la seguridad del Estado, procedíamos a efectuar las averiguaciones y por consiguiente, las detenciones a que hubicra necesidad. Se interrogaba, se buscaba en todo momento la mejor manera de convencer a los implicados para que hablaran sin tener necesidad de llegar a extremos "fuertes", pero si fracasábamos en aquel intento, teníamos, debíamos, recurrir a métodos que en nada nos agradaba practicar. Métodos que muchos de nosotros los funcionarios de la Seguridad Nacional detestábamos, pero que nos obligaban a poner en práctica en contra de nuestra voluntad. Allí está el caso del señor José Ramírez o "Rosales" o como quiera llamársele, cuya casa se allanó por una delación. A la Seguridad siempre llegaban confidencias, llegaban datos, tales datos e informaciones o confidencias, arrastraban nuevas víctimas, y así, la cadena no terminaba nunca, seguía estirándose. Uno terminaba con una investigación, y debía seguir con otra; porque otros datos llegaban, otras informaciones llegarían suministradas por personas acostumbradas a darlas y que nos proporcionaban trabajo y nos llevarían a causarle molestias a otros... La Seguridad Nacional siempre tuvo oídos para escuchar.

A Ramírez lo llevé al "hipódromo" lugar éste ubicado por los lados de Caricuao, en la parte alta de la Fábrica "Orange Crush", por una carretera de tierra que se pierde cerro arriba en forma de S, y la tortura que se le imponía al detenido consistía en tener que subir corriendo a lo que le dieran sus piernas y resistencia, una distancia de quinientos metros en tres minutos. Nadie lo lograba, así que al apenas haber recorrido la mitad, el individuo decidía contarle todo. "Rosales" cuando le expliqué lo que tenía que hacer, me dijo:

—Mire, señor Barreto, yo voy a contar todo, así que mejor vamos. Yo no tengo sangre de caballo ni de nada parecido.

Y nos regresamos. En el trayecto pedí a Colmenares que llevara al detenido a la Central y le tomara la declaración. Conmigo fueron aquella noche, a más de "Suelespuma" Colmenares, el Oficial Añez Miliani. Quería ir a mi casa, pero Colmenares, me dijo:

—Mira, Barreto, mejor vamos para la Seguridad todos, ya sabes como es Pedro. A lo mejor nos está esperando y si no te ve...

Y fui a la Seguridad y estuve presente cuando el hombre rendía su declaración, bastante extensa por cierto y donde salió a relucir el nombre del doctor Manuel López Rivas, dirigente Urcidista que también se ocupaba de echar su conspiradita. Al darnos este nombre, inmediatamente se lo participé a Estrada, a su casa, quien de inmediato se apersonó a la Sede de la Seguridad, y echándonos a todos de la Sala de Interrogación, se encerró a hablar con Ramírez y cuando salió de allí, mandó a buscar al Bachiller Castro, donde estuviera, y cuando aquél hizo acto de presencia, se encerraron en su Despacho. Todos estábamos a la expectativa, y a eso de las dos de la mañana, Castro nos reunió, diciéndonos:

—"Bueno, muchachos, tenemos la oportunidad de detener al doctor López Rivas y a otros «pajaritos». Y dirigiéndose a mí: —usted Barreto, tengo entendido que se está ocupando de la búsqueda del doctor Villarroel junto con Colmenares, sigan haciéndolo, y usted, Hernández, con Borges, Miliani y Torrecito, se encargan de buscar al doctor Rivas, dispongan de los hombres que sean necesarios, pero a ese doctorcito lo quiero preso esta misma semana.

Inmediatamente comenzamos a hacer los preparativos, sin embargo, yo me encaminé a la Oficialía de Guardia a proveerme de las órdenes de requisita necesarias. El Oficial Rafael Díaz me informó que mi señora había llamado a eso de las seis, pero que él le había dejado saber que yo andaba para Valencia. Di las gracias a mi compañero, e inmediatamente salí a ver para qué me quería mi señora. Era costumbre mía dejar instrucciones a

los Oficiales de Guardia para que en caso de que me llamaran, dijeran que estaba fuera de la ciudad. Cuando llegué a los alrededores de la casa, dejé el auto y seguí a pie. Subí silenciosamente las escaleras del edificio, y de igual modo procedí a abrir la puerta, eso lo hacía para no despertar a la mujer en caso de que no estuviese despierta. Caminé por la sala con sumo cuidado para no tropezar con los muebles y a medida que avanzaba escuchaba el murmullo de una conversación y ya no tuve ninguna clase de cuidado, empujé la puerta del dormitorio de un solo golpe. Carmen y un hombre que había visto dos o más veces en casa de los padres de aquélla, estaban en la cama.

Se quedaron de piedra. Ni siquiera hicieron el intento de moverse. El hombre, de cierta corpulencia, con un cigarrillo entre los labios, puso los ojos como platos. Carmen, con la pantaleta entre sus manos, tenía las facciones deformadas por el exceso de sexo.

Me acerqué lentamente hacia ellos, Carmen dejó caer la prenda e inmediatamente se sentó en la cama, y el acompañante hizo lo mismo, pero al tratar de cubrirse un poco, cayó de lado hacia el piso, pero se repuso y se levantó, recostándose a la pared y en tono suplicante, dijo:

—¡Señor Barreto, yo... este, usted comprenda... Yo...!

Pero yo no comprendía nada. Mil y un pensamientos negros cruzaron por mi mente en aquellos instantes. Sostenía la "Luger" imponente apuntándole la cabeza al tipo, luego la desvié hacia mí mujer, que de un salto dejó la cama como había venido al mundo, pálida y temblorosa y al intentar hablar, sólo dejó escuchar unos ronquidos guturales, lo que me dio lástima, por lo que le advertí:

—No hables, negra... no ahora, por favor...

—Señor Barreto..., quizás... este...

Mi mujer se había recuperado un poco y al fin habló.

—No irás a pensar que nosotros...

Avancé un paso más y metiendo la mira de la "Luger" en el aro que colgaba de su oreja y di el tirón, arrancándoselo de

cuajo, un hilillo de sangre comenzó a correrle, pero no se movió, no podía. Luego el ojo de mi "Luger" se dirigió al hombre, quien comenzó a invocar a Dios, a San Silvestre y no sé cuántos Santos más, lo cual "celebró" con un chorro de orines que por poco inunda toda la habitación, a lo que dije:

—Eso está mejor, amigo, y acercándome a donde colgaban sus prendas de vestir, las tomé y se las lancé, agregando: comience a limpiar el piso, que le ayude Carmen. Quiero que eso quede bien seco antes de marcharse. No se hicieron repetir la orden, y cuando todo quedó como yo quería, les dije:

—Vístase, amigo y tú también, mujer.

—Barreto, yo quiero ex...

—No deseo ninguna clase de explicaciones. No tienes por qué dárme las ni yo te las voy a pedir. Tú has escogido tu camino, síguelo, muchacha; no creas que te voy a matar ni tampoco a ese, no vale la pena. Ese joven no es culpable de lo que ha pasado aquí, la culpable eres tú, y, en parte yo, por haberme fijado en ti, que no vales nada, y como las putas no pueden vivir en casa decente, mejor te largas ahora mismo, pero antes deseo me respondas, de tu respuesta depende el que yo no comience a regar plomo, ¿desde cuándo está sucediendo esto...?

—Es la primera vez, Barreto...

—Bien —atajé—. Y dirigiéndome al hombre, ahora usted, ¿desde cuándo...?, ¡quiero la verdad o le meto un tiro y lo lanzo a la calle!

—Le voy a decir la verdad, señor Barreto, lo estamos haciendo desde hace poco más de un año, y aquí he venido cuatro veces. Ella me llama diciéndome que usted no va a venir y entonces...

—Está bien, ¡ahora fuera de aquí los dos!

Ni siquiera permití que Carmen se llevara nada, apenas lo que se pudo poner encima. Luego de aquel incidente, regresé a la Oficina, y me eché a dormir sin pensar en aquella escena de adulterio realizada en mi propia casa, en mi propia cama. En realidad no me había afectado mucho, pues ni siquiera hoy

día sé si quería o no a esa mujer. Seguí desempeñando mis labores y pronto olvidé todo vestigios de la escena. En compañía de "Suclaespuma" Colmenares me dediqué a buscar por todo Caracas al doctor Villarroel; en nuestro empeño, realizamos algunos allanamientos y un día, en La Pastora, Colmenares, que se había hecho con una confianza referente a unas armas que se hallaban escondidas en una casa de aquel sector de la capital, quiso aprovechar que nos hallábamos justamente frente a la casa en cuestión y con mi aprobación, procedimos a efectuar el allanamiento, registramos toda la casa, pero nada que dábamos con las armas, y Colmenares insistía en que estaban allí, en el patio habían señales de haber sido removida la tierra, pisoteamos y puyamos con los palos de escoba que encontramos, mas todo parecía normal, pero mi compañero era terco y cuando comenzaba un asunto, nadie lo hacía desistir, y en un momento en que comentábamos el caso, me dijo:

—Mira, Barreto. Vamos a hacer una cosa. Llámate al Cuerpo de Bomberos, que nos manden un camión cisterna lleno de agua. Creo que esa es la solución para hallar esas armas.

Salí y pedí lo que mi compañero quería, como a la media hora llegaron los muchachos de Pulgar con un camión, y a una indicación de Colmenares enfilaron las mangueras hacia la parte del terreno removido, aquello fue llenándose de agua y, cuando ya creíamos que nuestros esfuerzos iban a resultar vanos, parte del terreno se hundió. Procedimos a retirar la tierra, mejor dicho el barro y a una profundidad de más o menos sesenta centímetros, localizamos las armas envueltas en láminas de zing, que cubrían el envoltorio hecho con papel revestido de brea o petróleo. Allí estaban, en perfectas condiciones, una ametralladora Hocking 9 mm., tres revólveres Colt 38, cuatro fusiles F-30, una pistola Colt 45 y tres cargadores, ocho cajas conteniendo cada una cinco peines de proyectiles para fusil y un revólver Smith-Wesson calibre 9 mm y cinco cargadores de 30 balas para la Hocking. Esta ametralladora tenía el escudo nacional y era similar a las usadas por el Cuerpo de Paracaidistas.

Cargamos con todo aquello y con los habitantes de la casa, y hasta un perro tuvimos que llevarnos, porque el animal no quiso despegarse del lado de su dueña, una jovencita de apenas

17 años. Dicha joven de nombre Josefina, fue devuelta a su casa por orden expresa de don Pedro. Este a su vez nos felicitó y dio órdenes al Jefe de Personal para que nos pusiera doscientos bolívares más en nuestro sueldo. Aquella clase de felicitaciones no nos alegraba mucho, puesto que de sobra sabíamos que cuando uno fracasaba en cualquier trabajo, salían a relucir, no felicitaciones tan efusivas, sino la advertencia de que no "olvidáramos que ellos —los jefes— sabían del pasado de nuestros familiares, y hasta le echaban en cara "los pecadillos que aquéllos cometieron en el pasado". Había en el Archivo un *Kardex* Especial que contenía las fichas de algunos de nuestros familiares que habían aparecido en nóminas de Acción Democrática, por eso proseguíamos desempeñando nuestro trabajo como unos autómatas. Renunciar a nuestros cargos, era exponerse a que se le tildara de "enemigos del Gobierno", ¡y eso sí que resultaba la mar de peligroso!

Así, pues, que tanto Colmenares, yo y los otros funcionarios seleccionados por Castro y Estrada para la captura de los doctores López Rivas y Villarroel, seguimos efectuando allanamientos y detenciones. Al doctor Villarroel lo detuvo "El Loco" Hernández y los demás oficiales que le acompañaban en la Comisión; y al doctor López Rivas lo detuve yo en un allanamiento que efectué en Puente Hierro, en una quinta situada a media cuadra de la Agencia Distribuidora de "Automóviles Studebaker", concretamente, en la avenida Los Claveles. Aquella requisa debíamos haberla efectuado el día anterior, pero hubo de posponerse, porque el señor Ramírez nos indicó que el hombre llegaría a aquella quinta en horas de la tarde del día siguiente en que lo interrogábamos. En el procedimiento me acompañaron los oficiales Salvador Graffe, Ramón Rivas, Vicente Emilio Borges Ferrer y el chofer de la camioneta, "El Negrito" Arias. Registramos la casa hasta el último rincón, pero por ninguna parte aparecía López Rivas, pregunté a la señora y a unas jovencitas por él, pero negaron saber de su existencia, sin embargo, yo sabía que estaba allí, Ramírez había sido muy explícito en su información, por ello habíamos esperado y preferido realizar la requisa o allanamiento antes de la media noche. Pregunté a los agentes:

—¿Nada...?

—Nada, Barreto. Lo hemos volteado todo, ese carajo como que nos mintió —respondió Ramón Rivas.

—No tienes necesidad de decir groserías —le recriminé—. No olvides que hay damas presentes, ¡no estás en tu casa ni en la Oficina! Sigán buscando; el “indio” que se monte a la azotea, puede que se halla ocultado allí. De inmediato me dirigí a la parte alta de la quinta, allí encontré a Graffe mirando debajo de las camas, me asomé al balconcito y eché una mirada hacia la parte interior de la casa vecina, por si el hombre hubiera salido por allí, pero comprendí que era difícil, por lo que regresé al interior del dormitorio y eché una mirada a Graffe, que estaba registrando un mueble y le hablé:

—¿Lo has registrado?

—Todo, Barreto. Eso hombre no está aquí, a menos que sea invisible...

Mientras el agente hablaba, yo recorrí con la vista toda la habitación. No había duda, el hombre había volteado hasta las camas; me fijé en un enorme escaparate que tenía una puerta abierta y la otra, adornada con un espejo de los llamados “cuerpo entero”, permanecía cerrada...

—¿Registraste ese escaparate...?

—Fue lo primero que hice, Barreto. Sólo contiene ropa de mujer...

Apenas sí escuché las últimas palabras del agente, saqué la “Luger” y de un solo tirón abrí la hoja, e inmediatamente separé un montón de vestidos y cuando traté de hacer lo mismo con otros, me tropecé con el ojo de una pistola apuntándome a la barriga, instintivamente apunté al hombre e iba a apretar el gatillo, pero me contuve en el último instante, pues me había dado cuenta de que si realmente el individuo hubiese querido matarme, yo no habría tenido tiempo de usar mi arma. El agente Graffe tal vez percatado de mi inmovilidad, dijo:

—¿Encontraste alguna ametralladora? —El agente no podía ver la escena, la hoja le impedía toda visión por hallarse hacia la izquierda. Nada respondí, no podía hacerlo, estaba pendiente

de la reacción del doctor López Rivas, pues él era quien me apuntaba, por fin le dije:

—Bien, querido doctor, creo que mejor sale de ahí, no se ve nada bien con esos *justanes* tapándole. Si no va a usar esa pistola, entreguémela. Perdió una oportunidad magnífica, ahora ya es tarde por si se decide. Estamos en idénticas condiciones: me apunta y le apunto.

Nada me replicó y como lo vi titubear, alargué la mano y le arrebaté la pistola por el cañón, a la vez que le decía:

—Salga, doctor, hágalo sin temor, que nada le vamos hacer... no aquí, por supuesto. Y el hombre salió de su escondite: ¡vestido de mujer! Cubría su cuerpo con estúpido vestido estampado. Graffe al verlo, salió a llamar a los demás oficiales, pero lo atajé diciéndole: Déjate de payasadas. Ya tendrán oportunidad de ver al doctor con su muy femenino disfraz.

—Vamos, doctor, eche a andar, quiero ver cómo lo hace con esos zapatos. Pudo haber escogido unos de tacón menos largos... —Bajamos a la primera planta de la casa, allí estaban los oficiales y las dos señoras con las jóvenes, una, la más pequeña, de trece o catorce años aproximadamente, niña al fin, no aguantó las ganas de reír y se mandó con una tremenda carcajada que contagió a las demás personas, y hasta el propio doctor Rivas esbozó una sonrisa. Dejé dos agentes en aquella residencia con órdenes de detener a cuanta persona se le ocurriera llegar, y marchamos a la Seguridad Nacional. Al llegar pregunté por los jefes y el Oficial de Prevención, Pacheco Reptali, me informó que Estrada y Castro estaban en la Dirección, por lo que tan pronto dejé al doctor Rivas en manos del Oficial de Guardia de la Sección Política, con órdenes de no permitirle hablar con nadie, subí hacia el Despacho del Director a pasar la novedad.

—Buenas noches, don Pedro, buenas noches Bachiller —dije a manera de saludo individual.

Buenas noches —respondieron al unísono mis superiores. ¿Qué te trae a estas horas por aquí, Barreto?, preguntó Estrada (“hipócritas”, pensé).

—Acabamos de detener al doctor López Rivas. La información dada por el señor "Rosales" fue positiva...

—Esa sí que es una novedad de primera, ¿qué te parece Castro? Vamos a conversar con ese doctorcito ahora mismo, y dirigiéndose a mí: ¿No tenía propaganda, ni armas...?

—Le decomisamos una pistola "Astra", española. Papeles no hallamos, en la casa no los había, a menos que los lleve encima —respondí.

Estrada se levantó de su asiento, tomó los "Ray-Ban" de sobre su escritorio, se los puso y salió seguido de Castro. Siguiéndole los pasos iba yo, dispuesto a no perderme el espectáculo que en ocasiones como aquella, se escenificaban en la "Sala de Interrogatorio" de la Sección Política. Nada les había informado sobre la indumentaria que vestía el detenido, por ello al entrar a la Sala y ver a la "dama" que estaba sentada de espaldas a la puerta, Estrada se volvió hacia mí, diciéndome:

—¿Dónde está el doctor? ¿Qué hace esa señora aquí?...

—Esa "señora" es el doctor López Rivas, don Pedro —respondí—. Así lo hallamos dentro de un escaparate.

Al hacer acto de presencia don Pedro a la Sección, la mayoría de agentes que se hallaban a aquella hora allí, se fueron congregando para conocer y ver cómo andaba vestido el detenido, siempre sucedía así cuando era capturado un elemento de "importancia". Castro ordenó al Oficial de Guardia para que mandara a desalojar la Sala, luego él y Estrada se encerraron con el detenido. Permanecieron con él por espacio de una hora. Mientras eso ocurría yo había salido para el bar de la esquina a tomarme un cafecito y allí estaba cuando se presentó el detective José Sosa Vivas a buscarme porque me estaba solicitando el Director. Encontré a éste, en compañía de Castro y Ulises que había sido llamado a su casa en San Bernardino, además estaban los Oficiales Julio García Cabrera, Rodolfo Montiel, "El Indio" Vicente Emilio Borges Ferrer, José Manuel Polachini y Domingo Ruano. En el centro de la Sala se hallaba el doctor López Rivas quien daba muestras de haber recibido algunos golpes. "El Loco" Hernández mantenía en sus manos una peinilla y el Bachiller

daba golpecitos con su inseparable "fute" sobre la esquina del escritorio. Cuando yo entré, Estrada dijo:

—A este doctorcito me lo joden hasta que cante todo, y no quiero contemplaciones con él. Llévanselo fuera de aquí, y no me lo traigan hasta que no cante lo que sabe...

—Lo llevan para "El Paralelo 38" —terció el Bachiller.

—No —atajó Estrada—, llévenlo para el "Canal Dos". Y dirigiéndose al Bachiller, explícales a los oficiales cómo deben proceder al interrogatorio, luego abandonó la Oficina, seguido de Ortega.

—Bueno, muchachos, ya ustedes han oído a Pedro. Al doctor se lo llevan para el "Canal Dos", allí deben permanecer por lo menos tres de ustedes con él, pero no lo golpeen, me le echan una buena "cueriza", cantadita hasta que hable, pero antes de llevarlo al "Canal", lo llevan a su casa en El Junquito y la registran bien, si hay que tumbar las paredes, tumbenlas, pero consigan todos los papeles que hayan allí. Y seguidamente: Si necesitan más hombres, consíganlos, pero a este doctorcito me lo hacen decir todo lo que queremos saber —concluyó.

—Un momento Bachiller, antes de que salga, debe designar al Jefe de esta "comisión"...

—Cierto, olvidaba ese detalle; pero creo que deben decidirlo ustedes mismos. Son de la misma graduación, por lo tanto cualquiera que designen...

—No, Bachiller —volví a interrumpirle—, es mejor que usted lo haga. Usted mejor que nadie sabe que debe haber un hombre que asuma la responsabilidad plena del "trabajo" que se va a realizar. Al menos así lo reza ese "Memorándum" que usted mismo mandó pegar en las paredes de esta Oficina —y señalé el papel pegado con adhesivo plástico.

—Bien, sea como usted dice, Barreto. Usted siempre con eso de los *reglamentos y órdenes*. Voy a nombrar a Luis Enrique Torres. Háganlo venir.

Y así, bajo el mando de "Torrecito", emprendimos camino hacia el "Canal Dos" conduciendo al detenido López Rivas. El

famoso "Canal Dos" estaba ubicado en un paraje de la carretera vieja de La Guaira, poco antes de llegar a Plan de Manzano, subiendo del Puerto. Era un rancho que había servido de refugio a los conspiradores que en la Semana Santa del año 53, tenían planeado volar con dinamita el cerro en el momento mismo en que pasara Pérez Jiménez y su familia. Si mal no recuerdo, en aquella ocasión fueron apresados, entre otros, un hermano del Licenciado Pinto Salinas, de nombre Alberto, quien estaba afectado de tuberculosis. Allí en el "Canal Dos" permanecimos cerca de ocho días con el detenido. Estrada había dado órdenes de que no se le golpeará, sino que se le diera una "cueriza" cantada, cada vez que se negara a responder nuestras preguntas. En las torturas nos turnábamos cada vez. Un día se quedaban con el preso, Polachini y Torrecito y Domingo Ruano hacía de guardia en los alrededores del rancho, otro día nos tocaba a Julio García Cabrera y a mí, Montiel vigilaba afuera, el tercer turno correspondía al "Indio" Borges, Jesús Alberto Piñero y "El Loco" Hernández, Piñero vigilaba. Todo cuanto el detenido confesaba lo anotábamos y lo llevábamos inmediatamente al Director. Por cierto que en una ocasión me correspondía mi turno, a eso de las doce del día, se presentaron Hernández y "El Indio" Borges, en completo estado de ebriedad y quisieron entrarle a carajazos al detenido, a lo que me opuse rotundamente, y hubo la discusión y como me hallaba solo, por haberle dado permiso a Cabrera y Montiel, tuve que imponerme por la fuerza, es decir, los saqué a empujones de dentro del rancho, pero una vez fuera, Hernández quiso meter mano a la sobaquera para sacar su arma, por lo que sin pensarlo dos veces, pelé por mí "Luger" y le eché dos tiros a las patas, eso bastó, la pea se les evaporó como por encanto, y muy calladitos se largaron, y cuando me hube cerciorado de que no andaban cerca, entré a ver cómo se hallaba el detenido; aún seguía desmayado, yo no había podido impedir que Hernández lo golpeará. Cuando el hombre volvió en sí, respiré con más tranquilidad, y me hice el propósito de que aquellos funcionarios no podían ser "custodias" del detenido. Al presentarse Montiel, le di una nota y le dije:

—Se la entregas personalmente al Director. Si no está en la Seguridad, se la llevas a su casa, pero debe leerla hoy mismo.

De paso le dices que este hombre ya no da más de lo que ha dado. Que espero órdenes.

Montiel se marchó inmediatamente. Al llegar Julio García, lo puse al tanto del incidente. Por la noche se presentaron don Pedro y el Bachiller Castro acompañados de la enfermera Josefina y "Anzuelo" Peñita para curar al detenido. Una vez que los enfermeros terminaron su oficio, Estrada me dijo:

—Cuando alguien trate de desacatar una orden mía, como en el caso del "Loco" y "El Indio", le metes un par de tiros, pero no a los pies, sino a la cabeza. ¡O se cumplen mis órdenes, o nos jodemos todos! Vamos a llevarnos al doctor ahora mismo, y diciendo esto entró al rancho para hablar con el detenido. No habló con él, se limitó a verlo y salió y marchó seguido de su escolta y Castro. "Anzuelo" Peñita y Josefina, se quedaron para acompañar al preso hasta la Seguridad. Creo que de todos los políticos que pasaron por la Seguridad Nacional, los que sufrieron más torturas, fueron el doctor Manuel López Rivas y Ramón Antonio Villarroel y el que menos las sufrió, el doctor Eligio Anzola Anzola.



El dirigente urredita Dr. Manuel López Rivas, cuya prisión y torturas se narran con detalle en este libro.

CAPITULO X

LOS NIPLS DE "PLAN DE MANZANO"

Quiero referirme aquí, aunque brevemente, al caso del intento de asesinar al Presidente Pérez Jiménez. Dicho plan fue descubierto a raíz del descubrimiento de las bombas colocadas en la oficina del Director del "Miguel Antonio Caro", de la avenida Sucre. Creo que aquél fue uno de los mejores ideados por los conspiradores. Todo había sido preparado para el regreso del Presidente de sus vacaciones de Semana Santa, vacaciones que Pérez Jiménez acostumbraba disfrutar en "La Guzmanía", allá en Macuto. Los adecos habían minado con bombas niples toda la falda del cerro situado del lado posterior de la Alcabala de Plan de Manzano y algunas alcantarillas de desagüe en la carretera al pie del cerro. Dichas bombas estaban conectadas entre sí por alambres finísimos, difíciles de localizar a simple vista, a su vez dichos alambres estaban conectados con uno principal que estaba conectado al aparato disparador, distante de la zona a volar, unos doscientos cincuenta metros. El plan era tan bueno, que de haber llegado a su realización, hoy día el General Pérez no estaría dándose paseos por su residencia de Madrid, tampoco su familia ni sus escoltas.

Las bombas, consistentes en pedazos de tubo de aproximadamente tres cuartas de largo y unas cinco pulgadas, estaban tazajeados de tal forma que al estallar, los daños tenían que ser desastrosos. Fracaso gracias a la delación de un adeco de apellido Rojas (a) "El Flaco" y a otro de nombre Neptalí Flores, al menos con ese nombre lo llamaban Castro y Ortega, cuando nos llevó a señalarnos los sitios en donde se hallaban las bombas ente-

rradas, que en total eran ocho. Después que hubimos desmantelado los mortíferos artefactos, Estrada me comisionó para llevarle una muestra al Coronel Pérez, a "La Guzmanía", y hasta allí fui en una camioneta que conducía Ceballos, llevando con sumo cuidado una de dichas bombas "made Salom Meza". Al llegar a "La Guzmanía", me recibió el propio Estrada y un Edecán del Presidente, quienes me condujeron a presencia del hombre que mandaría en Venezuela por espacio de diez años:

—Mira lo que te tenían los adecos en Plan de Manzano
—dijo Estrada a Pérez Jiménez cuando éste salió a ver la bomba.

El Presidente se acercó y miró el artefacto que yo mantenía firmemente con las dos manos, luego se enderezó y mirando a Estrada, le preguntó:

—¿Esa vaina está desmontada?...

—No, Coronel; pero no se preocupe, Barretico es de confianza y nos quiere mucho —respondióle Estrada—, medio en broma, sin embargo, a mí no me agradó nadita...

El Presidente, me observaba con mucha atención, lo mismo sucedía con los demás militares que le acompañaban, la mayoría de aquellos hombres permanecían a cierta distancia, como temerosos de que de un momento a otro el artefacto estallara. El único que estaba a mi lado, era Estrada, quien les explicaba cómo funcionaba el mecanismo percutor de la bomba. Claro que aquellas explicaciones eran teóricas, pero tanto el Presidente como sus acompañantes, a cada movimiento de las manos de Estrada pegaban un respingo y uno de los coroneles no se aguantó, y dijo:

—Ten cuidado con esa vaina, Estrada. Piensa que ese artefacto fue fabricado sin ninguna clase de técnica militar, es muy rudimentaria y eso la hace peligrosa en extremo...

—Pedro sabe lo que hace —atajó el Presidente—, y dirigiéndose a mí, preguntó: ¿estuvo usted en el Ejército...?

—Sí, señor. Pagué servicio en la Policía Militar.

—¿Hubo ascensos?

—Sí, señor. Llegué a Sargento.

Y eso fue todo. El Presidente hizo una seña a Estrada y éste me ordenó regresar a Caracas con la bomba. A mi espalda pude escuchar como todas aquellas personas expelían profusamente el aire contenido en sus pulmones durante el tiempo que había durado la "escena".

Las bombas decomisadas fueron entregadas al Servicio de Armamento del Ejército, y los complotados en la voladura de Plan de Manzano, fueron apaleados y posteriormente, cuando sus heridas estaban sanas, se les envió para Guasina, por orden expresa de Pérez Jiménez.

Entre los papeles que le quitamos al doctor Rivas, estaba un Manifiesto que aludía en un todo a las Elecciones que había ganado el Líder de U. R. D., doctor Jóvito Villalba; pero que según lo expresado en el Manifiesto, se las había "robado" Pérez Jiménez y su camarilla.



Pérez Jiménez, siempre 'buscando cámara'.

CAPITULO XI

CAPTURA DEL DR. RAMON VILLARROEL, DIRIGENTE DEL P.C.V SU HEROICO COMPORTAMIENTO ANTE LAS TORTURAS

La captura del doctor López Rivas fue algo que satisfizo a don Pedro y al Bachiller Castro, todo porque con el apresamiento de dicho doctor, se ponía en evidencia la participación de los urredistas en la vasta red conspirativa que se estaba llevando a efecto en el país. No era que el Gobierno dudara de *aquello*, sino que quería tener una base para justificar cualquier actuación represiva contra los compañeros de Jovito. Igual satisfacción tuvieron mis superiores cuando tuvieron conocimiento de la captura del doctor Villarroel, pues en él se habían cifrado las esperanzas para obtener alguna información con respecto al paradero de algunos líderes comunistas que desde hacía mucho tiempo estaban subvirtiendo el orden, no sólo en la capital de la República sino en algunas zonas petroleras del interior del país, en especial en Lagunillas, Cabimas, Palmarejo y en el propio Maracaibo.

Al doctor Villarroel se le sometió a las más crueles torturas. Pienso que no hubo otro preso político durante la dictadura que hubiese sufrido tanto como dicho doctor, y, sin embargo, resulto ser el más valiente de todos cuantos tuvieron que pasar por los bordes de un ring o recibir una "ración de plan" durante un interrogatorio. A este valiente comunista, lo interrogó personalmente Ulises Ortega, acompañado de Melquiades Ayala y Luis Enrique Torres, también participó su captor, "El Loco" Hernández. Este último desde el momento mismo que lo llevó preso, sin que se lo ordenara ningún jefe, lo metió al dormitorio que que a la vez era "cuadra de interrogatorio" y montándolo sobre

un ring, comenzó a interrogarlo, pero como el hombre se negaba rotundamente a hablar, Hernández le entró a golpes con una manguera y con el "black-jack"; pero ni siquiera con aquellos terribles golpes, el hombre dijo nada. Lo mismo aconteció cuando Ulises le cayó a planazo limpio y a golpes de mano. No hubo forma de hacer hablar al mencionado doctor, y el silencio de aquel valiente, enfurecía más y más al Jefe de la Sección Política, quien como un enajenado mental, vociferaba:

—¿Es que tú eres muy arrecho? ¡Contesta, comunista de mierda!

Pero Villarroel no hablaba. Seguía callando. Hubo un momento en que Ulises perdió por completo los "estribos" y le entró a carajazos a diestra y siniestra, derribando al hombre al suelo donde quedó inconsciente, sin embargo, Ortega seguía dándole con los pies, pero intervinimos, sujetándolo fuertemente, cosa que nos costó lo nuestro, porque estaba hecho una furia, babeaba como un demente y los ojos parecían quererle salir de sus sitios. Yo que presenciaba la escena, hice señas a Melquiades Ayala para que me ayudara a levantar al caído; pero Ortega gritó:

—¡No toquen a ese comunista! ¿Quién coño les ha ordenado levantarlo...? ¡Contéstense! ¿Y usted, quién carajo es aquí para meter las narices donde no debe? —eso era conmigo.

—Bueno, señor Ortega, ese hombre está inconsciente, creo que se debe hacer algo por él. No vamos a dejarlo morir porque a usted le dé la gana... Además, pienso que se le ha pasado la mano y...

—¡Yo hago lo que me da la gana, Barreto! ¡El que tú seas amigo de Estrada no te da derecho a meterte en las vainas mías! ¡Largo de aquí!, vamos, ¿qué esperas? —gritóme el energúmeno.

Los demás oficiales me miraban como con lástima. Temían a Ortega y seguramente se imaginaron que el hombre me iba a mandar a castigar o destituir; pero no hubo nada de eso. Abandoné el Salón de Interrogatorios y marché a la Oficina de Castro, pero aquél se había marchado, por lo que me dirigí al segundo piso a ver si estaba el Director; pero tampoco estaba, por lo que

decidí llamarlo para ponerlo al corriente de lo que estaba sucediendo con el doctor Villarroel. Estrada, al ponerlo en cuenta de lo que estaba haciendo Ortega, ni corto ni perezoso, se apersonó a la Seguridad, y, cuando llegó, al doctor lo estaban revisando en la enfermería. El berrinche que agarró fue de padre y señor nuestro, como quien dice; y Ortega recibió tremenda "jarta" y la amenaza de mandarlo a un psiquiatra. Después que Estrada hubo marchado, Ortega me mandó a buscar, por lo que no tardé en presentarme a su oficina. Sabía para qué me quería el tipo; pero con todo y eso, me presenté ante aquél, quien al verme, me dijo:

—¿Fue usted quien avisó al Director?

—Sí, fui yo, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué! ¿Por qué carajo tuvo que llamarlo?

Lo llamé para decirle que usted estaba matando al doctor y de paso le hice la observación de que se había vuelto loco, porque lo estaba en ese momento, si no que lo digan éstos —y señalé a Melquiades Ayala y al "Loco" Hernández que estaban con él.

—¡Yo no estoy loco! ¿De dónde ha sacado usted eso, ah?

—Bueno, si no lo está, mejor; pero eso que estaba haciendo no es de persona normal... Usted estaba echando baba por la boca y tenía los ojos como platos, esos son síntomas inequívocos de locura, al menos eso es lo que he oído decir a los entendidos en esas cosas...

—Usted ha oído muchas cosas, amigo Barreto; pero seguramente no ha oído que yo, a los entrometidos los mandó para El Obispo, ¿verdad?

—Sí, también he oído eso; pero eso conmigo no cuenta, querido Jefe, y eso lo sabe muy bien; pero si quiere, puede intentarlo...

—Yo no voy a intentar nada, Barreto, pero quiero advertirlo: Cuando yo esté interrogando a un preso, no se acerque por allí, porque si llega a contravenir mi orden, lo voy a joder bien jodido para que sepa quién es el que manda aquí. ¡Está advertido!

—Gracias por esa advertencia, y como estamos “advirtiendo cosas”, quiero pagarle con la misma moneda: no se le ocurra meterse con detenidos cuya investigación esté a mi cargo, y no me importa qué seas “Jefe de la Sección”. Si éstos te temen, yo no; y tú lo sabes. Recuerda que aquí no estás tratando con caleteros como lo hacías en La Guaira.

No hubo más. Abandoné aquella Oficina y marché del Edificio de la Seguridad con dirección a mi casa. Mientras conducía iba pensando en todas aquellas cosas que a cada instante se sucedían en la Central Policial, en especial en el papel de “subalterno” que debía aparentar ante los demás jefes y compañeros de “armas”. Eran las instrucciones de Estrada, sin embargo, aquél no terminaba de convencerme con su actitud ante lo que había hecho Ortega con el doctor Villarroel. No se necesitaba ser un lince para comprender que todo era “comedia” para hacer ver que él (Estrada) no estaba de acuerdo con “ciertas cosas”, de todos modos tenía que esperar a ver cómo se iban a desarrollar los hechos con el doctor. Estrada había dado órdenes de que no se le volviera a tocar, que se le dejara tranquilo. El detenido no había hablado, y me constaba de que se precisaba de algunas informaciones relacionadas con el paradero o “concha” del líder comunista Pompeyo Márquez, y esas informaciones, según lo decían los jefes, solamente las podía suministrar el doctor Villarroel, y no era norma en la Seguridad dejar las cosas a medias y menos en el caso de dicho doctor.

A la mañana siguiente cuando me presenté a la Seguridad, al llegar, lo primero que hice fue entrar al dormitorio para cerciorarme de cómo estaba el doctor Villarroel. Quería saber si aún se encontraba allí y sí estaba; la situación no había cambiado en absoluto. Estaba montado en el ring y su estado físico en general, era una completa calamidad, sus pies estaban completamente hinchados y su aspecto en general, era deplorable. Pregunté al oficial que hacía de guardia:

—¿Han seguido torturando a este hombre?

—Sí, señor. Anoche mismo, después que el señor Estrada marchó, el señor Ortega le entró a coñazos junto con Hernández y Ayala, pero trancaron la puerta para que usted no fuera a entrar...

—¿Le han dado de comer a ese detenido —atajé.

—Bueno, yo no sé, pero creo que no...

No esperé a que el agente finalizara. Me encaminé al Despacho de Estrada, pero no había llegado; por lo que fui a ver al Bachiller y lo puse al tanto del asunto, ordenándome aquél que le mandara a dar de comer al detenido, e inmediatamente bajé y procedí a cumplir la orden; pero antes consulté con la enfermera Josefina para estar seguro de que al detenido se le podía dar de comer en el estado en que se hallaba, ésta me aconsejó que lo hiciera, pero poco a poco, y así lo hice una vez que me llevaron un buen desayuno desde la cantina. Entre el agente y yo le dimos de comer al doctor y duramos aproximadamente una hora y justamente cuando el hombre estaba tomándose el último buchito de un vaso de leche, hizo acto de presencia Ortega que cuál un energúmeno, se me abalanzó encima con ánimo de patearme el vaso; pero me le adelanté a sus intenciones.

—¡Quédese quieto, Jefe! ¡Deje esa extremidad pegada al suelo, se lo aconsejo!

El hombre se paró en seco. Tras él se hallaban Ayala, Marciano Gamero, Julio García Cabrera y “El Mocho” Delgado. Todos estaban a la expectativa. Ortega estaba que echaba chispas por todas partes; pero esperó “pacientemente” a que el doctor se acabara de tomar el líquido, y al ver que yo le ordenaba que se sentara un rato, saltó diciéndome:

—¡Deje a ese hombre sobre el ring! ¡Es una orden!

—¡No recibo órdenes de nadie, Ortega, de nadie que no sea el Bachiller Castro!

¡Castro no tiene nada que ver con mi Sección y...

—¿Decía algo de mí, “señor” Ortega? —preguntó el Bachiller Castro, que había entrado sin que nos diéramos cuenta de ello.

—Bueno, yo le estaba diciendo a Barreto que...

—Ya lo oí, Ulises. Vamos a mi Oficina. ¡Tenemos que hablar! Inmediatamente dio la vuelta y abandonó el dormitorio.

Ortega, antes de marchar, me "premió" con una mirada que nada bueno presagiaba; pero eso me tenía sin cuidado. Los oficiales Ayala, García Cabrera, Delgado y Gamero, fueron abandonando la cuadra silenciosamente. Sólo quedamos el detenido y el agente de guardia y yo. El doctor me dijo:

—Señor Barreto, ¿puede conseguirme mis lentes?

Nada respondí. Hice una seña al Oficial y aquél salió por los lentes. No tardó en aparecer nuevamente con los espejuelos, los cuales coloqué yo mismo al detenido. Una vez con los lentes puestos, el doctor habló:

—Mire, señor Barreto, ustedes se empeñan en que yo les diga dónde están mis camaradas, pero eso no puedo hacerlo. Yo no soy sapo. No delato ni vendo a mis camaradas. Esto es algo que ni usted ni don Pedro ni esos otros que gozan golpeándome, llegarían a comprender jamás. Tengo mis ideas, las respeto y practico, no las mancillo, ¿qué no gustan, ahora? Eso no importa, algún día la doctrina comunista será practicada en todo el mundo y el imperialismo será sólo un recuerdo grato para las grandes oligarquías en decadencia. A lo mejor usted no me comprende, señor Barreto, pero el Comunismo, aunque muchos no lo creen así, es el único camino hacia la liberación social de los pueblos...

—Dos preguntas doctor, ¿por qué la mayoría de los gobiernos de América y, en algunos países de Europa, persiguen con tanta saña a todo aquel que comulga con vuestras ideas, con la doctrina marxista leninista?, ¿por qué el Partido Comunista se opone rotundamente a la religión católica?

—Los Gobiernos temen al Comunismo porque éste va contra todo aquello que atente contra la dignidad del hombre, tanto en lo individual como en lo social. Los dictadores no desean ver menoscabada su hegemonía sobre las clases menos pudientes. Nosotros los comunistas queremos la igualdad para todos los pueblos del mundo, aspiramos a un cambio no sólo en lo estructural sino en lo social y político. Me expreso en estos términos para que pueda comprenderme. A ustedes los policías, les meten en la cabeza la idea de que el comunismo es una forma de gobierno en el cual nadie puede actuar libremente, y eso no es así, es una creencia muy errada de quienes pretenden sólo ser

los únicos dueños de todo, no sólo del poder sino de haciendas y personas. Usted, por ejemplo, es un policía; pero para ellos, sus jefes y el mismo dictador Pérez Jiménez, usted es un esclavo más que hace lo que ellos quieran que usted haga, sin oponerse y sin rebelarse, porque si lo hiciera, lo eliminarían o meterían a la cárcel, y todo porque usted no pertenece a su clase.

—En cuanto a la segunda pregunta, voy a ser sincero al responderla... —continuó.

—Entonces, debo pensar que no ha sido usted sincero con respecto a lo que me acaba de decir, ¿verdad? —le interrumpí.

—Puede creer que lo he sido, ¿por qué no habría de serlo? Estamos hablando y, tengo la impresión de que no es usted tan tonto como pretende ser, además he visto que no le tiene miedo a *ese señor Ortega*, pero no desviemos el tema, le estaba diciendo sobre su segunda pregunta y la voy a responder, con sinceridad... nosotros los comunistas siempre hemos permanecido inflexibles en nuestra posición con respecto a la religión católica, ¿sabe por qué?, no; no lo sabe, pero se lo voy a decir: porque la consideramos fundamentalmente incompatible con nuestra doctrina. Y para ser más exacto, quiero recitarle algo que dijo Lenin en su oportunidad: *Nosotros los bolcheviques exigimos que la religión sea asunto privado en lo tocante al Estado, pero bajo ninguna circunstancia consideramos a la religión como asunto privado en lo tocante a nuestro Partido.*

—Repítame eso, doctor. Quiero aprendérmelo de memoria. Y el doctor me complació, pero a medida que repetía la oración, el hombre daba muestras de cansancio, por lo que le dije:

—Doctor, creo que está muy cansado, ¿por qué no se recuesta un rato?

—No, no estoy cansado, y usted lo sabe, lo que estoy es destrozado, ¡sus compañeros son unas bestias!

No crea que yo soy un angelito, doctor; si me hubiera tocado interrogarlo, en ningún momento hubiera sido menos que mis compañeros, aquí en este trabajo, no podemos tener compasión con nadie...

—Es usted un hombre sincero, Barreto. No se anda con rodeos a la hora de expresarse. Sí, ya sé que usted no es menos que los otros, pero al menos sobresale en algo: que alimenta a la víctima, aunque después deba sacrificarla...

—Eso forma parte de la tortura, querido doctor. Se le da de comer, se le deja descansar uno o dos días y después vuelta *al ring*, sin embargo, quiero decirle algo: no seré yo quien lo vuelva a ese artefacto metálico, y, si yo fuera el Jefe, no lo torturaría más, porque estoy convencido de que usted no va a hablar. Aquí en esta moderna cámara de tortura, sólo han hablado y cantado y bailado, los adecos; pero los comunistas, jamás han *cantado*, y si alguno lo ha hecho, ha sido después de setenta y dos horas, cuando ya no hay posibilidad de detener a sus camaradas! ¿Es esa una consigna entre ustedes, doctor?

—No sé si será o no una consigna, Barreto. Me niego a responderle, ¿así es como usted le saca las confesiones a los detenidos?

—¿Cómo, doctor?

—Haciéndole esas pregunticas, después de darles de comer...

—No piense mal de mí, doctor; no lo estaba interrogando, estaba preguntando, nada más. Además, yo no perdería el tiempo interrogándolo a usted. Además quiero que sepa una cosa: todo cuanto ha sucedido aquí, entre usted, Ortega y yo, tiene su explicación, fácil de comprender si se toman en cuenta las desavenencias que existen entre el Jefe de la Sección y yo. El se empeña en hacer las cosas a su manera, yo, me limito a observar su actuación, y, si considero que algo no está bien, entonces me interpongo, no porque desee proteger o evitar que se torture a tal o cual preso, nada de eso hay, estimado doctor, lo hago simplemente para llevarle la contraria al Jefe. Y no piense usted que entre ese señor y yo existe "ánimo" de competencia o rivalidad por puesto, tampoco hay nada de eso; simplemente que quiero llevarlo a un plano en el cual él se decida a dilucidar la cuestión en otro término, ¿comprende usted?

—Sí, creo que lo comprendo. A ese señor no es que se le respete. Me he dado cuenta de que los otros torturadores lo que

le tienen es miedo. Apenas él les habla y ya están temblando, ¿por qué usted no?

—No sé, pueda que todo se deba a que "somos de la misma calaña", ¿no lo piensa usted, así?

—No, francamente que no; ¿cuál es la razón de vuestro odio?

—Su despotismo, doctor. El trato que dispensa a los demás funcionarios, no se compagina con la posición que ocupa dentro de este Cuerpo. A propósito, doctor, debe ir preparándose porque tan pronto como Ortega sepa que he abandonado este dormitorio, entrará como una tromba a joderlo de nuevo... Como que no aguantó la espera, doctor. Ahí viene, prepárese —advertí.

Ciertamente, Ortega, seguido de Ayala y "El Mocho" Delgado, entraron al dormitorio. Al verlos, me levanté de la cama en que había estado sentado durante la conversación con el detenido. Ortega se acercó a Villarroel, diciéndole:

—Doctor, acabamos de detener a su mujer, y así se empeña en no querer hablar, la vamos a "escoñetar" a ella, así que vaya pensándolo. Seguidamente dio la vuelta para alejarse, pero se detuvo al oír que el doctor le hablaba.

—Ortega, hágame el favor de esperar...

—¿Qué es eso de Ortega? ¡Señor Ortega! ¿Qué es lo que quiere...?

—Acérquese, ¿quiere?

Ortega se acercó y cuando quedó frente al doctor, éste, que se había parado haciendo un gran esfuerzo, pues sus pies estaban inflamados, se acercó lo suficiente, como si lo que deseaba decirle a Ortega fuese un secreto, y fue entonces cuando le lanzó el escupitazo justamente a los ojos. Ortega, sorprendido, se echó para atrás; pero ya era demasiado tarde, por lo que en una reacción propia de su temperamento, le lanzó un carajazo al detenido, quien fue a caer cuan largo era sobre una cama; hasta allí corrió Ortega con ánimo de seguir golpeándolo, pero intervine y pude evitar siguiera maltratando al detenido. Cuando se disponía a discutir conmigo, hizo su aparición don Pedro y los ánimos se calmaron.

—¿Qué sucede con ese hombre, Ortega?

—¡Que ese comunista me ha escupido la cara, don Pedro!

—¿Lo hirió?

—No, don Pedro; pero me escupió...

—¿Y por eso lo ha golpeado usted...?

—Yo..., bueno, sí. Le di un vergajazo y se cayó...

El doctor Villarroel se había levantado con la ayuda de Ayala y miraba fijamente a don Pedro. Este que se había dado cuenta, se acercó a él, diciéndole:

—Doctor, hemos detenido a una señora que dice ser su mujer, ella nos ha confesado que usted sabe dónde se encuentra Pompeyo Márquez, dígame el lugar y le prometo dejar ir a esa señora ahora mismo...

—Lamento no poder complacerlo, don Pedro. No sé donde se encuentra el camarada Pompeyo, pero si lo supiera no se lo diría por nada del mundo, además, quiero que sepa algo: nosotros los comunistas no tenemos esposas, y si alguna vez nos casamos, ellas saben que nuestra vida siempre está en peligro, y se acostumbran a nuestra manera de vivir, así que pierde su tiempo, don Pedro, y, si esa señora que dice usted le ha informado que yo sé del paradero de Pompeyo, está presa, eso me tiene sin cuidado. ¡Yo no tengo familia!

—¿Entonces, no le importa la suerte de su esposa?

—No tengo esposa, don Pedro. Por ello no me importa lo que usted haga con "ella".

Don Pedro no respondió nada. Se quedó mirando al detenido, luego dirigiéndose a Ortega, le dijo:

—A este guapito me lo joden esta misma noche. ¡Me le sacan como sea, la dirección donde está ese otro vagabundo de Pompeyo!

Don Pedro abandonó el dormitorio seguido de Ortega y su "corte". Yo permanecí un rato más allí. Miré al doctor, pero nada le dije. El hombre comprendió mi silencio y sin que nadie

se lo ordenara, se montó en los bordes del ring, y allí permaneció por espacio de ocho días, hasta que, no pudiendo más, cayó al piso, desmayado. De esto me enteré después de mi regreso a Caracas. Había ido al interior a buscar a un adeco residenciado en Puerto Cabello que había sido denunciado por su hermano, quien quería quedarse con algunas propiedades de aquél.



Dr. Ramón Antonio Villarroel, el ejemplo más claro de la firmeza de los comunistas ante las torturas de la S.N.



Pompeyo Márquez ("Santos Yorme") en la clandestinidad, cuando era buscado —sin éxito— por la S.N. en todo el país. Lo acompaña otro dirigente nacional del PCV. Guillermo García Ponce.

CAPITULO XII

SE ACENTUA LA PERSECUCION A POMPEYO MARQUEZ ('SANTOS YORME') LIDER DE LA RESISTENCIA COMUNISTA

A Pompeyo Márquez lo estábamos buscando desde hacía mucho tiempo, pero el hombre no "se dejaba" agarrar. Tras él andábamos varios funcionarios y en la Seguridad se procesaban todas las informaciones que nos llegaban por diferentes medios. Por los lados de El Valle hicimos algunas detenciones. Allanamos algunas residencias en Los Chaguaramos, Sarria, San José, La Pastora y por los lados de La Planicie registramos todo el sector comprendido desde la Estación de Caño Amarillo hasta los alrededores de la antigua Escuela Militar, pero "Santos Yorme" no apareció por ningún lado. Decomisamos algunas armas y propaganda, pero no hubo detenciones. Una llamada telefónica, anónima, nos "tiró" el dato de que en una quinta situada al final de la Av. El Retiro, se hallaba enconchado "Santos Yorme" (Pompeyo Márquez), y hacia allí nos dirigimos una madrugada con la intención de apresar al líder comunista. Componíamos la comisión, José Mercedes Polachini, Francisco Acosta (a) "El Chicho", Héctor Quintero, José Manuel "Loco" Hernández y yo. El conductor de la camioneta era un tipo recién ingresado a la Seguridad Nacional de apellido Molina. Cuando llegamos al comienzo de la avenida, frente a la Fábrica de Aceite Branca, le ordenamos a dicho conductor que apagara el motor y dejara "ir la GMC", con las luces apagadas. Queríamos evitar todo ruido sospechoso y así lo hizo el hombre; pero apenas faltaban unos treinta metros para llegar a la quinta que íbamos a requisar, cuando el conductor apretó la corneta "accidentalmente", según confesaba después. Ya no hubo sorpresa, procedimos a registrar la quinta, pero sólo hallamos unas pantuflas tiradas de cualquier

manera. La cama donde estaba durmiendo Pompeyo Márquez estaba vacía, calientica aún; pero el hombre había "volado".

Aquel fracaso se lo achacamos al conductor de la camioneta, y la "imprudencia" la pagó cara, puesto que no nos comimos el cuento de que la tocada de corneta había sido accidental. Personalmente me ocupé de interrogar al hombre; pero nada pude sacarle. En los interrogatorios se portó como un mismo comunista. Habló a los tres días y resultó que estaba emparentado con un comunista de la vieja "guardia", natural de Maracaibo y que no menciono aquí por respeto a su memoria. Murió recientemente. A Molina lo mandamos para El Dorado, allí permaneció por espacio de un año. Por su culpa perdimos la única y más efectiva oportunidad de capturar a don Pompeyo Márquez. Nunca más se nos presentó una ocasión como aquélla. Este hombre fue uno de los pocos que combatió a la Dictadura sin haber sido detenido ni un solo segundo. Sus camaradas, que por cierto fueron muchos los que apresamos, jamás llegaron a delatarlo, preferían morir antes que suministrarnos un dato que nos llevara a la "concha" del famoso "Santos Yorme". Personalmente me tocó interrogar a algunos camaradas, por ejemplo, recuerdo a Luisito Alvis y Germán Saltrón, a este último lo "matamos" para obligar a Alvis a hablar. Esto lo hicimos por tener el convencimiento de que el primero sabía mucho respecto a Pompeyo. Los hombres claves para nosotros, en el caso de Pompeyo Márquez, eran Villarroel, García Ponce, Saltrón y Alvis, había otro como el Bachiller Mujica; pero que no era tan importante como los arriba nombrados, al menos esa era la opinión que tenían mis superiores.

El señor Alvis fue uno de los hombres más torturados de cuantos tuvieron la *suerte* de caer en manos de nosotros. Este hombre desde el momento mismo de su captura, se negó rotundamente a hablar. Supo de las "atenciones" que se dispensaban en el "Paralelo 38", las presentaciones en el "Canal Dos" y del Ring; pero el tipo resultó ser de buena madera, resistió como todo un varón y en ningún momento se dejó amedrentar por nosotros. Ni Ayala, ni "El Loco" Hernández, ni "El Español" Ruano, lograron hacer que el hombre hablara. En una oportunidad, cuando se comentaba sobre la "terquedad" de Alvis,

propuse que se le mandara a buscar para someterlo nuevamente a interrogatorio. Cuando la comisión hizo acto de presencia con el detenido, yo había echado una mirada a su carpeta y de ella tomé un trocito de papel con una dirección y algunos nombres, de manera que cuando estuve frente a Alvis, poniendo una cara de "come gente", le dije:

—Mira, Alvis, hasta ahora te has portado muy valientemente, y nos has engatusado con una sarta de mentiras, has mentido como te ha dado la gana, dijiste que no sabías nada de estos señores y no es verdad. Mira. ¿No conoces esto?, le puse el papelito cerca de sus ojos.

El hombre no respondió nada, se hizo el desentendido, por lo que le dije:

—Tú eres un hombre afortunado, don Pedro no ha querido que te llevemos por ahí y te peguemos un par de tiritos, él piensa que tú nos vas a contar todo y me autorizó para hacerte la proposición siguiente: que si nos dices lo que deseamos saber, te pongamos en libertad inmediatamente, ¿qué me respondes?

—Yo no sé nada de eso que ustedes quieren saber. Ese papel me lo encontré no sé dónde, se lo aseguro...

—No, Alvis, no asegures nada. No hasta que no veas lo que te voy a mostrar. Traíganme al otro camarada —ordené a Isidro Villasmil—. Cuando tuve a aquél donde yo lo quería, continué:

—Tú ya conoces al "amigo Saltrón". ¿Verdad? Pues bien, él al igual que tú, se niega a colaborar con nosotros, pero eso no importa, tenemos un método muy bueno para quienes se las echan de valientes. ¿No imaginas cuál puede ser ese método?: ¡los matamos, y eso vamos a hacer con tu camarada!

En la habitación de al lado, Polachini y Torrecito junto con "El Indio" Borges, estaban dando martillazos sobre una urna. Esperé unos segundos, luego grité:

—¿Ya terminaron de arreglar ese cajón?

Ya está listo todo. Mándanos ya ese carajo para llenarlo —respondió Polachini.

—Llévale a ese —ordené a Villasmil—. Los muchachos lo esperan. Diles que procuren no desperdiciar las balas, ¡están muy caras!

El oficial Villasmil echó por delante a Saltrón y lo condujo a la oficina donde esperaban los otros. Mientras, observaba a Alvis. El hombre estaba asustado. Me miraba como queriendo decirme algo, pero no se atrevía. Entonces desenfundé el Colt del bolsillo trasero de mi pantalón, le saqué tres proyectiles y lo puse sobre la mesa. En esos precisos instantes retumbaron dos tiros en la oficina a donde había mandado a Saltrón; de seguidas un "cuerpo" cayó haciendo un gran estruendo, y a los pocos segundos escuchamos ruidos como si acabaran de tirar algo al fondo de un cajón, seguidamente el ruido de una tapa y el claveteo igual como si se estuviera tratando de tapar un muerto. Alvis sudaba, se retorció las manos, miraba para todas partes, pero no osaba moverse del asiento. Al lado una puerta se abrió y los ruidos que se oían eran similares a aquellos que se producen cuando se está tratando de sacar una caja mortuoria de la sala para llevarla al carro fúnebre. A los pocos segundos hizo su aparición Villasmil:

—¿Qué pasó, se llevaron el muerto?

—Sí, señor Barreto. Polachini desea saber si va a necesitar la otra urna...

—¡Claro, hombre! Dígale que la mande a subir, que escoja una de caoba. Alvis se merece lo mejor, ¿verdad, Luis?

Nada respondió el aludido, sin embargo, estaba realmente asustado, por lo que le dije:

—Creo que tú no eres hombre que te dejes matar por tratar de salvar a quienes ni siquiera se preocuparán de ti ni de los tuyos mañana o pasado. Tú sólo eres un instrumento, nada más. Pienso que debes aceptar la oferta de don Pedro: Nos cuentas todo y te vas ahora mismo para tu casa, ¿qué me dices...? ¿Dónde está Pompeyo Márquez?

—Yo no sé nada, Barreto. ¿Cree usted que si supiera algo me iba a dejar matar como Saltrón?; pero nada sé, se lo juro.

—Ya te dije que no jures nada, no creo ese cuento. O hablas o te "arreglamos" como a Saltrón. Aún estás a tiempo, no esperes a que los muchachos se aparezcan con la urna, pues sería demasiado tarde para ti. —Mientras esperaba la respuesta, pensaba en lo valiente que era el hombre. Otros por menos, habían "cantado" hasta lo más mínimo. Hacía comparaciones y no había duda: los camaradas superan en valor, en todo, a los adecos. Alvis seguía encerrado en un mutismo impresionante, por lo que agregué —entonces no vas a hablar, verdad?:

—¿Qué quiere que haga, Barreto? ¿Cómo puedo saber yo donde está Pompeyo, si ni siquiera lo conozco personalmente?

—Entonces "no conoces a Santos Yorme", ¿verdad?

—No, señor. No sé quien puede ser...

—Por lo visto, te has creído que nosotros somos una parranda de "güebones" y quieres aprovecharte de esa circunstancia, pero estás "pelando bola". ¡O cantas cuanto sabes o te mando a joder ahora mismo!

Tomé el revólver y le di vuelta varias veces a la "masa" con la mano, luego me dirigí a Alvis:

—¿Has oído hablar de la "ruleta rusa" alguna vez? ¿No...? Bien, es fácil. Originalmente este juego se realiza dejando solamente un proyectil en el tambor; pero eso es allá en el paraíso soviético, y no estamos allí, nos encontramos en Venezuela, y aquí la cosa es diferente. Este juego lo practico dejado tres balas en el revólver. Vamos a ver qué suerte tienes tú. Voy a probar tu temple. Seguidamente me acerqué al detenido, puse el cañón del arma entre sus dos cejas, alcé el gatillo... y comencé a contar hasta tres:

—Una, dos, tres... —y apreté el disparador.

Un "click" seco se escuchó. Ruano y los otros oficiales se tapaban los oídos. Alvis sudaba y cada vez se ponía más pálido, pero nada que hablaba. Aquel hombre era un verdadero varón, otro en su lugar no hubiese aguantado tanto, nos habría contado todo sin ninguna dilación; pero este valiente era eso: ¡un verdadero valiente! Volví a alzar el percutor y dije:

—Bien, veo que eres un hombre de suerte, no había bala en este primer intento, veremos si resulta igual con la siguiente y comencé a contar:

—Una, dos, tres... —“click”—. Sin duda alguna, debes estar protegido por el espíritu de Lenin o de Carl Marx! Tampoco había proyectil en esta recámara. No creo que ahora falle. Nunca he fallado a las tres veces. Vamos a ver... ¿preparado, Alvis?

—¡Click! ¡Diablos! —exclamé—. Qué suerte tienes, hombre. Nunca antes me había sucedido algo parecido. Es caso único, ¿verdad muchachos? —pregunté a mis compañeros.

—Estoy asombrado, Barreto. Este hombre debe haber nacido parado —respondió Polachini.

—Estos comunistas tienen mucha suerte —agregó Ruano—. Y éste es el más afortunado de cuantos he conocido. Merece que le cantemos la Internacional. Vamos a ver si tiene suerte en el cuarto de al lado. Saltroncito no la tuvo. Cayó muertico con el primer tirito que le metimos, pero le hicimos otro para asegurarnos de que estuviera bien muerto —concluyó Domingo Ruano.

—Llevemos entonces al amigo Alvis allí —dije a Polachini—. ¿Subieron la urna?

—Sí, ya la tenemos lista. ¿Por qué no pruebas otra vez con la ruleta, a ver si no hay necesidad de repetir lo de Saltrón? —preguntóme Polachini.

—No es mala idea —respondí—. Tomé el “Colt” y se lo coloqué en la sien a Alvis. El hombre tembló y comenzó a orinarse los pantalones, pero hice como que no me había dado cuenta. Alcé el percutor y:

—¡Uno... dos... tres! “Click”

Al sentir el golpe del percutor, Alvis lanzó un suspiro que retumbó en las paredes de vidrio de la oficina. Saqué las cápsulas del revólver y se las mostré, diciéndole:

—¿Qué creías tú, que me iba a dar el lujo de gastar una bala en ti? No, hombre... mira, son conchas vacías; pero las

que van a utilizar ahora los muchachos, no lo son; así que habla ahora o te mueres!

Condujimos al detenido al otro cuarto u oficina. Todo estaba preparado. La “decoración” era de primera. Los muchachos se habían esmerado: “sangre” esparcida por el piso, dos palas, un pico, una guirnalda o corona de flores artificiales y un par de blancas sábanas. Alvis al ver todo aquello a través de la poca iluminación que existía, se le levantaron los pelos de la cabeza y retrocediendo hacia la puerta, murmuró:

—Por favor, llévenme de aquí. Déjenme descansar y hablaré después...

—Eso está mejor —repliqué—. Sabía que no ibas a ser tan estúpido para permitir que te “matáramos”.

Inmediatamente ordené fuera conducido a una de las habitaciones especiales, con instrucciones de que no se le molestara hasta segunda orden. De haber sabido que Alvis, al decirnos que iba a hablar, se estaba burlando de nosotros, le hubiera mandado a dar una planazón; pero el tipo supo “ganarnos” con su promesa y lo que hizo fue “acusarnos con don Pedro, quien nos respondió por la forma tan “inhumana como habíamos tratado al detenido”

Don Pedro dio órdenes de que se le condujera nuevamente a la cárcel. Nuestro Jefe se había calentado por haber hecho trasladar a Alvis sin su consentimiento. Estrada antes de que el hombre fuese enviado a la cárcel, estuvo hablando con él por espacio de dos horas, ¿qué hablaron? Nunca lo supimos; pero a Alvis no se le volvió a torturar. Posteriormente nos enteramos de que iba a ser trasladado a la Penitenciaría de San Juan de Los Morros, pero creo que no llegó a ponerse en práctica dicho traslado.



Servando García Ponce, dirigente comunista, se le quiso 'hacer el muerto' a Barretico. En la foto, —a la derecha— cubriendo una rueda de prensa en Miraflores. A su lado, Otilio García Grillet.

CAPITULO XIII

LA VEZ QUE SERVANDO GARCIA PONCE "SE HIZO EL MUERTO"

A Servando García Ponce me tocó llevarlo para "El Junquito". También estábamos interesados en saber, no sólo sus actividades "revolucionarias" sino de sus posibles nexos con Pompeyo. Según los informes que reposaban en la Seguridad, Servando era el encargado de buscarles las *conchas* al camarada Pompeyo y también uno de los distribuidores de la "Tribuna Popular", por eso lo interrogamos a "fondo", pero no era Servando el hombre que se ablandara con dos o tres golpizas. Para él el "paralelo" resultaba como un juego y creo que cuando se le sometía a él, la cosa le divertía. No obstante, tuve que presionarlo fuertemente a ver si lograba sacarle alguna información valiosa, pero mis "esfuerzos" fallaron. En El Junquito se nos hizo el muerto y tuvimos que devolverlo a la Central, el oficial Asunción Rojas Cabrita y el agente Isidro Villasmil que me acompañaron en el paseo por los predios "juncales", estaban alarmados por el "estado" que presentaba García Ponce, creían que se había muerto; pero no era así, yo lo sabía, aquella actitud del camarada Servando tenía como finalidad el evitar que siguiéramos "chaparreándole las nalgas"; por eso se había lanzado al suelo "desmayadamente".

—¡Señor Barreto, ese hombre como que se nos murió!
—díjome el agente Villasmil.

—No importa, hombre. Si antes de llegar a Catia, no da *señales de vida*, nos devolvemos y lo tiramos por un barranco de esos que abundan por estos montes.

Nos costó un gran esfuerzo introducir al detenido en la camioneta, pues ni siquiera respiraba; pero yo no me *comía el cuento*, lo dejaba hacer, aquel era un truco muy gastado y sabía cómo revivir a aquellos "difunticos". Emprendimos el regreso a la ciudad, y antes de llegar a los Talleres del MOP, mandé detener el vehículo y eché una "ojeada" al camarada Servando; seguía "muerto", por lo que dije:

—Muchachos, "nos hemos metido en un lío". Este comunista no ha querido esperar a ver el triunfo de la revolución, se ha muerto. Vamos a regresarnos ahora mismo, por allá arriba, en esas montañas de El Junquito, hay unos cangilones profundos, en uno de esos podemos lanzar a Servandito. Lástima, ahora que está "muerto", pienso que no era tan malo, pero así son las cosas —hablaba fuerte, sabía que el detenido no se perdía una de mis palabras—. Vamos, procura dar la vuelta aquí mismo. No podemos perder más tiempo.

El Oficial Cabrita cumplió la orden y lanzó el vehículo carretera arriba, hacia El Junquito. De vez en cuando yo le echaba un vistazo al difunto, pero el tipo ni siquiera con el vaivén que daba la camioneta al entrar en las curvas, cambiaba de posición. Villasmil me habló:

—Señor Barreto, yo conozco un lugar apropiado para echar a ese hombre, no más lo ponemos en la orilla y lo dejamos que se vaya rodando solito. Seguro que no lo encuentra nadie en muchos días. Es un lugar donde abunda la neblina, ya se va a dar cuenta...

—Muy interesante, muchacho. ¿Queda ese lugar por esta misma vía?

—Sí, señor. Está después de que pasemos los dos botiquines, como a tres kilómetros. Uno se asoma a la orilla y no llega a ver el fondo...

—¡Excelente! Te agradezco hayas recordado ese sitio. Yo pensaba tirar al "muerto" por allí, en cualquier farallón; pero ahora lo echaremos a ese que tú dices. ¿Falta mucho todavía?

—No señor, apenas demos vuelta a esa curva, ahí veremos

las luces del burdel, y una vez rebasemos el cerro donde está el aviso, lo encontraremos...

Servando continuaba "muerto", tomé una de sus manos y reteniéndola, dije a los compañeros:

—Este hombre se está poniendo tieso, está completamente helado. Prende un momentico la luz —pedí a Villasmil—. Quiero ver qué aspecto tiene este hombre. Para la camioneta, Cabrita. Una vez que el vehículo estuvo detenido, procedí a levantarle el párpado del ojo al "difunto". Cabrita y Villasmil y el "Mudo" Ramón Rivas no perdían detalle, por lo que volviéndome a ellos les informé: Mejor es que nos demos prisa, ya se le pusieron blancos los ojos y eso significa que dentro de unos minutos comenzará a descomponerse el cadáver. Hice apagar la luz y Cabrita puso en marcha la "Ford". Cuando íbamos pasando por determinado lugar, Villasmil me advirtió:

—Al pasar esa curva, encontraremos el lugar que le dije, señor Barreto.

—Bien, dígame a Cabrita dónde tiene que pararse —respondí.

—¡Allí está! Párate en ese recodo, Cabrita —casi gritó el maracuchito Villasmil.

—Bueno, muchachos, hemos llegado. Vamos a lanzar al camarada "difunto" por ese farallón —y dirigiéndome al "Mudo" Rivas—. Saca el caucho y la cadena. Amarraremos el muerto con esa cadena a la rueda y lo echaremos a rodar, así llegará más rápido al fondo, ¿cómo cuántos metros calculas tú, se halla el fondo? —pregunté a Villasmil.

—Creo que aproximadamente a unos ochenta metros. Allá abajo, hay unas guarataras puntiagudas, y cuando este muerto caiga allí, hasta el caucho se va a reventar...

—Eso es mejor, así en caso de que alguien lo encuentre antes de tiempo, no podrá reconocerlo; aunque deberíamos cortarle la cabeza antes de echarlo ahí, ¿qué les parece la idea?

—Por mí, me da igual, señor Barreto, replicó Cabrita. Yo

siempre cargo este machete amoladito —y me mostró un liniero que brillaba como el solo de lo limado que estaba.

—Bueno, estamos perdiendo el tiempo. Rivas, ayuda a Villasmil a sacar el muerto. Háganlo antes de que venga alguien, por ahí parece que se acerca un automóvil, ¿no ven las luces?

—¡Coño, sí! Vamos —apremió “El Mudo”.

Cuando Villasmil abrió la puerta, Servando García Ponce estaba sentado en el asiento. Yo ya me había dado cuenta, pero me hice el desentendido.

—¡Barreto, el preso está vivo! ¡No, no... no está muerto! ¡Mírelo usted!

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Como que estás asustado? ¡Estás viendo visiones! ¡Vamos, saquen a ese hombre, quítenle la cabeza y tírenlo al barranco!

—¡Yo no estoy muerto, señor Barreto! —gritó Servando.

—¿Cómo es la vaina, que usted no está muerto...?

—No, no lo estoy, señor Barreto. ¡Sólo me había desmayado, se lo juro!...

—No me jure nada, amigo. Sálgase de ahí, quiero ver si lo que me está diciendo es cierto. Sigo creyendo que usted está difunto, porque yo “constaté” que estaba muertico, si hasta los ojos los tenía blanqueados...!

Servando no se hizo esperar. Saltó más que bajó del vehículo... temblaba como resorte. Los dientes le castañeteaban, lo miré y sin decir una palabra, le di una vuelta y lo medio toqué luego me paré frente a él, saqué un tabaco, lo encendí y lanzándole el humo en la cara, dije:

—Bien, querido Camarada, ahora sí estoy convencido de que no estás muerto. También lo estuve desde el momento mismo en que te tiraste al suelo; pero quise “ayudarte” en el jueguito. Seguramente pensaste que nos habíamos “comido el cuento”, ¿verdad?; y te hiciste a la idea de que si te tirábamos por un barranco, esa era tu oportunidad, pero no contabas con lo otro, con que te íbamos a amarrar con la cadena al caucho y

que te íbamos a cortar la cabeza, ¿quieres saber una cosa? Yo estaba dispuesto a lanzarte por ese barranco, pero enrollado al neumático. Te salvaste porque *reviviste*. Ahora te vamos a llevar al mismo sitio, y vas a tener que echarme el “cuento”, pero como yo quiero, no como pretendes tú...

—Bueno, yo... yo responderé a sus preguntas, pero allá en la Seguridad, no por estos montes —interrumpióme el tipo.

La obscuridad me impedía verle los ojos, y sólo vislumbraba sus facciones cuando fumaba mi tabaco. De momento no respondí, pero luego de pensar unos segundos sobre lo que acababa de oír, hablé:

—Sea como dices, pero ve pensando en lo que nos “vas a contar”. En especial lo relativo al paradero de los demás camaradas y quiénes son las personas encargadas de repartir la propaganda roja y dónde la imprimen, y de paso, el lugar donde está enconchado “Santos Yorme”, y ahora sube al vehículo. ¡Vámonos! —dije a los funcionarios.



Régulo Fermín Bermúdez, cónsul en Curazao durante la dictadura.

CAPITULO XIV

SEGUIMIENTO E INTENTO DE ASESINATO POR LA S.N. AL INDUSTRIAL RIVERO VASQUEZ

En la Seguridad no tuve ocasión de interrogar al Camarada Servando García Ponce, "El Loco" Hernández y Domingo Ruano fueron los elegidos para "conversar" con el hombre que se nos había hecho el "muerto" allá en la carretera de El Junquito. Yo tuve que ocuparme de otros asuntos. El Director en una reunión sostenida con Castro, Ortega y el Jefe de Personal, Homero González, estaban aguardando mi llegada, por ello tuve que desentenderme del Camarada García Ponce; pero aquél quedó en *buenas manos*...

—Búsquese a tres hombres de confianza, Barreto. Quiero que se encarguen de seguirle los pasos a Rivero —díjome Estrada de buenas a primeras—. Quiero que no lo pierdan de vista un solo instante. Dígale al Jefe de Mantenimiento que le asigne un vehículo, pero sin placas oficiales, y si no hay alguno disponible, consígase usted uno, le pasa el recibo al habilitado. Castro se encargará de darle las instrucciones relativas al caso. Eso es todo, puede retirarse.

Silenciosamente abandoné el Despacho de mi superior y bajé a la Sección a seleccionar los hombres que habrían de acompañarme en aquella comisión; pero tuve que esperar al día siguiente, ya que a aquellas horas (las tres de la mañana) todos los funcionarios o se hallaban de servicio o se habían marchado a sus casas.

A las ocho de la mañana, hallábame a las puertas de la Seguranal, en espera de los funcionarios que había decidido me

acompañaran en el caso Rivero. El primero de los elegidos, que hizo acto de presencia, fue el Oficial Vicente Emilio Borges, luego apareció, tomándose un café, José Mercedes Polachini acompañado de Luis Enrique Torres y Luis Marcano Gamero. A cada uno le dije:

—Tenemos reunión con el Bachiller, en la Dirección, no se pierdan.

—¿No sabes para qué nos quieren?

—Sí, lo sé; pero será el Bachiller quien se los haga saber, a su debido tiempo, ¿comprendes?

Polachini —pues no era otro—, se me quedó mirando, luego volviéndose a Marcano Gamero, dijo:

—Te veré después, que hablemos con el Bachiller. Yo te iré a buscar a la Oficialía de Guardia...

—Okey —respondió Marcano—, y se largó hacia el interior del edificio.

Cuando entramos a la Oficina del Inspector Luis Rafael Castro, éste se hallaba conversando con el Comandante Nieto Bastos, Jefe de la Policía Municipal para aquel entonces, por lo que tuvimos que aguardar a que terminara de atender al militar. Cuando aquél hubo abandonado el Despacho, entramos nosotros y sin que se nos autorizara a ello, nos aplastamos en los asientos.

—La misión que se les va a encomendar, consiste en seguirle los pasos al señor Rivero, pero sin que se dé cuenta de que se le sigue —comenzó a hablar Castro—. Deben informar a la superioridad diariamente de lo que suceda y deben, además, cambiar de vehículo las veces que el caso lo amerite... En ningún momento deben descuidar ese asunto. Estamos muy interesados en saber cuáles son los nexos que ese señor tiene con los conspiradores. Parece que ayuda a esos carajos con dinero y armas. Hasta ahora esos son los informes que tenemos. Ya el Habilitado tiene órdenes del Director para que les den los viáticos. Barreto que hable con Arteaga para lo de los vehículos. Eso es todo. Suerte.

—Gracias, Bachiller.

Y eso fue todo. De lo demás nos encargaríamos nosotros. Lo primero que hicimos, fue dirigirnos al Archivo a esculcar en el fichero y expedientes para conocer “algo más sobre el señor Rivero”. La dirección ya la conocíamos, también a lo que se dedicaba aquel caballero.

Este señor era propietario de una lujosísima quinta en los alrededores del “Coney Island”, en Los Palos Grandes, y además era propietario de “Conservas Margarita”. Durante una semana no le perdimos pisada al hombre. Cada movimiento suyo era anotado por nosotros que, provistos de una Agenda, íbamos anotando lo más mínimo, luego elaborábamos un Informe y lo enviábamos a Castro o a Estrada con religiosa asiduidad.

A Polachini le tocó llevar dicho Informe de último, y cuando regresó a nosotros, por la cara que nos mostraba, comprendimos que había nuevas órdenes, yo al menos no me equivoqué, por ello cuando nos puso al tanto de las “nuevas”; no me agarró de sorpresa, sin embargo, a manera de “bienvenida”, pregunté:

—¿Qué sucede, por qué esa cara...?

—¿Se me nota algo...?

—A leguas, hombre. Si te vieras en el espejo, comprenderías el por qué de mi pregunta, pero puedes callártelo, si quieres...

—No hay nada que callar. ¡Todo hay que decirlo!

—¿Entonces a qué aguardas? Lo que tengas que decir, dilo y asunto arreglado, es lo mejor, ¿verdad, muchachos?

—¡Claro! Echa para fuera lo que sea —me apoyó Torrecito.

—¡Bien, compañeros! El seguimiento del señor Rivero, ha finalizado. Esa es la orden que recibí de...

—¿Y por eso tenías esa cara de miseria? —rípostó “El Indio” Borges.

—¡No me interrumpas, “Indio”! Dije que el seguimiento de Rivero llegó a su fin, ahora tenemos que buscar la manera de pegarle una rociada de balas; pero sin que se cause alarma. Debe-

mos hacerlo cuando se nos presente la oportunidad, aunque debo reconocer que eso va a ser algo difícil, ya que ese señor nunca abandona la ciudad...

—No importa, hombre —replicó Torres—. Lo jodemos cuando llegue tarde a su casa. Todo es cosa de paciencia. Ya sabes que el tiempo no cuenta para nosotros, ¿no es verdad, Barreto?

—¿Quién te dio esa orden? —pregunté, ignorando a Torres.

—Ulises, ¿por qué...?

—Entonces no hablaste con don Pedro, ¿no es así...?

—No se hallaba en su Despacho, tampoco el Bachiller. Fue Ortega quien me recibió y él me comunicó esa orden que, según me aclaró, era una orden del Director...

—¡Narices! Yo no creo nada que venga de ese energúmeno, y tú has debido buscar la forma de comunicarte con don Pedro o con el Bachiller. Ya sabes cómo se las gasta Ortega, que siempre anda dando órdenes y uno no sabe si son dadas por el Director o son inventos de él. Creo que lo mejor que podemos hacer, es contactarnos con el señor Estrada. Tú eres el Jefe de la Comisión, así que piensa bien todo antes de seguir adelante. Es mi consejo, ahora no sé cómo piensan éstos...

—Tú siempre sales de consejero, Barreto —atajóme Torres—. Si Ortega dio esa orden, debemos cumplirla y nada de estar averiguando si fue don Pedro quien lo ordenó. ¡Le echamos bola tan pronto como tengamos oportunidad y san-se-acabó!

—Lo siento, Torres; pero no estoy de acuerdo —repliqué—. ¡Es mi voto contra el de ustedes tres; pero lo sostengo! Y tú, Polachini, como Jefe del Grupo, debes decidir sobre este asunto antes de proceder a su ejecución. El Director es el Jefe Supremo de la Seguridad, y a él debes consultar. ¡Lo que opinemos nosotros, no cuenta!

El aludido no respondió nada, se limitó a dar cortos pasos alrededor del automóvil, estaba nervioso y preocupado. No era para menos. Los otros agentes se habían despreocupado, aparentemente del asunto, pero no me engañaban. Los conocía, sabía

que de no haber estado yo con ellos, habrían convencido a Polachini. Pregunté a éste:

—¿Para cuándo desea Ortega “tengamos listo el muerto”?

—Lo más tardar para pasado mañana...

—Entonces no te mortifiques, tienes tres días para reflexionar y... para comunicarte con Estrada. Si me autorizas, puedo ir a su casa y tratar de este asunto con él, ¿qué me dices...?

—Creo que es lo mejor. Tú tienes más confianza con él y te será más fácil plantearle la cuestión. Sí, puedes irte ahora mismo, te estaremos aguardando en la Cervecería.

—Muy bien; pero prométeme que no irás a hacer nada hasta que yo regrese, ¿de acuerdo...?

—Sea como tú dices, Barreto. Ahora marcha.

No esperé a más. Inmediatamente abordé un “libre” y pedí me condujera a la Segurana, una vez allí subí a una “Indian” y me encaminé a la Urbanización Washington, a donde me habían informado se hallaba Estrada; pero en casa de su amigo, me dijeron que se había marchado a su residencia de El Pinar por lo que enfilé la “Indian” hacia la Avenida B; al llegar, el Oficial de Guardia me informó que don Pedro había marchado a ver al Presidente. Era sábado y eso dificultaba el asunto. Los fines de semana resultaba todo un problema localizar al Director; por lo que tuve que regresar a donde me esperaban mis compañeros y puse al tanto a Polachini de mi fracaso, pero lo convencí para que dejáramos el “procedimiento” en suspenso hasta tanto pudiésemos confirmar la orden dada por Ortega.

El lunes siguiente hallábame en la puerta principal a la espera de mi Superior. Este llegó a eso de las ocho y media y no esperé a que bajara del automóvil:

—Don Pedro, buenos días...

—Buenos, Barreto. ¿Desea algo...?

—Sí, señor. Quiero consultarle sobre el asunto del señor Rivero, si usted me lo permite, claro está...

—¿De qué se trata?

—El Oficial Polachini, el día sábado después de llevar el Informe sobre los resultados de nuestra vigilancia, nos informó que el señor Ortega había dado nuevas órdenes con respecto a dicho "vigilado" y deseamos saber si son correctas...

—¿Cuáles fueron esas órdenes?

—Matarlo, don Pedro.

No me respondió nada, se me quedó mirando detenidamente, sostuve su mirada valientemente, lo conocía y sabía que debía comportarme como a él le gustaba: como un hombre.

—Vamos a mi Despacho. Estas cosas no debemos tratarlas dentro de un automóvil —Abandonamos el vehículo y subimos a la Oficina de la Dirección. Una vez allí y después de atender a la secretaria Helena Bruzual, Estrada tomó asiento y habló:

—Lo ordenado por Ortega es correcto, amigo Barreto. A ese bellaco hay que eliminarlo como sea, esta misma semana. Nos está echando muchas vainas y no estamos dispuestos a que siga burlándose del Gobierno. Así que usted le dice a sus compañeros que deben cumplir la orden. El Jefe de la Sección, al transmitir esa orden, cumplía instrucciones mías... No veo el por qué ustedes han dudado de él...

—Bueno, don Pedro, no es que hayamos dudado, es más bien que creímos que había un mal entendido. Sí, eso es, don Pedro, creímos que se podía tratar de una mala interpretación...

—No ha habido nada de eso, Barreto y usted lo sabe; pero ha querido la confirmación, ya la tiene, ¡ahora a cumplir esa orden!

No esperé a más, abandoné el Despacho y marché a darle la "buena nueva" a Polachini. Antes de dejar la Segurana! estuve a punto de pedirle a Estrada una orden escrita; pero me aguanté, era mejor dejar las cosas como estaban. Solicitar una orden por escrito, significaba exponerse a ir a parar al cementerio o, por lo menos, al Dorado.

A Estrada no le agradaban *ciertas cosas* y menos aún si se relacionaban con asuntos delicados, y aquél lo era: implicaba la



Fortunato Herrera "El Platinado", hombre de confianza de Pérez Jiménez para toda clase de asuntos.



Ramón Quijada, dirigente campesino de AD, otra víctima de la S.N.

muerte de un hombre, pero no de un hombre cualquiera, sino de un importante industrial venezolano, ¿las razones para que se le eliminara?, nunca las supimos; pero han debido ser muy poderosas. No me creí nunca el cuento de que sólo se trataba de *burla al Gobierno*. Esa razón no convencía a nadie y menos a nosotros, resultaba algo pueril, sin base o fundamento lógico; pero así eran todas esas cuestiones dentro de la Seguridad Nacional. Daban una orden, y teníamos que cumplirla, aun a costa de nuestra voluntad. ¡La desobediencia significaba, no sólo ir a parar a la cárcel sino hasta la muerte o simplemente desaparecer un día cualquiera de la semana para nunca saberse de uno!

Pero el industrial tuvo suerte, se salvó de milagro, puesto que nosotros estábamos dispuestos a liquidarlo sin contemplaciones, pero el hombre, repito, tuvo suerte. Lo estábamos siguiendo desde el mismo instante en que abandonó su residencia de Los Palos Grandes. El agente que se encargaría de disparar contra el industrial, era Torrecito, había solicitado tal "privilegio" y nosotros *gustosos* se lo cedimos. El tráfico a aquella hora (ocho de la noche) era apretado y la "víctima" no se decidía a salirse de la avenida "Francisco de Miranda" y por dicha avenida continuó hacia el centro de la ciudad, pero llegando a la Plaza Venezuela, enrumbó su vehículo hacia la Plaza Colón siguiendo por la calle real de Quebrada Honda. Indudablemente que iba para sus oficinas y aquéllas quedaban justamente casi frente a la Farmacia del Ejército, en una quinta que según las informaciones obtenidas de los archivos, pertenecía a dicho industrial. Estacionamos nuestros vehículos a unos cincuenta metros, y Torres esperaba que se bajara de su automóvil para efectuar los disparos que acabarían con él; pero nada que el hombre se decidía. Mis compañeros daban muestras de nerviosismo, en especial Torrecito, por lo que dije:

—¿Piensas dispararle cuando se baje del auto...?

—¡Claro!, ¿qué quieres, que vaya y le meta cuatro tiros allí?

—Yo no quiero nada, Torres —repliqué—; pero creo que no es ésta la oportunidad para hacer lo que nos han ordenado, ¿te has dado cuenta de los dos policías militares que están en la

esquina? Portan ametralladoras, y de las buenas, ¿qué te parece...?

—¿Y eso qué carajo importa?, ¡si tienes miedo puedes marcharte, nadie te está reteniendo!

—Y eso es lo que voy a hacer, no quiero que me maten esos policías por tu estupidez. En lo que tú hagas el primer disparo, esos muchachos nos bañan de plomo, porque no van a pensar que la cosa no es contra ellos. ¡Suerte, manada de pendejos! Inmediatamente abrí la puerta y abandoné el "Plimouth". Oí que Polachini me llamaba, pero no me volví, seguí adelante, pasé justamente por el lado del "Cadillac" de Rivero, éste estaba sentado, fumaba y observaba por el espejo retrovisor, lo que me dió a entender que se había dado cuenta que lo estábamos siguiendo, pues de otra manera no se explicaba que estuviera metido dentro del carro, y no era tonto el hombre, escogió el sitio, convencido quizás, de que la presencia de los dos militares frenaría cualquier intención que sus perseguidores tuvieran contra él. Cuando iba llegando a la esquina de la Cervecería, vi que el "Plimouth" se detenía veinte metros delante de mí, Polachini se bajó y caminó a mi encuentro, me detuve, encendí el chicote que se me había apagado y dije:

—¿Te sucede algo?

—Mira *socio*, creo que tienes razón. Estamos cometiendo tonterías y...

—¡No, que va! Si estamos actuando a las mil maravillas, ¿es que no te has dado cuenta?, —atajé.

—Ese hombre no se bajó de su carro, debe haberse dado cuenta de que lo estábamos siguiendo...

—Y ahora lo va a confirmar, porque has cometido la estupidez de detenerte y bajar a mi encuentro, ¿por qué no siguieron adelante? Pero no, tenían que detenerse precisamente ahora, cuando él nos está observando, ¿qué les está sucediendo a ustedes, se han vuelto pendejos...?

—¡Coño, tienes razón! Es que estamos nerviosos, Barreto. ¿Por qué tenemos que ser nosotros los que hagamos estas cosas? ¿Es acaso que no hay otros en la Oficina?...?

—Pregúntaselo a don Pedro o, si no se lo preguntas a Ortega, al Bachiller y si ellos no dan la respuesta adecuada, pues te largas a Miraflores y se lo preguntas al "Gordito". ¡Eso es lo que tienes que hacer!

En aquellos momentos se acercó el "Cadillac" conducido por el industrial Rivero, lo hizo lentamente, e iba acompañado de un Sargento de la Policía Municipal, seguía una Patrulla; pero no se detuvieron, siguieron adelante, mas ya nos habían visto. Me di cuenta de que el conductor del "Cadillac" decía algo al policía y señalaba al "Plimouth", también los dos agentes que iban en el vehículo policial nos observaban con detenimiento, por lo que dije a Polachini:

—Aquí no tenemos nada que hacer. Mejor nos largamos antes de que esos policías se decidan a venir a identificarnos, y eso no podemos permitirlo.

No perdimos tiempo, nos encaminamos al automóvil y doblamos hacia el Teatro Caracas, cruzamos la avenida Este y nos perdimos por la Andrés Bello; ya en esa avenida, dije a Polachini, quien conducía el vehículo en esos momentos:

—Cruza hacia Santa Rosa. Hay que cambiar las placas y el vehículo. En estos instantes todas las patrullas saben de este auto y hay que evitar toda clase de confrontamientos con la Policía. Cuando hubimos dejado la Andrés Bello, agregué: —Yo me quedo aquí, deja a los otros más adelante y tú lárgate a cambiar de carro, pero cambia esas placas, ponle las de Miranda.

Y allí quedaron mis compañeros cambiando las placas, yo me dirigí hacia la avenida con ánimo de tomar un "libre" que me llevara a la Segurana, cosa que hice sin problemas. Esa misma noche nos reunimos en la Sección Política con Castro y Ortega. Les informamos de lo sucedido y ellos nos ordenaron redactáramos un informe detallado para serle presentado al día siguiente a Estrada. No perdimos tiempo y a la media hora le presentamos dicho informe a Castro, quien después de leerlo, lo avaló con su firma y nos dio su autorización para marchar a nuestras casas. Los otros se largaron, yo preferí meterme al dormitorio.

Tendido en la cama, pensé en lo que había sucedido con el

señor Rivero, en su comportamiento de aquella noche, en la presencia de los policías y la escogencia de aquel lugar, precisamente donde sabía permanecía día y noche una vigilancia militar custodiando los almacenes de la Sanidad Militar. Indudablemente que el hombre se dio cuenta del seguimiento de que era objeto, ideó ir a sus oficinas, pero antes advirtió a la Policía; ésta por alguna razón tardó en hacer acto de presencia, lo cual evitó que nos hubiesen hecho presos cuando aguardábamos que él dejara su auto y discutíamos entre nosotros, pero lo que más me llamaba la atención, era el hecho de que hubiese advertido a la Policía, precisamente a la Policía, cuando lo normal en esos casos, era comunicar a la Seguridad cualquier anormalidad de esa índole; pero no, Rivero prefirió a la Policía, y eso significaba que temía "algo", y el que la teme es porque la debe, según decía mi bisabuelo.

El Director fue puesto al tanto de lo que habíamos tenido que hacer la noche anterior. Leyó el informe luego nos convocó a su Despacho. No se conformaba con lo relatado en aquellas páginas de papel. Castro fue el encargado de conducirnos a presencia de nuestro máximo Jefe, y cuando llegamos a su presencia, con él se hallaba Ulises.

Polachini explicó pormenorizadamente lo acontecido y cuando hizo mención a la patrulla y al Sargento dentro del auto de Rivero, Estrada dijo:

—Explíqueme eso mejor, ¿qué hacía esa patrulla allí?

—Eso es lo que no nos explicamos, don Pedro. Resulta que seguimos a ese señor tan pronto como abandonó su casa, lo seguimos hasta las cercanías de las oficinas de su empresa, y cuando esperábamos a que bajara, para "proceder", surgió la discusión entre Torres y Barreto...

—¿Qué motivó la discusión?

—Bueno, que Barreto le preguntó a Torres si pensaba disparar sin tomar en cuenta la presencia de los dos policías militares apostados en los almacenes, Torres le contestó que si tenía miedo que se fuera, y Barreto se salió y nos abandonó...

—¿Quién es el jefe de la comisión? —interrumpió Estrada.

—Yo, don Pedro, por eso estuve de acuerdo con Barreto y así se lo manifesté a estos dos —señaló a Torres y al "Indio"—, decidí alcanzar a Barreto que ya iba llegando a la esquina, y creo sinceramente que eso evitó que los de la patrulla nos sorprendieran...

—¿Y...?

—Estábamos hablando Barreto y yo, cuando pasó ese señor acompañado del sargento y más atrás iba la patrulla, y Barreto me advirtió y nos largamos, luego cambiamos las placas y...

—¡Está bien! —atajó Estrada—. Suspendan la vigilancia, hasta segunda orden; mientras, tú Castro, ocúpate de averiguar si ese "enlata-sardinas" tiene algún contacto en la Policía, pero en especial, entérate a quién pidió protección. Es necesario lo sepamos, para "darle las gracias". En cuanto a ustedes, deben estar alertas, porque seguirán en ese asunto; tenemos que quitar a ese hombre del medio y serán ustedes quienes hagan el trabajo. El vehículo deben cambiarlo. Eso es todo.

Castro dio órdenes al Jefe de Mantenimiento para que nos entregara uno de los vehículos pertenecientes a uno de los muchos detenidos, y aquél nos entregó un flamante "Buick" perteneciente a un doctor que se hallaba en la Cárcel Modelo.

Aquella operación se reanudó una semana después, pero con algunos cambios, por ejemplo, el puesto de Polachini fue ocupado por Torrecito y a mí me reemplazó Héctor Marcano y al "Indio" Borges lo sustituyó Francisco Sayago y con éstos incluyeron a Ramón Emilio Solórzano. A mí no me sorprendió aquel cambio, sabía que tenía que sucederse, Estrada no era tonto y menos el Bachiller. Me alegré que me hubiesen reemplazado, no así los otros, que mostraban su preocupación. Se sentían "humillados" y creían que se subestimaba su capacidad para el desempeño de su trabajo. Sin embargo, el cambio no se debía a nada de lo que nosotros pudiésemos pensar o creer, había una razón muy especial: Se nos necesitaba para ejecutar otro "trabajo", el cambio era necesario y así lo comprendía cuando el Bachiller me explicó el asunto. Estábamos identificados por Rivero y también por la Policía, y de seguir, todo se iría abajo; pero, ¿y Torres?, la respuesta no llegó a darla Castro, no tenía por qué hacerlo. No

se necesitaba ser un genio para comprender lo de aquella excepción: Torres podía matar a Rivero sin detenerse a pensar un solo instante cuáles podrían ser las consecuencias que de su acción se derivaran, y al Gobierno sólo le interesaba la eliminación del industrial, lo demás era asunto secundario.

La eliminación de dicho industrial habría sido un hecho de no haberse movido aquél a diligenciar ante sus amigos del Gobierno un poco más de protección. Rivero en ese aspecto no se durmió y logró que se le dejara tranquilo. Tal parece que consultó o planteó el caso del seguimiento de que era objeto, con un Ministro de mucha confianza con Pérez Jiménez y éste al enterarse del asunto, llamó a capítulo a Estrada, y hasta allí llegó el caso Rivero. No hubo muerto, no hubo rociada de balas y Torres se quedó con las ganas de probar su M. 1.

CAPITULO XV

LA S.N. ORDENA MATAR AL TENIENTE DE LA MARINA CARLOS A. TAYLHARDAT ULISES ORTEGA PONE EN PRACTICA UN PLAN PARA 'LIQUIDAR' AL AGENTE "BARRETICO"

A la semana justa de haber sido reemplazado del "Caso Rivero", fui llamado al Despacho del Jefe de la Sección, señor Ulises Ortega, allí estaban con él, los oficiales Polachini, Vicente "Indio" Borges, Julio García Cabrera y Francisco Acosta (a) "Chicho". Al ver a este último, pensé que habría sido incluido en nuestro grupo, pero me equivoqué, ya que al entrar yo a la Oficina, aquél recibió orden de Ortega de abandonarla. Ortega explicó detenidamente las "razones" por las cuales nos había mandado a llamar. Comenzó diciéndonos:

—Quiero que vean esas fotos. Pertenecen a un Oficial de la Marina. Grábense bien su imagen y diciendo esto, colocó sobre su escritorio cuatro cartulinas. En ellas se podía apreciar a un Oficial de las Fuerzas Navales Venezolanas, en uniforme de gala y en las fotos más pequeñas se veía al mismo individuo en uniforme corriente y de cuerpo entero. Cada uno de nosotros tomamos una cartulina, la observamos detenidamente, como solíamos hacerlo regularmente cuando se trataba de algún solicitado, pero esta vez pusimos más cuidado. Aquel hombre no era un solicitado, sino un militar y ya esto era algo más significativo. Devolvimos dichas fotos a donde las había tirado Ortega y quedamos a la espera. Ortega no esperó a más y agregó:

—A este carajito hay que seguirlo a todas partes, y de eso se van a encargar Polachini, Julio y Borges. A Barreto le corresponde otra función. Usted, Polachini, dígame a Arteaga que le dé las llaves del "Crysler" negro, y usted, Julio, vaya a la Caja, Briceño le va a entregar los viáticos y luego regresen aquí.

Los nombrados salieron a cumplir lo ordenado, pero no tardaron en apersonarse nuevamente. García Cabrera entregó a Ortega un fajo de billetes y éste nos dio a cada uno quinientos bolívares, diciendo seguidamente:

—Este militar vive en Macuto, pero viene a Caracas de vez en cuando, principalmente a la Comandancia de la Marina, y ya ustedes saben dónde tiene su asiento esa dependencia. Su misión consiste en seguirle y chequear todos sus pasos y, si es posible, tomar nota de con quién se entrevista.

—¿Cuál es la dirección de ese señor, allá en Macuto, señor Ortega? preguntó Polachini.

—Vive en un edificio que comúnmente suele ser la residencia de los Oficiales, está justamente a media cuadra del Hotel Macuto, no tendrán inconveniente para encontrarlo, sólo deben buscar en el estacionamiento su vehículo, un "Buick" de color amarillo, tipo "Romaster", una vez que lo hayan localizado, todo será fácil para ustedes, ¿alguna otra pregunta?

—Sí, señor —se adelantó Julio García Cabrera—. ¿Qué chofer vamos a utilizar?

—Escójanlo ustedes mismos, pero debe ser de confianza. No quiero "nuevos" en esta clase de "trabajo".

—El de más confianza es Solórzano, señor Ortega. Usted lo utiliza a veces de chofer —se atrevió a decir el "Indio" Borges.

—Solórzano lo tiene Torres, pero podemos reemplazarlo para que se vaya con ustedes. Tú mismo ve a buscarlo —Esto era con Polachini y aquél no esperó, pero antes solicitó de Arteaga otro chofer y le dieron a Jesús Alberto Piñero. Ortega dio órdenes al "Indio" y García para que acompañaran a Polachini, y a mí me hizo esperar. Una vez que aquéllos hubieron abandonado la oficina, díjome:

—La misión suya, "amigo" Barreto, es más delicada. Consiste en montar vigilancia diariamente en determinado sector de la carretera...

Interrumpió un momento para sacar de su escritorio un pequeño mapa y extendiéndolo, continuó:

...en este punto, está "Plan de Manzano", y aquí —iba señalando con la punta de un lápiz— está "la Vuelta de Pedro García", y desde aquí usted tiene que recorrer ese sector hasta "Plan de Manzano". Entre el trayecto de "Pedro García" a "Plan de Manzano", hay una Cruz que todos cuantos pasan por allí, hemos visto; pues bien, pasado ese lugar usted debe elegir un sitio alto, desde donde pueda observar cómodamente, todo vehículo que suba hacia Caracas. Para ello se le va a proveer de unos "Largavista". Tenemos entendido que en una de las casas que hay después de pasar la línea férrea, es donde ese militar acostumbra entrevistarse con algunos miembros de Acción Democrática y dos Oficiales de la Aviación. Dedíquese a estudiar bien el terreno y escoja el lugar donde pueda observar todo movimiento sin que lleguen a descubrirlo. ¿Ha comprendido...?

—Sí, creo que sí... pero hay algo que deseo me aclare: se trata de lo siguiente: si tengo que efectuar esa vigilancia y, si la misma implica permanencia, ¿quién me sustituirá en las horas que debo ausentarme? porque no irá a pensar usted que yo voy a estar allí día y noche o, ¿sí...?

—Por supuesto que no; pero esa vigilancia será únicamente en horas diurnas.

—Eso está mucho mejor y, ¿qué vehículo debo utilizar?

—La motocicleta. Es la más indicada...

—Muy bien. Una última pregunta: ¿A quién debo informar de los resultados?

—A mí, personalmente y por escrito.

No perdí más tiempo, me hice de una "Indian" y después de ir a equiparla a "Caño Amarillo", marché a casa para cambiarme de ropa. La que vestía no era la apropiada para desempeñar aquel trabajo. Marché a inspeccionar el terreno, cosa que efectué muy detenidamente. Detuve la máquina justamente a dos kilómetros después de Plan de Manzano. Allá abajo podía ver la otra carretera, y también parte de la línea férrea y las edificaciones que conformaban las dos o tres casitas, que en tiempos ya lejanos, algún "desesperado" había construido con alguna finalidad lucrativa, pero cuyos "pronósticos" no fueron del todo acer-

tados y sólo servían ahora para medio habitacional. La mañana comenzaba a calentar, la riada de vehículos hacia el Litoral, a aquella hora (las nueve de la mañana) era interminable. Las grandes gandolas o camiones, en aquella parte de la vía, tenían que ser exigidas por sus conductores al máximo ya que era muy *pendiente*. Monté en la moto y emprendí viaje hacia "Pedro García". Poco a poco fui adelantando a los vehículos que me presidían y a medida que me iba acercando al sitio, pensaba en lo extraño que resultaba todo "aquello". Pensaba en el problema y también en cómo iba a hacer para no dejar la motocicleta a la vista de todo el mundo. Pensaba en eso y en tantas cosas más; pero no hallaba una explicación clara respecto a aquella vigilancia. Recorrí aquella parte de la carretera a moderada velocidad, observándolo todo con bastante atención, con toda la que me permitía mi situación de la "Indian". Me hallaba en el último trecho del recorrido, el paso a nivel quedó atrás y allí delante comencé a ver la primera casita, detuve la máquina y bajé para acercarme a una especie de bodeguita; quería inspeccionar de cerca aquel sitio, aunque no era mucho lo que se podía ver. Una señora en estado de gravidez me atendió muy gentilmente cuando le solicité unas cajitas de fósforos. A unos veinte metros, hacia la parte trasera de la bodeguita, un joven se empeñaba en reparar el neumático de una vieja bicicleta, a su alrededor, algunas gallinas picoteaban un pedazo de pan.

—Por favor, señora, ¿quién vive en esa casa pintada de verde? —pregunté como para iniciar la conversación.

—¡Ayá, señol, vivil como vivil, no viven naide. Eso es un botiquín y lo prenden en la nohecita. Eso lo maneja un poltugés y duran por la mañanítica.

—Eso debe llenarse de gente entonces, ¿verdad? —atajé.

—Uy, señol, si uste lo viera. No dejan dolmil y eso que quedamos retiraños.

—Usted es de dónde, señora? ?

—¿Yo...?, bueno yo soy de La Guaira y mi marío es ca-raqueño.

—¿Trabaja su marido...?

—¡Sí, señol! Orita debe andal por aquellos laos que están haciendo la autopista...

—Es hora de irme, doñita; será hasta otra vez. Creo que mi moto debe estar en condiciones de seguir adelante y cuando ya salía para cruzar la puerta...

—¡Oiga, usted no me ha pagao los fósforos toavía!

—Es cierto, señora. Le ruego me disculpe. Lo había olvidado. ¡Créame que lo siento! Cancelé la "deuda" y marché de aquel lugar. Al llegar al recodo o curva, me detuve, observé detenidamente una "trocha" o camino que caía a la carretera desde su lado izquierdo y viniendo de la otra carretera. Ese lugar era el sitio ideal para esconder la moto, por lo que decidí inspeccionarlo mejor, cosa que hice sin dilación alguna, luego de haber escogido el sitio para la moto, comencé a buscar uno ideal para apostarme y empezar la vigilancia. Para entonces ya eran casi las once de la mañana. Empezaba a apretar el calor, a lo lejos podía ver las pesadas máquinas arrancando tierra al cerro y hasta mí llegaba el estruendo de sus motores, pero yo casi no le ponía atención. Pensaba, y de pronto una idea pasó por mi mente. Me levanté en seguida, saqué la moto y ladera abajo, corriendo el riesgo de rodar cerro adelante, llegué a la carretera y a los diez minutos estaba en Plan de Manzano, allí detuve la carrera, hablé con el Sargento de la Policía:

—Sargento, soy Oficial de la S.N. —dije alargándole el carnet.

—¿Y... qué desea el Seguranal...?

—¿Desear?, nada, Sargento, sólo quiero que esté al corriente de lo siguiente: Voy a permanecer por estas cercanías por espacio de algunos días y deseo que lo tenga en cuenta, por si acaso se presenta alguna dificultad y...

Puse al tanto al policía, pero sin dar explicación sobre la verdadera misión a realizar. Eso sí, hice hincapié en la conveniencia de que advirtiera a sus compañeros de mi presencia en algún lugar de aquel vasto sector. Todas estas precauciones las tomaba porque conocía a Ortega, y lo extraño de aquella comisión me tenía amoscado, ¿por qué tenía que permanecer oculto

todo el día para vigilar aquellas casas? De ser cierto lo del militar y su encuentro con conspiradores, no lo iban a hacer en horas del día, cuando más vehículos pasaban por aquella vía, y de efectuarse tal reunión, por lógica, tendría que llevarse a efecto en horas de la tarde o por la noche. Luego que hube hablado con el Sargento Vázquez, marché hacia La Guaira, quería cerciorarme de si mis compañeros estaban realmente por aquellos lares. Se me había metido en la cabeza la absurda idea de que algo gordo se estaba tramando y yo iba a ser el "Cazador cazado". En La Guaira no tuve inconveniente en dar con el paradero de mis colegas. Se hallaban en la Plaza de Macuto, no me fue difícil dar con ellos, conocía el automóvil, pues éste no era sino el mismo en que habíamos detenido al doctor Eligio Anzola y al doctor Alirio Gómez, a dicho vehículo se le había mandado a colocar los parabrisas y regularmente lo utilizábamos para desempeñar ciertos trabajos.

Polachini al verme, se me acercó muy sonriente, luego se acercaron los otros y el "Negro" Solórzano. Todos estaban la mar de "cariñosos", sus sonrisas les llegaban de oreja a oreja, por lo que les dije:

—¡Hola, socios! ¿Cómo los tratan los guaireños?

—¡Déjese de pendejadas, Barreto! —respondió Polachini—. ¿Cómo carajo tienen que tratarnos los guaireños...?

—Como deben hacerlo, mi "socio": a patadas—. Porque eso es lo que merecen. Y seguidamente: ¿Cómo va ese "trabajo", muchos problemas?

—¡En absoluto! Todo marcha a pedir de boca. Ya hemos localizado al "pajarito". Hoy no ha salido de su nido...

—¿Ha salido los otros días...?

—¡Usted parece "güebón"! ¡Qué va a estar saliendo, si apenas hemos comenzado a vigilarlo hoy!

—Tú eres un genio, al menos debes creer que lo eres, pero sólo eres un bolsa a toda carrera —Polachini no replicó, se había dado cuenta el por qué yo le hice la pregunta, por ello cambió de tema, diciéndome:

—¿Cómo te va en tu sector...?

Me quedé mirándolo fijamente, luego observé detenidamente al "Indio" y posteriormente a Julio García y finalmente a Solórzano. Estos esperaban mi respuesta, pero yo demoré en darla, estaba pensando y mientras lo hacía, di fuego a un tabaco ("como que estabas en lo cierto, Barretico, ¿no es extraño que estos carajos sepan de la misión que te encomendó Ortega?, alguien tuvo que ponerlos al corriente de ello, y ya imaginas quién pudo ser ese *alguien*. Tienes que averiguar cuál es la verdadera misión de estos muérganos, no te duermas"). Pensaba a marchas forzadas y cuando terminé de encender el cigarro, dije:

—¿Me decías, Polachini...?

—¡Tú como que te estas volviendo sordo! Te pregunté que cómo te está yendo en tu sector... si es que lo puedo saber.

—¡Claro, hombre! ¡No faltaba más! ¿No eres mi "socio"? Hasta ahora todo marcha estupendamente. Un poco fastidioso, pero poco a poco me voy adaptando al ambiente. Por lo demás no hay problemas y, a ustedes seguramente les ha ido bien, por lo que estoy viendo, ¿verdad?

—Pues sí, sólo que el calor nos tiene jodidos —respondió García.

—Ya que vinistes, ¿por qué no nos brindas unas cervecitas, Barreto?

—Encantado, sólo que tienen que esperar a que yo acomode mejor esta moto. Luego que hube realizado el cambio de sitio de la máquina, nos dirigimos todos al bar cercano y pedimos algunas cervezas, y mientras estábamos en eso, el "Indio" me dijo:

—¿Por qué no me llevas a que mi primo un momentico?

—¿Dónde vive él...?

—En Catia La Mar, ¿puedes llevarme?

—Si no te vas a demorar, puedo darte el empujón, de lo contrario, no.

—Es sólo unos minutos, quiero saber si me consiguió un cargo que le hice.

—Vamos, però pídele permiso a Polachini.

Así lo hizo y nos marchamos en busca de la "Indian" y a los pocos minutos íbamos rumbo a Catia La Mar. La oportunidad de conocer algunos detalles de aquel extraño asunto, se me había presentado con el pedimento de mi compañero. Podía manejarlo a mi antojo, por ello antes de llegar a la casa de su familiar, le propuse nos echáramos otro palito, y el hombre aceptó; pero no fue uno, sino "unos" y sin que yo se lo preguntara, él mismo comenzó a comentar lo de aquella vigilancia:

—Ortega vino esta mañana, como a las diez, y nos estuvo hablando de la vigilancia que te había ordenado. Cuando Polachini le preguntó por ti, él respondió: "a ese güebón lo tengo metido en el monte vigilando las casas que están antes de llegar a Plan de Manzano". Dijo que allí te iba a tener por lo menos una semana...

—Dime, "Indio", ¿cuáles son las instrucciones que tienen ustedes con respecto a ese Teniente de la Marina?

—Seguirlo a todas partes, pero Ortega le dijo a Polachini que para el jueves habrían nuevas instrucciones, que él mismo nos las traería. Parece que a ese militar le gustan mucho los toros y como hay esa corrida del Nuevo Circo, con el Diamante Negro y el otro español, es seguro que el teniente suba a Caracas, por eso nos traerá las instrucciones ese día.

—¿Y qué más, "Indio"?

—Bueno, que tenemos que darte un susto a ti, pero Polachini y yo nos oponemos a eso, pero Julio le dijo que él te lo daría, es para después de la corrida de toros...

—¿Y en qué consiste ese susto, "Indio"?

—Yo no sé, pero creo que es echarte unos tiros al aire. Ortega dijo que iba a gozar una bola viéndote correr.

—¿Saben ustedes el lugar en donde yo estoy de vigilancia?

—Sí, Ortega se lo dijo a Polachini y a Julio, y es por los lados de esas casas que hay más adelante de la cruz del peñón...

—Tú eres amigo mío, ¿verdad "Indio"?

—¡Claro, chico!, ¿es que lo dudas, acaso?

—Nunca, "Indio", sólo te lo preguntaba para estar seguro. Ahora me siento mejor. Sé que puedo confiar en ti y voy a pedirte un favor: que el jueves procures informarte bien de las nuevas instrucciones que les dé Ortega a Polachini y Julio, tú me lo harás saber ese mismo día, yo bajaré en la tarde, pero no debes decir nada de cuanto ahora estamos hablando. Si te preguntan algo, límitate a decirles que lo que hago es protestar por la clase de vigilancia que me fue asignada.

—Ellos no preguntarán nada, Barreto. Saben que yo "soy Indio" y a los indios nos gusta hablar poco y menos que nos formulen preguntas...

—Ahora tómame esa cerveza y vamos a casa de tu primo. Debemos regresar a Macuto. A lo mejor te amonesta Polachini, pero no le hagas caso. Cualquier cosa, me lo cuentas el jueves por la tarde.

Cuando regresamos a Macuto, ya Polachini y los otros oficiales estaban "alarmados", por ello cuando el "Indio" se desmontó de la moto, le quiso formar un peo a éste; pero tuvo que aguantarse. Conocía a Borges y se limitó a decir:

—¡Qué bolas tienes tú, "Indio". Me dices que sólo ibas a demorar unos minutos y ya ha pasado más de una hora desde que se marcharon!

—Pero volví, ¿verdad...?

Y hasta allí llegó la cosa. Me despedí de mis amables colegas y emprendí viaje a mi lugar de vigilancia, pero no era tal, se me había metido en la cabeza la idea de cambiar de vehículo y de lugar de observación. Así pues, que me llegué a Caracas y antes de asomarme por la Seguridad, llamé por teléfono para cerciorarme si Ortega o el señor Estrada se encontraban todavía allí, me informaron que ninguno de los dos se hallaban, solamente el Bachiller permanecía en su Oficina, por lo que me acerqué decididamente hasta allí. Dejé la moto en el estacionamiento y entregué las llaves al Oficial de Prevención para que se las diera al Jefe de Mantenimiento y subí al Despacho de Castro. No toqué la puerta, sino que me metí como lo hacía algunas veces, y allí

estaba mi superior, con una despampanante rubia sentada en sus piernas y sosteniéndole la boquilla de fumar:

—Perdón, Bachiller. ¡No pensé que podía estar usted ocupado!, e inmediatamente hice intención de salir; pero el Bachiller me dijo:

—Quédese, Barreto. Usted es de confianza y... Solange también lo es, ¿verdad, cariño?

—¡Oooh, claro, amorcito!

Aquel "O" largo me dio la impresión de ser más bien un quejido de calamidad, que de sorpresa. La mujer no tenía más allá de veinticuatro o veintiséis años, pero bien proporcionados, al menos esa deducción podía hacerse con sólo mirarle las piernas, y ahora las tenía extendidas más allá de las piernas del Bachiller hacia lo largo del diván, pero dejando ver un poco más arriba de la rodilla, ¡como dos cuartas!

—¿Qué se le ofrece, amigo Barreto?

—Quería consultarle algo, Bachiller; pero mejor lo dejo para otra ocasión...

—Tómese un trago. Ya vamos a hablar. Usted no está apurado, y además yo soy el Jefe Supremo en estos momentos...

—Eso ni dudarle, Bachiller —atajé. Y luego procedí a servirme un poco de Coñac en una copita de cristal muy mona de las que siempre tenía a mano mi Superior. Mientras, éste retiraba, con mucha delicadeza, las piernas de su Solange y se encaminó a la Oficina adyacente y hasta allí lo seguí:

—¿De qué se trata, Barreto?

De la vigilancia al Teniente Carlos Alberto Tailhardat, Bachiller. Ortega nos ordenó seguirlo, es decir, ordenó a Polachini, Julio García, al "Indio" y Solórzano que no lo "perdieran de vista" y a mí me asignó la vigilancia de un sector en Plan de Manzano, sector que está después de cruzar los rieles del ferrocarril, viniendo desde La Guaira. Según lo manifestado por Ortega, en alguna de las casas que hay allí, se reuniría dicho Teniente con algunos elementos conspiradores y los Militares de la Aviación...

—¿Y entonces...?

—Deseo saber si vale la pena perder el tiempo en esa vigilancia, y, si en el programa, está incluido el que se me gaste un "susto" echándome algunos tiros al aire después de que se haya realizado la corrida del próximo domingo.

—Esa vigilancia es necesaria hasta mañana, luego usted debe reunirse con sus compañeros, pero lo de ese "susto" no me parece, ¿a cuenta de qué...?

—Eso mismo me pregunto yo, Bachiller.

—Usted siga allí, cambie de lugar y llévese un arma larga, y si quieren darle ese susto, asústelos usted, ¿comprende? Yo voy a poner en conocimiento de Estrada ese asunto. Ortega y usted no se la llevan bien, y a lo mejor es inventiva de él. Tenga mucho cuidado.

Lo tendré, Bachiller. Muchas gracias y buenas noches. Seguidamente me apresuré a dejar aquellas oficinas. Solange se hallaba recostada y en su mano sostenía una copa; pero su postura era ahora más recatada. Salí del edificio y eché una mirada por el estacionamiento, quería averiguar si había algún vehículo apropiado para llevármelo, pero no encontré ninguno, todos los que ocupaban dicho estacionamiento, eran conocidos, por lo que opté por hacerme de uno que fuera "extraño" al servicio y para lograrlo me encaminé hacia la esquina de Delicias, allí permanecí a la expectativa hasta que logré dar con lo que quería; que no era otra cosa que una camioneta de reparto, de esas que son cerradas y que a sus laterales se acostumbra pintarle anuncios. Cuando se detuvo su conductor, éste me preguntó que qué deseaba, pero no le respondí, sino que abrí la puerta y:

—Tenga la bondad de seguir. Lléveme a la Seguridad Nacional —ordené—. No se alarme, sólo necesitamos el vehículo, ¿es suyo?

—Sí, señor, pero...

—¡No hay pero que valga, amigo! ¿Portugués...?

—Sí, señor, pero tengo muchos años aquí. Soy casado con una muchacha venezolana y tenemos dos hijitos...

—Mejor. No se preocupe, si promete no hablar del asunto, puedo dejarlo ir una vez que lleguemos a la Seguridad. Sólo quiero el vehículo. Es como su colaboración con el Gobierno, ¿qué me responde?

—Está bien señor, ¿cuándo me entregaría la camioneta?

—A más tardar el lunes. Se le pagará por todo ese tiempo. De ello puede estar seguro.

No terminamos de llegar a la Oficina de Seguranal, el hombre convino en la "proposición", le di una tarjeta con mi nombre impreso y después de dejarlo cerca de El Silencio, marché con rumbo a La Guaira, pero no terminé de bajar allí, ya que cuando iba llegando a la Alcabala de Blandín, observé que el automóvil en que andaban Polachini y sus muchachos subía hacia Caracas. Di la vuelta y los alcancé cuando ya entraban a la Plaza de Catia. Los seguí hasta San Bernardino, hacia la avenida La Estrella, que era donde vivía Ulises Ortégá. Imaginé las razones que tenían para ir a verlo, pero eso no importaba, así que marché a la Seguridad y una vez allí, me proveí de una Sub-ametralladora "Thompson" de tambor, una linterna "adaptable" y un viejo "Hornet" 30-30 con mira telescópica que le habíamos decomisado a un médico de apellido Omaña que había prestado servicio en el Hospital Militar, pero que por sus *actividades* un tanto inacordes con los reglamentos castrenses, lo despidieron y en "venganza" se metió a conspirador. Con todo aquel bello equipo, marché a La Guaira. A aquella hora nada podía hacer con respecto a mi "trabajo"; pero al menos podía distraerme un poco. Sabía del "famoso" Trapichito, y de "La Pedrera", dos cabaretuchos en donde abundaban las meretrices, venidas de *todo el mundo*, pero que al menos servían para *medio pasar el tiempo*.

El miércoles, muy de mañana me hallaba apostado cerca del Hotel Macuto, cubrí mi cabeza con una gorra a lo "portugués" y mis ojos los tapaba con unos anteojos oscuros. A eso de las siete pude observar que se acercaba el "Chrysler" de mis colegas, fue a estacionarse a unos cincuenta metros de donde yo estaba. Polachini y Julio abandonaron el vehículo y echaron a andar hacia las edificaciones cercanas, pero poco a poco se fueron acercando al edificio donde vivía el Teniente Tailhardat y cuando

observé que se internaban hacia el estacionamiento, puse en marcha la "Chevrolet" y fui a estacionarme justamente frente al Bar-Restaurant situado a un lado de aquel edificio, por el espejo observaba a mis colegas, éstos desandaban hacia donde esperaba su vehículo, pero yo ya había visto cuál era el automóvil que acaparaba la atención de mis compañeros. Allí estaba el "Buick" amarillo con el techo negro y decidí esperar para ver a su dueño cuando saliera, si era que lo iba a hacer aquella mañana. No tuve que esperar demasiado, a eso de las siete y cuarenta y cinco, estaba el Marino subiendo a su automóvil y cuando abandonó el estacionamiento puse en funcionamiento la camioneta y me dispuse a seguir a mis colegas, quería estar al tanto de sus andanzas aquel día. No estaba dispuesto a meterme al monte, para los efectos de la vigilancia, nada mejor que andar a la pata del militar. Si se decidía a ir a entrevistarse con quien fuera en aquel casi solitario lugar que algunos daban en llamar "La Frontera" y otros "La Cordillera", yo estaría cerca y así la vigilancia sería más efectiva. Y esa era "mi preocupación". Todavía no terminaba de comprender el por qué tener que meterme al monte cercano para averiguar lo de la reunión del militar, si a éste lo seguían mis colegas, lógicamente que tendrían que seguirlo hasta aquel sitio, ¿entonces, cuál era el verdadero papel que yo ocupaba en el caso...? Y lo del "susto" era otra cosa que no me iba a calar así como así; y desde que el "Indio" me puso al tanto de lo que había dicho Ortega, se me había metido en la cabeza la idea de que a aquel militar lo iban a matar; pero era temprano para llegar a una conclusión definitiva, tendría que esperar al jueves para conocer la verdadera función que debían realizar mis colegas y si era lo que yo pensaba, el que se iba a cagar era Ortega y también aquel que se encargara de "asustarme".

Pensaba en todas esas cosas mientras seguía a distancia, a mis colegas que iban a su vez, como a setenta metros del "Buick" amarillo. Su conductor lo enfiló hacia el Cuartel de la Infantería de Marina situado en Maiquetía, mis colegas apenas aminoraron la marcha, luego siguieron rumbo al Aeropuerto y yo seguí adelante, enfilé la carretera con dirección a Caracas. Al llegar a la parte alta en medio del cerro, detuve la marcha y bajé, binoculares en mano, y comencé a otear hacia el Aeropuerto con la esperanza de localizar el auto de Polachini. Tardé en verlo allá abajo. No

habían llegado, se detuvieron como a doscientos metros. Continué rastreando el Aeropuerto, algunos aviones despegaron en un lapso verdaderamente corto, tal como si estuviesen esperando la orden para ir largándose pista adelante para perderse luego en el horizonte cual aves asustadas por un fortuito cazador.

Subí a la camioneta y seguí adelante, llegué a la Vuelta de "Pedro García" y regresé hacia La Guaira. Cuando llegué a la llamada "Vuelta del Violín", detuve la marcha y bajé a darle una observadita a Maiquetía desde aquel sitio. Coloqué los largavistas a mis ojos y traté de localizar el Cuartel de la Infantería, cosa que logré después de darle vueltas y más vueltas al *disco graduador* del lente, pero no pude localizar, a aquella distancia, el automóvil del Teniente Tailhardat. Seguí carretera abajo dispuesto a ir a darme una zambullidita en el mar. Pensaba que mientras el militar no se decidiera a viajar a Caracas, todo estaría dentro de la normalidad, pero mi obsesión era conocer las instrucciones que llevaría Ortega el jueves a Polachini y los otros oficiales. No quería perderme ningún detalle de cuando hiciera acto de presencia el Jefe de la Sección Político-Social para verse con mis colegas. Trataría de estar situado en algún lugar cercano al automóvil de aquéllos, ¿cuáles serían aquellas nuevas instrucciones?, ¿seguiría adelante Ortega en su empeño de darme un susto? Y Castro, ¿comunicaría éste a Estrada el problema que yo le plantee la tarde anterior? A lo mejor se le había olvidado.

Con estas reflexiones y otras que bien puedo calificar de fortuitas, seguía conduciendo la "Chevrolet" con dirección a Catia La Mar casi obstinadamente. Ya me había trazado "un plan de trabajo" para el caso de que Ortega se empeñara en gastarme la *broma de los disparos al aire para verme correr*. Pasé todo el resto del día disfrutando de los baños de mar y pasé la noche durmiendo con una morenaza en "El Trapichito", pero a las cinco de la mañana ya estaba estacionando la camioneta en los alrededores de la Plaza El Cristo de Maiquetía. A media cuadra estaban las oficinas de la Seguridad Nacional. Por experiencia sabía que de haber la entrevista de Ortega con Polachini y los otros agentes, aquélla no podía realizarse en otro lugar que no fuera en las oficinas de la sucursal de la Seguranal en Maiquetía. Sabía igualmente que, tanto Polachini como los otros agentes, se

irían presentando de uno en uno y a pie, y yo sólo tendría que aguardar, después que terminaran su reunión, para tratar de ponerme al habla con el "Indio".

A las nueve menos cinco, vi llegar el "Chevrolet" de Ortega, conducido por el "Negro" Arias. En el asiento posterior, iba Ulises y al bajarse a las puertas de la Seguridad, llevaba una M-1 en sus manos. Nunca se desprendía de aquella arma. Arias, después de estacionar el automóvil se fue a situar a las puertas mismas del edificio donde tenía el Gobierno la Sucursal de la S. N. en el Litotal.

Por estar pendiente de la llegada de Ortega, no me había dado cuenta de que mis colegas estacionaban el "Chrysler" casi a las puertas del bar de la esquina, casi frente a donde yo me hallaba. El primero en dejarlo, fue Polachini, le siguió Julio García Cabrera, luego el "Indio" y finalmente Solórzano. Tentado estuve de seguirlos y presentarme a la reunión; pero desistí, lo que se dijera en ella lo sabría más tarde al hablar con el "Indio", así que seguí metido en la camioneta. Sudaba como un condenado; pero debía soportar aquella "tortura".

La reunión duró poco más de una hora y el primero en aparecer a las puertas de la Seguranal sección Litoral, fue Solórzano, quien con paso rápido se dirigió al "Chrysler" y lo puso en marcha para situarlo al otro lado de la esquina, luego apareció García Cabrera quien se detuvo a comentar algo con Arias; posteriormente hicieron acto de presencia Ulises Ortega, Polachini, el Jefe de la Seguridad en La Guaira, Ramón Norato Useche Vivas y el "Indio" Borges. Ortega se despidió y abordando su automóvil se alejó de aquel lugar. Los demás con la sola excepción del Jefe local, se dirigieron al auto que aguardaba. Esperé a que se alejaran y entonces bajé de la Chevrolet y me encaminé a la Oficina.

Me hice anunciar con el Jefe, quien salió a recibirme con la mejor de sus sonrisas:

—Hombre, ¿qué haces tan de mañana por aquí, Barreto?
—dijo a manera de saludo.

—Paseando con diligencia, Jefe. Y usted, ¿cómo está?

Pues ya lo ves, muchacho, como un toro. Los baños de mar me asientan muy bien, y los sancochos de pescao complementan mi salud, así que imagínate lo bien que lo estoy pasando.

—Me alegra que todo sea como usted lo quiere, Jefe. Para mejor sitio no pudo mandarlo don Pedro. Aquí está como un "Nerón" y hasta ha engordado un poco. La última vez que nos vimos, usted estaba tan "flaco" que hasta me atreví a recomendarle que cuando hubiese ventarrón, procurara amarrarse a un poste, ¿lo recuerda usted, Jefe?

—¡Claro que lo recuerdo, tú siempre andas con esas vainas! Pero no fue eso lo que me dijiste, si mal no recuerdo, hablaste de algo relacionado con las culebras...

—¡Sí, hombre! Andaba usted con aquella musiúa de los brillantes, y lo que le dije entonces, fue que estaba tan "flaco" que se parecía a un pco de culebra...

—Pues sí, eso fue lo que dijiste. Menos mal que la musiúa no entendió nada, ¡qué pena hubiera pasado, chico!

—¿Mucho trabajo, Jefe?

—Lo normal, Barreto. Alguno que otro adequito que le da por llenarme las calles de propaganda, pero una vez que me lo sapean, lo mando a hacer preso y lo pongo a recogerlo y, ¿qué andas haciendo tú fuera de tu zona de trabajo?

—Buscando un susto, Jefe.

—¿Qué es eso de "susto", qué vaina es esa?

—Quise decir, Jefe, que voy a darle un susto a un enemigo del Gobierno, ya sabe usted cómo es don Pedro, Castro y Ortega...

—¡Sí, hombre!, por cierto que ahorita estuvo Ulises aquí. Estuvo hablando con Mercedes, Julio, el "Indio" y Solórzano...

—¿Hace mucho que se marchó?

—No, chico, no hacía ni diez minutos cuando apareciste tú, y cuando me anunciaron que querías hablar conmigo, pensé que también andabas con ellos.

—No, Jefe, no ando con ellos, ando sí, en otro trabajo, pero

me hubiera gustado hablar con *mi* Jefe Ortega, usted sabe que él y yo nos apreciamos mucho...

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Tú si que tienes vainas! Si sabré yo. Ustedes viven como el perro y el gato. El día menos pensado van a terminar dándose unos tiros los dos —y el hombre, volvió a largar la carcajada.

—¿Y no sabe para qué vino toda esa gente a su jurisdicción?

—De eso no sé nada, Barreto. Ni siquiera estuve presente cuando estaban hablando. Ortega me pidió los dejara solos. Ya lo conoces, siempre anda con misterios; deben andar en algo gordo. Pero no me has dicho tú, cuál es el trabajo que andas haciendo. ¿Se trata de algo relacionado con los telegrafistas?

—No, Jefe. No se trata de eso. Ando a la caza de una dama que debe arribar esta tarde de Europa —mentí.

—¿Y por qué andas tan lejos del aeropuerto? No debes ser tan confiado, mira que esa dama se te puede adelantar en el viaje y si no estás allí, se te puede perder...

—No hay que preocuparse por eso, Jefe —atajé—. El encargado de detenerla, es Lorenzo Silva y él me la entregará tan pronto como se baje del avión, además el avión en que llegará, no arribará al aeropuerto antes de las siete de la noche, como ve, me sobra tiempo. Y seguidamente: ¿Puedo utilizar el teléfono?

—¡Claro, chico. Las veces que te dé la gana!

—Gracias, Jefe. Usted siempre tan amable y servicial con quienes fueron sus subalternos. Allí en Caracas lo recordamos todos los días, ¡créamelo!

—Algunos sí, otros no, Barreto, así que no me vengas con "adulancias".

—No le adulo, Jefe. Le digo verdad.

Efectué la llamada. Hablé con el Bachiller, quien me ordenó me pusiera a las órdenes de Polachini inmediatamente. Le hice saber que Ortega había estado allí y había hablado con mis compañeros, y me respondió que lo sabía, que el mismo Estrada lo

comisionó para dar instrucciones respecto al trabajo que íbamos a realizar. Enterado de todo aquello, colgué y me dispuse a abandonar las dependencias de la Seguridad-La Guaira. Me despedí del Jefe y marché a buscar a mis colegas para ponerme a la orden de Polachini.

Los hallé apostados frente al edificio donde habitaba el Marino Tailhardat. Polachini me puso al corriente de lo que debíamos hacer, que no era otra cosa que asesinar a Marino Tailhardat tan pronto como se presentara la oportunidad. Aquello que me acababa de decir Polachini no me causó sorpresa, puesto que desde el mismo instante que fuimos para vigilarlo, intuí que al final esa sería la orden en definitiva.

La Semana Santa se aproximaba, mis proyectos de ir a pasarla al lado de mi familia se fueron al suelo, tendría que avisarles para que no esperaran. Pensaba en ello mientras Polachini iba hablando de la forma como debíamos actuar en el momento de echarle los tiros al Militar, pero yo no le ponía atención, por fin dije:

—Creo que ese asunto hay que tratarlo con más cuidado y lo mejor que podemos hacer por ahora, es ponernos de acuerdo todos y éste no es el sitio adecuado para tratar el caso...

—¿Y dónde coño tenemos que hablar? —interrumpióme mi colega.

—En cualquier lugar, menos aquí. Aunque para serte sincero, esta vaina no me interesa un pito, nunca me han interesado; pero tengo que aguantarme. Además hasta esta mañana, prácticamente había estado fuera del "programa". Ese asesinato tenían que *resolverlo* ustedes, pero aquí estoy y debo seguir a vuestro lado. ¡Esa es la orden recibida y la acato gústeme o no!

—Estás aquí porque quieres, nosotros no te necesitamos, además Ortega te asignó la parte que te correspondía, ¿por qué no estás en tu puesto?

—Porque no hay nada que hacer allí, ¿tú ibas a contribuir con lo del susto que me iban a dar?

—Eso era sólo una broma. Yo le advertí a Ulises que no eres de los que les gusta "galopar" cuando oyen un tiro...



El Teniente de la Marina Carlos Alberto Taylhardat, quien fue insistentemente seguido por la S.N., la cual tenía órdenes de Pedro Estrada de asesinarlo.



J.T. Rojas Contreras, nefasto Ministro del Trabajo de la Dictadura, quien disolvió numerosos sindicatos obreros.

—¿Iban a hacer disparos? —atajé—. Entonces la función era completa y, ¿qué pasó, suspendieron el acto?

—No iba a haber tal acto, Barreto. Era una broma y olvídale ya. ¡Ahora estás aquí hay que trabajar!

—Dime una cosa: ¿Cuáles fueron las instrucciones que recibiste de Ortega?

—Te voy a poner al corriente de todo, pero subamos a esa camioneta que cargas y vamos a dar una vuelta por allí. Hice lo que me decía mi colega y emprendimos camino hacia Caraballeda y el hombre continuó hablando:

—Las órdenes —según me lo dijo Ortega— son las de matar a ese Teniente. El lugar no importa, pero debemos eliminarlo y si es posible, en el transcurso de esta misma semana...

—¿Qué hizo ese hombre para que se dé esa orden contra él?

—No lo sé, Barreto. Tú conoces cómo son las cosas en la Seguridad. Dan una orden, la cumplimos; pero siempre ignorando los motivos, y sabes que no se puede preguntar el "por qué de tal o cuál orden".

—Sí, eso es cierto. Pienso que todas esas vainas, tienen como única finalidad "meter un poco de miedo" en el ánimo de los enemigos del Gobierno, pero en especial a los militares. Tú sabes que siempre quedan por allí algunos descontentos, a mí no me consta; pero se lo he oído comentar al Bachiller...

—Barreto, este asunto me tiene preocupado y, por favor, no vayas a pensar que es miedo lo que tengo, nada de eso; tú me conoces y sabes que me sobran bolas para cualquier vaina; pero si matamos a ese militar seguro que nos vamos a meter en un lío, ¿no lo crees así?

—¡De hecho, amigo mío, ya estamos metido en ese lío, ahora lo que hay que ver es quién será el que "raspe" a ese Marino, porque yo, querido colega, no lo voy a hacer!

—Ni yo, pero el "Indio" y Julio se lo están peleando desde el mismo momento en que Ortega nos habló en la Oficina del viejo Useche.

—¿Escogieron el lugar?

—Aún no, hemos estado chequeando los lugares a donde el hombre acude con más regularidad, pero no nos satisfacen y el peligro es demasiado para nosotros.

—Sí, "hay que cuidar el pellejo", es la norma, ¿verdad? Yo te aconsejo que dejes pasar unos días, no te precipites. Yo tengo órdenes del Bachiller Castro de incorporarme a tu grupo, pero debo ir a entregar la camioneta y dejar las armas en la Oficina, y a propósito, ¿qué clase de arma van a utilizar?

—La M-1...

—¡El arma favorita de Ortega!

El resto de aquella tarde del jueves la pasamos vagueando un poco por los alrededores de la residencia del Marino, el viernes muy de mañana lo "acompañamos" hasta la Escuela de Infantería y al Cuartel de Infantería y al Aeropuerto de Maiquetía. En este recorrido me acompañaba Polachini, los otros iban en el vehículo "original" y cuando el hombre regresó a su apartamento, yo marché a Caracas. En la Central del Paraíso, dejé el vehículo y las armas y comisioné a un motorizado para que avisara al portugués para que fuera a recoger su propiedad. Decidí quedarme en la Seguridad hasta el día siguiente y asistí a una función de tortura cuyo principal actor era un sujeto de apellido Garcilazo.

Bajé a La Guaira el viernes por la tarde y fue a llevarme una de las camionetas del servicio, conducida por Jesús Alberto Piñero. Mis colegas no estaban por ninguna parte de las conocidas por mí, así que despedí a Piñero y me entretuve dando vueltas. Mis compañeros no podían tardar y si lo hacían no importaba. Mis colegas se presentaron cerca de las doce de la noche, el Marino había estado hasta esa hora en un Club Balneario situado en Catia La Mar, propiamente, en un lugar al comienzo mismo de la carretera que conduce a Carayaca-Mamo. Una vez que dicho Militar entraba a su casa no salía en el resto de la noche, así me lo estaban informando los compañeros, eso resultaba mejor, puesto que podía irme a dormir a cualquier hotel y así lo hice. Los otros se largaron para la Oficina de Seguridad.

El sábado ya estábamos plantados en los lugares de observación. En el estacionamiento del edificio se hallaba el "Buick", señal de que nuestro "vigilado" no se había movido. La incomodidad dentro del "Chrysler" era sofocante, por lo que propuse la conveniencia de hacernos con otro vehículo y Polachini marchó a Caracas con la finalidad de conseguirlo. En la tarde de aquel sábado, ya teníamos nuevo auto y nos repartimos: Polachini, Julio y Solórzano, ocuparon el nuevo y el "Indio" y yo, continuamos en el "Chrysler". Julio García propuso que cada día uno de nosotros fuera designado para llevar a cabo el asesinato del Marino, y aunque me opuse, dicha proposición fue aprobada por cuatro contra uno. El domingo me correspondió a mí, de tal manera que si se presentaba la oportunidad de matar al Teniente, debía hacerlo. Aquello me sabía muy mal; pero tenía que seguir adelante. La caza duraba hasta la hora en que el Militar entraba al estacionamiento del edificio donde vivía y allí no se podía hacer nada.

Tuve suerte y el Militar también. Cuando el domingo salió, lo hizo en compañía de su señora y una niña. Rogué a Dios porque no se separaran del hombre un solo momento, y Dios no fue malo, y el domingo transcurrió sin novedad, lo mismo sucedió el lunes, cuyo turno correspondió a Julio, y el Martes Santo que le correspondió a Polachini. A Solórzano le tocó el Miércoles Santo y ese día el Militar por alguna razón, no abandonó el apartamento, pero el Jueves Santo, nos sorprendió. Cuando nos percatamos, ya el Militar había dejado el estacionamiento y se dirigía a Macuto, lo seguimos, le tocaba el turno al "Indio" y éste había ocupado el lugar de tiro en el automóvil llevado desde Caracas por Polachini. El Teniente metió el automóvil justamente en el terreno frente al Balneario, y el "Indio" se disponía a dispararle, cuando abrí la puerta del "Chrysler" y corrí donde aquél se hallaba. Abrí la puerta de un tirón y empujé al "Indio" contra el asiento; éste se había dado cuenta de mi presencia y separó el dedo del disparador, lo que evitó la gran tragedia.

—¡Coño, que vaina es esa, Barreto! —murmuró Polachini—. ¿Por qué carajo tienes que salirte de tu carro, ahora, precisamente ahora, ah?

—¡Mira, fijate en ese hombre! ¿Te das cuenta...?

—¡Dios mío! —murmuró el “Indio”— y soltó la M-1 al piso del automóvil.

—¡Verga! —estalló Polachini.

—¿Comprendes ahora...? De haber disparado el “Indio”, hubiese matado a la niña también. —Todos callaron. Polachini, a pesar de que estaba largando cada palabrota, hundió la cara entre sus manos, el “Indio” estaba pálido y había recostado la cabeza contra el asiento, respiraba agitadamente y yo, ni qué se diga. Tal vez era el más asustado de todos, pues me había dado cuenta en el último minuto de que con el Militar iba una criatura de algunos tres o más añitos, y no esperé por lo que no me quedó otro camino más viable que lanzarme en carrera hacia el otro carro. La tragedia no se desarrolló, no propiamente por la intervención mía, sino por el movimiento que realizó el Teniente al agacharse después que se bajó, para tomar en sus brazos a la niña, y el “Indio” sólo estaba aguardando el momento en que se enderezara para descargar su M-1 contra él. Fue una cosa de segundos nada más y que de no haber concurrido la circunstancia o necesidad de agacharse hacia dentro del auto para coger la niña en sus brazos, aquel hombre no se hubiera salvado jamás. Además el hombre duró aproximadamente un minuto metida la mitad de su cuerpo dentro del carro y eso me permitió a mí intervenir con éxito. ¡De no haber ocurrido así, al enderezarse el “Indio” habría disparado y la bala hubiese acabado con padre e hija en un segundo!

A pesar de la “conmoción” dentro del auto de mis colegas, no perdí ni uno solo de los movimientos del Militar. Este estaba cerrando la puerta del “Buick” y sostenía a la nenita en sus brazos, luego con un paño casi arrastrando, caminó hacia el agua y al perderlo de vista me desentendí de él y me volví hacia mis compañeros:

—¿Qué les ha parecido el asuntico...? Como pueden observar, la playa está atestada de gente y eso ustedes no lo tomaron en cuenta, menos aún las consecuencias que se hubiesen derivado de nuestra acción. ¿Creen ustedes que habríamos podido abandonar La Guaira después de haber asesinado a ese hombre? Mis compañeros nada me respondieron, seguían mudos, aún no habían reaccionado. —Imagínense ustedes cuál habría sido la reacción de

toda esa gente al ver caer a ese Teniente y la niña heridos o muertos —agregué.

—¡Deja de hablar tantas güebonadas, Barreto! Si este carajo no se hubiera dormido apuntando, ya hubiéramos terminado con ese pendejo. Si hubiera disparado cuando le dije, ya estuviera bien muertico ese Tenientico —gruñó Julio García.

—¡Cierra esa jeta, Julio! Siempre que la abres lo que largas es mierda —bramó Polachini.

—¡Déjalo, que hable cuanto quiera, Polachini. Tú y yo tenemos que dilucidar cierto asuntico, Julio. ¿Sabes de qué se trata...? No, veo que no sabes, te lo voy a decir: se trata del susto que te encargó Ortega me dieras. Te ofreciste cuando Polachini y el “Indio” se negaron a hacerme esa cochinado. Eso tenemos que tratarlo con detenimiento, ya te daré aviso.

Julio a medida que yo iba hablando, se tornó más pálido de lo mucho que ya estaba. Me conocía y por ello sabía que tenía que andarse con cuidado, por fin habló:

—Mira, Barreto. No pienses que te iba a disparar...

—¿Quién piensa en eso?, yo no; por supuesto que por lo que acabas de decir, esas eran precisamente tus intenciones —corté—. Tú siempre te has comportado incondicionalmente con Ortega, y en eso del susto ya estabas gozando anticipadamente con sólo imaginarte verme correr; pero quien va a correr eres tú, ¡ya verás! Entonces es que vas a saber si hablo “güebonadas”.

—Olvida ese asunto, Barreto —intervino el “Indio”, ya repuesto—. Nosotros no íbamos a permitir que éste y Solórzano llevaran a efecto los propósitos de Ortega.

—¡Basta de discusiones —intervino Polachini—. Vamos de aquí, aún no me he repuesto de lo que ha sucedido.

—“Indio”, deja esa arma y pásate para mi carro. Tengo que hablarte.

Seguidamente el aludido dejó al auto y me siguió. Ordené a Solórzano que marchara con los otros.

—¿Qué pasó, te arrepentiste, “Indio”?

—¡Coje un buche de mierda, Solórzano! —respondió Borges.

El viernes y el sábado siguiente lo pasamos el "Indio" y yo en casa de su primo, es decir, que pasamos la mayor parte de nuestro tiempo libre con aquella buena familia, pero sin descuidar la vigilancia. El "Indio" después de lo sucedido en Macuto, se había olvidado por completo de aquello. Ni un comentario salió de sus labios, tampoco yo quise decirle nada, allá él y su manera de comportarse. Yo lo había invitado a subir a "mi carro" para quitarme de encima a Solórzano, al fin y al cabo, el "Indio" me inspiraba más confianza que los demás, era más sincero, más noble y... más "maneja".

El domingo muy de mañana estábamos como un clavo esperando en las cercanías del edificio donde habitaba el Marino, es decir, Polachini y los otros agentes. El "Indio" y yo aguardábamos en la Plaza. A las ocho y media vimos pasar el "Buick" amarillo e inmediatamente nos le pusimos a la pata. El Teniente iba solo y en esta oportunidad no entró al Cuartel de Infantería, sino que enfiló la vía hacia Caracas, por lo que no nos preocupamos mucho, no obstante, procuramos no rezagarnos demasiado. Ya en la capital, el Militar se dedicó a dar vueltas por el sector del Paraíso para posteriormente dirigirse hacia Los Rosales, concretamente a la avenida El Parque en donde permaneció hasta la una de la tarde y cuando abandonaba la quinta, lo hizo en compañía de una señora y dos jóvenes y seguidamente se dirigieron al centro de la ciudad, siguiendo la avenida Roosevelt, luego Los Ilustres, Autopista para ir a recalar al Nuevo Circo, una vez allí entraron al Coso. No cabía duda, iban a la corrida que se iba a escenificar aquella tarde. Era un mano a mano entre el Diamante Negro y un torero español de bastante renombre y prestigio en aquel entonces.

Después que el Teniente se hubo perdido por entre el rebullicio de gente que asistía a ver el espectáculo, Polachini consideró que era una pérdida de tiempo permanecer allí, por lo que ordenó que regresáramos a La Guaira, cosa que hicimos tan pronto como equipamos los vehículos. Ya en plena vía y más allá de la Vuelta de "Pedro García", nos detuvimos para examinar el terreno, y llegamos a la conclusión de que aquel lugar del recorrido, era el adecuado para preparar la emboscada al Militar. Seleccionamos un

sector comprendido entre las tres primeras curvas después de pasar el puente de la quebrada seca y la curva denominada de El Violín.

—Tú, Barreto, busca la manera de acomodarte en lo alto de un cerro de esos, desde donde puedas observar cuando venga bajando el carro del Teniente. Llévate los largavista. Serás el encargado de avisarnos. Tú, "Indio", acomoda el automóvil y levántale la tapa del motor como si estuvieras accidentado. Nosotros estaremos en aquella curva. Julio será el encargado de disparar. Vamos a ver si es verdad que no pela una rueda a doscientos metros.

Después de ordenarnos esto, siguieron adelante para situarse en el lugar seleccionado. Me quedé observando la pendiente del cerro, buscando el lugar apropiado para comenzar a escalarlo, pero de donde estaba la casa resultaba problemático, por lo que avancé unos cuantos metros "comiéndome la flecha" y al fin vi por dónde podía subir y no perdí tiempo. El sol estaba en su mejor "color" y algunos conductores que observaban la maniobra, apenas si medio detenían la marcha, pero seguidamente la normalizaban. Ya lejos de la carretera me detuve para tomar un poco de aire, me tercié los largavista sobre la espalda, y di fuego a un tabaco. No sé por qué me entraban unas ganas de fumar cuando me hallaba en esta clase de menesteres. Cerca de mí, había un frondoso árbol y hacia allí me dirigí con ánimo de "escampar" del sol, pequeños ruidos en las ramas del árbol y la pelea de un avispon con un gusano, llamó mi atención por unos instantes, pero no fue mucho el tiempo que perdí con aquellas cosas. El grito lastimero de un pajarillo no identificado me volvió a la realidad. Allí, hacia la derecha visualizaba los dos automóviles y a mis compañeros "tratando de arreglar los desperfectos". Distinguía perfectamente al "verdugo" Julio García, quien vestía una camisa roja y gorra blanca, se paseaba de un lado a otro de la vía. Moví la cabeza como para despejar aquellas imágenes de mi cerebro y seguí escalando cerro arriba.

¿Era esto una montaña o un cerro? No sabría decirlo en estos instantes, ¿a qué altura se convierte un cerro en montaña? ¿por qué teníamos que ser nosotros quienes tuviésemos que asesinar a aquel hombre? ¿qué nos había hecho él a nosotros? ¿Se

justificaba aquella acción? Ningún asesinato era justificable. Nunca lo ha sido, pero en política todo es justificable, según lo acostumbraba decir el Bachiller Castro.

Escogí un lugar en lo alto del cerro, desde allí podía observar plenamente la carretera, no sólo por donde debía hacer su aparición el vehículo del Teniente Tailhardat, sino a mis compañeros en su posición de espera, el picacho redondo estaba situado justamente debajo de dos frondosos árboles que por la acción del tiempo habían perdido su color original para tornarse su ramaje en un amarillo vulgar. Escogí un lugar entre dos enormes piedras de donde podía ver sin estorbo todo cuanto acontecía allá abajo, en la carretera. El paisaje no era todo lo espectacular que se piensa, sin embargo, los grandes y pequeños arbustos que se extendían en todas las direcciones, daban cierto encanto al sector. Arriba, sobre el azul del firmamento, muy distante y sobre el horizonte, hacia el oeste, el sol seguía su marcha gloriosa, y allá abajo, a unos trescientos metros, se perdía parte de la carretera que, cual cinta manchada de goma trataba de perderse en un mundo natural menos agreste.

Me tendí cuan largo soy y con los largavista fui oteando muy detenidamente cada parte de la carretera y puse especial interés en tratar de visualizar a los ocupantes de los vehículos que raudamente iban bajando por aquella carretera. Una pesada gandola parecía estar en problemas, su conductor tiraba cada patada a los pedales... pero al final pudo dominar el monstruo metálico, detuvo el armatoste a un lado de la carretera y bajó para sentarse en el suelo. Yo lo observaba y noté que se desprendía de la sucia gorra y se pasaba un pañuelo, también sucio, por la sudorosa frente. Aparté el lente de aquel conductor y enfoqué hacia el lejano mar; una columna de humo comenzaba a nacer sobre el infinito del horizonte, la columna fue agrandándose y poco a poco fue tomando forma la blanca silueta de un barco en busca de puerto.

El tiempo fue transcurriendo vertiginosamente y mi estómago comenzó a lanzar "ruidos de protesta". Observé el reloj, eran casi las cinco de la tarde, el sol ya no se veía por ningún lado, sólo la claridad de sus rayos se deslizaban entre las pocas nubes que adornaban el cielo a aquella hora. El Teniente no tardaría

más de media hora en aparecer por aquella carretera. A medida que avanzaba la tarde, entreché las precauciones y una de ellas fue la de descender un poco hacia la parte baja del cerro y me situé a una distancia no más allá de los doscientos metros. Con mis compañeros no habría problemas, puesto que Polachini podía captar la señal sin inconvenientes: estaba provisto de un par de largavista. A las cinco y cuarenta y cinco de la tarde creí localizar un automóvil amarillo. Ajusté un poco más los lentes y cuando aquel auto se asomó a una de las curvas situadas antes de llegar a la quebrada, constaté que era el "Buick" del Teniente, por lo que esperé para echar una miradita a las ventanillas, pero no logré visualizar a las posibles personas que acompañaban al Militar, no obstante, di la señal y centré nuevamente la atención en el vehículo y, por pura curiosidad, enfoqué el auto que le seguía y me envaré: era el automóvil de Ortega, y éste asomaba su cabeza por la ventanilla del lado izquierdo y agitaba su brazo al aire, comprendí: ¡No disparar! Voltié hacia donde estaba Polachini e inmediatamente hice señas, y mi compañero comprendió y corrió hacia el automóvil, yo no lo perdía de vista y pude ver cómo salían del carro Julio y Solórzano. El auto amarillo ya estaba girando la última curva y el de Ortega se detuvo donde estaba el "Indio" y luego siguió adelante hasta donde estaba Polachini. No esperé a más, bajé del cerro con todo el cuidado que la maniobra requería. Creo que tardé más de diez minutos, quizás más, pero lo hice sin novedad. El "Indio" al verme, bajó la tapa del motor y subió para hacer de conductor y marchamos al encuentro de los demás. Ortega hablaba con Polachini y Julio García cuando me bajé.

—Buenas tardes, Jefe.

—Buenas, Barreto. ¡Muchas gracias, se portó de maravilla!

—¿Sí, en qué forma...?

—Por haber captado mi señal. De lo contrario, habrían matado a ese hombre y toda la familia... Se hubieran metido ustedes en un verguero.

—Nos habríamos metido, Jefe —atajé—. No olvide que usted está metido en este asunto, así que inclúyase también

— ¡Yo no tengo por qué incluirme en nada, Barreto! Soy el Jefe y ordeno, ustedes son los que deben ejecutar mis órdenes. . .

— ¡Sácamelo, Jefe! Siempre sale con "soy el Jefe" y yo no lo considero tan allá, sobre usted hay otro de más jerarquía, por lo que mejor deja de payasadas. Si nosotros caemos, caerá usted también, así que mejor pluralice cuando hable de estas cosas.

— ¿Quién lo incluyó al grupo?

— ¿No lo sabe usted. . .? —repliqué.

— Si lo supiera no se lo preguntaría, Barreto, ¿quién le ordenó se uniera a los demás?

— El Inspector Luis Rafael Castro, "Jefe".

— ¿Y el otro servicio que le ordené efectuar. . .?

— Está bien, muchas gracias. Saludos le mandó y qué cuándo va por allá —respondí burlonamente.

— ¡Oígame, Barreto. Vamos a dejar esta discusión insulsa que a nada nos está conduciendo. Usted me ha visto la cara de pendejo y lo voy a hacer joder con Pedro. ¡Olvida quién soy para usted y quiere hacer lo que le da la gana y eso no se lo voy a permitir! ¿Quién coño se ha creído que es. . .?

— Usted lo que está loco, Ortega, ¿por qué no se hace ver del doctor Ramos Calles? Dicen que ese joven psiquiatra es un excelente profesional. A usted le está haciendo falta un buen tratamiento psiquiátrico.

Mientras hablada, Ortega no apartaba la vista de mí, y poco a poco se le iban hinchando las venas del cuello, síntoma inequívoco de que estaba a punto de sufrir una crisis de rabia y si no estalló fue por la intervención del doctor Figueroa que acababa de detenerse para saludarlo.

— ¡Continuaremos hablando en mi oficina, mañana, Barreto! Y usted, Polachini, suspenda la vigilancia ahora mismo. No olviden entregar los vehículos al señor Arteaga. ¡Nada de cogerlos para irse a putear con ellos!

La vigilancia y las órdenes de asesinar al Teniente Tailhardat, no las daba Ortega porque él así lo dispusiera; sino porque

venían de las "altas esferas", propiamente salieron de algún vericuetto mirafloreño. ¿Cuáles habían sido los motivos que originaron el nacimiento de aquel caso, de aquella orden homicida? Esta era la principal interrogante que venía haciéndome desde el inicio de aquella delicada misión, y se me había metido en la cabeza buscar el origen, o al menos un indicio que me pusiera al tanto de aquel misterioso caso. En los archivos no había nada, por lo que busqué hablar con el Bachiller y cuando la ocasión se presentó, le dije:

— Bachiller, usted es el único Jefe con quien uno puede hablar sin temores de ninguna especie, ¿puedo preguntarle algo. . .?

— Hágalo, Barreto, ¿de qué se trata?

— Es referente a ese Teniente Tailhardat, al que por poco raspamos la semana pasada. ¿Por qué se le quería eliminar? Ya sé que uno no debe estar haciendo ciertas preguntas; pero a mí, muy particularmente, me intriga ese asunto y me gustaría que usted me hablara de eso. . . si es que puede y lo sabe. . .

— Yo sé muchas cosas, Barreto. Más de las que usted se imagina. Sí, conozco todo ese brollo del Teniente. . . no es que él estuviese involucrado en algún posible alzamiento; de ninguna manera, no es de los hombres de armas capaces de volverse contra sus superiores o contra el sistema que gobierna, es un hombre que carece de la *simpatía* necesaria para atraerse el apoyo de sus colegas. Pero eso no es lo que usted desea saber, y voy a decirle la "razón" por la cual la Superioridad quería eliminar a ese hombre, pero antes dígame, ¿oyó hablar de unos militares que se fugaron de la Fortaleza El Vigía?

— Creo haber oído algo, unos tenientes, me parece. . .

— ¡Exacto! A Tailhardat se le sindicó de haber contribuido al éxito de esa escapatoria. Por ello debía ser eliminado.

— ¿Las causas de la suspensión de tal "medida"?

— Tiene un padrino y éste es muy apreciado por el Presidente. Alguien lo puso al tanto de lo que había contra su "ahijado" y no perdió tiempo en abogar por él ante el General,

por ello se ordenó dar marcha atrás respecto a la orden dada de matarlo.

—¿Quién es el “padrino”, si se puede saber?

—Es un Capitán de Navío de apellido Ghersi. Es todo lo que puedo decirle, Barreto y, mucho cuidado con comentarlo por ahí.

—Descuide, Bachiller. Otra pregunta. ¿Y si a ese hombre lo hubiesen matado en el lapso comprendido entre el lunes anterior y el día en que yo estuve a verlo a usted, qué habría sucedido entonces?

—No lo sé, Barreto; pero tal vez se habrían presentado algunos inconvenientes secundarios, pero no trascendentales.

—¿Lo cree usted realmente así, Bachiller, “no trascendentales”? Le pregunto eso porque ese hombre es un Militar efectivo, no es un delincuente vulgar...

—¿A dónde quiere ir a parar, Barreto...?

—A ninguna parte, Bachiller. Sólo que siempre me ha tenido intrigado la situación del grupo que seleccionaron ustedes para la ejecución de ese hombre, por eso pregunto. ¿Comprende usted?

—Sí, pero, ¿qué es lo que tanto le intriga...?

—La ubicación mía dentro de un área que he calificado de “muerta”. Como le informé, Ortega ordenó que yo debía permanecer metido en determinado sector de la carretera. ¿Cuál era la finalidad de mi permanencia allí, Bachiller?

—La ignoro, Barreto. Si Ortega se lo ordenó, sus razones tendría... Pero, ¿qué es lo que usted se imagina, Barreto?

—No imagino nada, Bachiller. Sólo hago deducciones, pero voy a ir más allá de tales deducciones, aunque éstas, si miramos las cosas de otra manera, no podrían tildarse de tales, sino más bien podrían denominarse conclusiones...

—¿Y cuáles son las suyas, Barreto?

—A eso voy, Bachiller. El *susto* que me iban a dar algunos de los compañeros, no era tal; y menos aún si tomamos en consi-

deración que el mismo me lo iban a dar después del domingo, y ese día fue el elegido para matar al Teniente cuando bajara a La Guaira. Para entonces, se supone que yo debía hallarme en el lugar de observación previamente seleccionado por Ortega. Ahora bien, mis compañeros logran matar a dicho Teniente, se forma el alboroto, interviene el Ejército, la Policía y, por supuesto, la Seguridad Nacional y el Gobierno “quiere el esclarecimiento total de aquella muerte”, hay que acallar las voces de protesta, hay que hacer justicia y la Seguridad Nacional debe proceder inmediatamente y “como sabe donde se encuentra oculto el criminal, destaca a dos de sus *mejores* detectives para que lo cacen, y aquéllos, ni cortos ni perezosos, corren a darle un “susto” a Barreto que, ignorando la tramoya, sigue en su puesto esperando que el Teniente acuda a reunirse con sus aliados, y los detectives llegan y le caen a tiros de buenas a primeras y lo demás, querido Bachiller, ya puede imaginárselo usted!

El Bachiller, mientras yo exponía mis conclusiones, no abrió la boca para nada, a no ser para expeler el humo de su cigarrillo de un solo viaje sin irfitarse las fosas nasales, luego que hube terminado, dijo:

—Pienso que usted está exagerando demasiado las cosas, Barreto. ¿En qué se fundamenta para dar validez a esas conclusiones suyas?

—En lo siguiente, Bachiller: Ortega ordena a Polachini, Julio García, el “Indio” Borges y Solórzano, para que bajen a La Guaira y comiencen a seguir al Teniente, a mí me ordena permanecer de vigilancia en un sector previamente determinado en la carretera y vecino de Plan de Manzano, y por las instrucciones, debo estar allí día y noche, y el único armamento que debo portar, es la de reglamento y un par de anteojos largavista, pero eso no es lo “importante”, Bachiller, es lo otro: Si al Teniente lo están siguiendo mis compañeros, ¿por qué vigilar el lugar de la supuesta cita de aquél con los conspiradores, si tal misión la están realizando sus seguidores...? ¡Yo no me “comí” el cuento que me “echó Ortega” y menos cuando me enteré de la orden dárlo a Julio y Solórzano para que me dieran un *susto* después del domingo!

El Bachiller, a medida que yo hablaba, dibujaba una sonrisa en su cara, lo que me demostraba que todo cuanto yo estaba diciendo, tenía su poquito de aserto, no obstante preguntó:

—¿Esas fueron las conclusiones a que llegó usted...?

—¿Podrían ser otras, Bachiller? —pregunté a mi vez.

—¡Podría ser! Y en el supuesto negado de que eso que usted ha expuesto, hubiese sido verdad, ¿se habría dejado "cazar"?

—Si no tuviera experiencia, tal vez; pero conozco a Ortega, Bachiller, y sé lo maquiavélico que es y además no "me quiere bien". Quizás, si esa orden me la hubiese dado usted, no habría sospechado nada y de igual manera digo de Estrada, pero de Ortega...

—Sinceramente, Barreto, cuando me planteó el asunto, pensé en ello y consulté con Pedro, y a él también le pareció que ahí había algo raro, por esa razón cuando usted me llamó, y siguiendo las instrucciones dadas por Pedro, le ordené se reintegrara al grupo.

—Hicieron bien en tomar tal decisión, porque de no haber sucedido así, y hubiesen raspado a ese Teniente, yo habría matado a Julio y Solórzano, porque no me iban a encontrar en el lugar que les había señalado Ortega y con esto estoy respondiendo a su pregunta de si "me habría dejado cazar". Cuando vine a verlo a usted, ya andaba preparado, Bachiller: Cargaba en la camioneta la "Thompson" y el rifle 30-30 con mira telescópica.

—¿Cómo supiste que eran ellos quienes te iban a asustar?

—Porque Polachini y el "indio" se habían negado rotundamente a cumplimentar aquella orden, Bachiller. Ellos me conocen...

—Pero, ¿cómo lo supo usted?

—Un momento, Bachiller, acláreme algo, ¿por qué algunas veces, usted me tutea y otras no? Desde que comenzamos esta charla, ha estado tratándome de "usted", luego "de tú" y vuelta otra vez al "usted", ¿qué es lo que le pasa?

—¡Ya me había extrañado que no reclamaras! No te preo-

cupes por esas nimiedades, a veces olvido ciertas normas referentes al trato con mis amigos (hízome una seña hacia el intercomunicador), pero eso entre nosotros no tiene importancia, ¿comprendes?

—¡Claro, Bachiller! Y claro que comprendía, el aparato intercomunicador estaba abierto y seguramente Estrada estaba oyendo la conversación, por lo que decidí dejar que el Bachiller siguiera en su trabajo. Sin embargo, cuando bajaba las escaleras hacia el primer piso, iba plenamente convencido de que mi amigo el Bachiller Luis Rafael Castro, no había sido todo lo sincero que creía conmigo. Habían ciertos aspectos de lo hablado, que no llegaron a convencerme del todo; pero que servían de mucho, debía andarme con cuidado de ahora en adelante. La ficha de mi padre andaba desde hacía algunos días de oficina en oficina y no lo habían borrado de la nómina de adecos que colgaba a las puertas del Archivo General. Bueno, aquello no era motivo de preocupación, también aparecían los Hernández Sandoval, los Polachini Malavé, los González Pacheco, los Montiel y otros nombres y apellidos más que de una manera u otra, años atrás, habían figurado en las lista de militantes adecos elaboradas por las diferentes seccionales del Partido en todo el país.



Rómulo Betancourt



Luis Herrera Campíns



Rosa González Arias



Guido Groscors



Alejandro Izaguirre



Guillermo Besemberli

Fichas encontradas en los archivos de la S.N. de prominentes dirigentes políticos perseguidos durante la Resistencia.

CAPITULO XVI

TORTURAS AL CHOFER DE ULISES ORTEGA

Con la suspensión del "servicio de seguimiento y vigilancia y posterior «eliminación» del Teniente Tayhardat", quedamos sin *trabajo* todos los del grupo, con la sola excepción de Solórzano, que se reintegró a su puesto de chofer a las órdenes de Ortega. Los demás pasamos a la orden de la Sección. Solórzano había sustituido al chofer que Ulises había llevado a su ingreso a la Seguridad. Este hombre, un antiguo trabajador de los muelles portuarios, cayó en desgracia al "sorprenderlo" Ulises *enamorándole* la mujer. Según lo que se pudo conocer del caso, Ortega había depositado toda su confianza en el mencionado chofer y aparte de conducirle su automóvil, aquél también tenía la misión de realizar algunos trabajos en su casa, hasta que fue "sorprendido" por Ortega "pretendiéndole" a su señora. Ortega lo condujo a la Seguridad, lo montó en un ring y comenzó a torturarlo bárbaramente. Nadie intervino en favor del hombre y nadie se atrevió a entrar a ver por qué aquel desgraciado daba tremendos alaridos, ni mucho menos hubo alguien que se atreviera a llamar al Inspector o comunicarle el caso a Estrada. Todos eran cómplices de aquel hecho y yo me enteré por la costumbre que tenía de meterme al dormitorio a descansar, y aquella noche, cuando quise hacerlo, el detective que estaba de guardia a las puertas de aquel departamento, me manifestó que no podía entrar por haber una orden del Jefe que nadie debía meterse allí. Esto como es de suponer, me dio mala espina y comencé a preguntar, hasta que al fin el agente Francisco Acosta me puso al tanto de lo que había, pero rogándome que no hiciera alusión a aquello. La mayoría de los funcionarios temían a las furias del Jefe de la

Sección y por ello se eximían de comentar o protestar; pero eso eran ellos, yo era la excepción y tenía mis razones, por ello coloqué una mesa y la coloqué pegada a la pared de vidrio y me encaramé para ver qué era lo que estaba pasando al otro lado. Lo que vi me crizó los pocos cabellos que tenía por bigotes: montado sobre el ring se hallaba el pobre chofer de Ortega, sus manos estaban aprisionadas por un par de esposas italianas y su cuerpo mostraba las señas descarnadas de la tremenda planazón que le había dado su Jefe. El hombre tenía los ojos cerrados no porque quisiera tenerlos, sino por los moretones producto de los carajazos dados por Ulises.

—¿Qué vaina echaste para que te tengan en esa posición? —pregunté.

—¿Es usted el señor Barreto...? —preguntó a su vez el hombre.

—Sí, ¿pero por qué te tienen así?

—El señor Ortega, ¡él es quien me está jodiendo!

—¿Puedes decirme por qué te *está jodiendo*?

—Por la señora... me encontró hablando con ella en su cuarto y entonces...

—¿Entonces qué...?

—El piensa otra cosa. El se empeña en afirmar que yo... Bueno, él se imagina que yo y la señora... pero eso es incierto. Yo a ella siempre la he respetado. ¡Se lo juro, señor Barreto! Ulises se empeña en que yo le *confiese que si era lo que él se imagina*; pero no es así, no puedo confesar lo que él desea porque sería una canallada de mi parte, señor Barreto, se lo juro por mi madrecita...

Y el pobre hombre se echó a llorar. Creí en el hombre. Conocía a Ortega y aquello que estaba sucediendo, no podía permitirse por ningún respecto. Observé al tipo unos minutos y cuando vi que se calmaba un poco, le dije:

—Bájate de ese ring, nadie te vigila. Pienso que todo lo que te está pasando te lo mereces, por pendejo. Y viendo que

el hombre no hacía movimiento alguno para dejar el artefacto metálico, agregué: ¿es que no me has oído?

—Sí, señor Barreto... pero el señor Ortega me dijo...

—¿Que no te bajaran? ¡Serás pendejo! Bájate de ahí de una vez y si él te pregunta le dices que fui yo quien te lo ordenó. El tipo no esperó a más y se "desmontó" para sentarse como mejor pudo sobre una de las camas. Yo abandoné la Seguridad inmediatamente con dirección a casa del Inspector Luis Rafael Castro quien residía por el callejón los Naranjos, hacia la parte posterior del Liceo Andrés Bello y a quien comuniqué lo que estaba sucediendo con aquel hombre. Castro no perdió tiempo, inmediatamente se comunicó con Estrada y lo puso al tanto de todo, luego y usando el teléfono, se comunicó con la señora de Ulises, a quien solicitó fuera a verlo a su casa, cosa que hizo aquella misma tarde. Era sábado y de la conversación salió a relucir la verdad y, por ende, la inocencia del Oficial a quien Ortega había torturado. Este quería involucrar a su esposa en un hecho que aparentemente fuera vergonzoso para divorciarse y quitarle todo a su mujer, pero gracias a mi constante afán de "molestar" al Jefe de la Sección, no se salió aquél con la suya. Ortega se iba muriendo de la arrechera cuando fue llamado por Estrada para que explicara "todo", pero su arrechera no fue por el regaño y el arresto que le impuso Estrada y el Bachiller, sino por mi "entrepitura". Hasta me desafió a pelear cuando asomé mis narices por su oficina para preguntarle que cómo estaba; pero yo no le hice caso y después que medio le pasó el berrinche, le dije:

—Ulises, yo no deseo pelear contigo, no quiero privar a tu antiguo chofer del placer de meterte cuatro tiros una noche cualquiera cuando vayas a tu casa, si es que tu señora quiere recibirte. No olvides mi consejo: hazte ver de ese psiquiatra que te recomendé. Tú lo que estás es loco de remate, ¡mira que ocurrírsete eso de querer involucrar a la madre de tus hijos en un hecho tan vulgar como el que pretendías!

Ortega no me respondió, se sentó y hundió la cabeza entre sus manos; viéndolo daba la impresión de estar muy afectado por la situación y no era para menos, Estrada se había mos-

trado muy duro con él y lo mismo los demás jefes de la Plana Mayor; pero yo no me comía el cuento de su "compungimiento", aquella actitud suya era puro teatro. Muchos al leer todo esto, pensarán que la *tenía agarrada* contra Ortega, pero no era así, sólo que no simpatizaba con él y lo mismo sucedía a él con respecto a mí y como esto no convence de un todo, quiero dejar constancia de que tal vez la inquina surgió cuando él, recién tomando posesión del cargo de Jefe de la Sección Político-Social de la Seguridad Nacional, se expresó ante nosotros más o menos así:

—“Ya ustedes, los aquí reunidos, saben que soy el Jefe de esta Sección. Sé que entre ustedes pudo haberse escogido el que ocupara este cargo que ahora asumo, pero si Estrada no lo hizo así, debe ser porque no halló entre ustedes el hombre con la inteligencia necesaria para asumir la responsabilidad de esta Sección...”

Desde aquel momento no simpaticé con él, si éramos o no inteligentes, no era ese el momento de echárnoslo en cara y me propuse demostrarle que tampoco él tenía mucha inteligencia. Lo que sí tenía Ortega, era tamaño; pero de lo otro... Poco a poco nos fuimos convenciendo de que su inteligencia era la normal para cualquier caporal de cuadrilla y hasta hubo momentos en que llegué a pensar que jamás aquel hombre pisó las puertas de un Liceo.

CAPITULO XVII

SEVEROS 'INTERROGATORIOS' AL ESCRITOR.

HECTOR MUJICA

Aquel incidente poco a poco fue quedando olvidado y ya nadie se volvió a acordar del chofer torturado ni se dejó de respetar y obedecer a Ulises. Tampoco yo volví a “chocar” deliberadamente con él, y si me ordenaba efectuar algún trabajo, lo hacía; esa era mi función y no podía ni debía desacatar sus órdenes, máxime después que Estrada me amonestó por haber vuelto a llamar “loco” al Jefe de la Sección. Por eso cierto día, cuando me informaron que el señor Ortega me solicitaba, “corrí” a su despacho para saber qué quería y al entrar, pregunté:

—¿Quería verme, Jefe?

—Sí, lo estaba solicitando para encargarle se ocupe de interrogar a ese comunista de apellido Mujica. Pedro me sugirió que encargara a usted ese trabajito. Interrogue a ese moscovita de mierda esta misma noche, llévelo para la carretera de El Junquito y me lo plancha hasta que diga todo cuanto queremos nos diga.

—Se hará como usted ordene. Jefe. Ya verá como el comunista se va a volver todo un artistazo, si es principiante, lo convertiré en profesional y si es tenor, lo hago que se vuelva barítono, ¿qué oficiales llevo conmigo?

—Escójalos de esos que no tienen servicio nombrado.

—Entendido, Jefe. Permiso para retirarme...

—Oiga, Barreto, ¿qué es eso de *permiso para retirarme*? ¿Va a seguir con sus pendejadas...?

—De ninguna manera, Jefe. Olvídelo.

A las diez y media de la noche, mandé a preparar la camioneta y dije a Jesús Alberto Piñero, Carlos Luis Rodríguez y Abigaíl Colmenares que se prepararan para salir rumbo al Junquito, seguidamente pedí a Julio García, que era el Oficial de Guardia, mandara a buscar a Héctor Mujica, y cuando me lo llevaron a mi presencia, lo metí en la camioneta y nos encaminamos hacia la carretera de las Torturas. Teníamos un lugar muy apropiado para realizar los interrogatorios sin que nadie nos interrumpiera, pero de todos modos siempre designábamos a uno de los Oficiales para que vigilara y eso hice al no más llegar allí. Encargué a Contreras, el chofer, para que hiciera aquella vigilancia mientras “hablábamos” con el camarada Mujica.

—Piñero, saca al camarada de la camioneta —dije al Oficial tan pronto volví de echar un buen vistazo por los alrededores.

Bueno, camarada Mujica, como puede apreciar, la noche está demasiado fresca. Es una excelente noche para que hablemos. Antes de comenzar la actuación, deseo ponerlo al corriente de los deseos de mis jefes. Ellos quieren saber todo lo relacionado con vuestras actividades, en especial lo del paradero de “Santos Yorme” y de las “brigadas pinta paredes y la distribución de propaganda comunista por esas calles de Dios y Caracas”. También estamos interesados en conocer el lugar donde se edita dicha propaganda y la Tribuna Popular”.

Mientras hablaba, Mujica permaneció callado, podía observarlo de perfil y a pesar de la obscuridad reinante, aquel perfil ante el lejano resplandor de las luces de la *cercana ciudad*, se me asemejaba el perfil del diablo.

—En realidad yo no tengo interés en maltratarlo a usted, camarada, no interés personal, por supuesto; pero soy policía y cumplo todas las órdenes que me transmiten mis superiores. Al decirle esto, no vaya a pensar que quiero darle explicaciones o que trato de justificarme ante usted, nada de eso, lejos de mí tal intención; pero me agradaría mucho que pudiésemos entendernos sin tener que recurrir a los maltratos. ¿Qué me responde, camarada?

—¡Yo no tengo por qué decirle nada a usted ni a ningún otro bellaco como usted!

—Malo, malo, señor camarada Mujica. Si sigue usted por ese camino, no voy a poder poner en práctica las buenas intenciones que me animan hacia usted. ¿Por qué no se da una vuelta por allí y piensa mejor el asunto? Tal vez el frío de la noche le despeje los sentidos y podamos entendernos mejor...

—¡Yo no tengo por qué dar vueltas por ninguna parte! ¡Usted lo que quiere es que yo me aleje para caerme a tiros, para matarme como un perro, eso es; así que no piense que soy un estúpido.

—No se ofusque, camarada, nadie va a matar a nadie, y, ¿cree usted que si yo quisiera matarlo, lo iba a traer tan lejos de Caracas? ¿Dónde está su inteligencia, camarada? Oígame bien, camarada Mujica, si yo quisiera matarlo, si esa hubiera sido la orden de mis jefes, no lo iba a hacer en estos montes, donde por ningún respecto se justificaría la muerte de un comunista, lo hubiera llevado por los alrededores del Nuevo Circo, lo pongo a pintar consignas comunistas, luego le colocaría una buena brocha entre sus manos y uno o dos pots de pintura roja y ¡pum, pum, pum!, tres tiros y todo arreglado, y el acto estaría justificado plenamente, y para complemento, la “Cadena Capriles”, “La Esfera”, “El Universal” y hasta “El Nacional”, publicarían la nota del suceso de esta manera: “Muerto a balazos un comunista cuando se hallaba pintando consignas marxistas contra el Gobierno, en las cercanías del «Nuevo Circo». El muerto resultó ser el joven Héctor Mujica, según lo demuestran documentos hallados en su poder”. ¡Hasta el camarada Jesús Faría, se tragaba el cuento! Además, nosotros no necesitamos matar camaradas como usted, sólo queremos saber sus actividades, por eso lo traigo a este bello lugar paramaño. ¿Qué me responde, camarada?

—Ya le he respondido, no tengo nada que hablar...

—Perdón, camarada, nadie ha dicho que hable, sólo quiero que “confiese lo de sus actividades conspirativas”.

—Le repito: ¡yo no tengo por qué confesar nada!

—No grite, camarada, ¿qué gana con hacerlo...? Nadie lo

puede escuchar, a no ser Contreras que se encuentra en aquella loma, vigilando para que no nos interrumpen. Mejor piénselo, camarada...

—Conmigo pierden el tiempo, ¡mejor me lleva al calabozo!

—Eso será después que nos diga lo que deseamos, camarada, no hay apuro; la noche está maravillosa, aquí podemos respirar aire puro, ¿no se ha dado cuenta?

—¡No me he dado cuenta de nada! ¿Por qué no nos vamos de este paraje? Yo no voy a confesar, pierden su tiempo, ¿qué se han creído ustedes que soy yo, ah?

—¡No nos hemos creído nada, camarada! ¿Va a decirnos lo que queremos saber, sí o no?

—¡No! ¿Hasta cuándo tengo que decirles que no quiero hablar? ¿Es que no me entienden? ¡Qué me van a entender! Si son todos unos perros, unos coños de madre! ¡Eso es lo que son todos, unos pobres desgraciados, serviles, criminales!

—Grite lo que quiera, camarada, desahóguese, eso le hará bien, se lo aseguro; ¡pero le aconsejo que guarde fuerzas, las va a necesitar! En seguida, dirigiéndome a uno de mis hombres:

—¡Piñero, córtese unas varas de chaparro o de lo que encuentre por allí, en ese bosque, rápido!

—Sí, señor. Ahorita voy.

—Bien, camarada, llegó la hora. No aceptó mi proposición y...

—¿Cuál proposición?

—Bueno, quise decir que no aceptó mi consejo y ahora va a tener que decirnos, no sólo lo que antes le dije, sino algo más. ¡Voy a hacer que se acuerde usted hasta de la fecha y la hora y los minutos y segundos cuando vio la luz del día por primera vez! ¡En este lugar he visto hombres más valientes que usted; y más decentes, pero se han cagado y orinado; y los he hecho bailar sobre sus propias cagadas y cantar hasta las canciones de cuna que les cantaban sus madres!

—Para comenzar la sesión, empezaré por la pregunta siguiente: ¿dónde se edita la "Tribuna" y la propaganda que ustedes distribuyen?

—¡No lo sé y no crea que me atemoriza con sus amenazas!

—¿No, en serio?

—En serio, ¿qué se ha creído?

—No creo nada, ¡imbécil! Y seguidamente le metí un golpe en el estómago y cuando se dobló le asesté otro vergajazo en la pata de la oreja y lo enderecé, entonces el camarada reaccionó y me lanzó un cabezazo y nos fajamos de lo lindo. Carlos Luis Rodríguez quiso meterse, pero le advertí:

—¡Quédese quieto! Esto lo arreglo yo a mi manera... pero no pude continuar, el hombre me lanzó un carajazo que me mandó contra la camioneta, por lo que tuve que ponerme alerta y contraataqué con dos directos al estómago que mi rival encajó bellamente y se fue de para atrás, mas reaccionó de lo lindo y me apagó un ojo; bueno, al menos momentáneamente; porque se me echó encima con más bríos, por lo que aproveché un pequeño descuido para darle "un machetazo" con el canto de la mano sobre el pescuezo y ya no hubo más resistencia, el camarada cayó cuan largo era, inconsciente.

—Prende la luz de la camioneta, rápido —grité a Rodríguez—. De inmediato me agaché y levanté al caído, le di masajes y como no reaccionaba, pedí a mi ayudante que me pasara la botella del whisky y le eché un trago en la boca a Mujica, que reaccionó en seguida. Tenía la vena hinchada; y sinceramente, me asusté, pues se me había pasado la mano. Esa clase de golpe es muy peligroso, paraliza la circulación de la sangre y los resultados, en la mayoría de los casos, son fatales. Cuando se usa la mano mucho más. El camarada se recuperó rápidamente diciendo:

—¿Qué pasó, dónde estoy...?

—En el cielo... no, por supuesto, camarada —respondí—. Los comunistas no son bien recibidos por San Pedro, solamente su tocayo, acá en la tierra, los recibe con los brazos abiertos...

—¿Qué me hizo usted, animal? —interrumpióme el camarada.

—Nada que no se haya solucionado satisfactoriamente, camarada. No siga gastando fuerzas, aún no hemos finalizado la sesión —advertí—. ¡Faltan actuar los muchachos, están deseosos de “subir al ring” para probar sus coñazos!

—¿Pero qué fue lo que usted me hizo, por qué estoy bañado de licor? —insistió el hombre.

—Se desmayó, camarada. Eso fue todo. No se mortifique.

El hombre se sobaba la parte del cuello afectado por el golpe y al cerciorarse de que tenía aquella parte hinchada, gritó:

¡Usted quiso matarme, asesino, criminal! ¡Mire cómo me ha dejado la garganta!...

— ¡No, no traté de matarlo, fue un simple accidente, pero si ahora no hablas, te voy a mandar para el infierno a que te reúnas con tu camarada Lenin y a lo mejor te encuentras por allá con el abuelo Carl Marx predicando su doctrina!

—No sea blasfemo, usted es un puerco para que esté nombrando a esos grandes camaradas, ¡perro!

—Se los dejo, muchachos. ¡Ya saben lo que tienen que preguntarle a este bolsa! —dije a Piñero y Rodríguez.

Los nombrados no perdieron el tiempo, comenzaron a darle una pasada de carajazos y luego Piñero tomó “las chamizas” y le entró a cuerazos por todo el cuerpo al camarada, sin que éste, a pesar de la bestial paliza, dijera una sola palabra de lo que queríamos saber. Sólo gritos y maldiciones. Al final, decidí suspender “la sesión” y exhausto, pero con su moral íntegra, lo regresamos a los calabozos de la “Seguridad”, demostrando una vez más la firmeza de aquellos hombres convencidos por un ideal político definido.



El escritor, dirigente comunista y ex candidato por el PCV a la Presidencia de la República, Héctor Mujica, quien sufrió brutales torturas.



Italo Boscan



Manuel Caballero Agüero



José Carabaño Tosta



René Hartmann de Coronil



Rafael Vicente Beaujon



Luis Alfaro Ucero

Otro grupo de dirigentes perseguidos y fichados por la S.N. al caer en prisión.

CAPITULO XVIII

DETENCION DE RAFAEL CALDERA Y LA 'PLANA MAYOR' DE COPEI

Una semana después de "haber sostenido la conversación" con el camarada Mujica, y encontrándome en el Archivo dándole una mirada al expediente del doctor Jovito Villalba, me informaron que el Director quería verme. Cuando llegué a su Despacho me encontré con Polachini, Luis Enrique Torres y el "Indio" Borges, luego apareció Daniel "Suelaespuma" Colmenares, quien fue a ocupar la butaca que regularmente usaba Helena Bruzual cuando era llamada por Estrada. No hubo saludos, nunca los había cuando se realizaban reuniones con el Jefe Supremo de la Seguridad Nacional. En estos casos, nos limitábamos a mirarnos los unos a los otros, pero nada de palabras, comentarios o preguntas. La pregunta que siempre teníamos en mente en esta clase de reuniones era la misma: ¿Para qué nos querrá el Jefe?, y mientras esperábamos nos la hacíamos insistentemente. Particularmente me daba en pensar en cuál o quién iba a ser la "víctima" y en ello pensaba cuando hizo su aparición Rodolfo Montiel seguido de Julio García Cabrera, José Manuel "Loco" Hernández, Manuel Delgado "Mocho" Díaz, Isidro Villasmil, Domingo Ruano, Pablo Arrivillaga, Jesús Alberto Piñero, Jesús Manuel Flores Pacheco, Francisco Sayago, Andrés Melquiades Ayala, Rafael "Cabulla" Díaz y Leopoldo Valecillos. Al ver a todos estos compañeros, pensé que algo grande se avecinaba: ¡la Plana Mayor en pleno! Sólo faltaban Estrada, Castro y Ortega; pero éstos no tardaron en hacer acto de presencia y se completó "el cuadro".

—¡Buenos días, caballeros!

Buenos días, don Pedro —respondimos al unísono.

Ni el Bachiller ni Ortega se dignaron saludarnos. Estrada “saludó por ellos” pensé yo, que siempre tenía la costumbre de fijarme en ciertos detalles, en especial en esta clase de reuniones. Algunos de los presentes no podían ocultar su nerviosismo, en especial “Suelaespuma” Colmenares y Jesús Alberto Piñero.

—Hagan el favor de pasar a la Oficina del señor Ochoa —dijo Estrada.

Y en columna de a uno nos encaminamos hacia la oficina indicada, y una vez allí, Estrada no se anduvo con demoras innecesarias, sin embargo, antes de iniciar la perorata, recorrió con su mirada a cada uno de los presentes.

Nosotros estábamos intrigados, pero permanecíamos en silencio y hasta temíamos respirar para que nuestro Jefe no se diera cuenta de nuestro nerviosismo.

—Seré breve con ustedes y quiero que pongan atención a mis palabras: no me gusta repetir dos veces una orden. Ustedes ya me conocen. La misión que se les va a encomendar es muy delicada y por eso quiero recomendarles personalmente el cuidado que deben poner en cada actuación. Van a detener a todos los dirigentes del Partido Socialcristiano Copei. El trato para con esos señores, debe ser en todo momento, especial, nada de malos tratos físicos ni de palabras. Sé que entre ustedes hay algunos que les gusta ofender a ciertos detenidos. Que eso no suceda ahora. Quiero aprovechar esta oportunidad para llamarle la atención a Hernández Sandoval (el aludido se levantó). Tengo conocimiento de que usted trató groseramente a la señora del Comandante Mario Vargas cuando fue a registrar su residencia. Que ello no vuelva a suceder. ¡La próxima vez que me entere de algo similar, lo convierto en “turista” con gastos pagos, hacia El Dorado!

No se oía ni siquiera el aletear de un mosquito, el “Loco” Hernández permanecía de pie, con la cabeza gacha, *avergonzado*; pero yo sabía que aquella actitud era fingida. Estrada continuó:

—El Inspector Castro, se encargará de asignarles a cada grupo la misión a cumplir. Muchas gracias.

Seguidamente se retiró de la “conferencia”. Castro ocupó su puesto, sacó unos papeles de su portafolio, los colocó sobre el escritorio, metió un cigarrillo en su boquilla, lo encendió y comenzó a llamarnos por nuestros apellidos; y luego que los nombrados se acercaban a él, les daba el nombre del dirigente que tenían que detener. Cuando me tocó el turno, díjome:

—Barreto, usted con Julio García, Montiel, Villasmil y Piñero, serán los encargados de invitar al doctor Caldera, con boleto de presentación, para que acuda al Despacho de Estrada. Límitese a decirle que el señor Estrada desea hablar con él.

Me disponía a abandonar aquel Despacho, cuando el Bachiller me llamó:

—Barreto, el trato que debe dispensar al doctor Caldera, le advierto, no es el mismo que se le dispensa a cualquiera de esos adecos que cada rato detenemos o buscamos en sus casas, ¿ha comprendido?

—Plenamente, Bachiller. A propósito, ¿en caso de que no lo hallemos, qué debemos hacer?

—Le preguntan a los oficiales que lo vigilan, ellos le dirán dónde encontrarlo; pero debe estar aquí cuando lleguen los demás.

Salí del Despacho de Ochoa Maldonado seguido de los oficiales designados para la misión encomendada, abordamos uno de los automóviles y marchamos hacia Las Delicias de Sabana Grande. Antes de llegar a la quinta “Punto Fijo”, hallamos al motorizado Núñez recostado en una “Indian” color ladrillo. El y Asunción Rojas Cabrita, se hallaban destacados en aquel sector, con instrucciones de no “perder de vista” la mencionada quinta. En realidad la vigilancia era doble, puesto que también se le prestaba atención a la quinta que habitaban los padres del líder copeyano, que estaba situada justamente al frente de la “Punto Fijo”. Preguntamos a Núñez si el doctor se encontraba en su casa, y la respuesta fue afirmativa, por lo que seguimos adelante. Detuve el auto frente a la quinta y seguido de Piñero, me encaminé hacia la puerta; ni siquiera me fijé si había ruidos y unos golpecitos sobre la pulida madera; al abrirse la puerta apareció la señora Caldera. Noté su sorpresa al vernos a los

y a mí casi codo a codo plantados ante ella. Nosotros estábamos cohibidos. Siempre nos sucedía eso cuando teníamos que ir a molestar a ciertas personalidades.

—¿Desean algo?

Lamentamos molestarla, señora —respondí, de la manera más cortés que pude—. ¿Se encuentra el doctor Caldera?

¡No, aún no ha llegado! ¿Para qué lo solicitan?

Descansamos hablar con él; pero si usted dice que no está, nos iremos ahora. Volveremos más tarde, cuando haya regresado. Al decir esto me volví a mirar el “Lincoln” verde que se hallaba estacionado a las puertas del garage. Inmediatamente la señora cerró la puerta y nosotros marchamos hacia el automóvil. Volveríamos por la tarde. Teníamos que llevar al doctor a la Seguridad y si había que esperar, pues lo haríamos. Tiempo había y tampoco existía apuro. Todo era cuestión de paciencia. Piñero me dijo cuando abandonamos las cercanías de la residencia Puntofijena:

—El doctor debe estar allí, Barreto; pero la señora lo negó y...

—A lo mejor está durmiendo la siesta y no quiso despertarlo —atajé.

—¿Por qué no esperamos a que salga para detenerlo?

—Eso no podemos hacerlo. Don Pedro nunca ha querido que a Caldera se le detenga como a los otros, así que olvida eso. Además no es detención lo que vamos a efectuar, sino una *invitación* a ir a la Seguridad porque don Pedro *quiere hablar con él*...

—Pero nosotros sabemos que una vez se encuentre allí en la Seguridad, por lo menos transcurren sus buenos ocho días antes de que don Pedro lo haga subir a su Despacho —terció Julio García.

—Otras veces ha sucedido así. Las tres veces que el doctor Caldera ha sido *invitado con Boleta a la Presentación*, ha permanecido esperando a ser recibido por don Pedro, hasta más de quince días —remachó “El Maracucho” Montiel.

Y eso sucede siempre que al doctor Caldera se le ocurre escribir esos artículos que publican en “El Nacional”; o en “El Universal” y que tú, Barreto, te la pasas leyendo y llamas “artículos de fondo”; ¿por qué son de *fondo*, Barreto? —finalizó Villasmil.

—Bueno, eso sí que no sabría explicártelo, muchacho; pero yo creo que en esos artículos se refleja nítidamente cómo marcha la situación política del país; pero no sólo en ese aspecto, sino también en lo económico y lo social...

—Yo no leo esas vainas —bramó Julio—. Me gusta leer los sucesos, esa parte de los periódicos que relatan las matanzas que ocurren en todas partes...

—Los “asesinos” y vagabundos como tú, gustan de esa clase de noticias —interrumpí—. ¡Y mejor dejan la jeta quieta de una vez!

Ni García ni los otros, osaron replicar, pero sabía que Julio estaba a punto de estallar. Se removió en su asiento y hasta se despojó del sombrero pelo e'guama con que cubría su cabeza; pero de allí no pasó. Nos detuvimos a bebernos unos frescos, y después dimos algunas vueltas por las cercanías de la residencia del doctor Caldera; pero sin aventurarnos mucho. Quería hacer tiempo hasta que llegara la tarde. Confiaba que para entonces, ya *habría llegado* el líder a su casa y podríamos cumplir la orden dada por nuestros “amantísimos” Superiores.

Cuando consideré que ya era tiempo de acercarnos a la Quinta “Punto Fijo”, ordené a Montiel enfilara el carro hacia allí. En esta ocasión invité a Julio que me acompañara y aquél me siguió sin chistar. En esta oportunidad sí utilicé el botón del timbre, luego me ajusté un poco la corbata de lacito con que adornaba mi cuello y esperé a que atendieran la llamada. Al aparecer la señora Caldera, me apresuré a decirle:

—Usted perdona, mi doña; pero necesitamos ver a su esposo, ¿podría decirle que dos agentes de la Seguridad desean hablarle?

—Espere un momento —respondió la dama, frunciendo el entrecejo—, voy a avisarle.

Antes de cerrar la puerta, miró hacia la calle donde aguardaban los otros oficiales. Piñero y Montiel estaban fuera del automóvil, a la expectativa.

La puerta de aquella bien cuidada quinta tardó algo en volverse a abrir y nuevamente apareció doña Alicia y en su semblante se notaba su preocupación, y con gesto casi brusco, que intuí le costaba gran esfuerzo poner en práctica, dijo:

—¿Por qué tienen que venir a molestar a mi esposo? ¿Por qué no lo dejan tranquilo de una vez? ¿Hasta cuándo tenemos que soportar vuestras impertinencias?

—Déjalos, mujer —intervino el doctor Caldera—. Ellos sólo cumplen órdenes. No se les puede culpar de nada! Y dirigiéndose seguidamente a mí, preguntó:

—¿Qué es lo que se les ofrece?

—Le ruego nos disculpe, doctor; pero tenemos una boleta de citación a la Presentación. Ya usted sabe como es esta clase de procedimiento. Don Pedro desea hablar con usted, así que ya a tener que acompañarnos.

—Bien, ¿me permiten preparar algunas cosas? Mientras lo hago, pueden esperar. ¡Pasen adelante!

Y pasamos, y antes de tomar asiento me permití “sugerirle”: “Doctor, creo que no es necesario lleve todo un equipaje, al fin y al cabo, sólo estará allá el tiempo suficiente para hablar con don Pedro. Yo mismo lo traeré de regreso...”

—Sé cómo son esas entrevistas con don Pedro, Barretico, así que mejor voy preparado, no para unas horas sino para unos cuantos días. Si desean tomar algo, Alicia ordenará les sirvan.

—Muchas gracias, doctor. Cuando estamos de servicio, no podemos tomar nada.

El doctor Caldera no demoró mucho tiempo en preparar las cosas que acostumbraba llevar consigo cuando era requerido por nosotros, y a los pocos minutos hizo su aparición portando un maletín, que puso sobre un sillón, lo abrió y nos mostró

cuanto en él había. Pasta dental, cepillo, paño, jabón, papel, ropa interior, medias y en fin, todo aquello que, sin ocupar mucho espacio dentro de un modesto maletín, era utilizable y necesario cuando hay que esperar varios días en cualquier dependencia policial a ser recibido por el Jefe. El doctor nos mostraba aquellos objetos espontáneamente. Nosotros jamás le habríamos pedido lo hiciera, no a él, por supuesto.

En aquella ocasión, junto con el doctor Caldera, fueron “invitados” a la Seguridad Nacional, los doctores Edecio La Riva Araujo, Lorenzo Fernández, Patrocinio Peñuela, Pedro del Corral, Pedro Pablo Aguilar, Hilarión Cardozo (Br.), Vivas Terán, Giménez Landínez y algunos otros cuyos nombres, por la distancia en el tiempo, he olvidado. Que me excusen si no ven sus nombres y apellidos en estas “Confesiones”, pues no es mi intención dejarlos fuera de las páginas de este libro.

Durante su permanencia en la Seguridad Nacional, el doctor Caldera no perdía jamás su compostura. Se comportaba dignamente y todos los funcionarios lo trataban con el respeto y consideración a que era merecedor, no sólo por su condición de líder, sino por su gran personalidad. Por cierto que en aquel entonces, se mostraba muy aficionado al juego de 5 y 6, y los sábados acostumbraba mandar a sellar su cuadrado. En unas dos oportunidades, tuve el honor de ir a sellarle sus formularios al Hipódromo, en El Paraíso. También sus subordinados sellaban sus formularios. Cuando los líderes copeyanos estaban detenidos, por los alrededores de las habitaciones donde ellos estaban “depositados” y en especial cerca de donde estaba el doctor Caldera, no se utilizaban las “Salas de Tortura”, y si había que interrogar a alguien, se utilizaban “El Paralelo” o los dos “Canales”



El Dr. Rafael Caldera también fue 'invitado' algunas veces por Pedro Estrada a ser su 'huésped' en la S.N.

CAPITULO XIX

LOS 'TUMBARRANCHOS' DEL "NEGRO" SANZ CONTRA LA CASA DEL DR. CALDERA

Días después de la corta detención y posterior libertad de todos estos miembros del Partido Socialcristiano, fue cuando Miguel Sanz le "gastó la broma" al doctor Caldera con los traqui-traquis o tumba-ranchos.

Los hechos sucedieron de la siguiente manera:

El gobierno, ante la ola de actos terroristas desatada en todo el país por los conspiradores, decidió usar las mismas tácticas que aquéllos para contrarrestar tales acciones delictivas, y así, por órdenes salidas del Ministerio de Relaciones Interiores, nosotros en la Seguridad Nacional, emprendimos una vasta campaña "terrorista", no sólo con la deliberada intención de contrarrestar a los enemigos del régimen, sino más bien para despertar en la población civil, cierto rencor contra aquellos individuos que, enarbolando la bandera de un idealismo casi inconvincente para la época, perturbaba de manera continua la obra llevada a efecto por la Dictadura, y, por ende, ésta, en defensa de un nacionalismo blasonado de su gran dosis de demagogia, implantaba medidas restrictivas que iban en contra de la gente laboriosa y apolítica del país.

También los grandes líderes se vieron afectados por aquella política represiva llevada adelante por la Seguridad Nacional. Los apaleamientos, los disparos a distancia para asustar a adecos y comunistas y los estruendos causados por los "tumba-ranchos" y "traqui-traquis", fueron parte fundamental de los medios utilizados para amedrentar a los enemigos de la Dictadura... El

doctor Rafael Caldera, líder del Partido Socialcristiano Copei, también fue blanco directo del terrorismo gubernamental. Puedo decir, sin lugar a equivocaciones, que este ilustre venezolano, por quien siempre he sentido gran admiración y respeto, fue la segunda víctima de lo que en aquel entonces, se denominó "Operación Fuegos Artificiales". En esa incalificable acción delictiva contra dicho líder, intervinieron, no sólo el Director de la Seguridad Nacional, sino otros personeros del Régimen, en especial el Ministro de Relaciones Interiores. Estos dos caballeros, seguían, como es de suponer, instrucciones del Presidente Marcos Pérez Jiménez. Dicho trío conformó, pues, el "núcleo" intelectual, correspondiendo a Miguel Silvio Sanz Añez y un grupo de sus subalternos llevar adelante el terrible atentado. Originalmente se me había incluido a mí en dicha operación; pero luego y por orden de don Pedro, se me "eliminó" de la lista de hombres escogidos por la superioridad para "asustarle las carotas" al doctor Rafael Caldera, como decía Miguel. La nómina de agentes que realizaron el trabajo estaba compuesta de la siguiente forma: Luis Enrique Torres (a) "Torrecito", "El Indio" Vicente Emilio Borges, Eugenio Mantilla (a) "El Masón", Gustavo Hernández Ruido (a) "Frente e'Chivo" y Jesús Alberto Piñero Barrios, este último se desempeñaba como motorizado y era egresado del Pelotón Motorizado de la Policía Militar. Este muchacho, por su gran dominio sobre la moto, era el encargado de realizar la tortura denominada "Las 200 Millas de Indianápolis", la cual consistía en llevar a altas horas de la noche a los detenidos que se negaban a "cantar", a una solitaria carretera (Santa Lucía, El Junquito, Guarenas, Paracotos o San Antonio de Los Altos, en Los Teques), se mandaba a poner al individuo en medio de la vía, esposado de pies y manos, y amarrado con un largo mecate, sostenido por un agente desde la orilla de la carretera, entonces Piñero, jinete en la moto, arremetía contra aquél a la velocidad que daba dicha máquina y, cuando apenas faltaban unos dos metros para efectuarse el encontronazo, el hombre que sostenía la cuerda, tiraba de ella y el detenido caía, evitando el arrollamiento. Por lo regular aquel desgraciado, no era capaz de probar otra pasada de la motocicleta y terminaba "cantando" cuanto nosotros queríamos saber de sus actividades conspirativas.

Luis Enrique Torres, acompañando a Miguel Sanz y al "Indio", consiguieron los "tumba-ranchos" en casa de un árabe, dueño de un negocio situado en la avenida España, de Catia, cuyo nombre era Yamir Saffirs Jaffat, individuo éste que pertenecía a la nómina especial de confidentes extranjeros. Cuando los explosivos estuvieron en el Despacho de Estrada, éste, dirigiéndose a Miguel Silvio Sanz, díjole:

—Mira, "Negro", quiero que este trabajo se realice de la mejor manera posible. No deseo fallas injustificadas. Es necesario que el doctor Caldera sepa que nosotros no estamos dispuestos a soportar sus críticas. Hasta ahora hemos tratado de convencerlo para que quede al margen de todo, pero él no toma en consideración nuestra posición; así que debes darle un susto que le dure mucho tiempo, pero nosotros vamos a procurar que las cosas salgan bien, evitando en lo posible causar daños a las personas, por eso quiero que tú, en persona, supervises el trabajo de los muchachos, ¿me has comprendido?

—Perfectamente, don Pedro —respondió Sanz.

—Tan pronto como los muchachos se dispongan a lanzar ese bulto de "cohetes", tú abandonas la zona y te preparas para acudir a dicho lugar para "averiguar" qué fue lo que sucedió en la casa del doctor. Debemos dar la impresión de "que tenemos interés" en capturar a los individuos que han cometido ese acto terrorista, y tú, Miguel, si tienes la oportunidad de hablar con Caldera, debes dejar entrever que lo sucedido es una acción terrorista venida de manos de los comunistas y de los adecos. Tú sabes cómo debes proceder, no olvidando que Caldera es un hombre superinteligente.

—No se preocupe usted, don Pedro. Sabré hacer bien las cosas, pero es seguro que él (el doctor Caldera) va a creer que eso es obra del gobierno —concluyó Miguel.

—Lo que él crea, no nos importa. "Negro", le costaría mucho probar que fuimos nosotros los autores del acto a realizarse. Por eso quiero que te hagas presente cuando todo haya ocurrido —finalizó Estrada.

Sanz, antes de emprender viaje hacia Sabana Grande, llamó

al Jefe de la Brigada de Homicidios y le previno para que tuviera listo los detectives especialistas en dactiloscopia que estaban de guardia para cuando se requirieran sus servicios, que por ningún motivo debían abandonar la sede de la Seguridad. Luego que hubo dado aquellas instrucciones, ordenó a los agentes nombrados antes, que emprendieran camino hacia el lugar donde residía el mencionado doctor Caldera. Todos partieron en dos vehículos, Miguel y Melquiades Ayala lo hicieron en el automóvil del primero, y una vez que estuvieron cerca de la casa, se bajaron e hicieron el recorrido a pie: Pablo Arrivillaga Sisco y Rodolfo Montiel, se encargaron de lanzar las bolsas contentivas de los "explosivos", las cuales habían sido provistas de una corta mecha que fue encendida antes de su lanzamiento. Las dichas bolsas, fueron a parar cada una, a las ventanas escogidas de antemano y apenas habían pegado allí, se dejó escuchar la terrible explosión, fueron dos las explosiones con un intervalo de tiempo calculado en los 10 segundos. Tanto Arrivillaga como Montiel, apenas habían lanzado las bolsas, emprendieron loca carrera hacia los vehículos, desapareciendo de las cercanías de la casa como alma que lleva el diablo. Miguel, que había estado a la expectativa, dejó transcurrir unos minutos, los suficientes, para hacer acto de presencia a la quinta "Punto Fijo" y comenzar, a su manera, las averiguaciones correspondientes.

A pesar de que no tuve participación alguna en el asunto, conocí de él en todos sus aspectos, pues todos cuantos actuaron, con la excepción de Miguel y Ayala, comentaron el caso conmigo en diversas oportunidades. Sanz apenas si hizo acto de presencia en el lugar de los acontecimientos. Cuando él llegó, ya la Policía estaba actuando y no quiso intervenir abiertamente en el asunto, por ello abandonó inmediatamente el lugar y marchó a la Seguridad para notificar a Estrada. Yo me hallaba descansando en el dormitorio, cuando aquél se comunicaba telefónicamente con don Pedro.

—“¿Don Pedro?, es Sanz. Todo salió como estaba previsto... sí, señor, estoy aquí, en mi oficina... no, señor, creí prudente dejar que la Policía uniformada se hiciera cargo del caso... No, señor, no será necesario... Yo creí que... Sí, señor, salgo inmediatamente para allá... Les avisaré en seguida,

sí, señor. No se preocupe, don Pedro, todo se hará como usted lo ordena... sí, señor... sí, señor, Ayala anda conmigo... No sé dónde están, pero deben estar por llegar, sí, señor, les dejaré aviso para que se presenten ante Ud... sí, señor, el doctor Caldera no se va a creer el cuento... Quede usted tranquilo, don Pedro, yo sabré hacer bien las cosas. Tan pronto como termine las averiguaciones, le informaré personalmente “los resultados”... sí, señor...”.

Miguel se comunicó con la Brigada de Homicidios y solicitó enviaran los detectives a la dirección del doctor Caldera para que inspeccionaran y procedieran a efectuar las averiguaciones correspondientes y seguidamente marchó en compañía de Ayala a presentarse ante el Líder copeyano a dirigir personalmente las investigaciones. Los resultados no fueron difundidos por la Dirección de Seguridad Nacional, menos aún lo que pudo haber declarado (si es que lo hizo) el doctor Caldera, y la prensa fue muy parca en las informaciones; pero ello se justificaba dado que la censura era demasiado rígida, no obstante, creo que el Diario “El Nacional” y “El Universal” comentaron el asunto en forma seria y objetiva, dejando entrever en sus editoriales que los autores de aquel bochornoso atentado, eran funcionarios de “un cuerpo policial” dependiente del Ministerio de Relaciones Interiores.



El "negro" Sanz, otro jefe del "gang de la muerte", quien hizo pasar un susto con 'tumbarranchos' al Dr. Caldera.

CAPITULO XX

UN CUMPLEAÑOS JOCOSO

Días después a aquel suceso, en una reunión efectuada con motivo del cumpleaños del Bachiller Luis Rafael Castro, en un conocido club caraqueño, Vallenilla Lanz, Llovera Páez, Eladio Nieto Bastos, Pedro Estrada, Miguel Sanz, Fortunato Herrera y Régulo Fermín Bermúdez, hacían comentarios respecto a los "tumba-ranchos y triqui-traquis" lanzados a la residencia del doctor Caldera y ello motivó la risa a carcajadas de Vallenilla, secundado inmediatamente por los demás contertulios. Régulo decía:

—¡Seguro que cuando comenzaron a reventar los "tumba-ranchos", Caldera fue a parar debajo de la cama, já já jáajajajá!

—O a lo mejor corrió a meterse en el tanque del agua, en la azotea, como lo hicieron los Arcayas —comentó Miguel.

—Todos esos líderes son unos cobardes cuando se les traquea un par de tiros en los pies —terció Llovera Páez.

Tanto don Pedro como el Teniente Coronel Eladio Nieto Bastos, estuvieron al margen de tales comentarios. Vallenilla Lanz, cuando se decidió a hablar, fue para comentar:

—No es el doctor Rafael Caldera, hombre que se pueda asustar tan fácilmente como ustedes imaginan. Esto lo digo porque lo conozco. De todos los líderes que aún pululan por Caracas, Caldera es el único que nos ha fustigado a través de sus artículos de prensa. Los otros, a esos sí que se les puede tildar de cobardes, porque recurren a la propaganda denigratoria,

a los panfletos groseros y ofensivos, nunca se atreven a dar la cara. El doctor Caldera fustiga, critica y advierte al pueblo de las cosas malas que nosotros hacemos en el Gobierno, sin importarle que yo o Pedro lo mandemos a buscar preso al día siguiente, y lo más significativo de todo esto, es que no se esconde. Barretico o Hernández o cualquiera de los mimados de Pedro que lo vayan a buscar, lo encuentra. No se opone, toma todo con absoluta calma. No, amigos, el doctor Caldera no es un cobarde.

Con tal comentario, finalizaron las risotadas y burlas escenificadas por aquellos funcionarios perezjimenistas que tras cada copa ingerida, sacaban a relucir "episodios" relacionados con la detención y tortura de tal o cual preso político. Tampoco el Bachiller Luis Rafael Castro emitió comentario alguno sobre aquel particular, se limitaba a observarlo todo, como lo hacía yo y los demás funcionarios que les estábamos "acompañando".

El Teniente-Coronel, Eladio Nieto Bastos, era, para la época en que se escenificaron los hechos, el Comandante de la Policía de Caracas. Régulo Fermín Bermúdez, se desempeñaba como Cónsul General de Venezuela, en la Isla de Curazao. Fortunato Herrera (a) "El Platinado", era amigo personal del Presidente Pérez Jiménez, pero en el sub-mundo oficial, se le llamaba "El Ministro de Alcoba", por ser el hombre que contrataba, tanto en el exterior como en el país, *las damas que amenizaban las fiestas* de los personeros del Régimen y servían a la vez (algunas de ellas) de entretenimiento a Marcos Pérez Jiménez en las bacanales escenificadas los fines de semana en "La Orchila".

INDICE

INTRODUCCION: Recuerdos de mi infancia y juventud	7
I Creación del Servicio de Investigación Nacional (Seguridad Nacional). Su estructura organizativa	61
II Aumentan la represión y las torturas contra los militantes de A.D. y del P.C.V.	73
III Trayectoria de Marcos Pérez Jiméncz. Asesinato del Presidente Carlos Delgado Calbaud	85
IV "Acción Democrática" en la Resistencia: un partido luchador	97
V Un caso de delación	105
VI Allanamiento en "Los Magallanes". Lo sucedido con el Dr. Vargas Acosta en la Embajada de El Salvador . . .	123
VII Nuevas 'confidencias'.	133
VIII Una noche 'de trájín' en la S. N.	147
IX Torturas y confesiones. Un incidente personal. Detención del Dr. Manuel López Rivas y su 'interrogatorio'. .	165
X Los niples de "Plan de Manzano".	179
XI Captura del Dr. Ramón Villarroel, dirigente del P.C.V. Su heroico comportamiento ante las torturas	183
XII Se acentúa la persecución a Pompeyo Márquez ('Santos Yorme'), líder de la resistencia comunista	195
XIII La vez que Servando García Ponce "se hizo el muerto" .	203
XIV La S.N. ordena matar al Teniente de la Marina Carlos A. Taylhardat. Ulises Ortega pone en práctica un plan para 'liquidar' al agente "Barretico".	223
XVI Torturas al chofer de Ulises Ortega	259
XVII Severos 'interrogatorios' al escritor Héctor Mujica . . .	263
XVIII Detención de Rafael Caldera y la 'Plana Mayor' de COPEY	271
XIX Los 'Tumbarranchos' del "Negro" Sanz contra la casa del Dr. Caldera	279
XX Un cumpleaños jocoso	285

Este libro es la continuación de las Memorias del ex Agente de la Seguridad Nacional ("Grupo Especial" o "Gang de la Muerte" como se le conocía) Braulio Barreto "Barretico". En sus páginas, relata los episodios, ocurridos en la S.N. bajo la dictadura Perzjimenista, iniciados en su anterior volumen, de gran éxito de ventas, titulado "CONFESIONES DE UN ESBIRRO".

La autenticidad de lo narrado por el ex Agente Barreto, puede deducirse del hecho de que Pedro Estrada, Jefe Máximo de la temible Seguridad Nacional, desmintió a su antiguo subalterno, en libro de reciente circulación y de gran impacto en todo el país. Dijo Pedro Estrada en esa obra que todo lo dicho por Barreto al denunciar los crímenes de la S.N., las torturas y la brutal represión, era falso, y que "retaba" a cualquier persona a que le acusara concretamente de haber dado alguna orden de tortura. Aquí está la respuesta de Barreto.

Destacan entre los personajes víctimas de la dictadura en este libro, el Dr. Héctor Vargas Acosta, Pompeyo Márquez ("Santos Yorme"), Dr. Manuel López Rivas, Teniente Carlos Alberto Taylhardat (marina), el industrial Rivero Vásquez, Dr. Ramón Villarroel, Héctor Mujica, Servando García Ponce, Salom Meza, Dr. Rafael Caldera y otros dirigentes políticos y militantes de base.

En la Introducción, el autor hace un breve recuento de su infancia y juventud transcurridos en Estados del Occidente del país.